

Los días modernos

Cristina López
Schlichting



CRISTINA LÓPEZ SCHLICHTING
LOS DÍAS MODERNOS

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A Tichi y la familia,
un solo corazón*

La muerte del Chuchi

Soy Amelia Ruiz Santillana y tenía el número 31 de la lista de mi clase de Cuarto B que no estaba mal, porque nunca te sacaban la primera al encerado. Las profesoras solían empezar por las Álvarez o Domínguez, situadas al comienzo; después, llamaban a las Sánchez o Vázquez, que ocupaban el final. Y sólo en un tercer turno a las Martín, Pérez o Ruiz, que flotábamos alfabéticamente en el medio y un poco como en tierra de nadie. Éramos muchísima gente. En el aula, 42 alumnas; en el piso de cien metros donde yo vivía con mi familia, 6 personas; en España, 35 millones de habitantes.

Después de la guerra, la capital, Madrid, daba un censo de un millón y medio de personas, pero en los 60, nacieron más y más niños, como si aquello tuviese premio, y ya pasábamos de los tres millones. Alrededor de la ciudad crecieron series infinitas de bloques de ladrillo, como filas de dominó, que separaban el campo y las ovejas de las avenidas recién asfaltadas, sin que a los constructores les apeteciese poner en medio ni parques, ni piscinas, ni nada de lo que hoy se acostumbra. Como mucho, un aligustre mocho rodeando un erial cuadrado. Nosotros lo llamábamos «jardín», porque en general todo nos parecía bien. Los padres aparcaban el utilitario encima de la acera, sin multas ni nada parecido, y los chavales jugaban al fútbol en el descampado, que no era de nadie. La urbe devoró deprisa lo que la rodeaba y parió barrios por el norte, el este, el sur y el oeste. Allí todo el mundo paría. No sólo había que hacer sitio para los bebés, sino que las provincias se despoblaron y —al ritmo que crecían las fábricas y empresas— hubo que acoger a millones de personas en

Barcelona, Bilbao o Madrid.

Yo crecí en uno de estos barrios de pisos baratos porque mi padre, que había estudiado y enseñaba en una universidad nueva que habían montado los jesuitas, no quería vivir en casa de la abuela, que ya estaba viuda. Decía que era un atraso, que cada familia debía tener su propio nido. Eso no impedía que su madre y su tía soltera se pasasen la vida con nosotros, así que comíamos ocho en el salón del piso minúsculo y ellas viajaban sin cesar en el autobús que las llevaba al centro y que llamaban «la camioneta».

¿Cómo era mi Madrid? Seco. Era una ciudad polvorienta. Cientos de miles de seres humanos llegaban todos los años como una inmensa manta de hormigas laboriosas y se amontonaban con los parientes. El asfalto significaba civilización y construir casas era más importante que plantar árboles. Los barrios tenían un cinturón de terreno ralo, tejido de rastrojos, que todo el mundo soñaba con ver edificado. Para los que venían de los pueblos, una buena espuerta de cemento, con su bordillo y su acera, ejemplificaba el orden. Sobre ese horizonte implacable de construcciones se escenificaban las puestas de sol más hermosas que uno podía imaginar, un estallido de hoguera y violeta que prendía fuego al cielo.

Las estaciones no perdonaban rigor alguno. A veces nevaba en invierno, después el hielo derretido formaba un lógamo gris sucio. Y en verano, un ardor sofocante azotaba inmisericorde, montaba espejismos en la calle —donde de veras se veía temblar el aire— y no aflojaba su furia hasta las tres de la madrugada. Había noches en que mi padre se duchaba con agua fría y se tiraba a dormir en las losetas de la terraza, desesperado por no poder conciliar el sueño.

Las verdes camionetas y los grandes autobuses azules iban llenos de mugre hasta los cristales y jadeaban por las cuestas como si fuesen a reventar. Los basureros pasaban la manguera al amanecer y olía a tierra mojada. Daba gloria salir y comprobar que las alcantarillas se habían tragado una vez más papeles, pipas, cascos de vidrio. Porque lo tirábamos todo al suelo, desde los periódicos o las cajas, hasta las muñecas rotas o los zapatos viejos. Lo que no recogía el traperero se lo llevaba el agua.

Yo era la pequeña de los hermanos. Delante estaban Curro, que era el mayor y el sensato; Ángel, un impulsivo que siempre creía saberlo todo, y Antoñito, que iba cuatro cursos por delante de mí y era un peñazo. Era una chica, eso sí, y digo yo que tuvo que hacerles algo de gracia el cambio.

Según tengo entendido, fui concebida la tarde del día en que murió el Chuchi. Mis padres habían regresado a casa después de hacer la compra en Sepu (porque entonces quien calculaba sus gastos compraba siempre en Sepu). Papá se puso a sacar las bolsas del Seat 1430 y mamá a ordenar los cupones de descuento, que después pegaba en una cartilla con engrudo de harina, hasta que las páginas se apergaminaban y crujían al pasarlas. La libreta engordaba tanto que apenas podía cerrarse, como el libro de un Rey Mago que susurraba promesas de regalos para premiar la constancia y el orden del ama de casa: mujer precavida vale por dos, ya se sabe.

De pronto, mi abuela Carmen apareció como por ensalmo. Estaba de los nervios.

—¡No se habla de otra cosa! —dijo.

—¿Qué cosa? —preguntó mi padre, divertido.

—¡Que se ha muerto el Chuchi! ¡Lo ha dicho la Matilde, la del bar!

—Ah —respondió mi madre, sin hacer caso. Supongo que pensó que se refería a algún actor, alguien de las películas, como Marilyn Monroe o Gary Cooper, que le chiflaban a su suegra.

Mi padre dejó los bultos sobre la mesa de la cocina y preguntó algo más:

—¿Te refieres a Jesús, el de la churrería?

—¡Quita, quita! —exclamó mi abuela con paciencia, como disculpando la ignorancia de su hijo—. ¿Cómo va a morirse el de los churros, con treinta años? ¡No, hombre!, ¡Chuchi, el inglés gordo, el del parte!

Las esquelas hacían las delicias de la abuela, que se embobaba con cosas de muertos. Coleccionaba recordatorios con cristos tétricos, con la boca abierta en el último suspiro, visitaba el cementerio para llevar flores de plástico, organizaba rondas de pésame. Andaba prendada de los sucesos de las revistas, que poblaban su vida de excitantes crímenes, peleas alarmantes y venganzas desmesuradas. Mi padre

calculó que el Chuchi sería algún difunto de la vecindad.

—Bueno, ¿qué se le va a hacer? —dijo—. Pero tampoco pasa nada, ¿cierto?

La abuela se encogió de hombros, incapaz de comprender a estos jóvenes desapasionados, ayunos del interés que entrañaban a su juicio los fallecimientos.

—No, no pasa nada —asintió—, pero me ha recordado la guerra.

—¿La nuestra?

—No, hijo, la de ellos.

Mi historia empezó ahí, en esa tarde de intriga. A lo mejor nací tan curiosa por las dudas que mi abuela Carmen acostumbraba a sembrar en las mentes de mis padres.

Esa tarde, al parecer, hacía frío en la casa, pese a la estufa de butano. La abuela había cocinado un sabroso arroz con pollo, apenas coloreado con unas hebras de azafrán puro (decía que el colorante era una «mistificación») y puesto una bolsa de agua caliente en la cama de matrimonio, pensando en mi madre, su nuera, que tenía tendencia a quejarse de los riñones. El lecho parecía pues un lugar bien cómodo y calentito donde pasar el rato, de manera que mis padres corrieron y se lanzaron enseguida a la siesta. Hubo algo de apremio por la necesidad de entrar en calor. Se arrimaron debajo de las mantas, se caldearon, entre roce y roce revolviéron todo, una cosa llevó a la otra y, al final... eso.

Cuando se levantaron, la abuela volvió a la carga en cuanto vio aparecer a mis padres por la cocina.

—Hay que ver el follón con lo del Chuchi, lo han dado en las noticias.

—Pero ¿es un artista de cine? —preguntó mamá, medio muerta de risa y ya más ablandada.

—¡No, hombre, del cine no...! ¡Chuchi el gordo, el inglés del puro!

—¡Winston Churchill! —descubrió mi padre, y añadió—: ¡Estará todo el mundo revolucionado!

—¡Menuda bomba! —añadió mamá impresionada—. Cómo pasa el tiempo.

—¿Lo veis? —Mi abuela aparecía satisfecha y triunfante por haber sido la primera en transmitir algo decisivo, que ellos, tan preparados, no habían sabido valorar—. ¡No se habla de otra cosa... ni que hubiesen cogido otra vez al Lute! ¡A los de la tele estas cosas de la guerra de los extranjeros les parecen muy importantes!

Pero lo que era importante, al menos para mí, era el calor que mi madre notaba en el regazo y que duraría nueve meses.

—Winston Churchill, qué cosas —se repetía—. El Chuchi era Churchill... —Y se reía por lo bajini.

El calendario zaragozano que teníamos clavado en la pared de la cocina indicaba diligentemente la fecha exacta: 24 de enero de 1965.

Mamá dio a luz en octubre y en casa hubo movimientos tectónicos, porque mis hermanos tuvieron que apilarse en una litera de tres pisos para que la niña tuviese su propia habitación.

Apenas salí del dormitorio conyugal y la cuna, mis padres me compraron una camita blanca con una colcha de flores y un escritorio.

—Mira la princesa, pitipí, pitipesa —criticaba Antoñito—. Nosotros como sardinas en lata, y ella en su palacio.

—Te callas —le decía papá—, las chicas necesitan su propio espacio.

A mi hermano le ponía celoso que fuese el ojo derecho de mi padre, que era a quien más ilusión le había hecho el tener una niña en casa después de que le naciera tanto chico. Había querido ser cura de joven y se metió en el seminario de Comillas, hasta que comprendió que mi madre le gustaba mucho más. Cuando colgó los hábitos, estudió Psicología, que era el último grito. El resultado fue maravilloso. Papá hablaba latín, pero leía a Freud y Jung, y yo, desde muy pequeña, ya notaba que era moderno y serio a la vez. Los vecinos se asombraban de que anduviese con libros en la mano todo el tiempo.

Mamá era hija de guardia civil y a mi padre lo había conocido en Santander. Era una chica yeyé, pero no estaba dispuesta a meterse en política y, la verdad, lo que menos le gustaba era que su marido ayudase a los estudiantes melenudos empeñados en hacerle la vida difícil a Franco.

Porque también estaba Franco, que para mí era como de la familia. Yo nunca lo había visto, claro, pero llevaba ahí desde los tiempos de la abuela y mucho más. Salía

en las pesetas y los duros, en los sellos y en el NO-DO. El Caudillo era como la mesa camilla o el jabón Lagarto, de toda la vida de Dios.

Nancy no tiene bragas

Diez años después de que se muriera el pobre Chuchi, yo me encontraba en esa difícil penumbra entre la infancia y la adolescencia que las monjas llamaban, con una palabra muy hortera, «prepubertad». Esa edad en la que se te hinchaban los pezones como botones rosas, pero en la que seguías deseando la Nancy de los escaparates, quizá ya soñando vestirme de universitaria como ella. El tiempo en que empezabas a encerrarte en silencios casi siempre enfurruñados y sospechabas que los mayores eran estúpidos y buscabas sin saberlo las razones por las que nacen los niños y que sólo mucho después se te revelarían con detalle, hasta poder reconstruir minuciosamente el día en que tus padres se acostaron para concebirte.

En los días de mi prepubertad (¡qué palabra!), los niños españoles vivíamos en un feliz y pintoresco país sin pasado. Entretanto, los chicos alemanes se educaban en el arrepentimiento por el terror nazi; los franceses, en el orgullo de la Resistencia; los ingleses y americanos, como héroes salvadores del Viejo Continente. Supongo que los chavales rusos, en sus pequeños koljoses, crecían convencidos de su victoria frente al capitalismo. Nosotros, a miles de kilómetros de la URSS, en plena Guerra Fría sencillamente no sabíamos de dónde veníamos, ni tampoco nos lo planteábamos. Las monjas se saltaban con rigor y puntualidad los temas finales de los libros de Ciencias Sociales, que recordaban la Guerra Civil. Sor Natividad y sor Nieves, que eran navarras, no querían ni oír hablar de los tiempos en que los milicianos fusilaban a sus compañeras de promoción. Así que se tendía a resumir: Moscú era malo y Washington, bueno; estaba Franco y punto, no se hablaba de política. Creo que no

sabíamos lo que era. Queríamos ser europeos y los anuncios, escaparates y envoltorios de plástico volcaban color y más color sobre un entorno que había sido gris y en el que los objetos cotidianos —buzones de correos, uniformes de serenos y carteros, cabinas de teléfono, farolas— habían heredado ese tono. Hasta los autobuses parecían grises de tanto polvo como llevaban.

Para los niños de mi generación, nuestra guerra quedaba inmensamente lejos, enterrada entre gasas sintéticas y tergaes; ni siquiera sabíamos muy bien qué había pasado y nadie nos hablaba de eso. La infancia se convirtió en la espera de sorpresas polícromas, de tacto sorprendente y brillo rotundo: electrodomésticos, tejidos de nombre espacial, objetos cotidianos reinventados con materiales deslumbrantes. En la noche nacieron los neones; en las carreteras, los carteles publicitarios; en las carpetas del cole, las pegatinas. Saltamos de la niñez angosta de nuestros padres al paraíso del Cinexin, las construcciones, los muñecos articulados... El ecosistema se pobló de sustancias hermosas: ceras, plastilinas, gomaespumas, fibras. El plástico pintó de luz la vida, el plástico dio forma y color a nuestro jardín infantil.

Recuerdo una tarde de domingo en la que mi padre y yo paseábamos a solas. Él era una de las pocas personas que me trataba como a una adulta. No sólo contaba historias, sino que razonaba conmigo sobre ellas; eso hacía enormemente divertidas las conversaciones.

—Cuando yo era pequeño, Amelia, no existían muchas de las cosas que hoy son tan comunes. Por ejemplo, no sabíamos lo que era el plástico.

—Ufff, ni me lo imagino, papá. ¿De qué eran los peines y los cepillos?

—De hueso, de madera, a veces de baquelita.

—¿No teníais *tupperwares*? ¿Cómo llevabais la comida al campo?

—En ollas, atadas con una servilleta.

—¿Y los juguetes?

—Juguetes... no había apenas. Se hacían muñecas de trapo o de porcelana, soldaditos de plomo y trenes «Payá», de lata, pero eran para la gente rica. Los pobres nos las arreglábamos con cualquier cosa, un bastidor para coser, un vestidito. Por Reyes me solían echar un carro de la basura, con su escobón de madera, año tras año. Pero lo mejor, lo mejor, era que te trajesen una naranja.

—¿Una fruta?

—Exactamente, nos daba para mucho. Verás, primero la usábamos como pelota, lanzándola con los amigos; después, de porrón. Le hacíamos un agujero y nos bebíamos el zumo y, al final, después de pelarla y comerla, las mondas nos servían para hacer siluetas graciosas o dentaduras falsas, lo pasábamos de miedo.

Los relatos traían el sabor agridulce de un tiempo de miseria e ingenio, de penas y risas mezclados, de hombres y mujeres que se habían matado para tirar adelante y que, de hecho, seguían mirando hacia el futuro constantemente, como si echar la vista atrás y ensimismarse en nostalgias hubiese entrañado el riesgo de convertirse en estatua de sal. Reconozco que mi padre me daba un poquito de pena cuando contaba esas cosas. Yo no podía imaginarme una infancia sin más juguetes que un carro de la basura o una naranja. Probablemente él y otros adultos de su generación también sentían algo de lástima por aquellos niños que pasaban las horas entretenidos con una fruta como si fuera el tesoro más grande del mundo. Quizá trataban de compensar el pasado cubriéndonos con todos los juguetes que ellos no pudieron disfrutar.

En el inmenso bazar imaginario de los años 60 y 70, creado por trabajadores que se deslomaban mes a mes en el pluriempleo y se dejaban fiar en la tienda para regalar a sus hijos lo que ellos ni soñaron, el elemento estrella para los chicos era la pista de coches de carreras, enorme y rotunda, en la que emulaban al gran Fittipaldi, y el de las chicas, la maravillosa, refinada y femenina Nancy, la que todas queríamos ser. Ésa era la diferencia: hasta entonces las niñas habíamos sido madres cuando jugábamos, pero a partir del «momento Famosa» empezamos a anticipar nuestro propio futuro en sus vestidos, complementos, peinados. No había más que ver los nombres historiados que el fabricante daba a los trajes de noche de Nancy: «Esperando al príncipe», de tul blanco, con una pequeña florecita rosa en el escote; «Ópera», de encaje azul oscuro, que recordaba a Madame Bovary; «Puesta de largo», de raso rosa, elegante como para una actriz de Broadway. Cualquiera de nosotras quería interpretar a la Bella Durmiente o convertirse en Liz Taylor, aunque no hubiésemos leído a Flaubert y Madrid no tuviese teatro para la ópera. «Soy Nancy —decía el minifolleto publicitario que se regalaba en cada caja y que se convertía en la biblia de bolsillo de

todas nosotras—, quiero ser la muñeca más elegante que tengas, te presento todos los conjuntos con los que puedes hacerme feliz.» ¡Como si hubiese sido posible llenar de felicidad su vida comprándole la infinidad de vestidos del interminable catálogo, uno para cada momento de una existencia entera: desde el salto de cama con bata transparente, hasta el vestido camisero hippy —con zuecos y bolso de paja—, pasando por el chubasquero amarillo! Yo le tenía una envidia cochina a la niña que, cada Navidad, salía por la tele cantando, sobre las imágenes de un pesebre recreado con muñecas: «Las muñecas de Famosa se dirigen al portal, para hacer llegar al Niño su cariño y su amistaad...», convencida, no sé por qué, de que la cría era la consentida hija del fabricante, que tenía a su alcance el sueño imposible de toda chavala española.

Había tenido que esperar nada más y nada menos que ocho años de mi vida para que los Reyes Magos me trajeran la muñeca, en las Navidades de 1973. ¡Cómo me puse de contenta! Imposible olvidar la mañana fría en que, descalza en el salón, en bata, con las luces del belén encendiéndose y apagándose, vi la caja rosa con flores azules. Me habían despertado los berridos de mis hermanos, engolfados ya con el Scalextric (los mayores también, a pesar de su edad). Sentí una intensa emoción apenas entendí de qué se trataba. Con la cara roja y las manos temblorosas, sin ser consciente de que mamá y papá me miraban con sonrisas como sandías y poniendo enorme cuidado para respetar cada enganche y cada grapa, saqué con unción la muñeca de aquel altarcillo de mil y una noches, que conservé piadosamente como camita, llenándolo de trapos que me sirvieron mucho tiempo de sábanas. El pelo brillaba como el oro, los ojos se abrían con mil matices de joya, la boquita hacía la mueca perfecta. Era niña y era mayor, todo a la vez, exactamente igual que yo.

Por desgracia, qué gran verdad es eso de que la dicha dura poco en casa del pobre, o que a veces es peor tener que no tener, como decía mi madre, que era santanderina y no se andaba por las ramas. En la entraña misma de la dicha venía también el agujón: cuando saqué a mi muñeca de su caja de cartón y celofán, descubrí perpleja que a la Nancy, la hermosa Nancy de mirada transparente y sonrisa púdica, le aquejaba un problema íntimo, una carencia vergonzosa. Una circunstancia que la privaba a mis ojos de todo encanto femenino. Mi muñeca había venido en su caja ataviada con

pantalones y... no tenía bragas. ¡Una niña sin bragas era impensable, pero una señorita mucho menos; era sencillamente una guarrada! ¿Cómo resolverlo? ¿Y a quién pedir las dichas bragas, con todas las preocupaciones que tenían los mayores? ¿A las monjas, que se ocupaban de nosotras y de las misiones en África? ¿A mis padres, que todos los meses tenían que pagar tantas cosas? ¿A mis hermanos, que se hubiesen desternillado de risa? Se me ocurrió que la única solución era esperar a cumplir nueve años. Quizá entonces algún alma bondadosa solventara el problema regalándome la ropa interior para mi desgraciada muñeca. Diez meses esperé pacientemente.

De niña yo adoraba los cumpleaños. Mientras que los adultos lo consideraban una fecha corriente, como mucho una oportunidad para convidar a sus conocidos en el bar, yo amanecía ese día presa de la emoción, nerviosa, expectante. Era mi momento, la jornada en que me convertía en princesa. Las monjas nos dejaban repartir caramelos antes del recreo y depositarlos, uno a uno, en las manos de las compañeras que, al pasar junto a ti y felicitarte, hacían que te sintieras importante y única, casi tanto como cuando el médico te bendecía con una escayola en un brazo roto. Se merendaba con la familia y las más afortunadas conseguíamos celebrar después una fiesta en casa con las amiguitas, durante toda una tarde. El cumple era el instante en que te convertías en el centro del mundo, un anticipo de un futuro narcisista. Cuando llegó el mío, en octubre, la tía Magdalena me trajo, envuelto modestamente en papel de estraza, un conjunto para Nancy llamado «Universidad», con mini de cheviot marrón y cazadora con cremallera, cuidadosamente grapado en su caja. Naturalmente, se convirtió de inmediato en mi regalo favorito, deposité en él todas mis esperanzas. Tras soplar las velas y escuchar el «Cumpleaños feliz», tan pronto se terminó la tarta de piñones y la abuela y la tía se despidieron, corrí a mi habitación y desaté las gomas y fijaciones con todo cuidado. Con los dedos sudorosos y un nudo en la garganta, retiré las medias, levanté la falda... y mis peores presagios se confirmaron. Nada de nada. ¡El conjunto nuevo tampoco incluía bragas! ¿Pero es que todos se habían vuelto locos?

Mi Nancy seguiría como vino al mundo, sin ropa interior, como una gitana. ¿Acaso nadie se daba cuenta? El solo pensamiento de su situación me hacía juntar las piernas, aterida y espantada. Durante días me estrujé la cabeza, cavilando posibles soluciones. Probé a enrollarle papel higiénico entre los muslos, pero parecía que llevase pañales. Le puse esparadrapo, pero la dejaba sucia cada vez que arrancaba la tira. Las últimas Navidades no habían supuesto mayor cambio. ¡Ni los Reyes de Oriente parecían darle importancia a la desgracia de mi Nancy, y mira que les había rezado! Me trajeron el *Magia Borrás*, un libro de los Cinco y una Tricotosa. ¿En qué estarían pensando Sus Majestades? Estaba sola en mi propósito, pero no tenía intención de desfallecer, y comencé 1975 con el objetivo firme de salir de aquella situación. Apenas pasadas las fiestas abordé a la abuela Carmen, que estaba zurciendo en la cocina mientras escuchaba la radio, aquel mismo transistor viejo por el que siguió la muerte del Chuchi años atrás, el mismo día en que me convertí en un proyecto de persona.

—Yaya...

—Dime, hija, ¿has merendado?

La abuela dejó a un lado la caja de los hilos y el calcetín que estaba cosiendo. Olía a lejía y a galletas de su despensa, un poco húmedas.

—¿Qué tiene mi niña, la más guapa del mundo? —Me dio un beso largo, que chirrió intermitente, de los suyos. Me sentí tan ridícula como había temido.

—Abuela, que no soy una cría...

Papá siempre decía que su madre lo solucionaba todo, que se había hecho fuerte al tener que sacar adelante nueve hijos a base de fregar y coser. Una vez me contó su historia:

—Tu abuela es una mujer sensata y tenaz —explicó—, sólo que tuvo mala cabeza para casarse. Se enamoró de un feriante y se casó con él, y mira que sus padres la habían prevenido... El hombre no era malo, pero sí más vago que la chaqueta de un guardia y se dedicó a tocar la guitarra y a hacerle hijos, que parece que los hacía muy bien. Un día, mientras conducía un carro con hielo, se conoce que por falta de costumbre de arrimar el hombro, atropelló a un vecino y lo mató.

—¿Y lo metieron en la cárcel? —había preguntado yo a mi padre.

—Pues parece que no —contestó—, pero se metió él solito en la cama y se dejó

morir.

—¿En la cama hasta que se murióóó? —salté yo horrorizada.

—Sí, Amelia, hay gente que se muere de melancolías, ahora se llaman depresiones profundas. La tía nos cogió a los nueve hijos y nos trajo a Madrid. Según crecíamos, nos fuimos poniendo a trabajar. Y ella limpiando casas y nosotros haciendo sobres en una fábrica de papel o llevando recados o colocados de botones, fuimos tirando. Éramos pequeños cuando acabó la guerra y pasamos mucha hambre. Para mejorar la cosa, metimos en nuestra casa a unos realquilados, los «Pitulis», que eran unos vecinos que se dedicaban al estraperlo y traían chorizos y cecina de los pueblos. Como eran siete dormíamos por los suelos, en colchones. Tenían la tiña y nos la pegaron; nos pasábamos el día rascándonos y hubo que encargarse una fórmula al boticario, pero, por lo menos, nos ahorramos un dinero durante una buena temporada y la abuela Carmen tuvo algo que echar al cocido. Nunca la vi llorar ni dar una voz más alta que otra. Siempre decía: «¡Lo único que no tiene remedio es la muerte!».

Porque tenía muy presente aquel relato, pensé que la abuela no podría asustarse de nada en absoluto, ni siquiera de que mi pobre Nancy anduviera por la vida sin bragas. Por eso, aquella tarde aproveché el momento en que zurcía los tomates de los calcetines de mis hermanos para exponerle mi problema:

—¡Pues claro, mi sol! —contestó ella tras escucharme con mucha atención—. ¡Mi reina requeteguapa! ¡La abuela te va a hacer unas bragas de perlé para el muñeco que van a ser la envidia de todas las amigas!

No sabía lo que era el «perlé», pero me imaginé que se trataba de algo muy fino y elegante, ni por un momento barrunté lo lejos que estaba de la verdad. No descubrí la triste realidad hasta un tiempo después, cuando ocurrió lo de la Marisina.

La Marisina tenía revolucionado al barrio. No era carnosa ni tenía los pechos grandes, como se estilaba, tampoco tiraba deprisa de un lado a otro con un par de niños de la mano. Se parecía más bien a las presentadoras de la tele o la cantante Marisol, con su cola de caballo alta, un pañuelo por gargantilla, minifalda y botas.

Había estudiado secretariado y trabajaba por las mañanas en la oficina inmobiliaria, donde vendía los pisos nuevos a los novios, y por la tarde iba por las casas vendiendo productos de perfumería de Avon. Creo que a los hombres les gustaba sin que supieran por qué. Por mucho que no tuviese «dónde agarrarse» —como se decía entonces—, algo los atraía de su forma elástica de andar, como creciendo sobre las piernas, con la carpeta de los catálogos apretada contra el pecho breve y el pelo batiendo con ritmo a su espalda.

Marisina era huérfana, pero más que eso parecía salida de una revista, del espacio sideral, de la magia.

Un día, de repente, en pleno febrero, anunció que se casaba. Y en apenas dos miserables meses. El afortunado era un vecino feo de mi escalera, Lolo, que todos tenían por bobo.

Lolo vivía con su madre, doña Consuelo, que era viuda desde que yo puedo recordar. Se suponía que estaba estudiando unos exámenes para trabajar en un banco, pero a raíz de su imprevista boda con la Marisina, tuvo que buscarse otra colocación porque no podía pasarse tanto tiempo estudiando y sin traer un sueldo a casa. Al final doña Consuelo le consiguió una recomendación de no sé dónde, sonó la flauta y a Lolo lo metieron en el cuerpo de serenos.

Un sábado por la tarde, doña Consuelo invitó a algunas vecinas de la escalera a su casa para que vieran el ajuar de la boda de su hijo. Como la novia, Marisina, no tenía madre, expuso sus cosas en el piso de la futura suegra. Mi madre estaba entre las que tuvieron el honor de asistir al evento y me llevó con ella para que la acompañara. Aquello estaba lleno de señoras que vivían en nuestro edificio, ninguna se quería perder lo que la chica llevaría, ni dejar de comparar con lo que cada una preparaba para sus hijas. Mientras mamá se metía en el dormitorio, yo me colé entre las otras vecinas para comerme una croqueta de jamón. Me costó cogerla, porque había seis mujeres delante de las bandejas y tuve que empujarlas. Estaban tan absortas en los cotilleos que ni se molestaron.

—Pasa, niña.

—¿Ésta de quién es?

—De Toqui, la del octavo.

—¡Ustoquia, la mujer del profesor de universidad!

—Ah, ya, qué alta está.

Acto seguido se olvidaron de mi presencia y siguieron con sus comadreos a media voz.

—¿Has visto el camisón salmón que hay colgado junto a la cama? Se lleva mucho...

—Y hay hasta un picardías, para la noche de bodas...

—¡Poca picardía puede haber ahí ya!

—Menuda golfanta...

—¡Calla, mujer, que te oye Consuelo! Pues a mí me gustan las sábanas, son de tergal bueno.

—El estampado es precioso.

—¿Y las toallas? ¡Han ido a comprarlas a Portugal!

La habitación principal parecía un relicario, con las paredes cubiertas con las camisetas y la ropa interior, prendidas con alfileres.

—¡Qué blonda, qué finura! —Consuelo explicaba los detalles a las visitantes.

Yo permanecía callada, comiendo croquetas y sin perder ripio, hasta que un rato después mamá se despidió de doña Consuelo y volvimos a casa.

—Esto es una paletada, Amelia —me soltó cuando salimos al descansillo de la escalera y cerramos bien la puerta, como si hubiese estado aguantándose el comentario—. A tu abuela le encantan estas cosas, pero no sé qué hacen las bragas pinchadas con chinchetas... ¡Y encima, de ganchillo de perlé!

—¿...? ¿No te gustan las bragas de perlé?

—Nada, con esos lazos azules y rosas... ¡Qué mal gusto!

Mi madre era distinta de las demás vecinas, no podía evitar querer ser diferente. Cocinaba las recetas francesas de Simone Ortega, compraba *prêt-à-porter* cuando se lo podía permitir y evitaba el tinte amarillo chillón. Con los años comprendí que huía de la aldeíta cántabra en la que nació. En nuestros pisos se mezclaban, con una estridencia que no advertíamos, el escay brillante de los sillones con los tapetes de ganchillo, el plato de duralex con el chorizo del pueblo, la media de nailon con la

rebeca de lana gruesa. Los pisos nuevos crecían como setas, pero se traían los aromas del campo.

Muchos españoles intentaban rescatarse a sí mismos de la boina, la alpargata y la pobreza, que se les pegaban como una segunda piel. Ese esfuerzo los impulsaba vigorosamente hacia delante, como un resorte que hubiese estado constreñido los veinte años en que Europa prosperó al calor del Plan Marshall y nosotros nos cocimos en la miseria de la autarquía. El resorte saltó de golpe, proyectándonos a toda velocidad hacia el futuro. Por otra parte, cada hombre y cada mujer son el resultado de una huida con respecto a un oscuro rincón de su infancia. Hay niños gordos o gafotas, escarnecidos por sus compañeros, que concentran toda su energía en leer, por ejemplo, y se convierten en grandes escritores. O locutores brillantes que provienen de lugares de dicción imposible. O empresarios que pretenden olvidar con su éxito cenas infantiles de pan con agua a la luz rala de una lumbre escasa.

Después de escuchar a mi madre, fui corriendo a mi habitación y levanté las faldas de la Nancy... Allí estaban las bragas de perlé que la abuela Carmen le había cosido con tanto esmero. Me di cuenta de que mamá tenía razón: sí que eran feas..., además abultaban bajo los pantalones. Qué paletada, desde luego. En lo de vestir y desvestir a la gente no se parecían en nada mi madre y mi abuela. Recordé la ridícula historia del pellejo de fotógrafo que me había contado la yaya:

—Pues verás, tesoro, los bebés se llevan al retratista y les hacen una foto preciosa, sobre una piel de corderito suave.

—¿Para qué, yaya?

—Pues para tener un recuerdo. Tu mamá decía que es una costumbre salvaje, pero yo te la hice. Una tarde en que tus padres fueron al cine, la tía Magdalena y yo te metimos en el capacho y allí que fuimos. Mira, llevo la foto siempre encima. Tu madre se enfadó un poco porque dijo que te podías haber enfriado...

En la foto se veía un bebé feo con la cabeza muy gorda, tumbado de lado sobre una piel de pelo blanca. Iba con jersey, pero sin bragas. Qué manía.

—Para que se vea bien que eres una niña.

Con semejantes antecedentes, estaba claro que había cometido un error al dejar la solución del problema de mi Nancy en manos de la yaya. Ahora me daba cuenta; mi

madre me había abierto los ojos.

Debía conseguir como fuese ropa interior verdadera para la muñeca. ¡Nada de perlé ni de ganchillo! No, de fibra auténtica. No pensaba tirar la toalla, aunque por el momento tuviese que resignarme a intercambiar prendas con mi amiga Ana, que era la única que tenía un ropero de Nancy que quitaba la respiración.

Ana, Maruja y yo éramos las mejores amigas del mundo. Ana era bajita y tenía tetas, cosa rarísima a nuestros años. Se chuleaba un poco, porque su mamá, que era catalana y se llamaba Neus, traía botes de Nesquik y medias de colores de Barcelona, como si viniese de otra dimensión, abierta a una inexplicable puerta exterior. Preparaba «pan tumaca» para merendar. La primera vez que lo vi me pareció vómito naranja, pero conseguí comérmelo sin rechistar y me gustó. Maruja era gordita, llevaba gafas y merendaba pan con aceite y azúcar. Su padre era inválido de guerra y su mamá, que se llamaba Candela, cogía los puntos de las medias. Como era la pequeña de seis hermanos y no tenían sitio ni para moverse, mamá nos dejaba hacer deberes juntas en nuestra cocina.

Esta triple amistad tenía una misteriosa combinatoria. Se trataba de ver quién era «la mejor amiga» de quién. Iba por épocas. Cuando Ana y yo formábamos dúo, nos convertíamos en una pareja competitiva y ausente, y Maruja se quedaba un poco al margen, como una invitada secundaria. Si era ella quien establecía pareja conmigo, yo tendía a protegerla un poco, porque era dulce y un poco retraída. Ana se encerraba entonces en su orgullo. Finalmente, cuando se juntaban ellas, Anita lideraba y Maruja obedecía. Y yo me aguantaba.

En casa de Ana pasaban cosas increíbles. Los hermanos tenían todas las películas de Walt Disney para el ViewMaster —unos anteojos que permitían ver juegos de diapositivas— y nos chiflaba ver a Cruella de Vil y Cenicienta en las viñetas que aparecían por aquellos prismáticos mágicos. Nuestra amiga siempre terminaba los álbumes de «Vida y Color», llenos de fauna y flora exótica, de indígenas tatuados. Esos cromos no venían en los bollos, como los de perros o mariposas de Panrico,

sino que se compraban en el quiosco. Y una vez le regalaron enormes globos negros de gas, que volaron solos por lo alto del piso, pegados al techo. La familia de Ana era fabulosa. Su padre, don Gustavo, trabajaba en un banco y ganaba mucho dinero. Aunque era de provincias, estaba empeñado en «abrirse al progreso» y en «no escatimar gastos con los hijos», por eso a Ana siempre se la llevaban de viaje a sitios maravillosos, como San Sebastián, mientras que yo apenas había salido de la ciudad. Ojalá mis padres hubiesen aprendido de los de mi amiga.

Claro que también había asuntos incómodos allí. Don Gustavo pronunciaba exageradamente las «elles» al hablar: «*Jueve*, querida, me he mojado en la *caie*», y a su mujer no la llamaba Neus, sino «querida». En los estantes de su salón coleccionaba unas piedras que llamaba «fósiles», en vez de «estatuas de chinos» como las que había en mi casa. Y también estaban las palabras que usaban: en vez de «guarra», llamaba «sucia» a Ana cuando subíamos llenas de barro de la calle; «mecánico» era el chófer del autobús del cole, y Neus hablaba de un misterioso «señor» que nunca logré ver: «Fermín —le decía a su portero—, entréguele el recibo al señor», o en la tienda de camisas: «Al señor le gustan largas de manga». No sé, eran distintos.

Me costaba estudiar en aquella casa. Metía la tripa, me ponía todo lo derecha que podía en la silla y nunca decía que sí cuando me ofrecían merienda. A pesar de todo, me invadía la incómoda sensación de estar haciendo algo mal. Si don Gustavo me pillaba mordiéndome las uñas, juntaba las cejas y decía: «Qué feo en una señorita, Amelia...».

Pero con las Nancys lo pasábamos de cine. Ana tenía los tres abrigo de la colección: el de leopardo, el de oso blanco y el chubasquero de plástico. Sus muñecas usaban botas altas, zapatitos de antifaz con botón, postizos, camisones, medias. De los vestidos, mejor no hablar; le habían regalado hasta los de noche.

Una de esas tardes cortas de invierno, cuando la noche había atrapado la luz de las farolas, regresábamos Maruja y yo de aquel cielo doméstico y todavía nos dio tiempo a comprar una peseta de pastillas de leche de burra y chuparlas juntas, en el escalón del portal. Teníamos costras en las rodillas de caernos en el patio. Cuando se sale de los juegos no se regresa de inmediato a la realidad, se flota en un intermedio de ilusiones que no sólo transforman el entorno, sino que te suspenden a ti misma en

pleno relato de ficción. Y allí permanecimos, en fiestas de ensueño.

—Cómo me gustaría tener el armario azul y blanco, Maru.

—Bufff.

—¿Te has fijado en que tiene perchas?

—Ya. —No aprecié que apenas contestaba.

—¿Y has visto el traje de japonesa? ¡Mi madre nunca me compraría un vestido que no sirviera para nada! —Maruja suspiró y masticó más deprisa—. No las mastiques, hay que chuparlas suavemente, que si no, no duran... Dice Ana que, cuando la Marisina se case, sus padres van a comprarle el traje de boda, para que pueda jugar en la iglesia...

Maruja hizo ruido de mocos.

—Pero ¿qué te pasa?, ¿por qué lloras? —No podía ni respirar, hipaba y escondió la cabeza en mi abrigo—. ¿Es que te gustaría el traje de novia, Maru?

En mitad de los sorbos, con las gafas llenas de vahos, miró al suelo y consiguió decir:

—Es que, Amelia..., yo no tengo ni Nancy, mis papás no me la pueden comprar. Me haré mayor sin tener una...

La dura realidad de lo cotidiano sustituyó súbitamente cualquier fantasía. Puse los pies en la tierra de golpe, como arrojada de un tren en marcha. Reconstruí mentalmente la vivienda de mi amiga, donde, en vez de cuadros, colgaban de las paredes mariposas hechas de papel de revista. Donde se desayunaba el pan duro del día anterior. Donde los pantalones de los mayores se convertían, año tras año, en faldas de cuadros marrones para ella. Yo era una absoluta imbécil.

—¡Maru, claro que tienes...!

Levantó la vista y me miró.

—Tienes la mía.

Me echó los brazos al cuello.

—Mira —proseguí—, tengo también el bebé que me regaló la abuela de pequeña... Nancy tiene que tener un niño ¿no?... Pues cuando juguemos, una hace de madre y la otra de hijo, ¿quieres?

Movió la cara de arriba abajo.

—Y ahora subimos, que nos van a regañar. Y esta noche te llevas la Nancy a casa, que yo tengo que ocuparme del bebito, ¿te parece?

—¿De veras, Amelia, no te importa?

—¡Qué va! ¡Si me canso de jugar siempre con ella! Toma, sécate.

Se sonó con mi pañuelo y me dio un beso.

—Gracias. Eres mi mejor amiga.

Naturalmente que me importaba separarme de mi muñeca. Me desasosegaba saber que estaba en otra casa. Tenía que solucionar aquello de forma sensata. Esa misma noche, cavilando y cavilando, algo se hizo claro en mi cabeza, como si el ángel de la guarda hubiese excavado un túnel en lo más negro y me conectase con una salida liberadora y luminosa. Y empecé con mi plan.

Sor Inés, la monja más vieja del mundo, tenía cara de vinagre y sólo nos regañaba y castigaba, así que no me explico por qué la queríamos tanto. Supongo que era porque sabíamos que la religiosa tenía un corazón tierno como la mantequilla y, a su manera, nos quería mucho a todas, aunque pareciera que se esforzaba por disimularlo. Como un galápago vestido de blanco, conseguía estar siempre donde no queríamos nosotras y en todas partes a la vez, como el Espíritu Santo. Jamás sonreía y debajo de la frente protuberante mostraba dos ojillos negros como agujas, que se te clavaban hasta descifrar tus más ocultos pensamientos, casi siempre delictivos. Cuando llegaban los autobuses, vigilaba que saliésemos sin empujarnos y nos subiésemos a nuestros sitios en orden. «¡Abróchate, Pilar, que vas a coger frío! ¡Sonia, súbete las medias, que estás hecha una desastrada! ¡No empujes, Ana Merche, que eres una señorita y no un burro!».

Como yo sabía que, a pesar de sus asperezas, sor Inés tenía buen fondo y, además, era muy resuelta, un día me armé de valor y le conté lo triste que estaba la pobre Maruja porque sus padres no tenían dinero para comprarle juguetes caros. Ella pensó durante un instante, muy corto en realidad. Después dijo rotundamente: «Está bien que pienses

en quien no tiene». Y aportó una solución: se podía conseguir dinero con esfuerzo, recogiendo y vendiendo papel usado y trapos viejos.

—Lo compra al peso el trapero gitano.

—¿El del poblado?

—Ése, pero tienes que pedir a tu padre que te acompañe.

Al fin sabía lo que tenía que hacer: ¡trabajaría un curso entero, de febrero a diciembre, y con el dinero que sacase le regalaría a Maruja una Nancy por Navidad! Esa misma tarde me puse en marcha y recorrí las tiendas que conocía. La panadería de Filo, la frutería de Antonio, la pescadería del mercado, la papelería y hasta los frutos secos. Todos los dependientes se comprometieron a guardarme el papel, y Zósimo, el portero de mi edificio, me regaló un carrito viejo de la compra que estaba arrumbado en la portería para que pudiera acarrear la mercancía de un lado a otro.

Sabía que mis padres no iban a dejarme andar por las chabolas para trapichear con papel usado y trapos, no cabía pensar como la monja, pero ya encontraría una solución. Como solía decir mi abuela Carmen, lo único que no tenía remedio era la muerte... Entretanto tenía que ser discreta. Conseguí que el portero me guardase el botín en el chiscón de los cubos de la basura.

—Zósimo, no se lo digas a mamá...

—Vaaale... ¡Qué estarás tú tramando!

—¡Yo nada, que es para los viejos del asilo! —le dije de mentirijillas, porque quería que la Nancy fuera una sorpresa para mi amiga, y me daba miedo que el portero me la chafase.

Estaba satisfecha porque me sentía muy adulta al ocuparme por mi cuenta y en secreto de hacer feliz a alguien. Apenas podía esperar a recaudar todo el dinero necesario para comprarle a Maruja su muñeca, y por las noches me dormía pensando en la cara que iba a poner cuando se la diese por Navidad. Seguro que me diría que yo era su mejor amiga en el mundo.

El problema de Maruja estaba al fin encarrilado, pero aún había un contratiempo para el que seguía sin hallar solución: las dichosas bragas de mi Nancy. Así que deposité mi confianza en la generosidad de don Gustavo. Aquel hombre no escatimaba cuando se trataba de regalos.

Un lunes por la mañana, muy temprano, fui corriendo a casa de Ana. Su padre nos llevaba al cole en un 1500 de asientos muy altos, y a mí me parecía toda una experiencia.

—Hola, Amelia —me saludó don Gustavo al verme—. Menos mal que hoy llevas la cartera limpia, una señorita debe ir siempre atildada, hasta en los enseres.

Eran palabras tan imposibles que no entendía lo que decía, pero me daba igual. Sonreía por dentro.

Para estar perfecta aquel día, había dedicado el fin de semana a fregar mi estuche con detergente Vim, afilar la punta de los lápices, ordenar libros y cuadernos y sacar brillo al plástico verde de la cartera. Llevaba los zapatos lustrosos, las coletas supertirantes, las medias subidas y el abrigo cepillado. Era como un balón a punto de estallar.

—Qué elegante vas —repitió don Gustavo.

—¡Gracias! Buenos días —contesté con mi mejor ademán cursi.

En el coche fuimos escuchando la radio. Ana, en el asiento del copiloto y yo en la parte de atrás. Sonaban Marito y Jorge Sepúlveda, Marito me parecía una chica. Me armé de valor y le dije a mi amiga:

—La semana que viene hago una merienda con las amigas. Como no la hice por mi cumpleaños, me dejan hacerla porque he sacado buenas notas. Mi mamá va a comprar medias noches. Te invito.

Don Gustavo me miró por el retrovisor, en un semáforo.

—¡Vaya, vaya, hasta medias lunas! —Todo lo decía distinto—. ¿Y qué quiere la princesa por su fiesta de poscumpleaños?

Cogí aire muy hondo, pensando que no hay nada peor que la muerte, que lo que es importante es importante, al margen de las reglas y las conveniencias —como me había demostrado mi yaya con la foto del pellejo—, y se lo dije temblando:

—Don Gustavo, yo lo que quiero son las bragas de la Nancy.

—¿Las...? —Se interrumpió con un golpe de tos que lo hizo vacilar al volante.

—¡Las bragas de la Nancy! —repetí con entusiasmo y voz clara—. Es que los vestiditos vienen sin ropa interior, ¿sabe? Y a mí no me parece bien que las muñecas, ni nadie, vayan sin bragas...

Hubo un silencio muy largo. El padre de Ana subió la radio. Me puse colorada como un tomate, nadie dijo nada más. Cuando nos abrió la puerta del coche, una vez delante del cole, don Gustavo me miró con cara seria.

—Amelia, esas suciedades no se dicen.

Yo me quería morir de vergüenza.

Avon llama a tu puerta

La primera vez que vi a Marisina, la chica de Avon, yo estaba en el bar de Matilde.

El bar de Matilde se encontraba debajo de casa, junto al portal de nuestro edificio, y era estrecho y sucio. La dueña me parecía vieja y joven a la vez. Vieja, porque tenía arrugas, con algo de tortuga; joven, porque llevaba los párpados pintados hasta las cejas de azul fosforito y los labios color naranja. Me encantaba. Se recogía el pelo, tono zanahoria también, con un turbante fucsia, de manera que llevaba juntos todos mis colores preferidos. Los hombres le silbaban al pasar, pero —y era lo raro— también la obedecían. Hablaba fuerte y tomaba parte en sus charlas sobre fútbol. A veces se acodaba en la barra, poniendo los pechos encima y los brazos morenos alrededor, pero casi siempre estaba pasando un trapo por la baquelita o poniendo cafés, carajillos o sol y sombras a toda velocidad. Les alzaba la voz sin miedo: «¡Son dos cincuenta, Manolo!» o «¡Me debes cien pesetas, José Antonio, ya no te fío más!». Y ellos pagaban sin rechistar.

Yo bajaba a diario al bar a por los sifones, después de las clases, o entraba los domingos con mi padre, que pedía para mí una Fanta, al principio de naranja y después, cuando me hice mayor, de limón. Los niños chupan cosas dulces, que les sosiegan la lengua y recuerdan la leche de la madre, pero las chicas cuando crecemos necesitamos sabores audaces, que huelan a vida y libertad, a cosas prohibidas. Por eso cambié de fruta.

Olía a vino en la taberna de Matilde y había colillas, huesos de aceituna y servilletas de papel transparente por el suelo, cubierto de serrín. Cuando nadie me

miraba recogía chapas para hacer trabajos manuales. Los hombres del bar callaban cavilosos, con la vista clavada en su copa pequeña y redonda, decorada con una raya roja o verde; otros charlaban con un palillo entre los dientes, y todos atisbaban hacia la calle, siguiendo las tetas, el culo y las piernas de las que pasaban. «Jacaaa», «Qué hermosuraa». También miraban, pero curiosamente sin decir nada, cuando pasaba Marisina, la del Avon.

Empezaba a atisbar que, más allá de las apariencias, había una realidad clandestina. Cuando se empieza a larvar el adulto, el cuerpo cambia, pero también el alma. No es sólo que empiezas a alcanzar los estantes más altos de la casa con tu nueva estatura, es que además empiezas a intuir secretos arcanos. Es en ese momento —en que los chicos dan el estirón y en las chicas apunta la hermosura de la hembra— que todos descubrimos que detrás de las puertas, en el fondo de los libros, al otro lado de las palabras, pasan cosas inauditas. Y eso te suspende en cierta zozobra, en una zona de penumbra donde te mueves con expectación y cautela. Marisina me desperezaba las antenas, como si anticipase misterios en ella, por eso estaba atenta.

La chica vendía los productos de Avon en todo nuestro edificio. Mamá también se convirtió en una de sus clientas y cuando venía a casa a mí me encantaba dejar la calle por un día y observar cómo «la de los perfumes» (que era como mi madre llamaba a Marisina) sacaba de sus cajas botes azules, con forma de flor, o jabones blancos, con relieves de ángeles.

En cierta ocasión mi madre la animó a visitar el piso de doña Consuelo.

—¿Dónde vive?

—En el séptimo, justo debajo de este piso.

Y ella fue y aquel mismo día le vendió a la madre de Lolo un perrito de loza y un gatito de plástico. Después volvió muchas más veces, tantas que a menudo yo me las encontraba en la escalera, cuando volvía del colegio o bajaba a la calle a hacer recados.

—Consuelo, gracias —decía Marisina, en la puerta del descansillo—. Vengo el viernes a traerle los productos.

—Claro, hija, si no estoy es porque he bajado a algún recado, pero no te preocupes, que el Lolo te abre y me esperas en el salón.

Según parece, Marisina fue el viernes y la viuda no estaba. Y al mes siguiente pasó lo mismo, y después igual. Así anduvieron hasta que, de repente, la chica dejó de venir sin que nadie supiera el motivo. A partir de ese momento, cuando mi madre y yo nos cruzábamos con doña Consuelo, ésta enrojecía, torcía la cara y nos escamoteaba el saludo, apretando el monedero bajo el sobaco, muy autoritaria.

—¿Qué le pasa, mamá?

—Y yo qué sé, hija... Las viejas se vuelven extrañas.

Fue mi afición a los colines la que me hizo descubrir el «tomate». Me encantaban esos palos largos de pan que vendía la señora Filo, la panadera. Yo los chupaba hasta que quedaban empapados de saliva. Una vez ablandados, metía la lengua en la caña central y succionaba la miga; era más un entretenimiento o un consuelo que una comida. La señora Filo, que olía a levadura fresca y tenía los brazos enormes y blandos como un bollo y los ojos verdes más deslumbrantes que yo había visto, tenía también cinco hijos varones, más malos que la peste, pelirrojos casi todos, que corrían y se tropezaban detrás del mostrador. El padre, Macario, trabajaba en los camiones de la basura, unos monstruos asombrosos de hierro, que acababan de inventarse y devoraban por detrás lo que se les echaba de los cubos.

Si una niña y una señora pueden ser amigas, la panadera y yo lo fuimos desde que tuve mi primer encontronazo con la muerte, a los cinco años, y maté al pollo que mi abuela me había comprado en el mercado de Cuatro Caminos.

Había sido una compra polémica. A mamá no le había gustado la adquisición: «¿No ve que se mueren todos, Carmen? ¡Pobres bichos, los tiñen con líquidos tóxicos! ¡Cómo va a ser rosa un pollo!». Pero mi yaya tenía opiniones más amplias sobre los animales, que para ella eran sólo aderezos para el puchero o juguetes articulados, como los trenes Payá, y cuyo bienestar le importaba un ardite, sobre todo si se trataba de que su nieta gozase: «Quita, quita, ¿y qué más da, Ustaquia? ¡Si la niña lo disfruta!». La abuela llegaba al extremo de traerme de la pescadería cangrejos de río atados con un cordel, vivos aún. Yo creía «pasearlos», pero en realidad tiraba de la cuerda hasta arrancarles las patas y terminaba arrastrando un despojo y comprobando con asombro que el animalito había fallecido.

El pollito era tan chiquitín que me cabía en la palma de la mano. Yo lo alimentaba con alpiste y canutillo de pienso y lo sacaba de paseo, atado también con una cuerda de pita. Un día me lo llevé a la panadería para enseñárselo a la señora Filo, porque ella tenía un canario en la tienda y pensé que el pollito y él podían hacerse amigos.

—¡Filooo! ¡Mira, Filooo, lo que tengooo! —grité al entrar a la carrera en el establecimiento.

Entonces, tropecé en el umbral y caí de bruces encima del pollo. La panadera me levantó rápidamente, jadeando bajo su enorme silueta, pero me dio tiempo a ver una cosa espachurrada y una patita de un rosa tierno que se movía como pidiendo auxilio. El animal había perdido su perfil natural. La cabeza descoyuntada miraba hacia un lado y las alas se abrían en cruz. El pollito que comía canutillos, el que se esponjaba entre mis manos, estaba muerto. Sentí por vez primera la desolación de la ausencia total, la pregunta terrible de por qué está rígido y quieto lo que antes desbordaba calor y movimiento. Un desconcierto dolorosísimo, que todavía no sabía que era el temor atávico del hombre primitivo ante la muerte, me recorrió la garganta. Me acongojé, era mucho peor que pelearme con mis hermanos o soportar un castigo de papá. Lloré desconsoladamente, las lágrimas me rodaban por las mejillas e hipaba.

—Ven, anda. No te disgustes así. Esas cosas pasan —me dijo Filo.

Luego me dejó entrar en el cuarto de atrás y me sentó entre las cestas de paja llenas de pan. No parecía preocupada por el animalito, que agarró descuidadamente de un ala y echó a un cubo. Empezó a preparar una merienda para las dos, con mucho pan, mucha mantequilla y mucho azúcar en la mantequilla. Yo sabía que el almacén era un privilegio de mayores, así que me concentré en mirar alrededor a pesar de la congoja, como cuando en la escuela te hacían visitar la enfermería por cualquier accidente y descubrías un mundo blanco e impoluto, con olor a alcohol. O cuando las monjas te permitían acceder a la clausura, ese espacio prohibidísimo donde había las mismas macetas y los mismos muebles baratos de fuera, pero que tenía el aura de un sanctasanctórum. Media hora más tarde respiraba bien. «Toma», dijo dándome un chicle Niña, que traía cromos de figurines y que ni mi yaya me compraba, convencida de que pegaba las tripas. Desenvolví el papel y me metí la torre blanda y rosada en la

boca. Sabía mucho a medicina de la buena.

—Anda, cálmate, que no es nada. Ya he tirado el pollo. Esto pasa siempre. ¡La de pollos que habrán aplastado mis hijos!

Eso me ayudó definitivamente. Si todo el mundo aplastaba sus pollos, el mío había seguido el camino corriente y moliente y yo no era un monstruo. El alivio coincidió con el descubrimiento del lado más tierno de Filomena, esa mujerona grande y resuelta, a veces violenta y áspera, que parecía ocultar celosamente la mujercita que llevaba dentro.

Fui cogiendo la costumbre de visitarla por las tardes. En la tahona no sólo almacenaba el pan, también calentaba café en un infiernillo y, cuando había menos trajín, cosía o hacía punto y recibía a las amistades. En aquel invierno de carámbanos de hielo en los balcones y charcos marrones congelados, muy poco después de las fiestas, crucé la calle mojada y entré en la panadería, pero no había nadie en el mostrador. Escuché conversaciones en la parte trasera y levanté la cortina que tapaba la entrada. En el extremo de un banco, con carita triste, estaba la Marisina, muy mermada y empapada en llanto, sin carpeta ni botas de charol y, de repente, más parecida al resto de las mujeres. No se veían los perfumes por ningún lado. Filo le había servido café solo, en una taza de duralex pequeña, y había aprovechado para ponerse en un plato un par de napolitanas. La de las colonias se dejaba peinar la coleta y la panadera, que me vio entrar, me pidió con un gesto que las dejase solas.

—Anda, Amelia, vete fuera y coge un colín. Llévale también a tu madre las dos barras de nueve, ya me las pagará. —La papada le tembló un poco, como con pena.

No me hice rogar, pero confieso que remoloneé un poco. Desde la tienda escuchaba a las dos mujeres.

—No le des tantas vueltas, si no es nada malo.

—¡Qué vergüenza, Filo! ¿Qué van a decir en el pueblo? ¿Qué van a comentar en el barrio?

—Pues de todo, hija. Siempre lo hacen, a la gente le gusta el cotilleo más que un vestido nuevo, pero muchas de las que critican y sacan los ojos a las demás son las primeras que tuvieron el bombo. ¿De eso te vas a preocupar?

—¡Y a ver qué dice Lolo!

—Pues qué va a decir, si lo ha hecho él. ¿O es que se cree que los niños vienen de París? —Ya sospechaba yo que lo de los niños no tenía que ver con el extranjero... Se me aceleró el corazón, entrábamos en lo prohibido.

—Pero todavía no lo han hecho fijo en el banco... ¡No me atrevo a decírselo!

—Pues como no saltes...

—¿Saltar?

—Las que no quieren tenerlo, saltan fuerte desde un muro alto o una escalera.

—¿Y eso te lo quita?

—A veces, sí. —La panadera se detuvo un instante y añadió—: Pero te rompe el corazón.

Se hizo un silencio y yo me dediqué a elegir el mejor colín. La gente prefería casi siempre los tostados, pero a mí me gustaban blancos, que se chupaban más deprisa.

—Yo me quité uno... —dijo la Filo despacio y entre suspiros—, el último... Pero hay que hacerlo pronto, si no, se asienta y no hay manera. —Se le escuchaba una voz distinta, profundamente dolorida. Por debajo de las palabras surgía el embozo de un pasado desconocido y solitario.

—Qué cosas tienes, Filo. Qué barbaridad, te puedes hasta morir...

—Pues es lo que hay, Marisina. O eres valiente, se lo dices a él y le echas fuerza delante de la gente, o te pones a saltar de la tapia de la obra, que es bien alta.

—¿Y qué pasa si saltas?

—A veces se te arranca por dentro... sangras un poco y ya está. A vivir y a intentar olvidar, que no lo consigues nunca.

—¿Y qué hiciste con..., ya sabes?

—Lo enterramos mi marido y yo. Nadie supo nunca nada. —La voz se hizo lenta y apenas se oía, como un carro viejo al que le costase subir una cuesta—. Hay trapos que se lavan en casa.

—Qué pena, Filo, cuánto lo siento...

—No hay nada que sentir —regresaba la voz fuerte y segura—, a veces la vida aprieta mucho y ya es tarde para echarse a llorar. Pero piénsatelo bien porque hay heridas que no curan nunca.

Me marché cerrando la puerta de la tienda con cuidado, para que no sonase la campanita, sintiéndome un poco culpable de haber escuchado lo que no debía. No acababa de entender qué tenía que ver el embarazo de Marisina con una tapia. Pero me resultaba muy interesante que una chica pudiera tener un hijo sin estar casada. Hasta entonces pensaba que sólo los padres y madres podían traer bebés. Lo que ponía triste a Filomena y lo que pudo haber enterrado con su marido se me escapaba por completo. Nadie me había explicado cómo se hacían o deshacían los hijos.

Un mes y medio después corrió la noticia. Yo estaba donde Matilde cuando se lo escuché decir a la parroquia:

—La Marisina se ha quedado preñada.

Me afanaba debajo del mostrador, intentando dilucidar si la bolita que tenía entre los dedos y que había cogido del suelo con mucho disimulo femenino era hueso de aceituna o canica opaca. Una marrana, supongo.

—¡De tanto vender Avon...! —añadió con sorna la tabernera.

Los hombres rieron, pero no me pareció que fuese con maldad. Los niños formaban parte del paisaje, muchos niños, como los burros del descampado o los 600 en la acera. Me sentí importante por haber sabido todo antes que ellos. Pero, sobre todo, porque había aprendido de dónde venían los niños, y me pareció una cosa bonita que del buen olor y de ponerse colonias ricas las mujeres enamorasen a sus maridos. Mucho mejor que tener que ir a Francia. Me miré las manos y comprobé que no era una canica lo que tenía entre los dedos, sino un güito repugnante que me apresuré a soltar, no me viese mi padre.

El hombre de la basura

Franco tenía un trozo de Luna. En 1973 el embajador de Estados Unidos le había regalado un pedazo de la roca sideral traída en el Apolo 11. Lo contaba el *Ya*, justo debajo de la gran cabecera roja del periódico.

Mi padre guardaba los diarios y revistas viejos en el salón y yo miraba las fotos y leía los titulares para distraerme. Andaba preocupada porque aún no sabía cómo lograr que algún adulto me llevara al poblado de los gitanos para vender el papel y el cartón que había estado recolectando con tanto esfuerzo para comprar la Nancy de Maru. De nada me serviría aquella mercancía tan valiosa si no podía comerciar con ella en el poblado.

Estaba segura de que mis padres no me iban a llevar, y no se me ocurría a qué otra persona recurrir. Buscaba día y noche una solución, sin éxito. Me senté en el suelo a curiosear entre los papeles y encontré aquel ejemplar del *Ya* donde contaban lo de la piedra lunar de Franco. Me preguntaba dónde la tendría el Generalísimo. ¿En una caja? ¿En una bolsa? ¿En una bola de cristal? Menuda suerte, la del Caudillo. Intentaba imaginarme el pedacito de luna y la cabeza se me iba al queso gruyer o la cara picada de viruela de Zósimo, el portero, sembrada de cráteres. También me venía a la cabeza una ilustración de un libro de tapas verdes, *El Cáncer*, que prefería no abrir. En tiempos del abuelo feriante la gente se moría de melancolías, pero ahora fallecían a mansalva de esta espantosa enfermedad, de la que apenas se sabía nada. En el texto se explicaba cómo las células se vuelven locas y empiezan a multiplicarse sin tino, de modo que no se las puede detener, y yo me preguntaba si en el fondo de mi

hígado blando o mi tibio riñón o en la garganta —porque todos esos tumores venían en las fotos— no estaría instalándose semejante desafuero. Luché contra mí misma, pero, como siempre que algo me atraía mucho, fue inútil. Me ocurría cada vez que estaba a solas en el salón: acababa buscando las terribles imágenes del manual... ¿Por qué miramos lo que nos asusta? ¿Por qué nos paramos cuando hay un accidente u observamos minuciosamente una herida que se infecta? Nos complacemos en los rebordes enrojecidos, el centro purulento, las secreciones. Dicen que es una reminiscencia animal, una forma de defensa, para aprender y precaverse frente a lo imprevisto. Cuando me caí sobre el pollo no podía apartar los ojos de la cabecita aplastada y la patita que temblaba aún, como una hoja en una leve brisa... Era como si los seres humanos nos empeñásemos en meter el dedo, una y otra vez, en el quicio de la puerta que nos lo ha destrozado... Volví distraídamente las páginas de *El Cáncer* y llegué a la ilustración que temía, la del pulmón putrefacto. Aparecían los dos órganos del paciente: el derecho, rosita y tierno, y el izquierdo, reseco como un queso podrido, entre blanco, amarillo y violeta, tan lleno de agujeros como la luna. Era una estampa que me empavorecía y la repasé despacio, sintiendo la angustia trepar por las paredes del estómago, desesperada por el destino de las personas atrapadas por la enfermedad. Cuando cerré el libro cogí el de *Cuentos universales*, donde sabía que había algo aún peor.

Busqué la historia de «Barba Azul», aparentemente normal hasta que el marido malo se marchaba de viaje. La mujer empezaba entonces a abrir las puertas del castillo, hasta llegar a la habitación prohibida... Yo ya sabía que lo que colgaba de las paredes de aquella mazmorra siniestra eran las mujeres degolladas, las que habían desobedecido al terrible marido por una curiosidad incontrolable. Asimismo sabía que la ilustración me daba pánico y, sin embargo, cada vez regresaba al embrujo de la estampa como si se tratase de la primera vez. La ceremonia tenía un ritual preciso y algo masoquista. Pasaba rápidamente de la página 20 a la 23, saltando la imagen atormentadora, intentando seguir el hilo del cuento y alcanzar rápido el momento final, el consolador instante en que el hermano de la protagonista llega a caballo y la rescata. Era inútil. Siempre acababa volviendo a la página 22, temblorosamente, como la mujer del monstruo, y fijaba la mirada lenta, aterrorizada, en los cuerpos

lívidos, las melenas colgando, la pared ensangrentada por los cuerpos destrozados de mis antecesoras... No podía más. Cerré los dos libros y los puse en su sitio, presa del pánico.

Tardé un rato en tranquilizarme y entretanto ordené las filas de volúmenes para distraerme. Muy poca gente tenía tantos libros como mi padre, sólo don Gustavo y Carmelo, el farmacéutico. Algunos textos me resultaban familiares, *Sinuhé, el egipcio* o *Viento del este, viento del oeste*, pero otros eran demasiado difíciles o simplemente largos, como *Dioses, tumbas y sabios*, de C. W. Ceram; *Regreso al Futuro* de Erich von Däniken —que explicaba cosas de marcianos—, o un texto horroroso llamado *Holocausto*, que reproducía en la portada personas momificadas y consumidas. Cosas de mayores. En muchas casas se repetían los títulos de los libros de moda, de la misma manera que se reproducía la decoración: estatuilla de negrito con falda de paja, chinos de alabastro, tapiz de tigres, cenicero con tapa giratoria.

Para quitarme el susto, retomé la lectura del diario *Ya* donde explicaban lo del pedazo de luna. Lo habían cogido los astronautas Armstrong, Aldrin y Collins aquel día de 1969 en que anduvieron dando paseos por el satélite. Aquella noche mis padres nos permitieron acostarnos tarde y verlo en la tele.

Era verano y no había cole al día siguiente. Papá y mamá invitaron a algunos vecinos que no tenían aparato de televisión. Apilaron el sofá y los dos sillones en la terraza y el salón se llenó de sillas de cada cual. Los críos nos sentamos en la alfombra. Estaban Maruja, con sus padres y hermanos; el portero Zósimo y su mujer; Lolo (que todavía no conocía a la Marisina, ni el Avon), la yaya y la tía Magdalena. Ésos en mi casa, porque mi padre dijo que fuera, en otros pisos del mundo entero, miraron la tele seiscientos millones de personas, una barbaridad.

Se nos contagió una emoción grande, como cuando visitábamos el circo; unos contaban chistes y otros chistaban, pidiendo silencio por lo histórico del acontecimiento. Éramos los primeros que asistíamos en vivo a la colonización de otro planeta. El Apolo 11 salió de cabo Kennedy y llegó a la Luna el 20 de julio, pero los astronautas no salieron de la nave hasta la madrugada del 21. El periódico explicaba que los tres hombres se alimentaban de víveres deshidratados, que yo imaginaba

como la mojama negruzca y salada de los veranos del Mar Menor. Sacaban los alimentos de unas bolsas de plástico y los ponían en unos hornillos donde se esponjaban y llenaban de agua de nuevo. Asombroso. Como si la hueva seca volviese a pescado tierno. Yo no me acordaba mucho de todo aquello, la verdad, era diminuta cuando ocurrió. De aquel hecho histórico se me quedaron varias imágenes grabadas en la memoria, como cuando los astronautas clavaron un mástil con una bandera que pensé que se iba a volar, porque nadie se quedaba a cuidarla, o cuando nos saludaron con la mano. En mi casa todo el mundo aplaudió. No podíamos verles la cara porque llevaban espejos negros en las escafandras grandes y redondas; los cascos reflejaban el paisaje y la nave, pero no permitían ver los ojos. Cuando acabó la emisión, salimos a la terraza y papá señaló la luna, brillante en el cielo. Qué cosas, ellos ahí arriba y nosotros aquí. Aquella noche, cuando recé, me pregunté si Dios estaría más cerca de los tres hombres solitarios o de nosotros. O tal vez más allá, lejos de todos, en el inmenso espacio estelar. Después pensé que estaría donde le diese la gana, porque para eso era Dios.

Me cansé de rememorar aquella hazaña gracias a la lectura del *Ya* y cogí el *Blanco y Negro*, que traía una foto de un señor viejo con pelo color plata pegado a la cabeza, dientes de caballo y gafas de ciego. Se llamaba Aristóteles Onassis y había muerto, no ponía si de cáncer. Era un multimillonario que, como hacían los extranjeros y entonces nos parecía impensable, había tenido varias mujeres. Una aparecía con vestido blanco de princesa y se llamaba Maria Callas. Llevaba moño y tenía la nariz muy grande. Otra era moderna, como la Nancy, y llevaba mini, gafas de sol grandes y una cinta en el pelo. De pronto vi su nombre, que coincidía con el del cabo del que habían despegado los astronautas: Kennedy. ¿Era tan famosa que le habían puesto ese nombre al cabo? Se lo preguntaría a la extranjera del barrio, a Gisela, que conocía Estados Unidos... Iba a pasar la página de la revista con toda normalidad cuando ahí, justo en ese momento, me di cuenta de cómo podría apañármelas para venderles el papel usado a los gitanos: ¡Gisela iba todas las semanas al poblado gitano a enseñar a leer y escribir a los niños! Hablaría con ella.

—¡Amelia, a cenar!

La voz de mi madre me bajó a tierra, nunca mejor dicho, a ese útero doméstico y

cálido que ella administraba y sembraba de aromas y ritmo, de verduras en juliana, rosquillas hirvientes y ropa blanqueada con azul nuclear.

Al día siguiente, bajando del autobús de la ruta escolar, vi a Gisela cruzando la calle y me lancé tras ella.

—¡Gisela! ¡Giselaaa!

—¡Amilia! ¡Cuidado no caigas! ¿Tú qué *quierres*?

Era la única forastera que conocía y, aunque la abuela me decía que tuviese cuidado con ella, porque era una mujer de las que habían «corrompido España», a mí me resultaba fascinante. Alta y huesuda, llevaba el pelo rubio corto y gafas de pasta y hacía algunas cosas completamente al revés. No usaba pendientes (no tenía agujeros en las orejas), ni se quitaba el pelo de los sobacos, aunque llevase un vestido o una camisa sin mangas: «Perforar orejas o arrancar el pelo es *costumbrrre* primitiva —decía— de *salvajies* sin cultura».

—Gisela, tengo que hablar contigo —le solté a bocajarro.

—Claro. Voy al *sapatero*, ¿te vienes y me cuentas por el camino?

Subí rápidamente a dejar la cartera y fui con ella. En la tienda estaban Paco, que era el dueño del local, y su aprendiz, un chico estúpido que no hacía más que reírse. Allí dentro olía a cuero y betún, y detrás de los dependientes se amontonaban en los estantes las botas y los zapatos. Mi amiga sacó un par de ellos, con tacones rojos, de su bolsa.

—Están incómodos —explicó—. ¿Me podría *ponerrr* unos cojoncillos *laterrales*?

—¿Unos qué? —preguntó el zapatero.

—Un *cojón* pequeño en los lados de fuera, para apoyar el pie...

—¡Cojoncillos! —gritó el tonto del mozo—. ¡Quiere que le pongas los cojones en el zapato!

Paco tampoco podía aguantar la risa, pero por lo menos hacía esfuerzos. La alemana no entendía nada y sonreía.

—La señora quiere que le pongan unas almohadillas en la planta, unos co-jin-ci-

llos —expliqué un poco enfadada. Aquella gente parecía tonta. Ni que no hubiesen visto nunca a alguien de fuera.

No era la primera vez que Gisela se confundía, claro.

—Esa mujer, esa mujer... —decía papá—. Un día le va a pasar algo. No sé cómo su marido la deja tan suelta. ¿Pues no cruza el otro día por debajo de un andamio y escucha vocear a los obreros, como bestias, y se vuelve amablemente a ver qué le querían preguntar, porque no los entendía? Claro, cuando le dijeron lo que querían hacerle, salió despavorida... ¡Se conoce que en su país los albañiles no piropean a las mujeres...! Amelia, cuando te griten a ti, ni caso.

—¡Ya lo sé, papá! ¡Que son unos brutos! Pero a las niñas no nos dicen nada.

Y, sin embargo, yo ya tenía claro que de mayor sería como las mujeres «diferentes». Imitaría a Gisela, sor Inés o Matilde, que hacían y deshacían como los hombres y a las que no les ocurría nada de nada por ir solas donde les diese la gana.

Como no tenía niños, la alemana había empezado a visitar el poblado de los gitanos para darles clases a los chiquillos. Manolo, el cura, le consiguió unos bancos corridos y unos pupitres y los instalaron en la vaguada, en una chabola grande que los mismos gitanos levantaron. No querían mandar a sus hijos al colegio, pero aceptaban que fuesen allí a aprender al menos las letras y los números. No todo el mundo estuvo de acuerdo, claro. Don Gustavo dijo a Gisela: «Dele, dele la mano a esa gente y ya verá cómo le cogen el brazo... Así como están, van contentos, pero en cuanto usted los desasne, sabrán que son unos desgraciados y empezarán a reivindicar, que hoy en día todo el mundo reivindica». Pero la mayor parte de la gente le dio cuadernos y lápices para los muchachos y la saludaban con gusto cuando la veían pasar camino del poblado.

Cuando Gisela y yo salimos del zapatero, le dije que quería acompañarla a dar las clases. Aceptó entusiasmada, dijo que era una «*ninia* mucho buena» y que ojalá fuesen todas como yo, lo que hizo que me hinchara de orgullo igual que un pavo.

La alemana vino a casa a dar la noticia a mis padres y hubo una peculiar reunión. Se sacaron las tazas chinas de las visitas y se escuchó con asombro la propuesta de la vecina, que tomaba café sin azúcar y cruzaba las piernas.

—Pero, señora —le dijo papá—, ¿cómo va a ir una niña con los gitanos?

—No pasa nada, Pepe, *irrá* conmigo. Es muy bueno que las niñas *desarrollen* sentido social, en Alemania se *valorra mucho*.

—Ya, Gisela, pero esto es España. ¿Y si le hacen algo a la cría?

—¿Los gitanos? ¡Si son *pedaso* de pan! Llevaré a *Amilia* a mi lado, *ellia* me *ayudarrá*. Al principio viene también el *curra* Manolo. Y siempre *irremos* de día.

—Deje que me lo piense.

Una semana duró la resistencia de mi pobre padre. Se vio bombardeado por un frente de solidaridad que levanté con esmero. Hablé con el padre Manuel, para que lo convenciese, y sor Inés lo acorraló en la puerta del cole el viernes, el único día en que mi padre me ahorra la ruta del autobús.

—Acaba de hacer la primera comunión, don José —le dijo la monja—. Le conviene darse a los demás. Todos los hombres son hijos de Dios, y Amelia crecerá en caridad y en preocupación por la justicia, no podemos ser egoístas...

Y mi padre, por no discutir, al final se dejó convencer.

El sábado por la mañana, Zósimo me ayudó a meter papel y trapo en el carrito y por la tarde bajamos la cuesta hacia el poblado. Anduvimos un rato largo y al final del barrio, donde terminaban los bloques con toldos de colores y terrazas cerradas con carpintería metálica, vimos acabar también el asfalto y empezamos a vadear charcos, que parecían espejos de nubes. A los lados del camino empezaban a verdear algunas hierbas. Había cabras ramoneando y un burro solitario atado a una piedra. Era un día gris y ventoso, con ese aire violento que se asienta en Madrid desde el norte y congela los dedos, pero yo no lo sentía. No sólo estaba contenta por poder vender mi mercancía, también sentía que crecía. Algo por dentro me decía que empezaba una aventura de chica mayor, que iba de ayudante con la maestra a una tarea importante. No me imaginaba hasta qué punto aquello cambiaría mi vida y levantaría el telón de una función inimaginable, que tenía lugar a escondidas. Con las manos hundidas en la trenca y un verdugo en la cabeza (el tributo que tuve que pagar a la abuela) seguía los pasos largos de mi amiga.

Las chabolas configuraban un bosque de tablones de madera y uralita, la mayoría con un patinillo delantero con carros y animales. Había gallinas corriendo y niños morenos con el pelo rubio, teñido con agua oxigenada, que reían, llenos de mocos, y nos miraban pasar. Los gitanos vivían de comerciar con bestias, casi siempre burros o caballos, en las ferias de los pueblos. Las mujeres vendían flores y telas en los mercadillos. En el poblado era difícil distinguir calles, pero Gisela conocía las casas y las diferenciaba perfectamente. En un claro, varios hombres se calentaban las manos alrededor de una gran hoguera.

No parecieron extrañados por la visita. Dos viejos con sombrero y bastón de madera brillante se levantaron de sendos sillones de paja y saludaron a Gisela muy ceremoniosamente.

—¿Y quién es la niña? —dijo el que parecía mayor y llevaba bigotazo blanco.

—Una *ayudante*, don Francisco.

—Bien pequeña, la moza. Aunque pronto se la podría casar. —Se rió simpáticamente y dejó ver un buen porrón de dientes de oro.

Yo me puse encarnada. Los viejos llevaban botonadura de plata en el traje de pana y el resto de los gitanos aguardaban respetuosamente a que tomasen la iniciativa.

—Mi *amica* busca al *trrrraperro*, a don Torta.

Hubo risas generales.

—¡Se llama Eladio, mujer! ¡El Torta es el mote! —aclaró un tipo moreno bruñido, casi negro, con un lunar en la cara y pelo ala de cuervo brillante.

De nuevo, risas entre los jóvenes.

—Chisss —ordenó el más viejo, al que Gisela había llamado don Francisco—. Un respeto a la señora. —Se callaron de inmediato, avergonzados—. Cruce *usté* las casas, siguiendo el reguero del centro, y donde el olivo, tuerza a la izquierda. Allí lo encuentra. ¡Fermín! —llamó a un chaval de pantalones medio caídos y varios jerséis de colores, uno encima de otro—, llévate a la señora a casa del Torta.

Nos despedimos dando la mano, cosa rarísima, y enfilamos la acequia que canalizaba aguas y porquerías diversas. Un cerdo hozaba en las basuras y la ropa tendida ondeaba violentamente. El chaval nos dejó, después de llamar a un portón y

mostrarnos al trapero. Mientras el hombre sacaba la romana, la mujer, que se secaba las manos en un delantal de colores, nos hizo pasar a la vivienda. Me sorprendió la limpieza. Fuera estaba todo lleno de barro, pero, apenas pasado el umbral de la casa, el sintasol brillaba como si lo hubiese fregado mi madre, y todo en la casita, de una sola habitación, aparecía perfectamente ordenado. Nos ofrecieron café en tazas de loza adornadas con pájaros, que pusieron en una bandeja, sobre una mesa camilla con mantón de flecos, y la madre y las hijas nos enseñaron con mucho orgullo las vajillas de flores, dispuestas por las paredes en vasares y estantes. A los lados de la estancia había dos camas grandes, rodeadas de cortinas, y encima de cada colcha, varios colchones apilados, que por la noche extendían en el suelo para que durmiesen los críos.

La mujer del trapero, que era la responsable de tanta limpieza, era una gitana seca y silenciosa llamada Justa. Pero le hizo mucha gracia que yo preguntase por qué no iban los niños a la escuela.

—Cuando los chicos se hacen mozos, aprenden a trabajar con los padres. Las niñas tienen que hacer las cosas de casa y casarse pronto —explicó.

—¿Y si no *quierren* casarse? —preguntó la alemana.

—Señora Gisela, eso sólo pasa en su tierra, aquí todas las muchachas quieren una buena boda.

El Torta, su marido, se llevó fuera los papeles viejos que yo había traído y los pesó en la misma calle. Me dio cinco pesetas y media. Era un capital. Calculé cuatro semanas, veintidós pesetas al mes, y pensé muy satisfecha que, en el plazo hasta Reyes y con algo de propina de la abuela, conseguiría las trescientas que costaba la muñeca para Maruja.

Después fuimos al chabolo grande, el que habían construido como aula, y vi las mesas corridas y los bancos que había traído el cura Manolo. El sacerdote estaba entusiasmado con el proyecto. Al cardenal Tarancón le parecía bien que sus curas anduviesen por los barrios obreros y saliesen de las sacristías para ayudar a las personas a mejorar sus condiciones de vida.

Para los gitanillos yo era una fiesta, por la novedad. Enseguida organicé un grupito y sacamos las cartillas y el material, que estaban cuidadosamente apilados en un

mueble con cortinillas de tela florida. Pero... mi gozo en un pozo, ¡no los entendía! ¡No comprendía lo que decían los críos! Gisela se reía.

—Es cuestión de poco tiempo, *Amilia*, hablan mal y utilizan palabras de Portugal, vienen de allí.

Pensé que, entre las expresiones de la maestra y la confusión de los gitanos, lo mismo se me olvidaba a mí hablar y escribir. En realidad, era gracioso: mis nuevos amigos no decían «árbol», sino «olivo», y cuando se referían a «carcitini», querían decir «calcetines». También tenían gustos raros: «La oooooo me gusta», decía una niña, «la eeeeeee, noooooo».

En la clase se mezclaban todas las edades. Los hombres venían porque querían aprender el mínimo, para sacarse el carné de conducir; las chicas buscaban entender las instrucciones de la Singer o la Refrey y los pequeños hacían palotes. Usaban la ropa de manera original. Ellas se ponían faldas de flores sobre los pantalones y llevaban tres o cuatro jerséis, como si no existiesen los abrigos. Les gustaban las pañoletas y llevar a los bebés en brazos. Las que tenían críos les daban de mamar en todas partes, hasta en el autobús. Fue un curso maravilloso y, a medida que mejoró el tiempo, empezamos a juntarnos alrededor del fuego para escucharlos palmear y cantar, o para probar el caldero de carne en alguna de las casas. Nunca se guardaba nada. A lo mejor era porque no tenían nevera, pero las gitanas tiraban el sobrante de las ollas a las gallinas y los cerdos. De un día para otro, no se repetía.

A veces tenían problemas con la policía y entonces acudían en grupo a la comisaría del barrio, pero no conseguían hacerse entender. Tomaron entonces la costumbre de llevar a Gisela de mediadora. Una tarde cualquiera aparecía uno de los gitanos con un carro y aparcaba delante de nuestras casas, en el barrio. Ataba el burro a un árbol y el animal empezaba a comerse los geranios de Casilda, la portera, que salía dando gritos.

—¡Quite *usté* el animal, hombre! ¿No ve que se come las plantas?

El hombre sacaba parsimoniosamente un serón y metía los belfos del animal en el saco, con dulzura. Echaba dentro un puñado de hierba y se plantaba tranquilo delante de la portera: «Vengo a *vel* a la *Jisela*», y cogía el ascensor. Media hora más tarde

bajaban los dos, la alemana con bolso y pañoleta y el gitano, muy ufano. Ella se encaramaba a la carreta, como una emperatriz, y se dejaba llevar a la comisaría, el hospital o dondequiera que tuviese lugar la cita. Las vecinas, plantadas en los balcones mirando el espectáculo, se hacían cruces y en el bar de Matilde los hombres se arremolinaban a la puerta con el palillo entre los dientes, sonriendo y meneando la cabeza... «¡Extranjeras!...» Nadie se movía, para no perder comba, hasta que el carro desaparecía en lontananza hacia el centro de la ciudad, por el mismo recorrido que hacia la camioneta que renqueaba por las cuestas.

En marzo empecé a regresar sola del poblado. Gisela se quedaba hasta que anocheceía y yo no quería que papá se enfadase. Caminaba tan tranquila como si fuera por mi propia calle, desde cada chabola me llamaban por mi nombre y en el recorrido saludaba a las gitanas que volvían con los hatos de tela apilados sobre la cabeza y a los pastores que cuidaban de los rebaños de ovejas. Un día en que me retiraba como de costumbre, vi llegar por el otro extremo de la vereda a Macario, el marido de Filomena, la panadera. Era un hombre muy fuerte y grande, con ojos pardos entreverados, como piedras de río. En el barrio todo el mundo lo conocía porque solía ir de calle en calle al volante de una furgoneta vieja con la que recogía la chatarra y los muebles viejos que los vecinos dejaban en las aceras para luego venderlos a los gitanos. Hacía ese trabajo después de cumplir su jornada conduciendo los camiones del servicio de limpieza del Ayuntamiento. Por eso solían llamarlo «el hombre de la basura».

Me disponía a saludarlo, cuando de súbito recordé que la panadera detestaba a las gitanas. Si entraban en la tienda a mendigar, las echaba a gritos: «¡A pedir a tu casa, aquí ya somos bastante pobres!», mientras que su marido renegaba desde la trastienda sobre la porquería que dejaban por las calles.

¿Qué hacía el hombre de la basura en las chabolas?

Instintivamente, me escondí tras un carro. Entonces vi a Gisela salir al encuentro del visitante y besarlo en la cara. Parecía contenta. Macario llevaba un paquete y se lo dio. Hablaron un rato en voz baja, por lo que no pude captar nada. Luego ella lo abrazó y volvió a meterse en la escuela. Pero el hombre no se marchó, esperó a que ella desapareciese, como con cautela, dio media vuelta y enfiló hacia el interior del

poblado. Me parecía asombroso lo que acababa de ver, quiero decir que Gisela no era pariente de ese señor y, no sé, no creía que a Filo le gustara que se trataran con tanto cariño. Lo fui siguiendo sin que se diera cuenta. Me salió de dentro, como si el instinto me revelase que, a partir de ahí, todo tenía que ser un poco raro y prohibido. Años después todavía me sorprende que un capricho de niña tuviese consecuencias tan graves como las que acontecieron. Supongo que estaba tan confusa por las muestras de afecto que había presenciado que no quería dejar de mirar, como cuando buscaba estampas macabras en los libros.

La enorme silueta de Macario se iba recortando sobre las persianas de hierro de las puertas, los quicios de lata claveteada, los cajones que hacían de escaleras, las cortinas de cuerda hilada. Cuando las sombras me taparon, pensé en mis padres y me dio apuro hacer tonterías a esas horas. Me di media vuelta y emprendí el regreso rumiando lo ocurrido. Me dije a mí misma que el mundo de los mayores siempre reservaba misterios.

De pronto escuché unos gritos que me helaron la sangre, unos alaridos como jamás había escuchado y que me hicieron detenerme en seco.

La gente dice «grito» como quien dice «suspiro» o «sonrisa», pero a veces un sustantivo no tiene nada que ver con su sinónimo. No es lo mismo un amanecer cualquiera que la aurora del día en que van a fusilarte. Ni es igual un crepúsculo ordinario que la puesta de sol cuando estás enamorada. Los gritos que escuché en el poblado en aquel momento nada tenían que ver con los que hasta entonces conocía. Nunca he vuelto a oír gritos como esos. Eran rugidos de animal herido, bramidos de matanza. A veces oscuros, pero después agudos y desquiciados, finalmente llorosos.

El hombre de la basura había desaparecido en la penumbra y yo corrí con todas mis fuerzas, presa del pánico. No sé cómo conseguí encontrar el camino, tal vez la pendiente me indicó la dirección de vuelta. Todavía jadeaba cuando alcancé las luces de la ciudad. El cerebro me funcionaba a toda velocidad, apresuraba el paso para volver, tenía que contarle todo. Pero el trayecto me llevó la media hora justa para serenarme y entrar en casa tranquila, fingiendo normalidad. Creo que esa noche me hice mayor. Había caído en la cuenta de que, a la más mínima palabra, no volvería a

las chabolas. Ni mi padre ni mi madre lo permitirían. Mi deseo de ayudar a Maruja quedaría truncado, mi amiga llegaría a mayor sin una miserable, única muñeca y — quizá más importante— para mí se acabaría la primera gran experiencia de autonomía y libertad que llevaba a cabo. No podía acobardarme por unos llantos cuyo origen desconocía. ¿Sería un cerdo, un burro enfermo? Los gitanos tenían animales en los corrales. Tampoco a Gisela podía consultarle lo que había pasado, tendría que haber confesado que había espiado a Macario y dar razones de por qué lo había seguido como a un ladrón.

No, no podía decir nada. Si quería seguir enseñando en la aldea, tenía que ser adulta de verdad, tragarme el susto. ¿A mí qué me importaba lo que hiciese Macario? ¿Acaso tenía yo que vigilar a una alemana que ni entendía?

Después de cenar, mientras recordaba lo ocurrido, apreté los dientes y me dormí como a la fuerza. Decidida a controlar mi temor. Definitivamente sola por primera vez en mi vida.

Gisela no se depila

La alemana me abrió los ojos sin necesidad de salir de mi país. Con ella viajé sin viajar, supe que había otros mundos junto al nuestro, otras formas de vivir. Tardé años en conocer sus secretos más personales. Nunca me contó su historia de una sola vez, sino poco a poco, de retal en retal, regalándome detalles que yo coleccionaba como las piezas de un rompecabezas fascinante, hasta que al fin pude ensamblarlas todas y contemplar la imagen completa de aquella imponente mujer llamada Gisela Sickert.

En 1975 tenía treinta y seis años y seguían costándole los usos españoles. Desayunaba tostadas con mantequilla cada mañana, a la europea, tan indemne a los churros, galletas o rosquillas nacionales como cuando llegó. Recordaba con humor el día en que pidió mantequilla en el ultramarinos y se la ofrecieron bastante rancia y sumergida en un barreño de agua con hielo. «Por el calor, señora», se explicó el dependiente al ver su cara anonadada. También el café torrefacto le desagradaba, sostenía que «*torrrefactarr* es *requemarr*». Ella lo hacía en filtro de papel, con la Melitta, y lo dejaba largo, al estilo americano.

Gisela era de Hamburgo. Allí pasó su infancia y allí soportó los horrores de la guerra: las noches, cuando la sirena comenzaba a ulular y su padre la envolvía en una manta y la llevaba dormida al sótano, donde se apretaban con los vecinos. El frío despiadado del invierno, con los cristales rotos y los vidrios sustituidos por cartones y maderas, que impedían el paso de la luz y los condenaban a usar velas incluso de día. El hambre, sólo paliada muy de vez en vez cuando conseguían engordar un conejo

en el piso y el olor del guiso entrenaba a Gisela en el dolor de perder a la mascota y comérsela.

Cuando la guerra terminó, Hamburgo se llenó de pilotos ingleses. Alemania había sido dividida en cuatro zonas de ocupación y los británicos se encargaron del cuadrante noroeste. Parecían actores de cine: jóvenes, apuestos y con vistosos uniformes. Solían regalarles chocolatinas a los niños, que a veces acudían los domingos al aeropuerto para verlos despegar. Todo, antes de que aquellos hombres llegasen, había sido feo para Gisela, pero ellos trajeron prendidos nuevos aires de alegría y optimismo entre las alas de sus aviones. Por eso siempre se sintió atraída por los pilotos.

Un día le presentaron a uno. Alfredo Suances, se llamaba. Era español y estaba de escala en Alemania. Alfredo tenía los ojos oscuros y chispeantes, con unas leves ojeras aceitunadas, y una sonrisa estruendosa y blanca en medio de la tez morena. Hasta el momento, los españoles que ella había conocido eran hombres muy ceremoniosos, dados a tratos de raíces árabes, como cuando se enzarzaban en discusiones rituales y eternas sobre el pago de una cuenta. O cuando repetían una invitación tres, cuatro veces, hasta que el otro, fingiéndose a su vez vencido, aceptaba. Algo de eso había también en Alfredo, pero al mismo tiempo era ocurrente y tenía mucho sentido del humor. La hacía reír.

Al principio habían hecho el amor de una manera furiosa y él demostró saber exactamente lo que quería. Le sorbió los labios y le susurró lo más hermoso que le habían dicho nunca en inglés: «Me encanta el sabor de tu saliva». Después le bajó las bragas, le dio la vuelta sobre la cama de aquel hotel y procedió inmediatamente, sin preocuparse demasiado por sus reacciones. Sorprendentemente, aquello le gustó. Ese dominio de macho. Esa seguridad que mantuvo siempre y esa avidez sexual que sustituía los largos prolegómenos de sus amigos de adolescencia, tan ineficazmente delicados, por una voluntad determinada que sabía adivinar sus fantasías femeninas. Con Alfredo, los pezones se le erizaban solos, sorprendidos de su deseo avasallador, y se descubría conquistada cada vez que la besaba a fondo y apretaba contra él. Se preguntaba si todos los españoles serían así, si sería cierto el mito del *latin lover*.

Gisela relataba que llevaba puesto un vestido rojo el día que conoció a su futuro

marido, y que le había parecido un buen presagio. El rojo había marcado los vestidos de su infancia. Rojo era el color de la única resistencia que su madre había podido hacer al nazismo, en aquellos años en que fue obligatorio que cada piso, cada casa, dispusiera de un mástil en la fachada para hacer ondear la esvástica en las ocasiones oficiales. Exponer una bandera en malas condiciones resultaba arriesgado, en cambio solicitar una nueva a las autoridades —aduciendo pérdida o daño— era bien visto, en eso no se escatimaban esfuerzos económicos del Estado. Así que, a falta de otros tejidos, las madres empezaron a confeccionar faldas rojas con los restos de las banderas. Recortaban la cruz gamada, impresa sobre un fondo blanco circular en el centro del paño, y pasaban una goma elástica por los bordes del orificio redondo, de forma que ciñese la cintura de las niñas. Cada primavera las calles se llenaban de pequeñas amapolas —Gisela, entre ellas— que saludaban al paso de los soldados: «*Heil, Hitler*», sin que nadie pudiese hacer nada contra las hacendosas amas de casa que aprovechaban hasta las banderas estropeadas para coser.

Así que, siguiendo la corazonada del rojo, se casó con Alfredo, viajaron a Nueva York con Iberia —la compañía sólo llevaba diez años, desde 1954, volando a la ciudad de los rascacielos—, y en pleno aperturismo franquista, se instalaron en un barrio de Madrid como una pareja más, de las que empezaban en aquellos primeros años modernos.

Todo fue como un cuento. Alfredo era atento y cariñoso y Gisela lo quería con locura. Años después, cuando me confesó con una franqueza roma y descaradamente pormenorizada que su marido era un amante «*marravilloso*», me explicó también que se había esforzado mucho por incorporar las costumbres nacionales. Empezó por depilarse las cejas y las axilas minuciosamente, con esa manía mediterránea de erradicar los pelos del cuerpo, que ella consideraba naturales y saludables. Aprendió después a dormir la siesta en verano, para poder acostarse después a las tantas, como a él le gustaba y, finalmente, se familiarizó con el extraño desorden que a su juicio formaban mantas y sábanas en las camas, sin los consuelos del edredón. También aprendió a hacer tortilla de patatas, callos, cocido y boquerones en vinagre. Se afanó en hacer del suyo un hogar feliz, y durante un tiempo estuvo segura de haberlo

logrado. Hasta ese día atroz.

Fue una mañana de primavera. Mientras barría el piso, se topó junto a la puerta de entrada con aquella nota deslizada sin piedad: «*Jisela pabisosa* no te creas tan fina tu marido *setira* todo *loquese* mueve *guara* *estranjera*». En una primera lectura apenas entendió una sola palabra. Abrió y no encontró a nadie en el rellano. No se le ocurría quién podría haber dejado el recado ni quién podía tener nada contra ella, estaba segura de que todos sus vecinos la apreciaban, salvo que ni siquiera eso supiese con certeza de los españoles, a los que tenía por ruidosos y algo caóticos, pero generosos y acogedores.

Echó mano de sus diccionarios y tardó bastante en descifrar el texto porque las palabras aparecían mal escritas. Maldita manía la de estudiarlo todo, de no haber seguido aquel impulso las cosas habrían permanecido como estaban. «Pavisosa: aplíquese a una persona sosa», decía el María Moliner que compró apenas llegada, cuando aún visitaba la academia. Más complicado le resultó lo de «fina». Significaba delgado, de poco grosor o espesor, pero supo comprender que la acepción era «afectada, cursi, finolis, ñoña». Finalmente se atascó en el verbo «tirar». Había 31 acepciones y no servían ni «lanzar», ni «desechar», ni «disparar con una cámara fotográfica» ni «trazar una línea». Descubrió, con una punzada de dolor, que la buena —por decir algo— era la trigésimo primera: «Vulgarismo. Con pronombre reflexivo. Transitivo. Tener relaciones sexuales con otra persona».

Aunque no supo desentrañar en aquel momento quién la había insultado y alertado, Gisela recordaba que su vida cambió de arriba abajo en ese instante. Hasta entonces no había dudado de su marido. Frente a las prevenciones y advertencias, consideraba que tener celos de un piloto y sus viajes era signo de primitivismo y debilidad. Además, como ella siempre decía, nunca tuvo recelos de ellos desde que aquellos sonrientes ingleses le daban chokolatinas entre las ruinas de su ciudad devastada por la guerra.

Me relató que la noche después de recibir el anónimo, examinó a Alfredo mientras le servía la cena y le preguntó si estaba cansado. Él había contestado que los vuelos

internacionales lo fatigaban especialmente, pero que estaba viendo cosas hermosas al otro lado del mar y que ella debería acompañarlo más a menudo. Gisela reflexionó entonces que sospechar de su marido por una nota resultaba estúpido. Pensó que debería enseñarle el papel y que él averiguara quién lo había puesto bajo el umbral. Pero al final vaciló al sopesar que ya no le hacía el amor tan frecuentemente y que tal vez el hecho de que no hubiesen podido tener hijos lo había alejado de ella. Decidió esperar y observar.

Pensó además que no siempre las cosas eran lo que parecían. La vida le había enseñado que no es oro todo lo que reluce. Me explicó que le había resultado muy traumática la experiencia de los SS patrullando las calles de Alemania con camiones, tan amables, tan atentos siempre con la población, convenciendo a las personas de que meter a viejos y enfermos en los asilos era lo mejor para ellos y las familias. Recordaba que Hamburgo quedó paulatinamente desierto de lisiados y retrasados. Habían censado primero y recogido por sorpresa después a cada viejo demente, cada crío enfermo. Y no fue sino años más tarde que averiguaron que nunca hubo asilos ni residencias. Que aquello se llamaba Aktion 4 y era un programa de eutanasia decretado por Hitler en persona, que no cesó hasta que el obispo Clemens von Gallen, «El león de Münster», puso el grito en el cielo, forzando al tirano a suspender la espantosa aniquilación.

Gisela me reconoció que habían sido estos antecedentes lo que la llevaron a callar, por precaución y recelo, y que lo que le cambió en consecuencia fue la mirada, la forma de juzgar a su marido. Ocurre a menudo con la maledicencia. Aparentemente no quita ni añade nada, pero el mal que excava en los corazones es profundo y difícil de medir. Empezó a repasar con otros ojos los equipajes de Alfredo, especialmente a la vuelta de sus viajes. Lo observaba cuando utilizaba su agenda. Lo escrutaba mientras hablaba por teléfono con las secretarias y el personal de tierra. Y lo delataron las solapas del uniforme azul. Camino de la tintorería, recolocó la prenda en la percha y advirtió aquel cabello largo y rojizo, que nada tenía que ver con los suyos y correspondía exactamente a la melena de la nueva sobrecarga.

Me dijo que estuvo a punto de marcharse para siempre. Por supuesto, él lo negó

todo.

—¿Infiel? Tú eres tonta, Gisela —había exclamado.

¿Por qué no hizo su maleta y se fue? Decía que no lo sabía. Que sus padres habíar muerto y le gustaban el país, su sol y su gente, los veraneos en la costa y el ritmo amable de la vida. Tal vez todo eso inclinó la balanza y permaneció. Como en España las mujeres no se divorciaban, llevó a cabo el gesto más español de toda su vida. Se convirtió en una más de tantas esposas que sospechaban de los maridos que «alternaban» por las noches o viajaban demasiado, y que preferían mirar hacia otro lado y conformarse con la constatación de que «los hombres son hombres y nada puede cambiarlos».

Gisela Sickert se incorporó a la hipocresía social. Dominó el áspero castellano, asumió las rutinas, se hizo un círculo de amigas y empezó a buscar algo que hacer durante los largos días de diario. Acompañada por el párroco del barrio, bajó a las chabolas y comenzó a alfabetizar a los gitanos. Y allí, a un kilómetro de casa, donde los edificios de ladrillo nuevo se interrumpían de golpe y volvía a intuirse el campo anterior, el de ovejas y llanos castellanos de toda la vida, descubrió un universo insospechado. Calor y tradición, respeto atávico y rituales bárbaros, cariño estruendoso y machismo secular. Empezó una batalla por esas mujeres que, como ella, permanecían calladas. Cada vez se le hizo más indiferente esa otra vida privada de él. Y consolidó la paradoja de ser profundamente germana en el poblado y totalmente española en el barrio. La doble vida. Aunque, eso sí, nunca más volvió a depilarse, desdeñó lo que le parecía una costumbre molesta y aceptó los pelos como un tatuaje, una muesca de libertad en la piel.

Y entonces apareció ese otro hombre que no parecía molestarse por el vello y que también conocía a los gitanos, Macario. Estaba habituado a trapichear con chatarra. Los porteros estaban avisados: cuando alguien dejaba electrodomésticos viejos junto a los cubos de basura, o alguna bañera vieja, o un somier desastrado, el hombre de la basura regresaba con su furgoneta y se sacaba unas perras llevándoselos a los del poblado. Se habituó a visitarla en la escuelita improvisada y le presentó a Josefa, una niña de la familia que llamaban de «los Rencos», buenos amigos suyos. La chiquita se unió a las clases, aunque pensaban casarla pronto, y la alemana puso especial empeño

en alfabetizarla. De vez en cuando, Macario traía paquetes para la familia de los Rencos. La relación con la chica los unió con un lazo interesante y a ella le gustaba aquel hombre serio y reservado, que adoraba también el cante flamenco y trabajaba duro. Aunque no tuviese los ojos negros, sino color miel, o piedra de río.

Fittipaldi y el Cola Cao

Por si yo no tenía bastantes preocupaciones encima, primero con lo de la Nancy de Maruja, después con mis visitas al poblado gitano y finalmente el misterio que rodeaba a Gisela y Macario (sin olvidar lo de las bragas para mi pobre muñeca, que eso también seguía pendiente de solución), las cosas en casa se pusieron patas arriba por culpa de un huésped inesperado.

Menuda se lió. Todo empezó una noche cualquiera, justo cuando me mandaron a acostar como a un bebé —ya habían salido los hermanos Telerín—. De pronto sonó el timbre. Mamá dejó el punto y papá el periódico.

—¿A estas horas? Ve a ver, Pepe —dijo mi madre.

Me rasqué el cuello con gusto, conteniendo un bostezo y disimulando para alargar la hora de retirada. A río revuelto, ganancia de pescadores.

En la puerta había un melencuado con pantalones de campana y gafas de pasta, con los ojos desorbitados y cara de haberse caído del guindo.

—Pero, Juan Manuel, ¿y tú qué quieres a estas horas? —preguntó mi padre.

—Don José, déjeme pasar, por favor, que la he liado.

Nos reunimos en la cocina, los hermanos en pijama y yo en camisón.

—¿En qué te has metido? —le preguntó mi padre al melencuado.

—Los grises, que han cargado contra los del turno de tarde y a mí me ha pillado en medio.

—¡Algo habríais hecho!

—¡Pues claro, esto es una dictadura, por si no lo sabe!

—No me grites, que parecéis tontos. Lleváis dos años como locos y el Caudillo está muy enfermo. ¿Pero es que no os podéis esperar? ¿No veis que el Generalísimo se está muriendo? ¡Ya veremos qué pasa luego, todavía tendremos que echarle de menos!

—¡Echar de menos la esclavitud política, la falta de libertad de pensamiento y derechos sociales, la opresión del obrero y hasta de la Iglesia, don José, que hasta detienen a los curas obreros, mire el padre Llanos! —El melenudo pensaba seguir, pero mi padre lo paró en seco.

Yo no entendía gran cosa de lo que decían, pero palabras como «manifestación» y «huelga» se repetían en el cole y el barrio. Mamá solía decir que cuando no se manifestaban los unos, hacían huelga los otros, y que así, entre pitos y flautas, no trabajaba nadie.

—Déjate de propaganda marxista. A ver, ¿qué habéis hecho? —le preguntó mi padre al de las greñas.

—Nos juntamos en Moncloa unos cien; estábamos haciendo militancia activa, repartiendo un panfleto que habíamos ciclostilado, cuando aparecieron los de la Montada. No sabe la que se armó, repartieron estopa pero bien, y algunos acabamos en la Dirección General de Seguridad.

—Milagro que no hayas pasado allí la noche.

Juan Manuel bajó la cabeza, avergonzado. Pensé que se daba cuenta de haber hecho mal, pero no era por eso.

—Mi padre llamó a la DGS... —admitió—. Me dieron tres bofetones y me soltaron.

—¡Claro, si es que los niños bien seguís siendo niños bien hasta con el Caudillo! Hay que joderse... ¿Y qué haces que no estás en casa?

—Papá está negro. Se presentó con un coche del ministerio y me sacó de Sol, pero luego me ha puesto en la calle... Dice que me vaya a practicar el comunismo a otro sitio.

—¿Y qué te crees, que aquí tenemos un koljós o un kibutz?

—Usted..., usted siempre ha sido un moderado... Con usted se puede hablar.

—Qué cojones... ¡Porque lea los *Cuadernos para el Diálogo* o trate con los Tácitos, a ver si te crees que soy revolucionario!

—Pepe, que están los niños... —terció mi madre.

—¡Los niños no sé qué hacen despiertos a estas horas, que mañana hay colegio!

Salimos escopetados y nos escondimos en la cama a todo meter. De repente todo el mundo hablaba de política. Era verdad que cuando no estaban los del metro protestando, salían los de las pancartas por las calles. Yo no entendía quién mandaba. Había un príncipe, sin que hubiese rey ni reina, y luego estaba el Generalísimo, que no se sabía muy bien lo que era. Recuerdo que escuchaba voces en la cocina y estaba asustada, que recé al ángel de la guarda pidiendo que Franco se curase y que me dormí.

A la mañana siguiente, papá había madrugado y la puerta del salón estaba cerrada.

—No entréis —advirtió mi madre—, ahora es el dormitorio del estudiante. Para eso es hijo de un gerifalte —añadió con retranca.

Lo que faltaba, ya no podía ni hojear las revistas. Comenzó una época extraña en casa, en la que el greñas tenía permiso para usar el sofá como cama hasta que se levantaba. A mediodía orillábamos sus cosas y seguíamos utilizando la sala de comedor.

—En un par de semanas —dijo mi padre—, al secretario de Estado se le habrá pasado el cabreo, pero entretanto habrá que echar una mano a este cabestro.

Mis hermanos estaban entusiasmados, sobre todo Ángel y Antoñito. El salón se llenaba de humo por las tardes y llegaban barbudos que ponían cintas horribles de unos grupos que Antoñito decía que eran preciosos.

—Son discos de Triana y *Dip Purpel* —me explicaba, haciéndose el listo.

—Pues por mí como si son de Lola Flores, pero están altísimos y son muy feos —replicaba yo.

¡Cómo estaba de crecido mi hermano con Juan Manuel en casa! No hacía más que darse aires, imitando al melenudo hasta en los gestos. Y no sólo él, también los otros dos, Ángel y Curro. Incluso cantaban a Víctor Manuel y Ana Belén en la ducha y ayudaron al estudiante a ordenar en un cajón de la fruta los libros de autores nuevos,

que en casa nunca habíamos tenido: Gramsci, Althusser, Adorno...

—Te crearás muy transgresor —le decía papá a Juan Manuel, riéndose—, pero yo he leído a Voltaire, Rousseau y Marx en la biblioteca del Ateneo y nadie me ha dicho nada. El Régimen sabe que las mentes educadas no son un problema, el problema es la incultura...

Creo que a él también le hacía gracia el invitado. Hasta le dejó cambiar los cuadros del salón donde dormía, y una mañana me encontré a mamá rezongando mientras metía *Los borrachos* de Velázquez y *La gallina ciega* de Goya en un armario. En su lugar, el greñudo colgó un rompecabezas en blanco y negro, que representaba el bombardeo de una ciudad de las Vascongadas. Salían un caballo y un toro que no sé qué tenían que ver con las bombas. También pegó un cartel en rojo y negro, con dibujos de un obrero con el puño en alto y unas letras extrañas que nos explicó que eran el alfabeto cirílico de los rusos.

—Es todo feísimo, Pepe —se quejaba mi madre con razón.

—Déjale, mujer, estas cosas se pasan con la edad, a mí también me dio por jalearse al Maquis cuando era chico.

—Acabará viniendo la Guardia Civil a casa.

—¡Qué va a venir! ¿Tú te crees que la Guardia Civil no sabe de sobra dónde está el hijo del señor secretario de Estado, ni por dónde respira? Mientras esté el chico con nosotros, aquí no entra nadie. Menudo peso le estamos quitando a su padre. El rector no hace más que darme las gracias porque evitamos que haga el tonto en el campus.

El rector ese estaría muy contento, pero a mí la presencia de Juan Manuel en casa empezaba a chincharme un poco. El colmo fue un domingo por la tarde. Tanto a Ángel como a Antoñito les gustaba muchísimo ver por la tele *La casa de la pradera*, pero sus amigos hippies les explicaron que la serie era «involucionista».

—Impide la revolución de la mujer —les dijo Juan Manuel, muy serio—, es un modelo de opresión capitalista con reglas morales burguesas.

¡Y por culpa de eso, me iba a quedar yo sin ver uno de mis programas favoritos, hasta ahí podíamos llegar!

Salí pitando a casa de don Gustavo y «querida Neus» y me lo pasé de muerte

viendo con mi amiga Ana y sus padres a los Ingalls, que se habían convertido en la familia de nuestros sueños. Ana quería ser Mary, la hija mayor, ordenada y tranquila. Y yo, Laura, una morena pecosa que siempre se metía en líos. «Carolain», la madre guapísima, quería mucho a su marido «Chars», también buenísimo. Allí todos los adjetivos merecían acabar en «ísimo».

Nuestros héroes lo pasaban fatal en aquel pueblito del Oeste con gente pérfida como los Oleson, ricos dueños de unos ultramarinos, que criaban a una consentida y malvada Neli. La televisión era la arteria de comunicación con el mundo exterior en un tiempo en que casi nadie podía pagarse un billete de avión o leer un periódico en inglés. América era un mundo fascinante de rascacielos y vaqueros, lleno de millonarios, detectives y mujeres bellísimas y escandalosas. Las series cambiaban los gustos. Las gabardinas de *Kojak*, las cazadoras de borrego de *Starsky y Hutch* o los pantalones de *Los ángeles de Charlie* poblaron los armarios a fuerza de capítulos. Cuando salió *La casa de la pradera*, las madres nos confeccionaron vestidos largos, de manga abullonada y tela de flores, y el catálogo de Nancy incorporó el traje denominado «Campestre». A Ana le regalaron uno de éstos, lleno de capullitos verdes y rosas, por su santo, el 29 de abril. Mi amiga celebraba el día de Santa Catalina porque ése era su segundo nombre, y a mí no sólo me daba envidia lo del vestido de la Nancy, que era precioso, sino también que Ana tuviera dos nombres en vez de uno solo, como los pobres. Un día se me ocurrió preguntar:

—¿Cuál es mi segundo nombre, mamá?

—¿Segundo nombreee? Te llamas Amelia Ruiz Santillana. ¿Qué más nombre quieres? ¡Anda, tira, lávate las manos, que vamos a cenar, y deja de preguntar simpleces! ¡Ni que fueses Eugenia de Montijo! En buena hora se me había ocurrido abrir la boca. Qué bochorno.

Me sentía totalmente proletaria y paleta en casa de mi amiga, pero por alguna razón mi madre consideraba que los paletos eran ellos. «A esa gente no sé qué les pasa —se quejaba cuando Neus le hacía algún desaire—. ¡Pero si el padre es de Morata de Tajuña y se cree de Michigan!». Yo no tenía muy claro qué tenía que ver una cosa con la otra, porque Morata de Tajuña me sonaba como el nombre de un lugar barroco y

opulento. Tan señorial como don Gustavo y querida Neus.

El melenudo no sólo escogía los programas de la televisión y nos ponía discos de grupos raros, también comía como una lima. Desde que paraba en casa, todas las mañanas yo tenía que bajar a la panadería de Filo a comprar un cargamento de barras de pan, porque Juan Manuel se hacía unos bocatas de chorizo que parecían violines. Podía comerse al día tres o cuatro.

—¿Es que a este chico no le daba de comer su padre? —se quejó un día mi madre, a la que bastante le costaba llenar la nevera para cuatro hijos y un marido para encima tener que alimentar a un vástago postizo—. Amelia, por favor, baja a donde la Filo y trae más pan, anda, que el melenas nos ha vuelto a llenar la panera de silencio y migas.

Yo obedecí sin chistar.

—¿Qué? ¿Otra vez por aquí? —me saludó Filomena—. Ya es la segunda vez hoy. ¿Qué te pongo?

—Dos pistolas, por favor —respondí.

—Aquí la tienes, cielo. Y el colín, si lo quieres, te lo regalo.

—¿¿Puedo elegirlo yo?!

—Claro. Pasa, anda, por detrás del mostrador.

Anduve enredando entre cestas y hogazas, mientras Filo despachaba. Hacía frío en la tienda y, sin embargo, entraba el sol a raudales por los escaparates. La panadera vestía jersey verde eléctrico, una bata floreada y zapatillas color carne, a juego con las medias. La goma se le clavaba en las corvas, rodeadas de varices, supongo que pasaba demasiadas horas de pie. Llevaba una cola de caballo rubia, apretada con una goma de caucho. Si no se hubiese oxigenado el pelo, habría sido hermosa. Estaba gorda, pero le nadaban en la cara dos ojos de oliva grandes, como de mar de invierno, fiero a veces y sereno otras, y una sonrisa generosa. Algo generaba a su alrededor que hacía que los demás nos sintiésemos bien. Para todos tenía una palabra: para Matilde, que venía a hacer el pedido del bar; para Marisina, que ya tenía la tripa gorda; para Lupe, que estaba de obras porque andaba acristalando la terraza, o para Merche, que

tenía un hijo que quería entrar de conductor del metro.

A los veinte minutos la panadería se vació, cesó el trajín y ella encendió el hornillo.

—Vente atrás, que te caliento un Cola Cao —me dijo Filo, y aprovechó para tomarse otro, con un par de napolitanas—. ¿Has visto cómo lo anuncia el Fittipaldi?

Para alargar aquella conversación lo más posible, le proporcioné la información que yo sabía que deseaba sobre mi familia: o sea, todo. Cómo le iba a papá en la universidad con los del Régimen, si mis hermanos mayores estudiaban o andaban con chicas o si mamá tenía o no dinero para llegar a fin de mes (yo no sabía ninguna de estas cosas, pero me las inventaba). Cuando ya la tuve tranquila, fui a lo mío.

—Filo..., ¿los gitanos te gustan?

—Los hay malos y buenos, como en botica.

—Voy con Gisela a verlos.

—Ya hija, ya, no se comenta otra cosa. No te separes de ella. Pero no sé cómo tu padre, tan leído, te deja ir a las chabolas.

—Son simpáticos conmigo.

—¡A ver, hija, si tú eres con ellos un ángel, pero más les valdría mandar a los hijos al cole! Claro que, entonces, los tendríamos más cerca.

—¿Por qué no los quieres por aquí?

—Son distintos a nosotros, Amelia, no les gusta trabajar. Andan vendiendo fruta y traperío, pero no se adaptan a la civilización.

—Macario los conoce del mercadillo, ¿verdad?

—¡Mi Macario está harto de limpiar por donde pasan! Los días de mercado el camión de la basura tiene que baldear dos veces por donde ponen sus puestos. No sabes el marranerío que ordenan.

—¿Tú no vas al poblado?

—Huy, quita, quita. Ni se me ocurre. Ni tú deberías ir, ¡a saber qué se te va a pegar!

—¿Macario tampoco va?

—Nunca, hija, no puede ni ver a los gitanos. Además, eso es edificación ilegal. Las

chabolas no son del ayuntamiento, ni los terrenos. Están en tierras de campo, vete tú a saber de quién..., alguien que ya no pone huertos. ¡Hasta que un día edifiquen y los larguen, que ya están tardando!

—¿No se recoge la basura en el poblado?

—No.

—¿Y dónde la echan?

—Por ahí. Tiran las mondas a las gallinas y venden la chatarra a las fábricas. Lo que les sobra, lo abandonan de cualquier manera. ¿No has visto las montoneras en las lindes del barrio?

Las había visto. Eran como colinas de basura, con algún sillón roto, un váter cascado, trozos de azulejo y ladrillo. Los pájaros se posaban encima a rebuscar y alguna cabra ramoneaba por medio. Eran unas montañitas extrañas, en mitad de la hierba rala de color gris y pardo, con los edificios altos al fondo. Como si un bombardeo hubiese destruido el paisaje y quedasen los escombros, y un resto de civilización en lontananza.

Terminé el Cola Cao y llevé el pan a casa. ¡Así que el Macario no iba al poblado...! De eso nada, que muy bien lo sabía yo: los viernes, cuando caía la tarde, su marido aparecía puntualmente a las afueras de la escuelita, siempre con algo en la mano. A veces una bolsa; otras, un paquete envuelto en papel de periódico... Gisela no me comentaba nada ni aparentaba darle importancia. Tampoco lo hacía entrar en el aula. Una intuición, una percepción de un mundo adulto y arcano, que se me vedaba y que había entrevisto en el episodio del Avon, me impulsaba a continuar investigando aquel misterio.

La única forma de avanzar era sonsacar a los hijos de la panadera. El mayor era un pelirrojo medio despistado, Chema, que andaba con mi hermano por el barrio y que iba a octavo como él. Pero cualquiera se les acercaba. Yo no conocía las reglas de las chapas o las tabas, ni sabía de fútbol. Los chicos solían ser unos brutos si alguna vez jugábamos juntos. Te daban unos sopapos de aúpa jugando a policías y ladrones, se cargaban la goma de saltar, y al «churro» nos subían las faldas para vernos las bragas.

Las únicas chicas que se relacionaban con ellos eran las mayores, que iban al

descampado y se recostaban lánguidamente contra una valla, a ver los partidos y comer pipas, pintadas como monas, pero sólo para fijarse en los que les gustaban. Ponían un radiocasete y los ojos en blanco escuchando a José Luis Perales c Moceadas, y hablaban de adelgazar. «No he perdido kilos, pero sí contorno...» Puaff... Las pequeñas juzgábamos todo eso como estupideces y no aparecíamos ni por asomo por esa reserva de monstruos primitivos. Para nosotras los varones sólo servían para pegar, molestar y destruir. Una barrera de incomprensión nos separaba de esas criaturas bastas e indómitas, que se dejaban resbalar por las barandillas de sus colegios masculinos, de patios deportivos enormes; que aullaban cuando celebraban algo en manada.

Sonsacarle información a Chema no iba a ser fácil, porque la diferencia de edad nos alejaba como extraterrestres de planetas distintos. Quizá podría acercarme a él a través de mis hermanos, que solían mezclarse con los hijos de la Filo.

De entre todos ellos, con el que más me trataba era con Antoñito. Era el más pequeño y el que me hacía más caso de los tres, aunque la mayoría de las veces fuera sólo para hacerme rabiar. Con la idea fija de avanzar en mi particular investigación, decidí empezar sobornando a Antoñito con mi pan con chocolate, pensando en que quizá él me abriría un poco la puerta al insondable y misterioso mundo de los chicos mayores.

—¿A ti te gusta jugar a los Chiripitifláuticos? —lo abordé una tarde, durante la merienda.

—¿Y a eso, cómo se juega? —contestó mi hermano.

Los «Chiris» nos fascinaban. Veíamos el capítulo diario de los personajes de Televisión Española al llegar del cole, mientras merendábamos. Las aventuras del fantasioso Capitán Tan, que viajaba por todo lo ancho y largo del mundo, y Valentina, que mandaba mucho, y Locomotoro, que era bueno y tonto, nos hacían soñar como Salgari o Julio Verne. Con apenas dos palmeras frondosas en medio de rudimentarios platós desiertos, en la pantalla en blanco y negro, recreaban selvas e islas salvajes en mitad del Pacífico.

—Bueno, podemos jugar como al *Un, dos, tres* —dije yo—, cuando imitamos el

concurso de preguntas y pruebas, pero en este caso representando a Valentina, Locomotoro y el Capitán Tan.

—Ya... Y tú haces de Valentina, ¿no? —soltó con retintín mientras le hincaba el diente a mi pan con chocolate—. Ésas son cosas de niños pequeños, Amelia.

A continuación se zampó el resto del pan de un bocado y se escabulló en su cuarto a jugar a las chapas con los hijos de Filomena. Siempre igual: cada vez que yo intentaba charlar con él, Antoñito se agazapaba con sus amigos en el interior de aquella cueva ignota que mis hermanos llamaban «su habitación».

Ese lugar era un bastión inabordable, con su litera triple y olor a fiera. Alguna vez, estando mala de anginas, me colaba con mamá —con la excusa de ayudar en la limpieza— y observaba intrigada los pósters de fútbol y baloncesto y las medallas de las competiciones. Había una mesa corrida, alineada contra la única pared libre, que les servía para estudiar, aunque Curro solía quedarse en la facultad de telecomunicaciones y Ángel, que ya estaba en BUP, pasaba mucho tiempo en la biblioteca del instituto. Entre las ausencias de uno y otro, al final aquello era la leonera de Antoñito, que coleccionaba cromos con cientos de señores idénticos con una pelota entre los pies. Nada que ver con los álbumes de mariposas y pájaros, tan bonitos. Para una niña de nueve años, que cumpliría diez en octubre, resultaba imposible distinguir un tipo con calzón azul de otro con camiseta roja.

Yo ya pensaba que mis intentos por aproximarme a mi hermano y su pandilla jamás iban a dar frutos y, lo que era peor, a costa de quedarme inútilmente varias tardes sin merienda. Pero un día tuve un golpe de suerte de lo más inesperado, y todo gracias a Fittipaldi.

Emerson Fittipaldi, el héroe de mi hermano pequeño, era un piloto brasileño que había ganado el Campeonato del Mundo de Fórmula 1 con apenas veinticinco años. Los chicos más afortunados llevaban una camiseta con la marca McLaren, la escudería del bólido que conducía. Las chapas de Antoñito llevaban pintados los colores del corredor y fotos de su cara —muy desagradable— que recortaba de periódicos y revistas. Pero al ídolo de mi hermano le salió un competidor.

Empezó a abrirse paso en los circuitos un piloto que ya había ganado al gran Emerson en España, el año anterior, y que llevaba un automóvil Ferrari. Se llamaba Niki Lauda y era austríaco y menos feo que Emerson, aunque bastante también. Y resultó que Chema, el de la Filo, se hizo de Lauda.

—¡Será gilipollas! —dijo mi hermano, para gran enfado de mi madre, a la que no le gustaba que la gente dijera tacos.

Fue una transformación automovilística muy oportuna. El brasileño representaba la pasión caprichosa, el talento espontáneo. El centroeuropeo, en cambio, era sistema y trabajo. Dos temperamentos encontrados y mil pistas para luchar y matarse. Al principio Antoñito se rebotó con Chema, pero luego entró en competición con su amigo y empezó a invitarlo a casa, para preparar las chapas de ambos equipos. Curiosamente ambos se parecían a sus héroes: moreno mi hermano, pelirrojo el otro. ¡Y ahí vi yo el cielo abierto! Como Matilde me guardaba las tapas de los botellines y los refrescos que despachaba en el bar, aprendí a usarlos como moneda de cambio. Descubrí en mí unos resortes sinuosos y astutos, que me dejaban sorprendida de mi propia audacia.

—Si me dejas que te ayude a pintarlas —tentaba yo a Antoñito, haciendo tintinear las chapas nuevas ante sus ávidos ojos—, te doy todas las que quieras...

Recibí un permiso tácito y excepcional para acompañar a mi hermano y a Chema en los trabajos manuales en la mesa de la cocina y empezó un tiempo de silencios largos. Yo sólo escuchaba, para no molestar y evitar que se me escapasen. Aprovechaba para examinar de refilón a Chema, que no decía ni mu. El chaval, cuatro años mayor que yo, era bastante más alto que la media. Más espigado y menos fuerte que Macario, su padre, había heredado los ojos verdes de la madre. Tenía pecas hasta en el cuello y unas manos de dedos largos, habilidosísimos reparando coches del Scalextric. El hijo mayor de Filo me observaba, a su vez, con curiosidad adolescente. A veces yo lo descubría mirándome y él se apresuraba a desviar los ojos, avergonzado. Supongo que, como no tenía hermanas, yo era para él una pieza extraña, algo semejante a una iguana, desconocida y exótica. En las familias mixtas se larva una rivalidad natural entre chicos y chicas, entre quienes cuidan muñecas y quienes las usan como palo de

golf, entre quienes se peinan con esmero y quienes tiran de las trenzas ajenas. Pero este chico no había visto un cesto con lazos ni pasadores en su vida, en esa casa de muchachotes en fila, así que empezó a traerme cromos de vestidos, que le salían en los Palotes o en los chicles de la panadería. Por mi parte, me especialicé en hacer carreteras para sus circuitos de automóviles en la calle, con montañitas para que subiesen y bajasen los coches, y hasta puentecillos con rampas de madera, hechos de palos de bombón helado y piedras que los chicos acarreaban de las obras.

Maruja y Ana, muy alucinadas con mi comportamiento, habían reaccionado con cierta altanería y se habían hecho las mejores amigas del mundo entre sí. Construían casitas de muñecas y tiendas de ultramarinos en la calle, a cierta distancia de los chicos, y me miraban extrañadas. Hasta entonces yo me había limitado, como ellas, a barrer parte del suelo y montar un comercio de fantasía, con venta a granel de ramitas troceadas, hojas, tierra y «pimentón rojo», que obteníamos rascando ladrillos con una piedra. O a distribuir en un cuadrante los espacios de una casa: saloncito, taburetes, dormitorios, almohadas para las muñecas. Ahora, viéndome engolfada en las carreras, creo que pensaban que me faltaba un tornillo.

Cuando mis nuevos acompañantes tiraban por fin para el campo de fútbol, yo regresaba con mis amigas, que me hacían un hueco con mohines de disgusto, como si hubiese cogido la peste perruna.

A pesar de todo, de Chema, por el momento, no lograba sacar ni una palabra que me permitiera resolver la misteriosa relación que unía a su padre con Gisela. Un día decidí compartir parte de mis inquietudes con Maruja ya que, al fin al cabo, ella era, sin saberlo, responsable de que yo me devanase los sesos con aquella historia, pues de no haber querido regalarle la Nancy por Reyes, no habría tenido semejantes inquietudes.

—Maru...

—Dime.

—¿Tú crees que un hombre se puede enamorar de dos mujeres? —le pregunté, pensando que quizá Macario andaba en ésas.

—¿De una vecina, por ejemplo?

—Sí. O tener dos esposas

—No creo. A la vez, no. Hasta los americanos se casan de una en una

Mi amiga no fue capaz de aportar mucho más sobre el lío del padre. Y, mientras tanto, yo tenía claro que el hijo se me quedaba en la cabeza cada vez más tiempo. Ni las conversaciones saladas con las chicas me resultaban tan interesantes como andar trasteando con él, callados ambos, entretenidos con las pinturas y las chapas. Me desconcertaba ese nuevo gusto mío por el silencio, cuando era una charlatana empedernida.

Zarzaparrilla

Creía que obedecer era lo más duro, pero no era cierto. Perdonar lo fue mucho más. Cuando obedeces, te dominas, pero cuando perdonas, has de entregarte. Eso, no se sabe por qué, da muchísimo miedo. Por un instante te quedas a la intemperie, como al extremo de un abismo, con la mano tendida, esperando a que el otro la tome. A veces ni siquiera la coge.

Fue el peor fin de semana del año. El greñas se había marchado un par de días, a ver si arreglaba las cosas con su superpadre, y yo remoloneaba en la cama bastante satisfecha de mi pereza, sabiendo que por la tarde nos dejarían entrar en el salón para ver la tele. Mamá empezó a vocear que había churros. Era mi desayuno preferido, roscas de porras calientes y churritos dorados, ensartados en una caña verde. Se los comprábamos a Jesús, el mismo al que mi padre había confundido con el Chuchi.

Escuché al afilador cuando abrí la ventana para ventilar. Era un sonido dulce y agudo a la vez, penetrante, que obligaba a seguir la cadencia de la música, que nos sabíamos de memoria. Las notas subían primero y bajaban después, en un lamento un poco triste, como de niño que llama la atención y pide que acudas a verlo. El hombre deslizaba los labios por una flauta de varios caños y conectaba los pedales de su bicicleta a la piedra de amolar, que giraba vertiginosamente. Las vecinas bajaban con los cuchillos o tijeras romas y, apenas apoyándolos sobre la rueda, el afilador hacía saltar chispas y los filos se recuperaban a toda velocidad. El silbido me avisó de que el barrio se había desperezado y llevaba horas en marcha.

A mí me costaba levantarme desde que la perra faltaba. Zarzaparrilla era un mastín

hembra que había vivido con nosotros hasta que creció demasiado para andar por el piso. Por las mañanas, empujaba la puerta de mi habitación con su peso y me barría la cara a lametazos. Yo levantaba la manta, me hacía a un lado y dejaba que se arrellanase en el hueco caliente de mi cuerpo. Mi madre rezongaba, porque sembraba las sábanas de pelo, pero yo no conocía una forma más amigable de despertarme.

Lo de los perros también era distinto entonces. Por el barrio había chuchos que andaban molestando por las calles. Se les podían tirar piedras sin que le pareciese mal a nadie; en cambio, si te burlabas de una vieja o golpeabas un escaparate, te podían soltar un garrotazo o un bofetón. Por supuesto en ese caso tampoco nadie decía nada. Los niños peores torturaban a perros y gatos. Les sacaban los ojos o les ataban a la cola latas llenas de paja y gasolina, a las que prendían fuego para que huyeran llevándose el incendio a sus lomos. Naturalmente eso no estaba bien visto, pero un perro era más un objeto que una persona. Su tarea era cazar, cuidar rebaños y vigilar, y tener uno en casa era un poco una extravagancia, porque ni siquiera los humanos cabíamos. Por eso tuvimos que deshacernos de Zarzaparrilla.

Hacía seis meses que habíamos llevado a la perra a las afueras, a una finca con pastores que podían emplearla con las ovejas. Cuando papá me comunicó su decisión, dejé de comer. El tira y afloja se extendió dos días y yo apartaba una y otra vez lo que me servían, pero él no cedió.

—Podrás ir a verla, Amelia, pero en un piso de cien metros cuadrados no pueden vivir seis personas y una perra. Ha crecido, necesita espacio y ejercicio físico, y tus hermanos son demasiado holgazanes para sacarla tres veces al día. Al final, es mamá la que tiene que ocuparse, y no está para eso.

Me empeñé en despedirme de mi querida mascota y acompañar a papá. La metimos en el Seat 1430 y se puso muy contenta de ocupar un asiento en lugar del maletero que le tocaba usar cuando viajábamos todos. Hay que decir que se portó bastante mal. Mordió las varillas de la persiana de la ventanilla trasera y llenó de babas la tapicería. Incluso los tapetes de ganchillo que había hecho la abuela, que daban un aire regio al coche.

La finca tenía en el centro un caserón blanco con ventanas enrejadas y una pequeña capilla. Había un jardín sin vallar alrededor del edificio, en mitad de los sembrados,

y la perra salió escopetada tras los conejos.

—¿Ves? ¡Le gusta! La cuidaremos bien —prometió el dueño. Hubo que atarla dentro del garaje cuando nos marchamos. Se la oía gruñir y ladrar como loca y me partió el corazón imaginarla en un mundo extraño, de olores ásperos y distintos, salvajes, ajenos a las dulzuras de nuestra familia.

Volvimos dos veces a verla y en ambas organizó el mismo espectáculo. No se acostumbraba y tampoco le gustaba dormir al raso, con los otros perros. En la última visita me había dado la impresión de que tenía la tripa más gorda, como después la tendría la Marisina.

—Si tiene cachorros, ¿puedo quedarme uno, sólo hasta que crezca? —solicité.

Pero mi padre nunca me respondió.

Aquella mañana de sábado, mientras se colaba por mi ventana la melodía del afilador, escuché a mi padre llamar desde la cocina y desperté a la realidad del desayuno en familia:

—¡Hay otra cosaaa! ¡Venid todos con un vasooo!

Encima de la lavadora, mi padre había colocado un pequeño aparato cilíndrico, enchufado con un cable a la pared. Imposible saber de qué se trataba. A nuestro alrededor surgía un ejército de enseres eléctricos con los usos más insospechados, desde mecheros para coches hasta batidoras para la mayonesa. Papá estaba muy gracioso con una bata azul con letras chinas negras y las piernas peludas metidas en zapatillas. Había cortado naranjas y las apretaba sobre un cono, en la parte superior del mecanismo. De súbito salió el zumo, limpio y colado, por una espita inferior, sin esfuerzo alguno. Asombroso. Cada vaso se llenaba rápidamente, como por arte de birlibirloque. Mis hermanos, agrupados en torno al invento, se manifestaban entusiasmados, y Curro, el mayor, como era aprendiz de ingeniero y un pedante, dijo, muy serio:

—Es una muestra del avance imparable de la ciencia.

Hicimos fila y avanzábamos en estricto orden, cada uno con su taza, hasta situarla bajo el caño del Citromatic, observando absortos cómo se llenaba.

—Bébetelo enseguida —me dijo papá—, que no se dispersen las vitaminas.

Nos dejó dar la vuelta dos veces, así que, incluyendo a mamá y a él, la máquina hizo doce zumos en un tiempo de plusmarca. Casi no nos quedaron ganas de churros con chocolate.

Se lo conté a Gisela por la tarde, cuando caminábamos hacia el poblado. Llevaba unos pantalones ajustados, como de esquiar, y una pañoleta azul en la cabeza, que le resaltaba los preciosos ojos azules. Estaba muy guapa.

La alemana me explicó que la nuestra era una época afortunada.

—Tu abuela —reflexionaba— lavaba la ropa en la fuente, *porrr* eso tiene las manos tan *jinchadas*. Las mujeres le debemos mucho a los electrodomésticos, porque nos *liberran* de *servidumbrrrres* físicas y nos permiten *estudiarr* y divertirnos. Pronto ya lo *verrás*, todas *los* casas tendrán lavavajillas y tele en color. Son días modernos.

Pensé que exageraba, pero la mujer creía de verdad lo que entonces me parecía absurdo del todo: que España llegaría a ser como Alemania, con autopistas, gasolineras de colores, supermercados y esas cosas.

En la chabola-escuela había revuelo. Los chicos daban palmas y uno se había subido sobre la mesa de la maestra y, en cuclillas, la utilizaba de cajón de percusión. Habían liado una fiesta improvisada. Una mujer cantaba, arrastrando la voz, y las niñas bailaban alrededor de Josefa, la niña que Macario le presentó a Gisela cuando se conocieron en el poblado. Parecía un poco avergonzada. La habían sentado en una silla y tenía un velito blanco sobre la cara.

—¡Vamos de boda, maestra, vamos de casorio! —explicó una de las mayores. Yo no entendía nada. Josefa tenía catorce años, como Chema o Antoñito.

—Es barbarie —contestó la alemana—, demasiado joven e inculta, *trrrremendo* error.

Alguien trajo leche y café y nos sentamos a tomarlo. Estaban muy satisfechos porque la familia de los Rencos, a la que pertenecía Josefa y que tenía mucho prestigio entre los gitanos, consideraba un honor que la hija pequeña hubiese sido «pedida» por la de los Tordos. Se casaba con un chico principal, de un clan de Vallecas.

Poco después, cuando todos los alumnos se esforzaban por copiar la caligrafía de la cartilla, me senté junto a la novia.

—¿Estás contenta? —le pregunté. Los cabellos de azabache le resbalaban ligeramente por la frente y una raya nívea marcaba la distancia entre las crenchas. Apenas torció la cabeza para mirarme, siguió inclinada sobre el papel. Se la veía orgullosa y crecida, como si se hubiese hecho muy mayor de repente y entre las dos hubiese crecido un río de distancia, marcado por su nueva autoridad de mujer.

—Claro.

—¿Tú te quieres casar ya?

—¡Anda! ¿Y qué voy a hacer, si no?

—¿Y conoces a tu novio?

La chica dejó el bolígrafo por fin.

—Es guapo —sonrió—, pero no lo he visto mucho, ya lo conoce mi padre.

—Pero, Josefa..., ¿has hablado con él? ¿Sabes lo que le gusta?

—¿Hablar? ¡Una no se casa para hablar! —Se tapó la boca con la mano y se le escaparon carcajadas pícaras—. ¡Se casa para hacer hijos y para hacerle el puchero al hombre... A los hombres les gustan los pucheros y las mujeres!

Me quedé perpleja. No sé muy bien por qué, pero en aquel momento pensé en Chema: lo pasaba bien con el hijo de Filo, pero no para casarme ahora. También me gustaba estar con mis padres y mis hermanos, y en el cole. Además quería ir a la universidad, y viajar, y aprender y divertirme; no me bastaba con meterme en una chabola.

Aquella noche soñé con Josefa vestida de blanco, bailando alrededor de una hoguera. Era un reflejo brillante, como de luna, en mitad del resplandor anaranjado de las llamas. Un mantón de flecos le recorría la espalda y un hombre, que me pareció Macario, la ciñó por la cintura y le besó las mejillas reposadamente, con mucho cariño. Escuché que suspiraba y gemía un poco, con un chillido finito, como de congoja. De repente, Zarzaparrilla surgió de la negrura total que los rodeaba, más allá del fuego, y se abalanzó sobre la novia. El animal apareció ensangrentado y manchó de rojo violento el vestido blanco. Desperté empapada de sudor, asustada, y abrí la

ventana. Me pareció oír a mi perra, la echaba de menos.

Conseguí conciliar de nuevo el sueño, a pesar de cierto desasosiego, y entonces la imaginación me pintó ojos de distintos colores, flotando en el aire. Azules como los de Gisela y el cielo de verano; negros como los de Josefa y los fondos de los pozos; miel como los de Macario, o de color esmeralda como los de Filo. Los había también de gatos y perros. Sentí que alguien gemía como un animalito perdido. Esta vez me levanté a por agua y el frío del terrazo me atenazó los pies. Muy despacio, caminé de puntillas por el pasillo y oí ruidos donde papá y mamá. Había una luz encendida, creo que de la mesilla, y por la puerta entreabierta vi que él estaba encima de ella y la aplastaba y ella refunfuñaba, como si la molestase.

—¿Papá? —llamé desde el umbral.

Él se dio la vuelta muy deprisa y me miraron tumbados todavía, con las cabezas un poco levantadas y los pelos revueltos.

—¿Qué pasa, Amelia? ¿No puedes dormir? —preguntó mi madre.

Estaba fatigada, se la oía respirar a trozos, como si al apretarla, él la hubiese dejado sin aire.

—Acuéstate, hija..., que vas a coger frío.

—Sí, sólo iba a hacer pis.

Me fui al baño pensando en lo raros que son los mayores. Qué forma tan tonta de jugar, casi se queda sin respiración.

Era de madrugada y estaba saliendo un sol clarito por una grieta del horizonte, cuando me levantó un ladrido. ¿Sueño o realidad? Casi en duermevela, me asomé a la calle. Nadie. Las farolas aparecían encendidas todavía y, al poco tiempo, escuché los pasos de Lolo, con los manojos de llaves tintineando y el chuzo golpeando contra las barras de hierro, que apenas salvaguardaban el remedo de jardín frente al edificio. El sereno andaba por el barrio, eso me tranquilizó y regresé a la cama a dormir.

Por la mañana, bastante más tarde, el hijo de doña Consuelo llamó a la puerta. Llevaba una caja de cartón grande en los brazos, que dejó en el suelo. Cuatro cachorros gemían a la vez, ateridos de frío. Estaban mojados y tenían restos de sangre

por las orejas.

—Pero ¡qué lleva ahí! —dijo mi padre—. ¿No ve que va a asustar a la niña?

Intentó apartarme de los perros, pero yo había visto que eran iguales que Zarzaparrilla ¿Quién los había herido y hecho sangre? ¿Por qué estaban en Madrid? No entendía nada. A lo largo del día, al revelarse la historia completa, según cogimos del relato del sereno y de lo que contaron los pastores, no podíamos dar crédito a la hazaña de Zarzaparrilla.

La perra estaba preñada cuando yo la había visto, en efecto. El dueño del caserío, que no la trataba mal, había comprobado que se alejaba y buscaba la dirección de Madrid cada vez que encontraba ocasión. Llegaron a perderla y recuperarla a veinte kilómetros de distancia. La habían atado, pero, desesperada por no poder parir en su hogar, en su cesta, la perra había destrozado la soga a dentelladas, parido cuatro cachorros y transportado cada uno de ellos al barrio, por turnos, uno tras otro y recién realizado el esfuerzo del parto. Fueron cuatro largos viajes a lo largo de la noche. Ida y vuelta, al menos dos horas de trayecto cada vez. Ocho horas de caminata. Por eso yo había escuchado gemidos y ladridos hasta el amanecer, cada vez que se aproximaba a nuestro portal.

Cuatro veces cogió un perrillo entre los dientes y cuatro veces anduvo hasta extenuarse. Al final, con los bebés enganchados a las tetas, las uñas destrozadas y las patas ensangrentadas, se dejó morir frente al portal. Allí la había encontrado Lolo. Un enorme montón de lana, frío.

El recorrido de la perra nos dejó impresionados. Macario se llevó el cuerpo con el servicio de basuras y los cachorros se quedaron en casa, no consentí otra cosa. Estaba desolada, estremecida por la lealtad del animal. No dejaba de repasar el sentimiento de fidelidad que mantuvo arraigado en el corazón a lo largo de esos meses de separación, la pena que albergó y el esfuerzo realizado para traer a casa a sus hijitos, a costa de su vida. Decidí no volver a hablar a mi padre. Descubrí un monstruo de crueldad, con un corazón de hielo con los animales. Mi perra sólo hubiese necesitado un cesto, tan sólo el cesto que en verano poníamos en la terraza y en invierno en la cocina. No exigía nada, no molestaba y el premio había sido expulsarla y obligarla a

vivir con unos extraños.

Papá entró varias veces en mi habitación, con ánimo de hablar conmigo, pero yo no abría la boca, no dije una sola palabra. Me volvía de cara a la ventana por la que había oído, sin saberlo, las llamadas de auxilio del mastín, y me echaba a llorar. Si se acercaba a abrazarme, me zafaba con asco. Un mes pasé alejada de mis amigas en el patio del colegio. Estaban impactadas también por lo ocurrido. Nadie había escuchado nunca una historia de una perra tan valiente y me respetaban cuando me ponía a leer en un rincón. En clase no preguntaba cuando las profesoras explicaban los temas, ni levantaba la mano para responder, pero supieron dejarme en paz.

Un viernes acudió sor Inés y me llevó aparte, suave pero firmemente. Nos sentamos en un banco, al primer sol de primavera, y me dejó hablar. Tenía las manos quietas sobre el hábito de color crema, muy limpio. Llevaba un alzacuellos blanco y en la cara, muy clara también, de monja vasca, dos chapetas rosadas sobre las mejillas, que hacían un extraño contraste juvenil sobre las arrugas.

Le expliqué que no quería a mi lado a una persona tan despiadada como mi padre.

—Los padres no se eligen—dijo ella.

—Pues yo a éste no lo quiero.

—Los padres, Amelia, son como un árbol viejo. Una tiene el árbol allí, junto a la ventana. Está, simplemente, desde mucho antes que una, con unas formas que una no ha elegido. Puede mirarlo y pensar: «Es bueno tener cerca un árbol que dé sombra». Incluso puede añadir: «Ojalá fuese más alto, o más frondoso». O, por el contrario, puede decir: «¡Ya está el madero ese tapándome el sol, a ver si lo corto un día de éstos! Sólo roba espacio y ni siquiera es un árbol frutal». Es el mismo árbol, ¿te das cuenta? Y, sin embargo, se percibe de modo distinto. Los padres son así. Están ahí antes que tú. Puedes alegrarte o entristecerte, pero no puedes cambiarles las hojas para convertirlos en un frutal, cuando no lo son.

—¡Preferiría que no hubiese árboles junto a la ventana!

—Pero están, Amelia, eso no lo decides tú. Tú decides sólo si los riegas o desarraigas, pero están. Quizá no te gusten tus padres, pero igual que el árbol sólo da sombra a una ventana precisa, ellos son los únicos que te han esperado y te han visto la primera vez que abriste los ojos. Y esa vez, tenlo siempre en cuenta, esa primera

vez que te vieron, te miraron como si no hubiese nada más en el mundo.

—Y después han sido crueles. Mi padre ha sido cruel, ha matado a Zarzaparrilla.

—No importa lo que haya hecho, lo que importa es lo que deseó para ti el día que te vio por primera vez. Eso es lo que es tu padre. No sus errores, ni sus equivocaciones. El deseo del origen, ése es su yo verdadero. A veces, las personas despistan su yo verdadero a lo largo del camino, pero éste permanece en el fondo del alma, créeme. Siempre.

—Pues no me gusta mi padre.

—Te entiendo, Amelia. Puedes llegar a la conclusión de que te duele tanto, tan hondo estar con él, que es mejor alejarte. Pero nunca tendrás otro. Y tú eres única para él. Nadie más te ha engendrado o te ha cogido en sus brazos y te ha mirado al nacer. Y aunque vivas feliz, ningún otro padre, nunca más, podrá mirarte de nuevo así, en ese preciso instante. Tienes un árbol junto a tu ventana, Amelia, ahora tienes que decidir si lo riegas o lo desarraigas.

—¡Pero yo no lo he elegido! ¡Yo no he elegido un padre así!

—Nada verdaderamente importante se elige. Ni el color del pelo de un hijo, ni el momento de enamorarse, ni la muerte, ni siquiera se elige a Dios. Estas cosas se aceptan o se rechazan. Pero la libertad existe sólo cuando descubrimos que tienen una razón de ser, y que es una razón de ser buena.

La monja se calló. Me molestaba un poco llorar, ya no tenía edad para echarme en brazos de nadie, pero me dolía la garganta hasta la angustia. Apenas lograba respirar. Me sequé una lágrima. Algo en mi interior cedió, como un muro de contención ante una corriente irrefrenable y poderosa, y me volvió pequeña de nuevo, me solté toda y rompí a sollozar. La abracé y sentí su olor limpio y mojé la tela blanca de su pecho. Lloraba seguido, mansamente, sentía que me hacía bien y que se me disolvía una rabia profunda por dentro. Y no lloraba por la perra, ni por mí, sino por él. Por pena de mi padre y deseo de decirle cuánto lo quería. Por supuesto, tardé muchos años en saber que él había visitado a sor Inés para pedir ayuda. Encajado en la tristeza y sin poder relacionarse conmigo, consciente de que mi dolor era justo, sólo se le ocurrió que la cascarrabias de la monja tenía resortes para acercarse a mí que podían volver a

construir un camino entre nosotros dos. Y acertó.

Tergales de boda

Progreso era la palabra. Modernización, invento. Lo viejo resultaba feo e incomprensible frente al avance imparable de la prosperidad, que restañaba las heridas antiguas y traía un lenguaje alegre y fresco, que dejaba ridículas las engoladas máximas imperiales del Régimen. Todo crecía, mejoraba, como si la sociedad retoñase de forma pródiga y, al ritmo que derramaba sus dones, fuese desluciendo las arengas de Franco, que se desdibujaban casi por sí mismas, superadas por la importancia de otros acontecimientos benéficos e imparables, que hacían que su pequeña voz se fuese aflautando. ¿«Hispanidad», «Patria»? ¡Lo importante eran los Estados Unidos de América! ¿Soflamos, cruzadas? Resultaban ridículas frente a la aventura espacial. Se imponía la certeza de que los plásticos no sólo barrerían la baquelita, sino la memoria triste de la historia peor. El nailon sustituía a las lanas; los frigoríficos al «hombre del hielo», con sus barras al hombro; los camiones a los carros. Los trenes de lata habían dejado paso a los coches teledirigidos; el dominó, a los Juegos Reunidos Geyper. Ya no había pasapuré «chino», sino «minipimer»; radio, sino televisión; enciclopedia escolar, sino libros de texto.

Era todo fácil, sin aristas, hasta los argumentos de *Los Cinco*, los libros juveniles de moda. Faltaban años para que se retorciesen las tramas televisivas y *Yo, Claudio* emborronase mi vida con traiciones y asesinatos de Estado. Para que un deslumbrante comienzo, ambientado en la Roma antigua, hiciese vacilar mis certezas: «Yo, Tiberio Druso Neo Germánico y tal y cual y esto y lo otro, porque no pienso molestarles con todos mis títulos... que otrora —no hace mucho— fui conocido por mis parientes,

amigos y colaboradores como “Claudio, el idiota” o “Ese Claudio” o “Claudio, el Tartamudo” o “Clau-Clau-Claudio” o, como mucho, como “El pobre tío Claudio”. voy a escribir ahora esta extraña historia de mi vida...». Aquella noche me quedaría perpleja con un comienzo tan audaz, pero eso sería más tarde, repito. En 1975, nadie había denunciado aún las injusticias sociales como haría *Hombre rico, hombre pobre*; ni las persecuciones raciales de *Raíces*; ni la corrupción de *Dallas*. Ni siquiera me había poseído la sensualidad de *Sandokán* u *Orzowei* («Corre muchacho ya, no te detengas más», decía la canción... y yo albergaría el deseo de que corriese de veras hasta España).

Mi realidad de los nueve años —a punto de cumplir diez— eran Flipper, Lassie, el capitán Kirk y mister Spock. El bien era el bien y el mal era el mal, sin aleación. Cor gabardina, puros y zapatos raídos, con su ojo de cristal, el detective Colombo demostraba que, para averiguar cosas ocultas, sólo hacía falta imaginación. A caballo entre los despiadados rascacielos de Nueva York, McCloud dejaba chicos a los policías de coches poderosos. Y, acompañado de un simple Chupa-Chup, Kojak era un ejemplo de astucia. Yo tenía gente a quien seguir y me emperreé en convertirme en detective.

Y como atendiendo a mi afición investigadora, el destino no cesaba de ofrecerme misterios en los que pensar, no necesariamente cómodos. En este caso el escenario fue la esperada boda de la Marisina. Consuelo, su futura suegra, nos invitó y en casa se dieron a una actividad frenética, como si coincidiesen ochenta comuniones en una sola Navidad.

Se compraron telas de algodón y tergales a juego, cintas de terciopelo, zapatos y bolsos. En las escaleras, las vecinas se aseguraban de que no se repitieran los modelos: «Casilda va de azul cielo, así que yo me he pasado al turquesa». «Pues Toqui se atreve con el verde pastel, que es lo último, así que yo me apunto al tul salmón». Las mañosas compraron revistas de patrones y pusieron en marcha la Singer, y las que podían permitírselo fueron a la modista. Para mí eligieron zapatos de charol, medias caladas y un vestido de nido de abeja azul celeste, que picaba espantosamente

y que me probaron en tres ocasiones.

Cuando llegó el gran día, papá hizo dos viajes con el 1430 para llevarnos a todos al restaurante Versailles, porque no cabíamos de una vez. La sala de banquetes tenía cincuenta largas mesas con manteles blancos. Había camareros uniformados y un guardarropa donde una señora amontonaba los abrigos a cambio de propinas.

Me parecía todo muy lujoso, con mucho oro y maderas oscuras, y mi abuela y mi tía fueron hinchándose exultantes a medida que fueron comprobando que el menú no tenía fin.

—Anda, que si nos lo dicen después de la guerra, cuando desaparecieron los gatos y hervíamos las mondas... —decía la yaya, y las dos se reían encantadas, acodada cada una junto a su pila de tres platos, uno encima de otro.

Primero se sirvieron entremeses: fiambres de colores, ensaladilla de muchas cosas, croquetas de distintos sabores, huevos rellenos, montaditos de queso y jamón, langostinos, gambas y hasta champiñones al ajillo. Los pequeños recipientes llenaban la mesa exhibiendo bienestar a raudales; a los niños nos encantaba servirnos. Luego vinieron gigantescos platos de paella y más de un adulto repitió. Siguieron los filetes, con montañas de patatas, y finalmente los mantecados helados, con macedonia y flan. Mi padre estaba congestionado y sudaba copiosamente. Mi abuela y otras señoras de edad volcaban subrepticamente las viandas sobrantes en bolsas de plástico, que habían llevado ocultas en los bolsos, como antiguas estraperlistas aprovechándose de la confusión del exceso.

—Como te vea tu nuera, te mata —le advirtió la tía Magdalena a la yaya.

—Es que ella no ha pasado una guerra, como yo. ¡Mientras yo viva, aquí no se tira nada!

—Mira, Carmen, que ya la tuvisteis las dos en el hospital...

Era verdad. Mi madre, recién parida, se había enfadado cuando la abuela acudió a la ciudad sanitaria con un barril grande de cartón, de los del detergente, lleno de pequeñas ollas repletas de alimentos calientes. «Qué vergüenza, las enfermeras debieron de pensar que veníamos de Las Hurdes —repetía siempre que salía la historia—. ¡Como si no diesen de comer en los hospitales!»

Pero los filetes empanados siguieron pasando de la mesa a las alforjas, junto con las croquetas, el queso y lo que se pudo salvar. A los viejos, la miseria se les había pegado a la piel, como un velo de roña que no permitiese vivir sin alarma. Seguían instintivamente pendientes de un traspie como el que los llevó a la locura de la matanza entre hermanos, el miedo, el hambre de la Guerra Civil.

Mientras se servían café, copa y puro (nadie hubiese perdonado nada de lo pulcramente anunciado en la cartulina del menú), la música de la orquesta empezó a sonar en una esquina del salón y las madres y los padres a bailar. Casilda, la portera, padecía de juanetes, así que su marido, Zósimo, aprovechó para sacar a doña Consuelo y quedar divinamente. El portero abrazaba tan fuerte a la señora, que el vestido dejaba ver las puntillas de la combinación y más de uno consideró que el abrazo era excesivo, y que la madre del novio estaba todavía suficientemente rica para no permitirse determinados excesos con hombres casados. Don Gustavo y querida Neus demostraron que dominaban el pasodoble; Filo y Macario no se quedaron atrás —aunque mi amiga la panadera tuvo que dejar el baile a la mitad, completamente congestionada— y hasta Gisela bailó con Alfredo, ese tipo moreno que todas decían que era muy guapo. Algunas de las invitadas sólo llevaban medias hasta la rodilla y, al bailar, mostraban unas piernas redondas y varicosas, momento que aprovechaban las peores para cuchichear sobre la falta de estilo de la gente llegada del pueblo, invitada de la novia. Me sentí orgullosa cuando papá cogió a mamá por la cintura y escuché que le decía:

—Todavía somos jóvenes...

Ella rió y bailó con la mejilla pegada a la cara de su marido, como si fuesen dos novios, y yo me puse muy contenta, como si viajase personalmente en los brazos del galán.

Creo que las niñas jugamos a ser adultas con nuestros padres. Si ellos son dulces y cuidadosos, aprendemos a buscar hombres como ellos y a respetarnos a nosotras mismas. Cuando, por el contrario, abusan y desprecian, nos equivocamos en las elecciones y nunca acabamos de creer en nosotras mismas.

Lolo, el novio, que se había sentado de nuevo a la mesa después de inaugurar la

fiesta con el vals con la novia, no tuvo más ocurrencia que decirle a mi hermano Curro que me sacase a la pista, y me puse como un tomate. Si algún día bailaba, desde luego no sería con mi hermano mayor. Aproveché para escabullirme.

En el gran hall de la entrada, una pipera hacía las delicias de los niños, que habían recibido duros y pesetas de regalo y compraban pelotas de plástico, nicanores ruidosos, peladillas y piruletas. En una esquina, Ana y Maruja charlaban bajito, ¡menudo alivio encontrarme a mis amigas! Una chupaba un pirulí de lápiz morado, con sabor a violeta, y la otra afilaba otro, de anís, succionando con la lengua hasta sacarle punta. Para mi sorpresa, dejaron de hablar apenas me vieron aparecer, como si quisiesen ocultarme algo. Ninguna me ofreció que me uniese a ellas; yo reaccioné airada:

—Secretos a la oreja, de vieja —les solté, sin poder evitar sentir un poquito de celos.

—Amelia, eres una envidiosa.

Me molestó el comentario de Ana. Tenía en los brazos su Nancy rubia vestida de boda. Maruja tampoco salió en mi defensa. A veces era una tortura en la vida distinguir quién era tu mejor amiga, la traición acechaba en cada esquina. Por supuesto, no me iba a humillar suplicando un hueco en sus vidas. Me di media vuelta fingiendo indiferencia, pero rabiando por dentro. ¿Cómo era posible? ¡Estaba esforzándome por ayudar a una niña que resultaba ser una ingrata egoísta! Me partía la cabeza por trazar un plan complicadísimo para sacar dinero de debajo de las piedras con el que comprarle un regalo y ella, en cuanto podía, se refugiaba en brazos de Ana y me daba la espalda. He de reconocer que aquella tarde estuve a punto de tirar la toalla y mandar todo a paseo. Decidí apartarme de esas dos un tiempo y pensarme si merecía la pena apostar por Maruja.

Llevaba esa idea en la cabeza mientras me dirigía al cuarto de baño. En la puerta, la cuidadora del servicio de señoras me cerró el paso como si fuera el portero del Real Madrid.

—¡Están fregando, no puedes pasar, niña!

—Pero necesito ir, por favor.

—Sal afuera, a los arbustos, o espera un poco, se seca enseguida.

Me hacía pis. Y desde luego no pensaba agacharme al lado de un seto en la calle para que me encontrasen los chicos y me viesan el «pompis». Me alejé un poco y la señora de los váteres se metió un caramelo en la boca, se estiró el jersey de nailon sobre los amplios pechos y salió para cruzar una parrafada con su amiga del guardarropa.

Entonces aproveché para colarme en los servicios y me metí aliviada en una de las cabinas. El suelo estaba seco. La silla de la cuidadora aparecía vacía, con dos agujas de punto y lana roja encima del asiento. Sobre una repisa se veía un platillo con monedas. Se oyeron como sollozos y me di cuenta de que no estaba sola. Alguien lloraba en otro de los departamentos. ¿Por qué habían cerrado los baños? ¿Alguna persona se encontraba mal, de tanta comida, y estaba vomitando? Pero no, no eran llantos, eran los mismos ruidos que escuché a mis padres la noche en que los encontré jugando en la cama. Me subí las bragas y, sin tirar de la cadena, miré por debajo de la puerta contigua. Unos zapatos de tacones gruesos y altísimos, color naranja, delataban a Matilde la del bar. Nadie llevaba calzado como ése. Las medias eran del mismo color, muy llamativas. Junto a ella vi zapatos ingleses de caballero, sin costuras y con cordones. Las piernas de la mujer se entrelazaban con los pantalones de él y a veces desaparecían, como si trepasen por ellos. Las manos de él agarraban la falda y la subían por los muslos, crispándose como de rabia. Él empezó a gemir fuerte, como bramando, y me vinieron unas náuseas horribles. Salí corriendo del cuarto de baño, sin que nadie me viese.

Pasé la tarde acongojada, comiendo pipas al fondo del salón de baile, enfadada con mis amigas que tan cruelmente me evitaban y reflexionando sobre los hombres y las mujeres. Mientras la gente daba vueltas en la pista de baile, yo recorría sus pies con la mirada. Había zapatos de tacón de aguja y punta fina, pero también con tacón grueso y punta cuadrada. Los había con hebilla de metal. Los más modernos eran yeyés, de colores estruendosos, y los más aburridos, los de las abuelas. Los de los hombres se parecían todos entre sí. Imposible averiguar de quién eran los del baño.

No terminamos hasta la noche. La orquesta paró para la merienda y hubo tarta nupcial, que Marisina cortó llorando. Los señores se juntaron en las mesas de naipes

y una densa humareda cubrió el local. Las señoras hicieron tertulia y se descalzaron bajo los manteles. Al final de la fiesta, cuando los bebés empezaban a llorar, los primeros padres comenzaron a marcharse. Hubo revuelo de despedidas, vivas a los novios, entregas de sobres con dinero y una avalancha frente al guardarropa. Mientras don Gustavo sostenía a querida Neus entre los brazos, bajé la vista y vi los zapatos ingleses, sin costuras y con cordones, bien lustrados.

Me quedé clavada en mi sitio, estorbando la salida de la gente, de modo que alguien tuvo que empujarme para que siguiera avanzando. Algo se me vació por dentro, como si hubiesen apagado la luz. Mis sentimientos de rencor hacia Ana desaparecieron y una melancolía triste se suspendió sobre el recuerdo de la casa perfecta, los globos de gas, los modales relamidos. Un fogonazo instantáneo conectó en mi mente las escenas de los últimos meses: la Marisina, mis padres en la cama, los ruidos en los servicios. Era todo lo mismo: hombres y mujeres se buscaban y seguían para chuparse y sorberse, para frotarse. Y no siempre eran familia, como papá y mamá. Me rebelaba contra lo que había visto ¡se suponía que don Gustavo era el padre de Ana, el marido de Neus, que las quería! Permanecí ojo avizor entre la multitud, pero por más que miré y remiré no pude atisbar en ningún momento una mirada de don Gustavo hacia Matilde, que estaban cada uno en una punta de la cola de salida. Ya no sabía qué pensar, ni de ellos ni de los demás. ¿Y qué pasaba con Macario y Gisela? ¿También practicarían los extraños juegos?

Al día siguiente encima de la panera de casa se lucían los regalitos nupciales: cajitas nacaradas con cigarrillos, servilleteros de rafia trenzada y pequeños abanicos de fiesta. Me encantaban, pero ese día también me llenaban de tristeza. Anduve toqueteándolos, encerrada en mi silencio, mitad encandilada con la boda, mitad herida, como una niña que pasa a mujer en soledad y que se resiste a ello. No conseguía deslindar las cosas: los afectos de los rencores, los dulces secretos de las traiciones. A mis espaldas, Juan Manuel se ponía morado a porras.

—Los grilletes de la dominación burguesa —comentó despectivamente sobre los recuerdos de la fiesta del día anterior.

Mi hermano Ángel, que desayunaba con él, asintió con la boca llena.

—Y las chicas se los ciñen con ilusión —siguió el del secretario de Estado, con tono despectivo.

—¿Quién, la Marisina? —pregunté.

—La novia y todas vosotras, que no pensáis en otra cosa que en casaros —añadió.

—¡Pues bien contenta que estaba la novia!

Mi hermano vio el cielo abierto para lucir sus nuevas lecturas delante del invitado.

—La burguesía posee los medios de producción y vampiriza la plusvalía —dijo, y apartó el azucarero un instante, porque Antoñito se sumó a la mesa y empezó a mojar sus porras—. Lo asombroso es que consigue convencer al trabajador de que es un gran bien deslomarse a cambio de un sueldo; luego el obrero esclaviza a la mujer, que trabaja sin salario, en el último escalafón social, y ella se queda encantada de ser uncida al yugo.

Como de nuevo no entendía una palabra, me fugué a mi habitación.

No había forma de dejar de escuchar cosas raras. Las tertulias de casa se habían extendido al club social del barrio, donde antes se jugaban partidas de ajedrez. La panda de Juan Manuel se juntaba allí con otros dos bandos, el falangista y el de los que leían el *Ya*, como mi padre, y se fajaban unos con otros con vehemencia, como si se fuese a acabar el mundo. A los pequeños, que vivíamos en el universo del plexiglás, nos resultaba imposible entender por qué manejaban esas palabras inexpugnables y esas ideas complicadísimas. Por qué se gritaban unos a otros y se enfadaban tarde tras tarde. Los universitarios preferían los libros de sociología y política a nuestros tebeos de *El Jabato* y *El Capitán Trueno* y parecían empeñados en arreglar un mundo que ya estaba arreglado gracias a las medicinas, los coches y los cohetes. Hablaban de Vietnam, que estaba lejísimos, y de la Guerra Fría, que debía de ser lo contrario que la caliente.

En aquellos debates, era Juan Manuel el que solía tomar la iniciativa con alguna provocación del tipo:

—La lucha de clases exige una revolución. Los obreros jamás dirigirán la sociedad sino por la fuerza. ¡Nunca estuvimos más cerca de lograrlo en España que con el

Frente Popular! —Hablabá con el pelo sobre la cara, haciendo las mismas volutas que su pipa.

—¡Los obreros! —respondía airado un pijo con loden y castellanos—. Aquí nadie ha creído en los trabajadores más que José Antonio... A ver, ¿tú sabes por qué llevamos camisa azul en la Falange? ¡Porque el azul mahón es el color de los monos de los que se desgastan las manos!»

—Vosotros, unos y otros —terciaba el del *Ya*—, despreciáis a los trabajadores porque los distinguís del resto de los ciudadanos, como si fuesen una subespecie o una raza inferior... No, señor. ¡Un hombre, un voto! Ésa es la única justicia posible. Ya es hora de que muera el Caudillo y se instaure la democracia.

—Pero ¿qué democracia? —Otra vez Juan Manuel, ante los embelesados ojos de Ángel, mi hermano mediano, y sus amigos—. ¿La del capitalismo americano? ¿La de los judíos que poseen los bancos, los diamantes, las fábricas de armas?

—Eso —añadía el pijo—, ¡la de la masonería internacional! Menuda libertad, la oligarquía del dinero...

—¡Pues vete al Berlín Este! —subrayaba el demócrata—. ¡Ya verás la libertad y la riqueza que trae el comunismo! Vete al Mar Negro y verás las dachas lujosas que se gastan los del partido...

—¡Por lo menos la gente va a la ópera y los obreros viajan en un metro de lujo, con arañas de cristal y alfombra roja! —replicaba nuestro inquilino.

—Está demostrado que el libremercado es la única fuente efectiva de riqueza. ¿O es que tú vas a trabajar igual en un koljós, de otros, que en un huerto propio, que te permita ganarte para ti y tu familia un dinero bien ganado?

—El trabajo es condición obligada —explicaba Juan Manuel—, pero lo que no es obligado es que siempre lo hagan los mismos. ¡No, señor! ¡Revolución obrera, los trabajadores al poder! ¡Que los que se desloman organicen la sociedad justamente!

—El obrero no está preparado, Juan Manuel —replicaba el del abrigo loden y la brillantina—. Los sindicatos verticales garantizan la vertebración social desde abajo, pero a la vez permiten el gobierno de los mejores.

—¿Y quién señala a los mejores? —decía el demócrata, riéndose con amargura—. ¿Tú eres el mejor, con esos ricitos y esos zapatitos de color burdeos? ¡Las urnas, las

urnas son la única forma de decidir, la manera civilizada de repartir la única justicia posible!

—¿Zapatitos? ¡Mira éste! Con la bufandita de intelectual y las gafitas de Emilic Romero... ¡Gilipollas!

—Oye, ¡gilipollas tu puta madre! ¿A que te parto la cara?

A menudo se desataban peleas y los camareros tenían que llamar a la policía. Cuando sonaban los silbatos, los estudiantes salían por piernas y sólo quedaban los viejos en el local, con el carajillo cerca y un cigarrillo colgando de la boca.

—Valientes bobos... —farfullaban—. Ya nos peleamos nosotros por las mismas cosas... Todavía me acuerdo de los camaradas del Partido Comunista en el muelle de Valencia, con el barco de los gerifaltes del partido saliendo para Rusia y la Pasionaria esperándolos en los hoteles de Moscú... Nos dejaron en tierra a los mierdas... Nos tuvimos que buscar la vida y dos veces me condenaron a muerte cuando llegaron los del Régimen, que me salvé de chiripa, y los compañeros no movieron un dedo... Valiente puterío.

Uno de boina empezaba a recordar también:

—Ya... A mí me tocó en el bando nacional, y no te cuento cómo lo pasé en el Ebro. Un capitán borracho obligó a mi mujer, que se quedó en el pueblo embarazada, a llamar al chaval Benito Mussolini, y ahora va por ahí hecho un Cristo.

—En mi pueblo también pasó... Más de uno se llama Stalin Fernández...

—Hay que ser imbéciles...

Y la ceniza se caía del cigarro al suelo y se revolvía con las servilletas usadas y los huesos de aceituna, como los viejos comunistas se habían mezclado con los ganadores de la guerra, intentando pasar desapercibidos, soñando todos con que el silencio borrara las heridas.

Juan Manuel y mis hermanos terminaron de desayunar y se fueron a sus respectivos colegios y centros universitarios. Yo, en cambio, me quedé en casa: aquel lunes iba a faltar a clase.

Un extraño silencio se instaló en el piso. Faltar a la escuela un día laborable era un extraño privilegio, que te descubría un ritmo desconocido de tareas domésticas, tráfico de coches y camiones, mujeres de compras, el cartero por los pisos... Pero todo eso no tenía por qué ser sinónimo de nada bueno. Esta vez era incluso terrorífico, porque me tocaba la vacuna.

Para acompañarme al practicante, mi madre se puso una peluca de mechones rubias y marrones porque tenía el pelo aplastado, de tanto sudar la víspera en el baile de la boda.

—No tengas miedo —me dijo—, te compraré un bollo cuando acabemos. Ya verás qué rápido pasa, ni lo vas a notar.

La consulta olía a formol y las agujas tremendas hervían en una cazuela blanca de metal, en medio de las burbujas que parecían de sulfuro infernal.

—Bueno —dijo el hombre—, ya eres mayor, así que ni me preocupas, ¿no? —Me miró mientras sonreía con dientes de conejo y cara de idiota.

Me tocaba lo que llamaban la «triple», una inyección acompañada de un líquido rosa que prevenía la polio y que se tomaba en cuchara, empapado en un terrón de azúcar. Cuando me obligaron a bajarme las bragas, apreté tan fuerte el culo que el practicante se molestó:

—Señora, dígale a la niña que relaje las nalgas, que así no hay manera. O se me rompe la aguja o le dejo un moratón de órdago.

Sentí náuseas. No había desayunado. Aflojé el trasero, pensando en el bollo que me tenían prometido, y noté que, a la vez, me hacía un poco de pis en las bragas medio bajadas. Aquella bestia me dio un rápido cachete en la nalga y clavó la aguja. Un líquido frío y ácido me escoció por dentro y una lágrima caliente de rabia me salió de los ojos.

—Ya está. ¿A que no lo has notado? ¡Anda, tonta, que no tienes edad para llorar!

Lo odiaba. Salí todo lo rápido que pude de la consulta, antes incluso de que mi madre pagase a la enfermera, y enfilé el pasillo de salida sin mirar. Cegada por la confusión, me estrellé contra un abrigo de cuadros y, al mirar hacia arriba, alcancé a ver a don Gustavo, que traía a Ana de la mano y venía a lo mismo.

—Mira, mira, si es Amelia..., siempre corriendo... ¡Cuándo aprenderás a comportarte...! ¿Vienes sola?

—Mamá está dentro... Me han puesto la vacuna. —Hipé y miré con vergüenza a mi amiga, tan terriblemente pálida y asustada como yo.

—Es ridículo que llores —dijo el muy asqueroso, porque eso sí lo tenía claro ya: era un asqueroso.

En ese momento, en que lo detestaba por mil razones, apareció mi madre y se saludaron, comentando lo agradable que había sido la boda. Mi amiga y yo guardamos silencio y nos miramos los pies. Junto a los míos estaban los zapatos ingleses, recién lustrados de nuevo. Me dio muchísima pena.

Eurovisión

—¿Veinticinco mil pesetas, veinticincoooo, más que el sueldo de un mes?

—¡Era el mínimo, no se podía poner menos, Eustaquia!

Escuchaba a mis padres gritar en la cocina, a puerta cerrada. Después de comer nos habían mandado a nuestras habitaciones, porque se avecinaba tormenta. Cuando discutían se me ponía un peso en el pecho, un temor que sólo conseguía frenar abrazándome a Curro, que dejaba los libros de la carrera a un lado y me apretaba fuerte.

—No pasa nada, bonita, todos los matrimonios pelean...

—¿Te das cuenta de que nos quedamos sin veraneo, Pepe? —voceó mi madre—. La paga extra la necesito para la modista, por los gastos de la dichosa boda, y te recuerdo que hay que cambiar las ruedas del coche y pagarle a tu madre una dentadura nueva, que la pobre ni mastica ya.

—Toqui, no es la primera vez que pasamos el verano en Madrid, ¿o es que crees que somos ricos?

Escuché a mamá sonarse. Habíamos pasado el mes de agosto del año anterior en Marbella, en uno de los hoteles de la empresa Sofico, lleno de niños suecos, rubísimos, con los que hacíamos cola en el autoservicio. Nos pareció de otro planeta comer cada día lo que quisiésemos, escoger entre decenas de platos y postres, cuando en casa jamás se hacía un huevo frito extra para el que hacía ascos a los platos. «Lentejas, o las comes o las dejas», decía mi madre, y te las servía de nuevo de cena. O de desayuno. Pero en el hotel había de todo: flanes, gelatinas de colores, helados y

hasta polos de hielo, los «flashes» de colores... Y también tenía piscina. No salíamos nunca de ella y cogimos un moreno cerrado. Hicimos fotos en el pueblo, con sombreros mexicanos como los que se compraban los turistas.

—¿Qué necesidad tenías de meterte en eso si todo el mundo decía que la empresa del caballito de mar era demasiado grande, que se iban a caer con todo el equipo? —dijo mi madre, volviendo a la carga.

—¡Por Dios! ¿Crees que soy tonto? ¿Que lo hice sin pensar? ¡Juan Losada me juró que iban como un tiro, el mismo Juan Losada de la seguridad del Generalísimo!

España estallaba de playas y extranjeros y, como decía mi padre, los biquinis hacían más por abrir los cerebros que los planes quinquenales. La abuela no lo tenía tan claro: repetía que las extranjeras y las piscinas nos iban a echar a perder a todos..., pero había disfrutado en Marbella como una enana.

Sofico Renta era la parte popular de un inmenso emporio de venta de apartamentos simbolizado por un caballito de mar azul y mis padres se animaron a participar. Para captar a la gente, la empresa ofrecía un interés descomunal, pero pronto la entrada de efectivo dejó de compensar las pérdidas gigantescas. El negocio piramidal se vino abajo arrastrando a todos. Había quebrado, miles y miles de pequeños y esforzados ahorradores, que por primera vez desde la Guerra Civil experimentaban un atisbo de prosperidad, lo perdieron todo. Como mi padre había contado, el presidente de la empresa —que acabaría en el banquillo— había tenido la precaución de rodearse de altos gerifaltes militares que durante años le facilitaron las operaciones inmobiliarias y le cubrieron las espaldas.

Faltaba mucho para junio, estábamos en primavera y la principal preocupación de mi abuela era que me ajustase el verdugo y la bufanda a la boca y respirase por la nariz, cosa que a mí me producía una angustia horrorosa, me llenaba los labios de saliva y me irritaba los morros, pero estaba claro que lo del veraneo no volvería a repetirse.

Por fin se abrió la puerta y salieron mis padres de la mano. Sentí como todas las preocupaciones se borraban. Me daban igual las vacaciones o el dinero, lo único que quería es que se quisiesen como los Ingalls.

Hechas las paces, aquella misma tarde mis padres nos mandaron a Antoñito y a mí al cine, con la tía, para que dejásemos de dar la lata. En la sesión continua daban una de Tarzán y otra del Oeste. A la abuela le daba exactamente igual porque, indefectiblemente, tan pronto se apagaba la luz y salía el NO-DO, se quedaba frita. Era muy gracioso, ni el paso del acomodador en el intermedio, ofreciendo bombones helados, pipas y almendras garrapiñadas conseguía despertarla. Yo le tiraba entonces de los pelillos de la barba, que tanta rabia le daban, y conseguía desperezarla, al menos para que abriese el bolsillo y pagase los helados. Tenía un monedero grande y barrigudo, a reventar de calderilla y billetes de lotería de los ciegos.

—Estaos quietos —decía—. Si sois buenos, vamos luego a tomar una horchata o una *pesi*.

Años atrás, siendo más pequeños, las excentricidades de mi abuela habían pasado de castaño oscuro... pero mi madre nunca se enteró de algunas cosas que tuvieron lugar a sus espaldas.

—Yaya... —le decía yo en el cine.

—Dime, hija.

—Tengo ganas de hacer pis.

—Pues agáchate cuando apaguen la luz y lo haces aquí mismo —me ordenaba sin vacilar.

Y yo, con seis, siete años ya, me aseguraba de que los espectadores estuviesen concentrados en la película y, aprovechando que en la primera sesión apenas había tres o cuatro personas por fila, orinaba en el suelo de terrazo. El líquido corría gradas abajo, porque el local era inclinado. Casi nunca llegaba a hacerse un charco frente al escenario, por la calefacción. Hay que reconocer que el comportamiento de los chavales del barrio tenía el cine hecho un basurero, con olores tremendos, asientos de escay rajados por las navajas y grandes montones de pipas, que había que dedicar horas a barrer después. No eran costumbres privativas del cine, claro. Gisela había tenido problemas para comprender algunas de las prohibiciones de los carteles de los autobuses: «No escupir en el suelo», «No hacer aguas menores».

—¿Qué son aguas menores, *Amilia*?

—Pis, hacerse pis, Gisela.

—¿Y las aguas *maiores*?

Yo no sabía contestarle, pero la alemana volvía a la carga.

Aguas menores no pueden ser *orrhines*... porque lo he leído en la camioneta.

—Yo también lo he leído, claro que lo pone.

—¿Pero cómo se le va a *ocurrirrr* a nadie *orrinarrr* en el autobús, *Amilia*?!

Pero se nos ocurrían muchas cosas. Macario, Zósimo o Lolo, por ejemplo, carecían de empacho para soltar el gargajo en cualquier esquina, sobre todo cuando estaban acatarrados. Lo único importante era que no te escupiesen encima. Por eso yo comprendía que era mejor orinar en el suelo que arriesgarme a desobedecer a mi abuela e ir sola al baño de mujeres. Vete a saber si no estaba el Camuñas en los váteres oscuros, ese hombre del saco con el que me asustaban.

No siempre había acatado dócilmente las sorprendentes ideas de la yaya, claro. Cuando dábamos la lata en los intermedios, por ejemplo, nos mandaba correr por el cine, de un lado a otro. «Anda, echaos unas carreras.» Nunca conseguí entender qué beneficios podían derivarse de atropellarnos como locos por los pasillos. Supongo que quería desbravarnos. Pero a mí no me gustaba correr a lo tonto.

El cine era América y América era el paraíso. En aquel lejano Oeste no había señores con boina, ni viejas de negro, ni siquiera tenían ovejas. Los campesinos de *Siete novias para siete hermanos* sabían cantar y bailar y construían enormes graneros de madera sin tejas. En el campo, que se parecía un poco a los alrededores del barrio, pastaban miles de vacas y los vaqueros iban a caballo. Americanos eran también Tarzán y Espartaco, que además se parecían. Y cuando en Semana Santa veíamos *La túnica sagrada*, nos resultaba más natural entender Jerusalén como una aldea perdida de Connecticut o Massachusetts, con vírgenes rubitas y pastores hercúleos de dos metros, que situarla en el Oriente Medio de las noticias, donde siempre se peleaban palestinos e israelíes, unos señores bastante más morenos y más feos.

De regreso del cine, agarrábamos a la abuela cada uno por un brazo. «Cuidado al

cruzar, a ver si os vais a caer», pero la que tenía peligro de caerse era ella. Pasábamos por el bar y nos invitaba a dos horchatas de chufa Ché. Ella encargaba un café con leche en vaso, meneaba el azúcar con una cucharilla y después se enjuagaba la boca con el líquido, una costumbre horrible que, según mi madre, no se podía hacer. El camarero sacudía las botellas de cristal de nuestras bebidas, para que los polvos grises se despegasen del fondo, y nos servía. Me preguntaba qué era la chufa, pensaba que era un batido de cereales.

Mientras me bebía el dulce refresco, más que en la película (que me había aburrido un poco), yo pensaba en el Festival de Eurovisión, para el que apenas faltaban unos días. Sergio y Estíbaliz eran nuestros guapísimos representantes. La familia entera vería la tele esa noche y hasta mi hermano Ángel participaría, porque decía que «Europa es un alivio para este Régimen enfermo. Mirad a Escandinavia y se os ensancharán los corazones».

Pensé que tal vez pudiese subir Maruja a acompañarnos. Era un misterio cómo los disgustos y las peleas desaparecían entre nosotras. Tras la boda de Marisina había hecho acopio de rencor para hacer pagar a mis amigas los desdenes de aquella tarde, pero era imposible. Tan pronto pasaba algo nuevo, excitante o sorprendente, las ganas de compartirlo con ellas superaban cualquier dique. Lo mismo ocurría con mi familia. Cada nuevo acontecimiento me llenaba de excitación y la mitad de la alegría consistía en compartirla. Había olvidado, por ejemplo, lo de Zarzaparrilla. Mi padre y yo, ya reconciliados, llevamos los cachorros al campo, para que se criasen lejos de la ciudad y no padeciesen la pena que había matado a su madre.

La noche de Eurovisión hacíamos cuadrantes en un papel e íbamos apuntando los votos de cada país. En otra lista escribíamos las apuestas de la porra —de un duro— y casi todos ponían a España entre los finalistas, porque solíamos quedar entre los cinco ganadores. Era verdad que Peret, el año anterior, sólo había conquistado el décimo puesto, pero es que ir con una guitarra a Europa no era moderno. ¡Más allá de los Pirineos sólo se usaban guitarras eléctricas, sintonizadores y baterías, había que ser consciente!

La ilusión por el concurso me endulzó un poco la preocupación por lo que pasaba en casa. Ojalá hubiese podido desentenderme del todo, como Antoñito, que regresaba

dando patadas a una lata de sardinas vacía y no parecía preocupado más que por el fútbol, pero mamá tenía algo de razón: «En esta casa sólo hay disgustos». Me sentía mal por vender trapos y papel en las chabolas, a hurtadillas, sin sincerarme con mis padres sobre el verdadero sentido de mi supuesta labor humanitaria; me dolía también que a mi padre lo hubiesen engañado los de Sofico y, últimamente, había añadido una nueva preocupación a mi lista, a partir de un hecho al que no encontraba explicación.

Había regresado una tarde del cole justo a tiempo de acompañar a mi madre a los recados. Como estaba en ropa de andar por casa, se metió en el dormitorio y me encomendó que merendase el pan con quesito que me había preparado. Aunque mamá no era gorda, siempre usaba faja para salir y se fijaba las medias con ligas, le parecía más decente que la ropa no se le pegase al cuerpo. Después se ponía combinación, vestido y abrigo. Cuando no usaba peluca ni había tenido tiempo de cogerse el pelo con los rulos, se lo cubría con un gorro de lana muy gracioso, un poco «jipi». Delante del tocador se atusaba los rizos que sobresalían y se ponía un poco de perfume. Cuando acabé el bocadillo, entré en su habitación sin llamar y la pillé. Con una aguja rasgaba las prendas que llevaba puestas, haciendo que los puntos se corriesen. Me quedé mirando con la boca abierta, pensando en el precio de las medias, pero me regañó de forma tan brusca que ni abrí la boca:

—No te quedes ahí, coge el paraguas y la bolsa —ordenó.

Sobre la colcha de la cama había otro par de medias y se cambió rápidamente.

Aquella tarde dejamos unos zapatos donde Paco y su aprendiz, aquellos que tanto se habían asombrado cuando Gisela les pidió unos «cojoncillos» para su calzado. También compramos un melón en la frutería, pasamos por la farmacia y, finalmente, fuimos a los frutos secos a comprar patatas fritas para la cena. Mamá no habló casi nada, como si estuviese molesta, pero sí me explicó que el barrio había crecido mucho, y que antes las ovejas pastaban en un prado que había justo donde estaba nuestro edificio. Dos millones y medio de españoles habían tenido que emigrar al extranjero y cuatro millones habían dejado sus pueblos para moverse a las grandes

capitales. Al principio el Gobierno intentó hacer frente a la oleada construyendo casas de protección oficial, pero pronto se vio desbordado. La gente levantaba un chamizo con cuatro palos en un descampado durante la noche, pagaba una multa al día siguiente y empezaba a construir una chabola como buenamente podía. Después, ya en los sesenta, los grandes empresarios inmobiliarios, como el catalán José Banús o el gallego Manuel Cobo Calleja, hicieron su agosto. En todas las metrópolis se construyeron barrios así, enormes, altos, apresurados, abigarrados. En Barcelona nacieron Nou Barris, Zona Franca o la Barceloneta, el Barrio de La Mina en Sarrià de Noya o Bellvitge en Hospitalet de Llobregat. En Madrid: Vallecas, Villaverde, La Concepción, Usera, el Barrio del Pilar o Moratalaz. Todos fueron los escenarios de las bodas que producirían el *baby boom*, con familias de cuatro, cinco, seis hijos. Millones de metros cuadrados se urbanizaron a toda prisa, sin servicios, garajes ni bibliotecas. Los bajos se convirtieron en talleres, tiendas, pequeñas fábricas, almacenes y oficinas de venta de pisos. En los barrios madrileños prosperaron gallegos y asturianos —serenos, faroleros y dueños de bares muchos de ellos—, andaluces —casi todos dedicados a la construcción— y todo tipo de obreros, operarios, tenderos y oficinistas que hicieron de las viejas ciudades urbes gigantes donde se asfaltaba, se instalaban tendidos de luz y se colocaban tuberías continuamente. La ciudad se alimentaba a sí misma. Cientos de miles de trabajadores hacinados, incansables y ambiciosos, decididos a dejar a sus hijos un futuro mejor a costa de su propia sangre si era preciso, producían trabajo. Se avanzaba y se crecía, se superaban obstáculos.

De vuelta de las tiendas pasamos por casa de Candela, la mamá de Maruja, y dejamos las medias para arreglar. Yo no entendía nada, pero como mi madre se enfadó cuando la pillé estropeándolas, no me atreví a preguntar. A mí no me parecía que romper la ropa, con la preocupación por el dinero que teníamos, tuviese mucho sentido, pero el mundo de los mayores era imposible de entender. Cuando querían ocultarte algo, te mandaban a la cama; si se miraban entre sí y callaban súbitamente, era porque estaban diciendo algo que no querían que oyeses; si afirmaban: «Lo entenderás más adelante», no era porque no te cupiese algo en la cabeza, sino porque no querían explicártelo. Hacía mucho que me sentía aventurera y extraña, forastera en

el nido de siempre, que ya no era obvio ni transparente, que ocultaba cosas que yo deseaba descubrir. Era como si me hubiese hecho lista de repente y ellos no se hubieran percatado. Los niños crecen con absoluta certeza de que lo que ven es lo que hay. De hecho, esa certeza es precisa para crecer como persona segura. «Papilla» es sólo papilla, a ningún crío se le ocurre que sea nada más que algo bueno y tibio que reconforta, que resbala por dentro como lava tibia y buena; a ningún bebé se le ocurre imaginar que pueda llevar veneno. De la misma manera, mamá es la casa caliente, no una mujer con una doble vida. Y papá es el castillo sólido, nunca ha querido a otra. Luego, poco a poco, determinadas certezas se van resquebrajando. Ése era el momento en que yo me encontraba, y no siempre era fácil.

Pero no hay mal que cien años dure. En medio de tantos sinsabores llegó el gran día: el concurso de Eurovisión. Y todo pareció mejorar y ni la política ni la economía consiguieron estropear el buen humor que se desató en casa.

Otra vez la ceremonia de las sillas inundó el salón, otra vez emigraron los sillones al balcón y otra vez la abuela hizo croquetas para todos y bocadillos y tortilla. Nos dispusimos a ganar el festival de la canción europea. Maruja y yo habíamos dedicado la tarde a vestir a Nancy y al bebé, y les llenamos el pelo y la ropa de espumillón navideño, que habíamos guardado de Reyes.

Todos, absolutamente todos, apostamos por Sergio y Estíbaliz. Una pareja guapísima de novios, de veintidós y veintiséis años. Eran hermanos de los integrantes del grupo Mocedades, que a su vez había participado en Eurovisión dos años antes con la canción *Eres tú* y lo había hecho fenomenal. La hermana mayor de Ana coleccionaba cromos de cantantes famosos y muchos habían pasado por el concurso: desde Raphael, un chico muy gracioso con flequillo negro, que cantó *Yo soy aquél*, hasta Julio Iglesias, otro muy moreno con una sonrisa muy blanca, pasando por Karina, que se parecía a mi muñeca. En dos ocasiones, España había ganado: la primera, con el *Lalala* de Massiel y, un año después, con *Vivo cantando*, de Salomé.

Mi padre sostenía que, aunque no entendiésemos la letra de las canciones, escuchar atentamente «aguzaba el oído» para el aprendizaje de los idiomas. Pero yo no entendía ni papa. Los primeros en actuar fueron los holandeses. En el escenario

apareció una señora de pelo rubio rizado, con maxifalda blanca, que empezó a moverse al son de la música que coreaban cinco barbudos, vestidos con monos de lentejuelas. Me imaginé que los trajes serían de colores chillones porque en la tele en blanco y negro no se percibían los matices. Recordaban un poco a los de Abba, que habían ganado el año anterior con *Waterloo*. La voz aterciopelada de José Luis Uribarri explicó que la letra de los holandeses animaba a la gente a estar siempre contenta y tararear *Ding-a-dong*, a pesar de todos los males, aunque te hubiese dejado el novio. Esto de ponerse alegre se estilaba mucho.

Y ése, justo, fue el problema de la candidatura española aquella noche... Estíbaliz salió con carita de ángel y ojos brillantes, casi como si llorase. Estaba preciosa, vestida como una novia. A su lado, Sergio también iba de boda, con traje gris y camisa de rayas, cuellos grandes y corbata negra. ¡Demasiado triste todo, enseguida me di cuenta! ¡Ésa no era forma de ir a Europa! Llevaban un coro que se esforzaba, pero en cuanto empezaron a cantar, comprendí que a nadie le iba a gustar que le recordasen el drama de la emigración: «Volverás a ser la chica sencilla que tomó el tren de la vida antes de ser mujer... Toma tu vida y tu mochila, vuelve ya... Volverás, ahora que el tren se detiene, que ya ha nevado en tus sienes...». Jo, hasta de canas hablaban...

Curro, que era el de las matemáticas, fue apuntando nuestros votos, mientras engullíamos las croquetas. Aunque no me atreví a dejar de poner a los españoles en primer lugar, porque no hubiese sido todo lo patriota que mi padre exigía, metí a los del *Ding-a-dong* en segundo lugar. Tenía una corazonada y acerté. ¡¡Arrasaron!! Según se desgranaban las votaciones, España quedaba más y más abajo y ese grupo neerlandés tan raro, Teach-In, se llevaba todos los puntos.

—¡Esto es la crisis del petróleo! —explicó papá.

—Qué tendrá que ver la política, Pepe.

—¡Pues claro que todo tiene que ver con la política! Bien que nos dejaron entrar en Eurovisión en su momento. Los americanos llevaban desde el 56 haciendo fotos aéreas de España, para lo de las bases, y estuvieron encantados de que nos volviésemos europeos. Por eso ganamos el concurso en el 68 y el 69, porque les interesaba a ellos, y ahora, que ya lo tienen todo, y el Caudillo está en las últimas, que

nos den por saco...

Quedamos décimos, un desastre. Los holandeses alegres se llevaron 152 puntos... y yo gané la porra. Un buen bote para mis ahorros secretos. Me gustó que papá me felicitase por mi buen ojo.

—¿Cómo lo supiste, Amelia?

—Porque me dieron un poco de pena Sergio y Estíbaliz, papá, daban ganas de abrazarlos...

Nos fuimos a la cama tarareando *Ding-a-dong*. A los europeos lo que les gustaba era bailar, los toros y el sol, eso estaba claro. Y había que darles lo que pedían. Hubiese sido una noche perfecta de no haber mirado a mi madre, sentada en una esquina del sofá, mientras Curro hacía el recuento de las votaciones. Se había subido un poco la falda y con un dedo nervioso, de uñas intensamente rojas, cavaba un agujero en la media, a la altura de la rodilla. No me lo podía creer. ¿Se estaría volviendo loca? Ni se dio cuenta de que la observaba. Con la boca entreabierta, hurgaba y hurgaba y no paró hasta que la carrera se fue haciendo y el punto corrido empezó a bajar por la pierna. Nadie más lo percibió, pero me acosté asustada. ¡Regañaba a papá por lo de Sofico y luego tiraba el dinero en medias que rompía plácidamente, encantadoramente, a escondidas!

Madelman

Cada vez me gustaba más jugar con Chema. No conseguía hacerle soltar gran cosa, pero me gustaban su calma y esa forma tímida de retirar los ojos. Un día que llovió mucho y mi hermano Antoñito no bajó a la calle, el hijo de Macario y Filo me invitó a su casa. Los cinco hermanos compartían dos habitaciones llenas de literas y la casa olía a cocido. Echó a los pequeños y los mandó a ver la tele. Sacó entonces una enorme caja del armario y me reveló el universo de los madelman, los soldados articulados. Al principio me abrumaron todas esas piezas: armas, escalas, cuerdas, mantas, vehículos, pero enseguida descubrí que los muñecos eran parecidos a los míos. Empezamos a levantar aquel ejército. Pusimos a los submarinistas sus trajes de neopreno, a los buzos sus escafandras, a los militares sus guerreras. Chema se empeñaba en subirlos al helicóptero y estrellarlos, o hacerlos correr en jeep, pero yo encontraba un placer especial en poner orden en todo aquello, en convertir el caos en cosmos. Acabamos repartiéndonos tareas. Monté tiendas, casas, estaciones de abastecimiento y hasta trincheras, con pequeños sacos. Mi amigo diseñaba las misiones y montaba convoyes.

Con el tiempo, de entre todos aquellos madelman, mi favorito llegó a ser el explorador del Polo. No sólo por su fabuloso abrigo de pieles y su capucha peluda, sino por sus perros, los encargados de tirar del trineo.

—Si quieres, llévate el husky, Amelia —me ofreció un día Chema, caballerosamente.

—¿Qué dices? ¿Y que se quede el trineo sin tiro?

—Haremos un trato. Tú guardas el husky siberiano y yo, el pastor alemán. Así, cuando haya que montar una caravana, siempre tendremos que recurrir el uno al otro. Da igual quién tenga el trineo, lo importante es que, para moverlo, nos necesitaremos mutuamente. Formaremos un equipo.

Salí de aquella casa con el perro en el bolsillo y el pacto tácitamente firmado, entusiasmada, y el gesto de Chema tuvo consecuencias, claro. Porque el corazón de una chica es el corazón de una chica.

Cuando mayo empezó a multiplicar hojas y yemas en las puntas de los árboles y a reverdecer los escasos setos, la Fórmula 1 se puso otra vez de moda y desbancó un poco a los madelman. Mi hermano y mi amigo se apostaron un libro de Emilio Salgari, *Los tigres de Mompracem*, al resultado de las carreras. Se corría en Mónaco el siguiente Gran Premio y después en Bélgica. Ferrari y Niki Lauda ganaron la batalla inicial, dejando segundo a Fittipaldi, y Antoñito empezó a mostrar muy malas pulgas y una preocupación enfervorizada, de entrenador bajo presión. Lo noté en tres cosas: ya no hablaba conmigo en el desayuno, dedicaba más tiempo a preparar chapas que a los deberes y, finalmente, empezó a recriminarme mis conversaciones con Chema.

—Es tonto ese chaval —decía—, las chicas tienen que ir con las chicas y los chicos, con los chicos.

A finales de mes Lauda ganó en el circuito belga y se puso en cabeza en el Campeonato del Mundo. Quedaban otras cuatro carreras, pero por primera vez, Emerson Fittipaldi vio cómo su estrella se apagaba y empezó a tener problemas, y con él, yo.

A Antoñito le entró una furia incontenible cuando tuvo que romper la hucha para comprarle a su amigo el libro, así que se vengó conmigo. Entró en mi habitación sin llamar, arrancó la colcha de la cama y tiró la almohada al suelo.

—Ahí está. Imbécil. Lo sabía —dijo, y salió apretando los dientes.

Un rubor intenso me puso la cara caliente y se me saltaron lágrimas de rabia.

Debajo de la almohada guardaba yo el husky siberiano, como rehén de mi pacto con Chema. Me sentí humillada. Sabía que empezaba una guerra fría con mi hermano.

Ese mismo viernes me tocaba acompañar a Gisela en nuestro viaje al poblado de los gitanos. Yo llevaba conmigo el husky, no fuese a quitármelo Antoñito. Soplaban un viento del norte, inclemente, pero era agradable caminar por entre los surcos de tierra húmeda y comprobar que el invierno se retiraba. La alemana llevaba un abrigo rojo sobre unos pantalones de cuadros y miró el perro de plástico que asomaba de mi bolsillo.

—¿Ahora tienes mascota?

—Me la ha regalado Chema —confesé.

—Ahhh, te estás haciendo *mayorrr*, *Amilia*, te empiezan a interesar los chicos.

—No es verdad, sólo juego con él a los madelman.

—Es normal jugar con chicos, los españoles son un poco *atrrrasados* en eso.

—¿Tú jugabas con chicos?

—Oh, sí. Me gustaba mucho. Me llevo casi mejor con los hombres que con las mujeres. Me canso de hablar de pañales y colegios.

La verdad es que Gisela no era ni guapa ni fea, sino que seguía patrones propios. Le miré las manos grandes y nervudas, con uñas limpias y recortadas, con las que se cerraba las solapas. Era alta y tenía una complexión delgada pero fuerte, una extraña combinación, me parecía, porque lo corriente era que una mujer fuerte estuviese — como decía mi padre— «entrada en carnes» o que, en caso de ser delgada, fuese también delicada y débil. Andaba deprisa con sus largas y poderosas piernas y, cuando se quitó el abrigo en clase, me fijé en que lucía un vientre absolutamente plano. Creo que para ella era más importante estar sana que bella, o que estar saludable le resultaba la forma más inteligente de belleza.

—El pepino —solía decirme— es in-dis-pen-sa-ble. Y que sepas que los *arrándonos* rojos *curran* la *sistitis*.

Gracias a Dios, mi madre no compraba arándanos y sólo ponía pepinos en el gazpacho.

Mi amiga era cariñosa con los niños del poblado y se interesaba por los problemas de cada cual, pero en clase no se oía una mosca. Los pequeños copiaban muestras de

la pizarra, a los medianos Gisela los ponía a hacer la cartilla y a los más avanzados les enseñaba matemáticas, con regletas de madera de colores.

Entre los mayores estaban Luis, que tenía carro y a veces se ausentaba para vender fruta, y Josefa, que se reía ruidosamente, avanzaba poco y regañaba a las pequeñas como si fuese una vieja. Sólo pensaba en su boda, creo. Llevaba faldas largas y estrechas, de fibra, con un mandil encima, y camisas floreadas, con el mismo estampado que el lazo con el que se ataba la larga trenza negra. Tenía los ojos más oscuros que he visto nunca, sin diferencia entre el iris y la pupila; los pómulos afilados y la mejor mata de pelo del mundo. A veces me dejaba que se lo cepillara y a mí me agradaba, porque lo tenía sedoso y brillante, de un negro azulado. Una vez me dijo que prevenía los piojos con veneno para las pulgas de las plantas y me fascinó. De haber hecho yo lo mismo, me habría quedado calva.

Pero lo que más me gustaba de Josefa era su diente de oro. El de verdad le faltaba desde la infancia, por un accidente, y su padre acababa de pagarle aquella prótesis, para que estuviese guapa en su fiesta. Aquel día se me hizo tarde charlando con ella, y vi llegar a Macario por la puerta entreabierta. Venía acezoso, por el esfuerzo, y traía una trenca bonita, del estilo de las de mis hermanos.

No entró en el aula, nunca lo hacía, pero entregó a Gisela un paquete que llevaba, envuelto en papel de periódico. Cuando lo vi sobre el banco pregunté a la maestra qué era.

—No seas indiscreta, no se preguntan esas cosas —me corrigió—. No es para mí —añadió después, como pensativa.

Me sentí un poco violenta con la corrección y me despedí deprisa.

—Tengo que irme, mis padres me esperan para la cena.

—Vete, *Amilia* —contestó—, me has ayudado mucho, no te *priocupes*, la clase la recojo yo.

Salí rápidamente pero no regresé a casa. Di la vuelta deprisa a la pequeña manzana, a tiempo para ver la alta figura de Macario torciendo una esquina, y lo seguí de nuevo. Yo tenía las palmas de las manos húmedas de sudor y sentía los latidos del corazón en las sienas, pero me obligué, como si el peligro me espolease a transgredir

las normas y espiar a los demás. Él caminó un rato largo y de nuevo se metió más y más en el poblado. Me había familiarizado mucho con las veredas, pero no estaba segura de encontrar el camino de vuelta. Por fin se paró junto a una de las casuchas. Reconocí la parte trasera de la vivienda en la que el hombre de la basura se había detenido la última vez y lo vi dar golpes contra una chapa de hierro que hacía de portón. Entonces lo escuché. Era un alarido largo, como un chirrido. Por un instante recordé el sonido sostenido del silbato del afilador. Al poco, el sonido derivó en aullido. Luego se fue partiendo en berridos más cortos. Se oyó entonces como un portazo, unos golpes, y lo que fuese aquello emitió chillidos de cochino herido. Eché a correr aterrorizada.

Llegué al portal de mi casa cubierta de sudor, con el verdugo a modo de bufanda, el abrigo abierto, los zapatos llenos de barro. Me senté en el primer escalón a descansar un poco. ¿Qué era aquello? ¿Qué había en la chabola de tablas con techo de uralita? Era bien consciente de que las cosas se estaban complicando demasiado para una chavala, incluso para una como yo, valiente admiradora de Kojak. Ascendí piso por piso, parándome en los rellanos y mirando atemorizada alrededor de una forma tonta. De repente pensé que me estaba comportando como un bebé. ¿Quién iba a asaltarme allí? Abrió la puerta Ángel y me pidió que cenase en la cocina.

—Te he preparado las cosas, guapa, pero no puedo acompañarte. Tengo un examen el lunes, necesito silencio para estudiar.

—¿Y papá? —Tenía una urgencia grande de hablar con mi padre, empezaba a adentrarme en un terreno que me excedía, un problema para policías de verdad.

—Pensó que tardarías más —contestó—. Mamá y él estaban cansados y se han echado un poco.

¿Echados, a las nueve de la noche? ¡Pero si era la hora del *Un, dos, tres!* Lo que tenía que contar era demasiado importante para esperar, fui a la habitación de matrimonio con el abrigo puesto. Empujé la puerta y me paré porque la cama estaba vacía. Mis padres andaban junto al armario, en un ángulo donde no podía verlos, y se estaban besando. Suspiré... Otra vez... Antes de irme escuché algo que me dejó perpleja:

—Rómpelas —le dijo mi madre a mi padre—, no me importa Pepe, me gusta,

rómpeme las medias.

—Qué cosas tienes, mujer... —susurró mi padre muy alegre, como riéndose.

—¿Así? ¡Me encantas!

Salí sin hacer ruido y me marché a mi habitación. Mi confusión era total. ¡También destrozaban la ropa juntos! Aquello no era normal. A la mañana siguiente encontré dos pares de medias en el cesto de la cocina. Mi padre y mi madre eran cómplices en lo de las medias. Y, seguramente, me impedirían volver al poblado si descubrían que allí pasaban cosas extrañas. Estaba tan confusa y entendía tan poco a los mayores, que decidí buscar ayuda en otra parte. Fue entonces cuando me acordé de mi aliado, de mi camarada de aventuras, y Chema se apareció en el horizonte como una salvación, como el Capitán Trueno de mis sueños. Lo que no esperaba era que otro chico se cruzase en mi vida.

El chico de la modista

Narciso Domínguez del Río nació o creció torcido. Nadie sabía en el barrio si una cosa o la otra, ni por qué. Y menos Francisca la modista, su madre, la que llamaban Curra. Cuando mamá y yo íbamos al pisito, a encargarnos un vestido o pedir que nos metiese las costuras de una falda, nos llamaba la atención una foto de mujer en mitad de la vitrina.

—Ésa estaba antes que yo y nadie le va a quitar el puesto —decía la sastra con determinación, y a continuación nos explicaba cómo conoció a su marido.

La historia era popular y yo crecí con ella, como una anécdota más, conociendo sus detalles más picantes a medida que me hice mayor.

Telesforo Domínguez había enviudado de su señora y quedó desconsolado, con tres chicos pequeños. Era funcionario del catastro por las mañanas y corredor de seguros por las tardes —pluriempleado, como casi todos los españoles— y andaba de la ceca a la meca con la cartera bajo el brazo. Cuando llegaba a casa, agotado, saludaba apenas a la asistenta que había contratado para paliar la ausencia de Hortensia del Río, su difunta esposa. Así al menos encontraba la cocina recogida y desierta y una tortilla bajo un plato.

Cuando Telesforo se metía en la cama ésta le parecía helada y su amplitud se le hacía interminable como un desierto ártico.

El viudo decidió tomar cartas en el asunto. Siempre había sido un hombre de acción y no iba a languidecer tristemente, con los brazos cruzados. Acudió a la calle Serrano y entró en la sede del diario *ABC* para poner un anuncio y buscar una interna.

Un bedel le tendió un formulario y le indicó los precios por palabra y el incremento por titulares. En un mostrador lateral encontró un bolígrafo y redactó el aviso:

Viudo con tres hijos busca ama de casa, con talento para llevar el hogar. Se valorarán presencia y temperamento afectuoso. Referencias.

El bedel releyó el texto, asintió y tuvo la humanidad de preguntarle: «¿Y hace mucho de lo de su mujer?». «Tres meses», le contestó Telesforo. «Le acompañe en el sentimiento», replicó el hombre. Le dio las gracias sacudiendo la cabeza, pagó y se despidió.

La primera en contestar al apartado de correos que dejó como dirección fue una señora enjuta, con ropas negras y moño gris, que había enviudado a su vez y estaba dispuesta a mudarse a la casa. Imaginó la tristeza de los niños al ver semejante sustituta. Después llegó una chiquilla de un pueblo de Ciudad Real, con las mejillas coloreadas y las uñas comidas. Era tímida, pero parecía limpia y bien dispuesta. Le resultó un poco joven para hacerse cargo de la casa. Pasaron quince días sin noticias y empezaba a considerar la posibilidad de publicar un nuevo anuncio, cuando llegó una cartita de este tenor:

Muy Señor Mío, me interesa su casa. Soltera, limpia, coso divinamente y aprendí a guisar con mi madre, que en gloria esté en Guardo (Palencia). Se va a chupar los dedos con los guisos que hago. Llámeme 201 14 63.

Como faltaba una coma, Telesforo no supo si se refería a que aprendió a cocinar en Guardo, Palencia, o a que su madre reposaba en Guardo. Lo del teléfono le hizo gracia, qué resuelta.

Francisca, la modista, era palentina, en efecto. Llevaba apenas un año en Madrid y cosía en un taller de Lavapiés desde las siete de la mañana hasta las diez o las once. «Figúrese —le contaba a toda clienta que quisiese escucharla— si no era mejor hacerme cargo de una casa decente y con niños. No estaba dispuesta, eso sí, a irme con cualquiera. Necesitaba un señor, lo que se dice un señor con posibles, y ya me figuraba yo que éste estaba más solo que la una...» Telesforo la citó en la cafetería Manila de la Gran Vía y a Curra le pareció requetebién. «Me puse una falda —

apretada, la verdad— zapatos de plataforma y una camisa de flores y me senté a esperarlo con las piernas cruzadas al fondo del local. Quería verlo entrar, para hacerme una idea. Cuando vi aquel señorón, con su cartera bajo el brazo y su puro en la mano, me dije: éste es mi hombre». La modista aseguraba que «su» Telesforo también se quedó obnubilado. Explicaba con gusto que ella tenía entonces veintinueve años —él ya pasaba los cuarenta— y tuvo buen cuidado de mirarle poco a los ojos y dejar que su físico sugiriese las cosas que no se debían decir, mientras hablaba de sus habilidades domésticas. La contrató aquella misma tarde para cuidarle la casa y los tres hijos.

Francisca atendía a una y a otros con profunda dedicación. Llevaba el piso limpio como una patena y a los tres pequeños los atiborró de croquetas de jamón, macarrones con chorizo y grandes dosis de cariño a partes iguales; hasta que los niños dieron crédito a su afecto y empezaron a contarle sus cuitas en el colegio.

Una cosa llevó a la otra y, al cabo de no demasiado tiempo, la mujer pasó de la cama auxiliar, en el cuarto del chico pequeño, al lecho matrimonial de Telesforo, porque ver de nuevo ropa de mujer tendida en la fachada, entre los pantalones de los niños y sus propias camisas, era más de lo que la virilidad del viudo podía soportar. Para ilustrar la nueva felicidad, Paca no ahorraba detalles. «Yo acostaba a los niños y le ponía a él una bandeja, con su cenita, delante del televisor. Cuando veía que acababa de fumar, me sentaba en sus rodillas y empezaba a balancearme.» La cama pasó del Ártico al Sáhara. Un año más tarde se casaron en una ceremonia discreta, para la que ella misma se cosió un trajecito de chaqueta claro, y todo volvió al orden en aquella casa que había estado tan triste.

Todo, excepto Narciso. El niño pequeño se resistió a la madrastra desde el primer día. Tenía cinco años cuando Curra llegó y, de repente, retomó la manía de hacerse pis; les llevó meses de paciencia, cobertores y cambio nocturno de pijama acostumbrarlo de nuevo a levantarse para ir al baño. Pero siguió despertándose y se metía en la cama de los papás, justo entre ambos, como si quisiese estorbar aquel amor. Finalmente, ya algo más crecido, empezó a torturar animales y encabezó una banda de chiquillos que se orinaban al paso de la gente, desde una tapia, o empujaban

a las señoras cargadas con las bolsas de la compra.

Narciso taponaba las toperas después de meter petardos dentro; abría con la navaja lagartijas vivas, y una vez desplumó por completo al canario de Curra, que se murió dos días después. Del primer colegio lo echaron por acorralar a un crío pequeño y animar a los amiguitos a escupirle encima. Del segundo, por soltar un gato cegado en el despacho del director; del tercero, por bajarse los pantalones delante de la señorita de inglés. Desesperado, Telesforo lo puso a estudiar mecánica y, cuando comprendió que era inútil pretender que aceptase maestro alguno, lo colocó en un taller de chapa y pintura, con el tío más bruto que encontró y permiso expreso para que le soltase un bofetón de vez en cuando.

Curra sufrió mucho criando a aquel chaval que envidiaba siempre a sus hermanos, exigía devoción absoluta sin darse jamás por satisfecho y culpaba a su madrastra de no amarlo. Cuando un cáncer de pulmón se llevó al padre al otro barrio, en apenas tres meses, ella supo que moriría penando por aquel chico que ni siquiera era suyo, al que había querido como a un hijo y que jamás le correspondió. Pero entonces, cosas del destino, la falta de padre hizo con Narciso lo que nadie hasta entonces había conseguido: lo calmó lo suficiente para permitirle cumplir el horario laboral y aprender lo mínimo para ser de utilidad, y le dio conciencia de que, o se ganaba el pan, o nadie le iba a pagar las partidas de billar, el tabaco o la moto con la que soñaba.

Avemotor era el taller que le había buscado Telesforo. Estaba a las afueras del barrio, en unas naves que habían sido casas de labranza, donde los tejados se habían sustituido por cubiertas a dos aguas. El negocio no se llamaba así por piedad mariana, sino porque el dueño era Avelino. Como era un tipo listo, que sabía de sobra cómo lidiar con morlacos como Narciso, le dividía la jornada en dos partes. Lo obligaba a entrar a mediodía, de forma que no tuviese que madrugar, y después de la comida en común en la taberna y el trabajo vigilado, lo dejaba al cargo del cierre del taller, al filo de las ocho y media. La última hora la pasaba el chaval a solas, concentrado en silencio en lo suyo, sin apenas clientes que lo estorbasen. Y fue echando gusto a trajinar con los motores.

Cuando bajaba la estruendosa persiana metálica, se sentaba a fumar frente al

garaje, y así me lo encontraba yo muchas veces cuando pasaba por delante del taller, camino de casa. Él se me quedaba mirando muy fijo, de una manera burlona, y yo, como me podía más la curiosidad que el miedo o la timidez, le devolvía la mirada, como preguntándole qué era lo que veía en mí que le suscitaba tanto interés.

«¿Qué miras?», me dijo una tarde. «La cara de tu tía», le respondí y seguí andando como si nada. Me dio la impresión de que sonreía un poquito.

A la semana siguiente me saludó al pasar, «Hola», y yo respondí del mismo modo, aunque no sabía muy bien por qué le hablaba a ese chico mayor, vestido con un mono azul y una colilla entre los labios.

Cuando fui por allí una tercera vez, me encontré con que el hijo de Curra había comprado dos Pepsi-Colas.

—Eh, tú, niña repollo —me dijo, insolente—. ¿Quieres una?

Me tiró la lata y la agarré al vuelo. Mi madre me había dicho más de una vez que no me juntara con aquel chico, que era de la piel del diablo, pero como también me había inculcado buenos modales, me pareció feo decir que no. Además, una Pepsi-Cola no se conseguía todos los días...

Nos bebimos juntos los refrescos, sentados sobre un montón de restos de carrocerías. La primavera había cambiado a un verde rabioso el paisaje, que había pasado de erial escarchado a pradera, con hierba alta y flores. Se veían manchas grandes de amapolas y jaramago amarillo, brotando entre las vigas abandonadas, los hierros, la carretilla volcada junto al taller. Un sol tibio calentaba las caras y un vientecillo alegre movía cuatro nubes tontas, que se resistían a dejar el cielo de Madrid, que estaba ya de azul insultante.

—¿Qué haces con esos muertos de hambre de las chabolas? —me preguntó Narciso.

—No pasan hambre, las madres cocinan muy bien. Gisela y yo les enseñamos a leer... A ti, ¿qué te gusta leer?

Nadie, nunca, le había preguntado a Narciso si leía o no, desde luego. Me dijo que los únicos números que veía eran los que apuntaba Avelino en las facturas, y letras — lo que se dice letras— apenas deletreaba las de los letreros de los calendarios del

taller, con unas mujeronas en cueros vivos que, por cierto, le gustaban mucho.

—Yo trabajo para ganarme la vida. Leer no sirve para nada —remató.

Lo miré con curiosidad. Antes de despedirme ya le había pedido que me arreglase una rueda del carrito de la compra, que andaba medio averiada.

—Anda, tráelo el próximo día y le echo un vistazo —contestó él.

Un par de días después, regresé al taller para llevárselo. Me dejó pasar al garaje, y lo contemplé todo como si estuviera en algún laboratorio lleno de máquinas misteriosas.

—¿Y eso qué es? —pregunté, señalando un agujero muy grande en el suelo.

Narciso me explicó que era el foso de automóviles; se sentía orgulloso. Luego me enseñó la utilidad de varias herramientas.

En un rincón del garaje había un montón enorme de cartones y trapos sucios de aceite. Para mí fue como hallar una mina de oro. Seguro que los gitanos me darían mucho dinero por aquellos restos, así que le pregunté a Narciso si me los podía llevar. Él quiso saber para qué quería yo toda esa basura.

Le conté lo que estaba haciendo para conseguir dinero con el que regalarle una muñeca a mi amiga Maruja y me escuchó con una mueca en los labios, aunque yo no sabía si era una sonrisa burlona o un gesto de incredulidad.

—Te guardaré los trapos —me dijo—. Te daré todos los que quieras; cuando se manchan demasiado, los tiramos.

Le di las gracias y él esbozó de nuevo aquella sonrisa rara que yo no era capaz de interpretar.

Después de ese día me acostumbré a acercarme a menudo al garaje. En principio sólo iba a recoger los paños sucios, pero poco a poco lo de los desperdicios se convirtió en algo secundario. Me gustaba charlar con Narciso. A veces compartíamos una bebida y otras él me enseñaba cómo iban sus trabajos en el taller. Así un día con otro hasta que, de pronto, me di cuenta no sin cierta sorpresa de que me había hecho amiga del hijo pendenciero de Curra, la costurera. El mismo que perseguía a los gatos y fumaba cigarrillos en los billares. Ése del que todas nuestras madres decían que teníamos que mantenernos alejadas porque era «un mal bicho».

Yo no estaba de acuerdo. Para mí, Narciso era un muchacho fascinante. Y cuanto

más tiempo pasaba con él, más me interesaba.

Una tarde de sábado estábamos Chema y yo en una de las plazuelas donde solíamos preparar pistas de carreras para las chapas, yo cavando circuitos en la tierra con las manos y él clavando palillos alrededor, como si se tratase de vallas. Teníamos las cabezas casi juntas.

Entonces, a los lejos, vi a Narciso que venía hacia nosotros golpeando una lata con las botas. Cuando lo tuve más cerca reparé en que lucía una expresión hosca. En la comisura del labio llevaba colgado un cigarrillo encendido. Se paró frente a nosotros y se sacó el cigarro de la boca con actitud airada, lo tiró al suelo y lo pisoteó como si fuera una cucaracha.

—Hoy no has venido al garaje —me dijo, como recriminándome.

Era verdad que yo le había prometido ir aquella tarde a recoger más trapos, pero como Chema quería enseñarme sus chapas nuevas, pensé que lo del garaje podía esperar a cualquier otro día.

No entendía por qué Narciso parecía enfadarse tanto por una cosa tan boba, después de todo los trapos iban a seguir allí al día siguiente, y al otro, y al otro... ¿Qué más le daba a él cuándo fuera yo a buscarlos?

—Bueno, es que hoy, como hacía buena tarde, preferí pasarla en la plaza... —le dije.

—¿Con quién? ¿Con éste? —Narciso señaló a Chema con la cabeza, escupiendo las palabras como si fueran insultos. El hijo de la panadera se puso rojo y apretó los puños.

—Sí, con «éste», ¿qué pasa? —le dijo—. ¿Hay algún problema?

Yo estaba cada vez más confusa. Me daba la impresión de que los chicos se sentían víctimas de algún tipo de agravio, cuyo alcance se me escapaba.

Narciso atravesó a Chema con una mirada de infinito desprecio, pero no dijo nada. Escupió un gargajo en el suelo y se marchó dando zancadas. Por el camino pateó una lata tan fuerte que la mandó al otro lado de la plaza.

Aquel suceso me pareció de lo más extraño, pero no le di muchas más vueltas hasta que ocurrió algo aún más raro.

Al día siguiente, el domingo, mi hermano Antoñito apareció en casa a media tarde con un verdugón espantoso en la mejilla y la ropa hecha un desastre, llena de polvo y con el jersey roto. Mamá le echó una bronca tremenda porque el jersey era nuevo y quiso saber qué era lo que le había ocurrido. Mi hermano dijo que había estado jugando con Chema en el descampado, que se había resbalado por un terraplén y se le había enganchado el jersey con una rama al caer. Mi madre lo mandó a la cama sin cenar.

Quizá fuera por mi afición a las series de Kojak y del teniente Colombo, pero algo me olía a chamusquina en el relato de Antoñito. Mis padres le tenían prohibido jugar en el descampado y, por lo tanto, él jamás habría admitido haber estado haciendo el cafre por allí, pues sabía que se exponía a un castigo.

Al día siguiente lo comenté con Ana y Maruja en la calle. Convinieron conmigo en que, en efecto, era muy sospechoso.

—Y tanto que es sospechoso, ¡como que no es más que una trola! —intervino una chica que estaba con nosotras. Se llamaba Angelines, y era una chiquilla fea, gritona y desastrada. Sus padres tenían una pollería cerca del garaje Avemotor donde trabajaba Narciso.

Angelines no nos caía demasiado bien. Cuando la invitábamos a jugar con nosotras siempre causaba problemas, inventándose nuevas reglas para ganar y discutiendo con esos graznidos que soltaba estirando mucho el cuello. A veces me recordaba a los pollos desplumados que colgaban bocabajo en la tienda de sus padres.

—¿Por qué dices que es una trola? —le pregunté—. ¡Mi hermano no es embustero!

—Pues yo sé dónde le hicieron ese cardenal en la cara —graznó Angelines—. Y no fue en el descampado.

La chica me contó una historia que, a su vez, le había relatado su hermana mayor, que era novieta de un chaval apodado «el Botijo».

El Botijo tenía un amigo llamado Juan Carlos y los dos, junto con Narciso conformaban un trío de compinches. Juan Carlos era de cerebro lento y tenía unos

extraños ojos achinados, pero conseguía gustar a las chicas más tiradas, por su estilo chulesco. En cuanto al Botijo, hacía honor a su nombre, con un cuerpo corto y grueso, y padecía una agresividad que explotaba en violencia. Mis hermanos contaban que los tres se reunían en los billares del barrio, donde se les abría paso como a los vaqueros de las películas y, que cuando se llevaban a las chavalas al cine, usaban las navajas para destripar la gomaespuma de las butacas.

Según Angelines, su hermana mayor estaba con el Botijo la tarde en que a mi hermano Antoñito y a Chema los molieron a palos a la salida del cine del barrio.

—¿Cómo que los molieron a palos? —pregunté, asustada—. Pero ¿quiénes?

—¿Pues quiénes van a ser, boba? El Narciso, el Botijo y Juan Carlos; los tres juntos. Mi hermana lo vio todo y me lo contó.

—¡Eso no es verdad! —protesté yo.

—¿Ah, no? —gorjeó Angelines, ofendida—. Pues espera, que aún hay más.

La hija de los polleros me contó que Juan Carlos y el Botijo se habían lanzado sobre Chema, que ni siquiera gritó, aunque se agitó como una lagartija para zafarse de los dos matones. Entonces Narciso sacó una navaja y apuntó con ella a mi hermano. «Eh, maricón», le había dicho. «Échate al suelo y estate quieto, o rajo a tu amigo. ¡La cara contra la acera!» Para dar más énfasis a la orden, el Botijo le sacudió a Antoñito un sopapo, y de ahí que, más tarde, apareciera en casa con la cara marcada.

—No es posible, estoy segura de que Narciso no hizo eso —dije yo.

Angelines me miró con ojos bizcos, como si yo fuera tonta.

—El Narciso no fue el que le pegó, ya te lo he dicho, fue el Botijo; pero él fue quien lo ordenó.

—¡Mentira! ¡Tú ni siquiera estabas allí!

—Yo no, pero me lo contó mi hermana, y a ella se lo dijo el Botijo, así que te chinchas.

Como si aquello le deleitara enormemente, Angelines siguió relatándome con morboso detalle los aspectos más escabrosos del suceso.

Según ella, los matones tumbaron a Chema en la acera, sujetándolo por las rodillas, los brazos y los tobillos. Entonces Narciso se le puso al lado, se bajó la bragueta despacio, como disfrutando, y fue orinándose encima del muchacho, por todo el

cuerpo. Al llegar a la cara, le hizo un gesto al Botijo, que apuntó a Chema con la navaja y le ordenó que abriera los morros o le arrancaba la nariz de una puñalada. El pelirrojo vio la punta afilada junto a los ojos y los cerró. «Abre bien los labios, cabrón», le dijo Narciso clarito, y terminó de mear en su boca. Mientras Chema escupía y tosía lo soltaron y se retiraron lentamente. Según Angelines, antes de desaparecer del lugar, Narciso apuntó de nuevo a Chema con el cuchillo y le amenazó: «Como vuelvas a andar con Amelia, te mato». En ese momento, mi amigo se revolvió, lo agarró del cuello y dieron una vuelta uno sobre otro en el suelo. Narciso, cogido por sorpresa, se quedó debajo. Botijo reaccionó y corrió hacia ellos con la navaja en la mano. «Suelta al jefe, canijo», le gritó. Chema no tuvo más remedio que echarse a un lado y Narciso se pudo zafar y lo empujó a su vez. Antoñito quiso ayudarlo, pero como eran tres contra dos y, además, iban armados, tuvieron que dejarlos marchar. En el forcejeo mi hermano se llevó un agujero en el jersey nuevo.

No podía creerme aquella historia. Yo ya sabía que Narciso tenía fama de macarra, pero ¿hacerle algo así a Chema? No. Imposible. Angelines me estaba mintiendo, no había otra explicación. Todos sabíamos que era una embustera, que siempre estaba contando patrañas para darse importancia. La acusé de haber inventado todo aquello.

Ella sonrió malignamente, con los ojos más bizcos que nunca.

—Lo que tú digas, señorita del pan *pringao* —me soltó—. Pero todo lo que te he dicho es verdad.

—Entonces se lo preguntaré a Antoñito.

—Lo negará. No querrá que nadie se entere de que a su amigo le mearon en la cara y él no hizo nada para impedirlo.

—¡Mentirosa! ¡Mentirosa! ¡Mentirosa!

Me lancé sobre ella y empecé a tirarle de los pelos. Angelines se puso a graznar como un pajarraco y tuvieron que venir las vecinas a separarnos a pescozones. La portera se puso conmigo como un basilisco y nos dio un sermón sobre que las señoritas no se pelean como rabaneras. Sin atender a razones, me obligó a hacer las paces con Angelines y yo tuve que obedecer, aunque por dentro ardía de rabia.

Estaba convencida de que la hija del pollero se había inventado esa historia.

Narciso jamás le haría algo así a Chema. Nunca.

No obstante, escuchar aquel relato me hizo sentir tan mal que aquella noche apenas pude dormir. Qué asquerosa, Angelines.

La revisión médica

Los exámenes de la tercera evaluación nos tuvieron muy ocupadas y consiguieron distraerme.

El cole constituía un universo hasta cierto punto ajeno a nuestra casa, lleno de incidentes propios y novedades de la época. En los años 70 las calificaciones impresas sustituyeron a las viejas cartillas de notas, los libros se llenaron de fotos, los cuadernos se cambiaron por fichas impresas, las filminas entraron en el aula. Llegaron las plastilinas y los rotuladores, el rotring para el dibujo lineal y la segueta para trabajar la madera. Si todas las generaciones recuerdan su escuela, la nuestra estuvo determinada por ella: «Generación EGB», nos llaman ahora, por el plan de estudios de Villar Palasí (la Enseñanza General Básica), que hizo obligatoria la escolarización hasta los catorce años. Era algo más que un sitio lleno de pupitres, era el futuro lleno de promesas después del tiempo del hambre. El colegio era el depositario de las ilusiones de nuestros padres, una lanzadera que nos proyectaba al infinito, siempre y cuando fuésemos aplicados.

Empezábamos a ir muy pronto, a veces a los tres años, y nos asomábamos a la realidad desde una inocencia prístina. Por ejemplo, hasta muy tarde no tuvimos claro de qué sexo eran las monjas. Vistas desde muy abajo, por nuestra estatura pàrvula, nos parecía que mujeres no eran. Los zapatones gruesos bajo el largo hábito y la toca desde media frente nos confundían. Luego estaban las cejas hirsutas, masculinas, y las gafas gruesas de pasta: señoras no nos parecían. La cosa se complicó cuando crecimos un poco, porque reconocimos que no tenían voz de hombre. Y esos bultos a

mitad de la pechera, debajo de varias capas de ropa... ¿Tetas? La duda exacerbó la polémica entre nosotras.

Como en «Barba Azul», bastaba que una puerta estuviese prohibida para que deseáramos abrirla. En una ocasión vimos a una de las religiosas subida a una silla, colocando libros en una estantería, y la más audaz de nosotras se arrimó por sorpresa, le levantó el velo y certificó una redecilla blanca recogiendo guedejas de cabello negro semilargo. A la niña la castigaron sin postre, claro, pero se deshizo el entuerto. Las monjas eran mujeres.

Como los cuerpos militares o jurídicos, el cole tenía su liturgia: compra de uniformes y libros de texto a principio de curso; largas rutas de autobuses; carteras llenas de tomos; calificaciones que te acuartelaban entre el «muy deficiente» y el «sobresaliente» y estricta separación por sexos. Había coles de chicos y coles de chicas. En las periferias de la ciudad, que se expandía como un gigantesco crustáceo, curas y monjas nacidos de las levas de la posguerra abrían escuelas para los millones de niños del *baby boom*. Los centros escolares parecían repetidos, como si un arquitecto pluriempleado frenético los hubiese diseñado todos. Muros de ladrillo con paneles de gresite azul o piedra, según el presupuesto; grandes ventanas, aulas rectangulares para 45 alumnos, comedores y capillas largos, salones de actos con escenario. Las viejas escuelas del centro también se remozaban: de repente todo el mundo tenía que hacer gimnasia y experimentos en el laboratorio.

En mi autobús, un montón de niñas ruidosas escuchábamos «Hoy cumple mi niña un añito mááás» de Perlita de Huelva o «Mi carroo, me lo robaaron» de Manolo Escobar —porque al conductor le encantaban esos temitas— cuando lo que estaba de moda era *Oh July*, de Los Diablos y nosotras hubiésemos preferido corear *Viva la gente*. Subíamos en horda las escaleras anchas, rezábamos guiadas por los altavoces y repasábamos asignaturas de Naturales, Sociales, Matemáticas, Lengua y Pretecnología, que era la manera nueva de llamar a los trabajos manuales.

«Abascal Sánchez, Ana. Álvarez Ortega, Macarena. Azcuna Fernández, Mercedes Briones López, Sofía...» Nos levantábamos al sonido de nuestro nombre, mientras doña Carmen, alias «la Patata», la más despistada de las profesoras del mundo, pasaba lista por orden alfabético.

Pilar Fernández Rey entregó una nota de su madre disculpando la falta de asistencia del día anterior, porque había tenido que ir al dentista. En mitad del primer sopor matinal, con la profesora explicando la Revolución francesa, Irma, apodada «Tichi», lanzó un zapato que cruzó el aula volando y quedó varado justo encima del altavoz, junto a la puerta. La más atrevida de nosotras era Tichi. Yo, que no tenía más experiencia de la muerte que la de mi pollo, y que no sabía de otras enfermedades que las anginas, aprendí aquel curso con ella que hay umbrales pavorosos que merece la pena no traspasar.

Cuando lanzó aquel zapato, una risa general recorrió la clase. La Patata levantó las lentes del libro y puso en marcha su voz de magnetófono rallado: «¿Os pasa algo? No os alborotéis tan pronto. A callar».

Había dos tipos de profesores, respetados y «choteados». Entre los primeros, tres subgrupos: cuando la señorita Vicenta entraba en la clase se hacía silencio; cuando entraba sor Elvira, crecía una ola de simpatía mezclada con admiración; cuando lo hacía el profe de Matemáticas, sentíamos miedo... Cada uno conseguía un efecto espejo del tipo de autoridad que proyectaba. Entre los segundos, sólo había dos variantes: los débiles, con los que nos subíamos a la parra, y los despistados, de los que nos reíamos. La Patata era de estos últimos y hay que decir a su favor que rara vez se enfadaba, sobre todo porque no solía darse cuenta de nada. Ni siquiera si alguien abría la puerta y salía del aula, o se ponía la cartera de sombrero, o hacía gestos de mono.

—Hoy hay revisión médica —anunció, ajena al zapato sobre el altavoz—. Después del recreo vendrán los doctores.

La jornada se iluminó de improviso, la rutina se sustituyó por excitación, las conversaciones se tiñeron de inquietud.

—¿Nos van a pinchar? —preguntó alguien.

—No lo sé —aclaró la seño—, a veces hacen análisis.

Gritos. La Patata nos llamó al orden:

—¡Silencio! Hoy no hay quien pueda con vosotras, estáis como histéricas.

En el recreo no hablamos de otra cosa. Que menuda vergüenza si te tenías que

desnudar delante del médico, que si nos sacaban sangre nos iban a hacer un daño que te mueres, que si también ponían vacunas... Por alguna extraña razón, nadie sabía exactamente en qué consistía el reconocimiento. Cuando sonó el silbato se nos congeló la sangre y acudimos rígidas, con chistes y muecas de pánico. Hicimos fila y las de cuarto fuimos seleccionadas para empezar la ronda, vaya usted a saber por qué. Llevábamos camiseta y braga debajo del babi y nos alineábamos contra las paredes del largo pasillo que daba al botiquín. Estábamos casi a oscuras y, de vez en cuando, la puerta del fondo se abría y arrojaba un haz de luz transversal, que se nos antojaba un rayo ominoso. No hacía frío, pero nos empeñamos en que lo hacía, ateridas por el temor nervioso, que nos hacía reír y sacar de quicio a la monja que vigilaba.

Las tres primeras de la lista entraron en el consultorio. Diez minutos después, salían en silencio, recorriendo el pasillo pegadas a la otra pared. Tichi intercambió gestos con una de ellas, se volvió hacia nosotras con cara de pánico y susurró:

—Te pinchan para sacarte sangre.

—¡A callar, siempre tienes que liarla! —le dijo la hermana.

Un estremecimiento recorrió la fila de las que esperábamos. Nos empujamos unas a otras, como ganado nervioso. Olga Martínez empezó a llorar. Socorro Jiménez Calvo y Beatriz Romero fueron hasta la monja:

—Hermana..., que no nos pueden pinchar porque somos alérgicas.

—¿Pinchar? ¿Quién ha dicho que os van a pinchar? ¿Estáis tontas? ¡A la cola, medicas!

—Lo ha dicho Tichi, hermana.

—¿Tichi Moral? ¡Menuda pieza! ¡Irma, ven aquí! Copias mil veces para mañana: «No asustaré a las compañeras».

La chica hizo una pedorreta y se llevó un tirón de trenzas.

La galaxia escolar abundaba en planetas, cada uno con su propia atmósfera: aulas, patio, comedor, servicios. En todos pasaban cosas misteriosas y en todos destacaba Tichi. Ya de pequeñita se comía los mocos y explicaba con fruición: «Son verdes, saben salados». Hacíamos aspavientos de asco y ella se carcajeaba; a los nueve años, comía hormigas, para espantarnos; y cuando llegó lo que las monjas dieron en llamar «preadolescencia», encabezó los juegos más espectaculares en el patio. En el churro-

mediamanga-mangotera, montaba sobre las compañeras, dobladas por la cintura hacia delante y enganchadas por los brazos a la anterior, y clavaba los tacones de los zapatos en los costados del «burro», formado por los cuerpos, con espectacular fiereza. A continuación entonaba a voz en grito: «¡Oh, Susana, no llores más por mí!», que estaba prohibida por las monjas, porque era de un granjero que llamaba «vaca» a su mujer. Cualquier cosa, todo por transgredir. Tichi tenía una forma fresca y despreocupada de vivir. Era alta y guapa, un poco chico, y no temía a nada ni a nadie. En el comedor, sus trucos para sacar la comida del recinto y tirarla después a la papelera del patio eran los mejores. Metía en los bolsillos las lentejas, envueltas en servilletas, y en los zapatos, los filetes empanados, como plantilla improvisada. En los cuartos de baño había inventado una arriesgada carrera, que consistía en saltar de retrete en retrete, trepando por las paredes medianeras, usando como estribo el portarrollos del papel higiénico. Más de una se dejó un diente contra la tapa del váter. Cuando se corrió la leyenda de la «Mano Negra», que aseguraba que una zarpa peluda salía del inodoro, Tichi demostró su indiferencia más absoluta y siguió saltando, a veces completamente sola.

La revisión médica continuaba para la aterrorizada cola de niñas —que creían más a Tichi que a la monja— y me tocó entrar en la habitación blanca, alicatada hasta el techo. «Al peso, por favor», señaló una enfermera. «Abra la boca y diga aaa», «Estese quieta, que le miro los oídos», «Dígame qué letras ve en el cartel», «Pase a que la ausculte el doctor». Ése era el momento clave. Nos imaginábamos en pelotas delante del médico, con un pudor febril, escondiendo las tetillas de su mirada. Era una mezcla de susto y desafío, con connotaciones sexuales que nos ponían tontitas.

Aunque la jornada de revisión médica nos daría recreos y recreos de enjundiosas conversaciones, no ocurrió gran cosa. El médico, un señor viejo y aburrido de ver niñas con aparatos en los dientes y costras en las rodillas nos auscultaba con el babi apenas entreabierto, a toda velocidad. Éramos mil quinientas alumnas. Nada de nada pasó y aun así nos daba para mil comentarios: «¿Te bajó el escote de la camiseta?» «Sííí, tenía la mano superfría» «¡A mí me bajó las bragas un poco, para escuchar por la parte de la cintura!» «¡Qué vergüenza, me muero!»

En las clases de la tarde, agotadas por la jornada, nos cayó encima la noticia de que alguien había robado un «comediscos» del armario.

—La que haya sido tiene toda la tarde para decirlo —comentó, severa, sor Julieta Varela.

Durante una hora, en un denso silencio cargado de culpabilidad, hicimos trabajos manuales con la segueta, preparando una palmatoria de contrachapado para final de curso. El sol de mayo entraba por los ventanales, sacando brillos a las cabezas rubias y morenas y delatando el polvo de las hojas de las plantas que las monjas cultivaban primorosamente sobre el alféizar. Una mosca aburrida se posaba en la pizarra, o en las letras de cartulina que adornaban los corchos de poliespán de las paredes, formando frases: «Compartir es crecer», «Donde hay vida, hay esperanza», «Ayuda a los débiles y te harás fuerte». En la última hora, tras la pausa, regresó sor Julieta para dar Naturales. La ladrona del comediscos seguía sin confesar su crimen y la angustia empezaba a tomar cuerpo, pero nadie se delataba.

Sor Julieta empezó explicando el desarrollo de los cotiledones y pidió que trajésemos un vaso de yogur de casa, pues íbamos a plantar una judía entre algodones húmedos y comprobar su crecimiento. Después, en zoología, abordó los marsupiales y mamíferos ponedores de huevos.

—A ver, ¿quién sabe cómo se llama el animal australiano con pico de pato, pelo en el cuerpo y pies palmeados?

Ni diez segundos tardó Tichi Moral en levantarse:

—¡Otorrinolaringólogo!

Despiporre general y palmas de las más audaces.

—Menudo día llevas, Moral —la regañó la monja—. Ya te han castigado en la fila de la revisión médica, no me calientes más, que todavía te llevas una nota a casa.

A las cinco y media sonó la campana y las sillas chirriaron estrepitosamente contra el suelo, al separarse de los pupitres. Sor Julieta dio dos palmas:

—No os mováis. Os recuerdo que alguien ha robado el comediscos de la clase. La culpable ha tenido tiempo de sobra para reflexionar pero no lo ha hecho, así que pagarán justos por pecadores. Sentaos, que os quedáis castigadas, de aquí no sale

nadie hasta que no sepamos quién ha sido, y no me miréis así, que yo no tengo la culpa de que haya una cobarde en el aula.

Nos sentamos de nuevo, mitad desilusionadas por no acabar la jornada, mitad expectantes por la novedad. Asistíamos a un delito y la persecución policial no había hecho más que empezar. El sheriff andaba por la ciudad. Sacamos libros y cuadernos de fichas para hacer los deberes. Cuchicheábamos unas con otras y nos preguntábamos quién podría haber sido. A las seis seguíamos sentadas. Los padres y los conductores de los autobuses habían sido avisados y muchas nos temíamos que íbamos a tener que pasar la noche en el colegio. Entonces, en mitad del alumnado silente, un asiento se desplazó en solitario. Fue un chirrido amargo y poderoso, que sonaba a rendición. Tichi se puso en pie y centró toda la atención. Tenía arrancado el bolsillo del babi y las medias caídas sobre los zapatos. Con un gesto de desafío, se dirigió directamente a la religiosa:

—Es que no me parecía justo el castigo de esta mañana. Fue una broma. La tener tomada conmigo —fue lo que dijo.

Sor Julieta levantó la mirada del libro, tranquilamente, pero no movió un músculo. Hizo como si no hubiese escuchado y preguntó:

—Irma Moral, ¿tienes algo que decir?

—¡Que me tienen ojeriza las monjas! —gritó fuerte.

Un sobresalto de pánico recorrió las filas.

—¿Eres tú la responsable? ¿Has cogido tú el comediscos? —la voz de la religiosa seguía templada.

—Sí. ¡Estaba furiosa!

—Muy bien. Has hecho lo justo diciendo la verdad. Siéntate y ciérrate el babi, no se llevan los botones abiertos en clase.

—¡No me da la gana, ya nos vamos a casa!

Nos desarboló por completo, nadie hablaba así a los profesores. Nadie traspasaba determinadas líneas. Al fin y al cabo, todas habíamos pagado su imprudencia.

—Tú no te vas, tenemos que hablar. Las demás podéis recoger.

En mitad del rumor de despedida, más atenuado que en otras jornadas, cargado de tristeza y temor, escuchamos a la niña levantar la voz y decir despacio y con voz

clara:

—Puta. Eres una puta.

Los movimientos se congelaron.

—Retira eso, Irma —exigió la sor.

—No quiero.

Estaba congestionada, nerviosa e iracunda a la vez, completamente encarnada. La monja suspiró y ordenó:

—Marchaos todas, excepto Tichi.

Salimos cabizbajas y desconcertadas. Los padres nos esperaban y nos llevaron a casa en los coches particulares. Me estremecía recordando la palabra escueta y acerada, el insulto que se saltaba todas las reglas: «Puta». A una monja. Qué huevos. Irma desapareció un mes, expulsada. Se negó a decir dónde tenía el comediscos y a pedir perdón a sor Julieta, tampoco la directora pudo moverla un ápice de su testaruda posición. Fue la comidilla durante un par de días, pero luego las cosas se olvidaron, siempre pasaba así. El pánico, el vértigo, las incertidumbres, alegrías y sorpresas eran atropellados por el ritmo cotidiano. La vida proseguía, llena de novedades, desluciendo impresiones que nos habían parecido imborrables en un momento y que se demostraban inconsistentes. Nadie imaginó ni por un instante lo que ocurriría después. Era el momento de percibir el olor de la muerte, esta vez, la de un ser humano.

Las religiosas organizaron una tómbola para recaudar dinero para las misiones y nosotras colaborábamos pegando con cola las papeletas para la rifa durante los recreos. Nos entretenía el trabajo mecánico, rodeado de conversación, y nos sentíamos depositarias de una gran responsabilidad. Pegábamos indistintamente las papeletas sin premio y las que tenían escrito el trofeo en boli azul: «Mantelería», «Seis vasos», «Juego de parchís», «Peluche»...

El viernes de la fiesta se suspendieron las clases y se sustituyeron por un concurso de disfraces. Casi todas queríamos ir de princesa, era una fijación, nos parecía el

colmo de la delicadeza, la hermosura.

Frente a todas mis expectativas mi madre, con esa singularidad inexplicable que me hacía odiosamente distinta por su culpa, sentenció:

—Podrías ir de jardinero, Amelia. Justo tengo un delantal verde, y si te compro un sombrero de paja, una regaderita y unas flores de plástico, nos ahorraríamos gastos y esfuerzo.

¡Jardinero, ni siquiera jardinera! Me pareció demoledor, pero el nuevo afán ahorrador que el fiasco de Sofico había impuesto sobre mi familia, me obligó a no decir ni mu, pese al escándalo de las medias que rompía mi madre inexplicablemente a escondidas. Crucé los dedos para que no resultase tan malo como intuía. Pero fue peor, me endilgaron una ridícula regadera naranja, un sombrero de tío con floripondios y unos vaqueros sobre los que llevaba un delantal con peto: un disfraz de hombre. ¡Iba vestida de chico, lo peor de lo peor! Al menos, cuando aparecí por el patio del cole, nadie dijo nada. Estábamos concentradas en los trajes de princesa de las afortunadas.

Aguanté un par de horas deambulando por el patio, respondiendo a las preguntas de los profes:

—¿Qué guapa, Amelia, de qué vas?

Si hubiesen sabido de qué iba, no habrían preguntado... Enfaticé exageradamente mi admiración hacia los disfraces ajenos, para evitar que la curiosidad se centrara en mí. Intentando pasar desapercibida, me dirigí a la entrada del colegio y vi a Tichi, que aprovechaba la fiesta para visitarnos. Iba vestida de calle.

—¿Cómo estás? —pregunté.

—Muy bien, en casita. —Esbozó una mueca histriónica que, como siempre, me hizo mucha gracia—. Pasando de Julieta —añadió.

—¿Te regañaron mucho?

—Pche, lo normal.

Estaba claro que no quería decir más. Le agradecí que no mencionase mi extraño aspecto, solía tener estos detalles de sensibilidad que la hacían muy querida. Caminaba a mi lado como si no le importara llevar a un payaso vestido de jardinero como comparsa. Nos acercamos al patio. El final de la fiesta consistía en una

exhibición de todos los disfraces en el salón de actos. La gente estaba entrando ya. Aterrorizada por el ridículo que se me avecinaba, me oculté detrás de un arbusto y Tichi me acompañó, sin mofarse. Me arranqué el sombrero y el delantal hasta quedar vestida normalmente, en vaqueros. Un botón se cayó de la camisa, por la violencia de mis tirones, y cayó al suelo. Mi amiga lo recogió y se lo metió mecánicamente en la boca. Salimos juntas, sudorosas, y nos sumamos a la multitud, que cruzaba el umbral del salón de actos y se dispersaba en la penumbra. Al fondo, el escenario relucía y alguien dirigía desde el micrófono. Tichi estaba castigada y no podía subir, pero a mí nadie me ahorraba el trago de pasar entre bambalinas y salir a explicar de qué iba disfrazada. Vi a Cristina Ramírez, maravillosamente vestida de Cenicienta en palacio, y se me encendió una bombilla.

Le pedí hacer de príncipe, a su lado. Con camisa de cuadros y pantalón vaquero, los restos del humillante atuendo de jardinero, me arrodillé a sus pies en el escenario y le pedí la mano. Cristina asintió graciosamente. Un puño de angustia me apretó el estómago. En ese momento no sabía si era mujer u hombre, noble o plebeyo, humano o marciano. Completamente humillada por dentro, la conduje escaleras abajo con toda la dignidad de que fui capaz por fuera. Curiosamente, nadie había notado nada raro, les parecía normal que la princesa tuviese príncipe.

Tichi se retorció de risa en el patio de butacas. Creo que me alivió verla, ¡al menos ella comprendía lo absurdo de la situación! Se dirigía alborozada hacia nosotras, entre el público que empezaba a levantarse, cuando Ester Torralba, una grandota que jugaba fantásticamente al baloncesto, pasó corriendo a su lado y le dio un golpe bárbaro en la espalda, felicitándola por su regreso. Mi amiga se paró en seco con cara de desconcierto, empezó a cambiar de color y a toser violentamente y apenas pudo articular:

—El botón..., me lo he tragado... No... respiro.

Alguien dio la alarma. Del consultorio apareció corriendo la monja enfermera, que la sentó en una butaca e intentó hacerle beber agua.

—No está en el esófago —dijo preocupada—, el botón ha entrado en la tráquea.

Tichi se ahogaba y dos hermanas la cogieron prácticamente en volandas y se la

llevaron al hospital. Casi nadie se había dado cuenta de lo ocurrido. Cristina y yo recibimos permiso para acompañarla y sor Julieta Varela vino también. Había un ambulatorio cerca, dos calles más allá, cubierto por el seguro escolar, y nos pidieron que nos sentásemos en la sala de espera.

Enseguida llegaron los padres de Tichi. La madre era una mujer delgadísima, muy nerviosa, que se atropellaba preguntándonos:

—¿Estabais con ella? ¿Por qué tenía un botón en la boca?

Me costó un poco explicar que era culpa mía, que el botón se cayó de mi disfraz y que todo había sido un accidente. El padre, un señor calvo y mayor, intentaba tranquilizarnos. Sor Julieta y la monja del dispensario sacaron un rosario y empezaron a rezar en aquel ambiente verdoso, con fluorescentes en el techo y alicatado en las paredes que no prometía nada bueno. Una hora más tarde salió un médico con aspecto cansado.

—No conseguimos sacárselo —oí que explicaba a los padres—, tiene el botón perfectamente encajado en el conducto traqueal y apenas consigue respirar por los dos agujeros, pita mucho.

—¿Podemos verla?

—Está sedada y necesita oxígeno, es mejor que no la excitemos de ninguna manera. Me preocupa la posición del objeto. Hemos pedido al hospital un endoscopio más sofisticado y me han asegurado que en media hora lo tendremos. Voy a intentarlo de nuevo. No me he atrevido ni a enviarla a la Ciudad Sanitaria en ambulancia. Podría moverla en exceso.

—¿Corre peligro, doctor? —preguntó el padre.

—No quisiera decirlo. Ha sido un accidente tonto, pero está complicándose, porque no sirve de nada hacerle una traqueotomía: el botón está por debajo, casi en los pulmones. Necesitamos extraerlo.

Mientras el médico regresaba al quirófano, la mamá de Tichi me abrazó nerviosa.

—Tú eres su mejor amiga —lloraba—, ella te quiere mucho. —Yo asentía.

El padre la llevó hasta una silla. Las monjas seguían rezando y el runrún se oía de fondo. Las ventanas estaban altas y eran pequeñas, porque estábamos bajo el nivel de la calle, y el sitio me pareció tétrico de repente. Recordé los gestos graciosos de

Tichi. Sabía hacer cosas extrañas, como resaltar todos los tendones del cuello exageradamente, con sólo una mueca; o curvar las falanges de los dedos hacia atrás, casi en ángulo recto. Era un poco mágica. Nadie había muerto a mi alrededor, no estaba dispuesta a creer que mi amiga se fuese al otro barrio por haberse tragado un botón de mi delantal de jardinero.

Un ruido nos alertó de la llegada de una ambulancia y vimos a un señor con una pequeña caja alargada. Una hora transcurrió lentamente en el reloj, escurriéndose con desesperación. En momentos así es cuando se comprueba que el tiempo adopta cadencias distintas, que corre o para, según un albur caprichoso. La monja enfermera fue al colegio y trajo unos bocadillos de chopped que apenas podíamos comer, por la pena. Mastiqué mucho, pensando que podría ahogarme si la comida se iba por el sitio equivocado. Por fin se abrió la puerta.

—Ya está —dijo el médico—. ¡Aquí está la culpa del desastre!

Tenía sangre en la bata y enarbolaba el maldito botón, el más vulgar de los botones transparentes, con dos agujeros que habían permitido un hilo de aire a la pobre Tichi.

La madre rompió a llorar y se abrazó al doctor a gritos, el padre le daba las gracias. Se palmeaban la espalda, se felicitaban.

—Pueden pasar en dos tandas —respondió el médico a nuestras preguntas—, pero no se queden mucho, ni la fatiguen, sigue medio dormida, no quise sedarla demasiado por si dificultaba aún más la respiración.

Los papás se abalanzaron a verla y las monjas se sonrieron.

—Alabado sea el Señor —dijo sor Julieta.

—Bendito por siempre —respondió la enfermera.

Cristina y yo nos sonreíamos... Menos mal.

Cuando salieron sus padres, pudimos entrar las cuatro. Tichi estaba muy colorada, con venillas rotas por toda la cara, como si hubiese hecho un gran esfuerzo, como un feto gigantesco que hubiese sido parido de nuevo, y en cierto sentido era así. Tosía de vez en cuando y abría unos ojos enormes, llenos de lagrimones.

—Qué susto —me dijo—, casi me matas, Amelia. —E intentó reírse.

Menuda zángana, ni por ésas cambiaba. Cuando vio a sor Julieta, que entraba detrás

de mí, empezó a jadear y a toser más fuerte. La monja le sostuvo la cabeza.

—No hagas esfuerzos, mi niña, bastante escocida tienes ya la garganta, relájate.

Pero Irma se soltó y le agarró las manos compulsivamente.

—Perdón, hermana, perdón, estaba enfadada, yo no quería cogerlo.

Sor Julieta se reía.

—Pero ¿qué tonterías dices? Verdaderamente eres boba, ¿qué importancia tiene eso? ¿Te crees que ahora estamos pensando en el comediscos?» —Y la besó en las mejillas.

Tichi sollozaba y sonreía a la vez, y Cristina y yo nos descubrimos llorando también, y aquello parecía el funeral que habíamos estado a punto de montar. Mi amiga salió enseguida del hospital, apenas pasó allí el fin de semana. Regresó a clase tan risueña como siempre, como aligerada, y todas nos alegramos de verla. Cuando entré en clase me fijé en la puerta entreabierto del armario del material: el comediscos estaba en su sitio.

La verbena

Una tarde de junio fatídica decidí pasar por Avemotor para hablar con Narciso. Era viernes, sobre las cuatro, y la historia que Angelines me había contado sobre el chico del taller y Chema me reconcomía por dentro. No quería creerla, porque la chica del pollero era una maliciosa que, con tal de llamar la atención, era capaz de contar las insidias más retorcidas; pero, a pesar de ello, no era capaz de olvidar sin más lo que había escuchado.

Tampoco me había atrevido a preguntar ni a mi hermano Antonio ni al propio Chema, por supuesto. Ninguno de los dos hubiese querido reconocer que habían sido humillados por una panda de gamberros. Una vocecita muy débil e irritante en el fondo de mi cabeza me decía que, tal vez, la historia no fuese inventada. Pero yo no estaba segura de querer conocer la verdad.

Harta de incertidumbres, decidí coger el toro por los cuernos e interrogar al otro implicado en el suceso: Narciso. Si él me mentía, yo lo percibiría. O eso esperaba.

Me presenté en el taller, pero el hijo de Curra no estaba. Sólo encontré a su patrón, que se hallaba ordenando cachivaches en una caja llena de herramientas enormes.

Yo al mecánico nunca lo traté mucho, pero sentía una simpatía instintiva hacia su persona porque mi padre solía hablar muy bien de él. Decía que Avelino no había tenido una vida fácil, pero que no era ningún ignorante. Había nacido en la familia de un corrector tipográfico, un obrero culto que se ganaba la vida repasando letras, de los pocos que se reputaban de haber leído varias veces todas las páginas de *El Quijote* y de saberse de memoria muchos pasajes que, a menudo, les citaba a sus

hijos.

Ya de chico, Avelino repartía volantes sindicales por los negocios y talleres. Con veintitrés años se incorporó al aparato de propaganda del partido comunista en Madrid. Afortunadamente, no tuvo que mancharse las manos de sangre en la guerra. Según contaba mi padre, lo suyo era ciclostilar los manifiestos y repartir banderas; recorrer las calles en coche, gritando consignas por el megáfono; pegar carteles bellos, de obreros puño en alto. Cuando los nacionales entraron en Madrid, Avelino, con apenas veintiséis años, fue condenado a cadena perpetua. Encerrado en un calabozo, olvidado por todos, pensó que iba a morir. Había hecho amistad con el único que lo visitaba, un cura flaco y viejo, de Ávila, con el que compartía partidas de ajedrez y dolor por España. El capellán convenció al juez de que se instase una revisión de su caso y, milagrosamente, visto que no tenía víctimas a sus espaldas, le conmutaron la condena por una decena de terribles años de cárcel. A su salida se casó con una enfermera que había conocido en el dispensario, tuvo dos hijos y, a fuerza de mucho poner en práctica los conocimientos aprendidos de arrancar y sanear las camionetas y coches del partido, puso su propio taller.

Llevaba más de quince años en el barrio, administrando su negocio allí donde la última calle urbana se derramaba en pueblos de casitas bajas, en la zona que el empresario José Banús había decidido convertir ahora en dormitorio moderno de los trabajadores de la ciudad. Avelino no creía en Dios, pero sí en la decencia. Era impecable en el pago a los obreros y proveedores y acabó ganándose una reputación de hombre serio. Jamás blasfemaba, lo tenía a gala. Cuando alguno de los aprendices, como Narciso y otros, se cagaban en el Altísimo o en Su Santa Madre, él chistaba con la lengua y los mandaba callar. Yo le había visto actuar así en algunas ocasiones, y también le había oído decir que «el insulto pase, pero la blasfemia es de pobres mentales, que ofenden por cobardía las creencias». Quizá a cosas como ésta se refería mi padre cuando decía que, a su manera, Avelino era un ilustrado.

Cuando aquella tarde me vio entrar en el taller, me saludó con un gesto afable.

—¿Vienes a ver al Narciso? —me preguntó. Era una suposición lógica, ya que siempre que el mecánico me veía deambulando por su negocio era para visitar al hijo de Curra—. Pues lo siento, muchacha, pero no está. Lo he mandado a hacer el rodaje

de una moto que nos han traído.

—Ah, vaya... —respondí yo.

Reconozco que me sentí desilusionada. Me quedé un rato callada sin saber qué decir, o si debía quedarme o no a esperarle. En silencio, dejé vagar la mirada por los rincones del taller. Me fijé en la fotografía de la mujer medio en cueros que adornaba el calendario colgado en una pared. Aunque la hoja del mes había cambiado, la imagen era siempre la misma: una señora de pechos muy gordos con unos pantalones cortos de cuero negro, como de motorista, y unas patatas enormes. Siempre me sentía muy incómoda al mirarlo.

—¿Sabe si Narciso tardará en regresar? —le pregunté al mecánico.

—Ay, hija, vete a saber... Está con la moto, y cuando el chaval está con la moto, se le van las horas volando. —Avelino cerró su caja de herramientas y se la llevó al interior de un cubículo diminuto que hacía las veces de oficina. La puerta estaba rota y el mecánico la tenía asegurada con una cuerda atada a un clavo que sobresalía de la jamba—. Tengo que arreglar esta maldita cerradura —rezongó para sí mismo—. Como un día alguien se me cuele aquí y se lleve el dinero de la caja, vamos a tener un disgusto...

—Señor Avelino, cuando llegue Narciso, ¿le puede decir que he venido a verlo?

El hombre me miró como si de pronto recordara que yo estaba allí.

—¿Qué...? Ah, sí, sí, claro; descuida. Puedes volver más tarde, a eso de las ocho. Se supone que debería estar aquí para esa hora porque tiene que cerrar el taller.

Le di las gracias y me marché. Como tenía varias horas libres por delante, decidí acompañar a Gisela al campamento de los gitanos como siempre. Así al menos me entretendría hasta que dieran las siete y media.

Fui a buscar a la alemana a su casa y juntas marchamos hacia la escuela. La primavera estaba en pleno apogeo y las amapolas rojas y campanillas azules se derramaban a los bordes del camino, entre hierba crecida que esponjaba los espacios entre los retretes rotos y las carcasas oxidadas de automóviles. Hasta los perros parecían más gordos que en invierno. Gisela llevaba una camisa roja y un blazer ligero de cuadros beige y marrones. Se la veía contenta.

—Me *alegrrro* de que vengas hoy —me dijo—. No te *esperraba*. Me *dejiste* que esta *tarrnde* tenías algo que *haser*.

—Sí, iba a charlar con Narciso, el chico del taller, pero no estaba.

—Ah, sí, ese chico... —comentó Gisela, como dando a entender que comprendía muchas cosas—. Sois muy amigos, *¿sierrrto?*

—Sí, bueno, un poco... A veces me invita a una Fanta. Y me arregló el carrito.

—Los *hombrrres*... qué interesantes y qué difíciles son.

—¿Por qué?

—No puedes entenderlo todavía. A tu edad es *diferrente*, *conocerás* un chico majo y te *casarrás* sin pensarlo demasiado, *perro* no es fácil *aserrrtar* con el *marrido* adecuado.

—¿El tuyo no es bueno contigo?

—Oh, *clarro* que sí, Amelia, pero los hombres *inteligentes* y *trabajadorres* tienen más energía para su carrera que para la esposa. Luego están los tontos, éstos nunca me han *interresado*, y, finalmente, hay muchos *visiosos* que buscan mujeres *parra* divertirse.

—¡Pero tiene que haber hombres buenos, como mi padre!

—A tu edad es *fásil* encontrarlos, *perro* a la mía es cuando *descubrrres* que no todos son buenos...

Al escuchar esas palabras me pregunté quién sería mejor, si el callado Chema o el chispeante Narciso. Desde luego era más guapo el de Avemotor, aunque el hijo de la Filo fuese mucho más estudioso.

—Y Macario, ¿cómo es? —me atreví a preguntarle a Gisela.

Por un momento pareció que se paraba, pero recuperó el paso.

—*Macarrio* es... como todos, *Amilia*... *Macarrio* va a lo suyo...

La conversación se ponía interesante, pero tuvimos que interrumpirla porque ya habíamos llegado a la escuela de los gitanos. Todos nuestros alumnos habituales nos esperaban salvo Josefa, que se había resfriado y estaba en casa con una gripe fuerte.

Me senté al fondo de la clase, para repasar con los alumnos que me iba mandando Gisela y que habían cometido faltas de ortografía en el dictado.

—Eme delante de be, Benito, nunca ene —le indicaba a uno de los pequeños.

—Es que *má ponguío nervoso* la señorita alemana.

—Pues aunque te ponga nervioso, tú pon eme delante de la pe y la be.

Sobre un extremo del banco había un paquete.

—Benito, ¿esto es tuyo? —le pregunté al chiquillo.

—No, *siñorina*. Es de la Josefa, que *tinía ca haber vinío a buscalo*, pero como está mala...

—¿Y quién se lo ha dejado aquí?

—El Macario, *sita*. El payo de la basura.

Me invadió una curiosidad ávida. Intentaba concentrarme en la tarea, sin embargo la vista se me iba al papel de estraza atado con un cordel blanco, con una lazada en el centro.

Ni las monjas ni mis padres me hubiesen tolerado abrirlo. Para mi padre era una regla de oro no fisgar en las carteras o los cajones ajenos. Mamá explicaba que las cartas de cada uno son sagradas. Pero ahí estaba la clave de muchas cosas que llevaba meses presenciando, las visitas de Macario a la escuela, la extraña conexión con Josefa.

—Voy al servicio, Gisela —exclamé de repente, y salí con el paquete escondido debajo del abrigo.

En la escuela, en vez de cuarto de baño, había una cabina pequeña, en pleno campo, a unos veinte metros, con un retrete y un palo que permitía colgar papel higiénico Elefante, cuyos pliegues duros se te clavaban en el trasero al limpiarte. Los gitanos no tenían servicios y el cura y Gisela pusieron la letrina para no tener que evacuar a la intemperie y que así no se te congelase el culo en invierno o te lo vieses los paseantes.

Me metí dentro y, sentada encima de la tapa del retrete, contemplé el bulto sobre mi regazo. Quince por quince centímetros y un tacto blando. Con las uñas, muy despacito, fui deshaciendo lazo y nudos. Era buena en aquello: cuando se rompía un collar en casa o se enredaba una cadena fina, me encargaban a mí arreglarlos, porque tenía cuidado y paciencia. Debía ser minuciosa como un relojero y dejar el envoltorio

exactamente como lo había encontrado.

Cuando logré soltar el cordel, estaba sudando. Me di cuenta de que me demoraba y estaba arriesgándome a que Gisela saliera a buscarme.

Fijándome muy especialmente en los dobleces del papel, para imitarlos a continuación, fui desenvolviendo el paquete, que tenía varias vueltas. Al fin descubrí el contenido: una sábana de niño de algodón con dibujos del pato Donald. Me quedé completamente desconcertada. Nunca se me habría ocurrido pensar que Josefa fuese a tener un hijo. Claro que, desde lo de la Marisina, yo sabía que las mujeres podían tener hijos en la tripa antes de casarse.

Me sentí súbitamente avergonzada por haber descubierto cosas que no me concernían, cuestiones íntimas que la chica se guardaba. Me enjuagué la frente con el antebrazo, me sentía como bajo el sol de agosto. Arrodillada en el suelo, colocando cuidadosamente todo sobre el váter, rehíce el envoltorio y até despacio el cordel. No se notaba nada, decidí. Entonces escuché a la maestra vocear hacia el patio:

—¿Amilia? ¿Tardas mucho? ¡Te *nesesito*!

—¡Voy, voy! —contesté.

Con el regalo bajo la ropa, entré de nuevo en la clase y me senté con los críos, que efectivamente habían empezado a jugar y pelearse. La profesora no preguntó nada. Al cabo de unos minutos me deshice del fardo y lo dejé a escondidas donde estaba anteriormente.

Salí de la aldea de chabolas un poco antes de las ocho, con ánimo de pararme en Avemotor. Iba jadeando por la cuesta y cavilaba sobre las entregas semanales de Macario. El taller ya estaba cerrado, pero llamé a la puerta. Narciso levantó un par de palmos la persiana y sacó la cabeza, tendido en el suelo. Luego la alzó un metro y me dejó pasar, sosteniéndomela con un brazo musculoso.

—Cierro otra vez, que ya hace frío —dijo, y me saludó con una sonrisa—: ¿Ya has terminado de perder el tiempo con esas bestias del poblado gitano?

—Han aprendido mucho y no son bestias. Tú también deberías volver al instituto.

—Sí, hombre, las señoritingas como tú os creéis que todo el mundo puede, pero

algunos necesitamos trabajar. —Me guiñó un ojo y tiró de una de mis trenzas. Nos reímos—. Pasa dentro, anda, ya me dijo Avelino que ibas a venir. ¿Quieres una Fanta?

—Sí, por favor.

—Pues cógela tú misma, que estoy cansado —dijo con simpatía.

—¿Dónde están?

—En la nevera, donde Avelino —me hizo una seña indicándome la dirección.

La puerta estaba entornada. El pestillo chapucero hecho de cuerda que el mecánico usaba para mantenerla cerrada se balanceaba suelto a un lado, colgando de un clavo. Entré y encendí el interruptor. La nevera hacía un runrún metálico, que de vez en cuando paraba. Tenía un asa de metal que había que girar para abrirla. Dentro había botellines, Fantas y Pepsi-Colas. Cogí dos Fantas y las llevé a la nave. Narciso se había sentado dentro de uno de los coches.

—Ven, súbete. —Me abrió la puerta de un Seat 1430 con asientos de polipiel marrón, muy bonitos, y un adorno en el cambio de marchas con pequeñas conchas y estrellas de mar.

El chico puso el contacto y encendió el autorradio: «Precaución, amigo conductor, la senda es peligrosaaa...», cantaba Perlita. Lo apagó de golpe, con fastidio.

—Menudo vejestorio. Yo prefiero Los Brincos o Los Pekenikes. ¿Has ido alguna vez a una boite? —Lo decía así, españolizado—. Negué con la cabeza.

—Son bonitas, un poco oscuras, claro, para que los novios puedan acariciarse, y tienen una bola de espejos en el centro que ilumina la sala con puntos de plata.

Noté que me ponía nerviosa. Como Narciso me miraba, giré la cabeza y miré fuera del coche. En la pared había un fraile capuchino que señalaba el tiempo con el dedo. Iba a llover.

Había reunido el suficiente valor para preguntarle si lo que me había contado Angelines, la hija del pollero, era cierto o no. Si realmente él y sus compinches se habían peleado con Chema y Antoñito a la salida del cine. Abrí la boca para decir la primera palabra, pero entonces él me descolocó con una sola pregunta.

—¿Sabes que eres muy guapa, Amelia?

Me puse como un tomate y la cabeza se me quedó en blanco.

—No... No sé... —tartamudeé—. Ni me importa mucho, además.

—A todas las chicas les importa... y a los chicos nos gusta.

Tras el desconcierto inicial, logré recuperar un poco de aplomo.

—Pues a mí no, las mujeres que me interesan no se preocupan de esas cosas.

—Ah, ¡que eres de las modernas! Entonces te gustará dar una vuelta en coche, le he puesto dos carburadores Weber para zumbiar de lo lindo, así que cogemos el «Fu» y nos largamos.

Arrancó, sin darme oportunidad de réplica. Estaba tan sorprendida que no dije nada. De un salto abandonó un instante el vehículo para abrir la persiana del garaje. Después subió de nuevo al asiento del conductor y salió marcha atrás, a toda pastilla.

—¡Yujuuu, con la más guapa y de marcha! —exclamó. Yo estaba quieta. Una mezcla de temor y curiosidad me animaba, un resorte al que no sabía resistirme.

—Tengo que volver a casa... —balbucí.

—¡Espera, reina, hoy vas a llegar a casa de otra forma! —Parecía entusiasmado, los ojos le chispeaban y un mechón muy negro le caía en medio de la frente. Era guapo, Narciso. Muy guapo. En aquel momento era la única cosa en la que podía pensar con claridad.

El motor tomó la cuesta, primero con las ruedas un poco clavadas en el barro y con más facilidad una vez en el camino. Los bloques de pisos ya se recortaban al fondo, pero el coche viró bruscamente a la izquierda.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—Hay fiestas —contestó—, no tengas miedo, sólo damos una vuelta por fuera, para que las veas.

Iba deprisa por la carretera y me fijé en la leyenda pegada al salpicadero: «Papá, no corras» con tres fotos de niños y una cuarta de una mujer. Faltaba poco para las nueve, la hora de la cena en casa.

Al llegar a la feria las luces y la música nos rodearon. Nunca había estado sola en

una verbena. Aparcamos en un solar lleno de vehículos y Narciso me cogió la mano y me llevó a los coches de choque. Me solté, ya no era una cría para andar agarrada. Cogimos tres fichas, porque costaba menos, y nos metimos en un coche color burdeos.

—Ponte al volante —me ofreció.

—No sé conducir.

—¿Conducir? Esto no se conduce, Amelia, sólo tienes que mover el volante como yo te diga.

Escuché su carcajada y una sirena anunció que empezábamos.

Estaba aterrorizada y entusiasmada, aunque no sabía exactamente quién era él, nada me preocupaba, mi familia no existía. Pisé la palanca y arranqué despacio, con las manos sudadas en el volante, sin saber qué hacer, intentando no chocarme con otros, pero enseguida nos quedamos atrapados en mitad de un atasco. Narciso se puso rápidamente de pie, dio la vuelta al coche y se sentó en el capó trasero, de manera que movía el volante a la vez que yo, guiando por encima de mí. «¡A la derecha! ¡A la izquierda, ahora!» Era divertidísimo. Nos abalanzamos contra otra pareja y chocamos estrepitosamente. Él se agarró a las puertas y a mi hombro; noté su fuerza y me dio mucha impresión. En la tercera ficha volvió a su asiento, colocó el brazo izquierdo por encima de mis hombros, como hacían los novios, y empezó a mover el volante apoyando su mano sobre la mía. Me sentía rígida.

—Te da corte, ¿eh? ¡Nunca has ido con chicos!

—Un poco. —Estaba de nuevo como un tomate. Miré el reloj a hurtadillas, como avergonzada. Las nueve y media. Cerca de la pista había una cabina telefónica, le pedí que me dejase llamar a casa y me dio diez pesetas. Entré y eché los dos duros.

Las ferias tienen algo de fascinante para los psicópatas. La gente deambula por ellas con un objetivo propio, embelesada en tal o cual atracción, creando el caldo de cultivo ideal para la persona que observa a todos los demás y calcula los movimientos ajenos con intereses inconfesables. Es el momento para distraer a un niño de la atención de sus padres, para aproximarse físicamente a un grupo de tiradores de diana, para vigilar sin ser visto. En *El tercer hombre* Graham Greene elige la noria como escenario para que el sociópata manifieste su desprecio por el mundo, su dominio sobre los demás, tan diminutos y miserables en el suelo, tan

sometidos a su voluntad.

En la noche brillante y cuajada de fluorescentes fucsias y verdes, llena de olor a churros de los puestos, me sentía como una pequeña damita haciendo una escapada nocturna, igual que Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*. Incluso Narciso se me parecía un poquito al apuesto Gregory Peck. Éramos como la dama y el vagabundo.

Al mirar a mi amigo fugazmente mientras metía el dinero en el teléfono, sorprendí en sus ojos una expresión extraña. Parecía que quisiera atraparme para siempre en sus pupilas. De pronto, no sé muy bien por qué, se me ocurrió pensar si miraría de igual forma la fotografía de la chica medio en cueros que adornaba el calendario de su taller; y esa idea me aterrorizó.

—Al aparato.

—Hola, mamá, soy Amelia.

—¡Hija! ¡Pero has visto qué hora es! ¡No nos hemos sentado a la mesa por esperarte!

—Ya, se me ha hecho tarde...

—¡Pero ¿dónde estás?! —mamá empezaba a levantar la voz.

—Es que estoy en la feria...

No me dejó terminar y llamó a mi padre. Se oyó la voz autoritaria:

—¿Amelia? ¿Dónde estás, hija?

—En la verbena, papá.

—¿Con quién?

—Con Narciso, el del taller de Avemotor.

—No te muevas de ahí. Salgo inmediatamente a buscarte. Estate junto al puesto de churros y no te muevas. Tardo diez minutos.

Me asusté muchísimo de la reacción de mis padres. Tenía un nudo en la garganta. Por miedo al ridículo, sin embargo, salí sin decir nada de la cabina.

—¿Lo has arreglado? ¡Vamos a la tómbola, a ver si te saco un peluche! —dijo Narciso alegremente.

—No, no puedo, viene mi padre a buscarme...

—¿Por qué? ¡Te iba a llevar a casa, pero si tenemos coche! —Pareció

decepcionado.

—Ya, no me dejan salir sin avisar. Me ha dicho que le espere donde los churros.

—Pues la has hecho buena, guapita de cara. —La voz se le tornó dura y altanera—. Mira, te compro un algodón rosa y te dejo aquí. Yo no quiero saber nada. Nos vemos en el barrio.

Compró una de aquellas montañas de dulce y salió escopeteado, como alma que lleva el diablo. Me quedé como una tonta y, tan pronto desapareció, rompí en sollozos. Así, con el algodón en la mano y llorando, me encontró papá.

—Pero, hija, ¿qué tontería has hecho? Si tú eres muy prudente siempre...

Me abrazó al verme y sentí la absoluta seguridad, el perfume del tabaco, su calor. Condujo a casa despacio, sin regañarme ni gritar. Estaba aliviada, me merecía un tortazo, por lo menos, y no me hubiese importado recibirlo.

Quizá fuera cierto que Narciso ocultaba una realidad que yo, ciegamente, me negaba a aceptar.

Bígaros y Bígamos

Mi madre hizo lo que no había hecho mi padre por blando y me castigó dos semanas sin bajar al poblado. Ni se me ocurrió rechistar. Se habían quedado todos sin cenar, esperándome preocupados, y comprendí que había sido muy egoísta. Sin embargo, me avergonzaba haber quedado con Narciso como una niña mimada a la que su papi asustado iba recogiendo por las fiestas. Durante quince días no quise verlo más y me estremecía recordar las emociones de aquella noche, su piel junto a la mía en los coches de choque, las risas, su amabilidad al arreglarme el carrito de la compra.

Tuve que conformarme con Chema. El último mes del curso no había clase por las tardes y las pasé jugando en la calle, justo cuando lo de los coches de carreras estaba bien caliente. Me parecía que los dos pilotos de moda tenían cara de rata, Emerson y Niki: narices enormes y dienteillos repartidos por una gran sonrisa. Eso era lo único que yo veía en ambos. Podía entender que a los chicos les gustasen los coches, pero la pasión a muerte por un conductor se me escapaba. Por más que mirara los pósters de Antoñito, no conseguía imaginar lo que sentía. Cada vez que salía por la tele el anuncio de Cola Cao (para explicarnos que tomando el producto nos pareceríamos a Eddy Merckx, Haro, Mark Spitz y al piloto brasileño) mi hermano ponía morros. Quería dejarme bien clarito que ayudar a Niki Lauda era una traición a la sangre.

En los coches había un cambio de época como el que vivía España. Aunque Emerson Fittipaldi había sido el campeón mundial más joven de la historia, el austríaco lo estaba dejando atrás. Los *gentlemen drivers*, los caballeros que conducían por hobby, estaban siendo sustituidos por pilotos profesionales, como en la

política los enardecidos discursos y los excesos ideológicos de la posguerra se veían poco a poco relegados por sesudos tecnócratas de rostro gris.

Durante décadas los chicos «bien» conducían bólidos de la misma manera que montaban a caballo, jugaban al polo o rivalizaban al tenis. El brasileño era el hijo de un periodista deportivo que le inculcó la pasión por los coches y con dieciocho años era campeón de karts. Pero Lauda era otra cosa. Su padre, un millonario austríaco, le había prohibido dedicarse profesionalmente a los coches, así que pidió un crédito para poder correr. Con Lauda se acabaron el esnobismo británico o la pasión latina; trabajaba con sistema, cuidaba la alimentación y la forma física e inspeccionaba rigurosamente la mecánica. Fittipaldi era simpático, como carismáticos habían sido los discursos militares del franquismo, pero Lauda era seco y arisco como los López y los Martínez, los tecnócratas que aplicaron el desarrollismo en España e hicieron despegar la economía en los sesenta. Lauda demostró que el trabajo duro funcionaba mejor que el carisma. Era un cerebro al servicio del volante.

Yo entonces no era consciente de estas analogías, aunque aprendí mucho sobre pilotos y carreras gracias a lo que Chema me contaba cuando jugábamos con las chapas en la calle. En el barrio se habían acostumbrado a vernos juntos, charlando, riendo, intercambiando libros y cromos. La verdad es que era fácil contarle las cosas, escuchaba de maravilla y tenía formas originales de ver el mundo.

—Van a poner *Tiburón* en el cine —me comentó un día, hablando de la película de moda—. Dicen que impresiona mucho.

—Ya. Mis hermanos le han dicho a mi padre que tenemos que ir, pero creo que me voy a asustar.

—Qué tontería, Amelia, verás como acaba bien.

No las tenía todas conmigo. De repente, mi amigo se calló y me miró pensativo. Estábamos en un banco y hacía eses en la madera con un trozo de ladrillo roto. Me recordó el anuncio de los bolis: «Bic naranja escribe fino, bic cristal escribe normal. Dos escrituras a elegir, bic, bic, bic, bic, bic». Tichi siempre elegía el bic naranja, decía que no podía escribir con el otro, que le emborronaba los cuadernos de tinta. En cambio, a mí la tinta gruesa del bic cristal me resultaba fluida, casi dulce, y como apretaba mucho al escribir, el papel la absorbía por completo. Después miraba las

páginas por detrás y parecían troqueladas, con relieve.

—Amelia, ¿te castigaron por llegar tarde?

Me envaré. De repente Chema pasó a ser el amigo de Antonio, el chico de octavo curso, el enemigo. ¿Por qué se metía en mis cosas?

—Fui a la verbena y se me hizo tarde. ¿Quién te lo ha contado?

—No es que me importe. Me lo ha dicho tu hermano...

—Un chismoso, siempre contando cositas.

Siguió frotando el ladrillo y sobre la superficie del banco empezó a acumularse un polvillo rojo. Lo juntó hasta formar un montoncito. Me estaba poniendo nerviosa. Me apuraba haber hecho esperar a mi familia para la cena, pero no entendía por qué la gente tenía que saber esas cosas.

Mi amigo suspiró un poco y levantó los ojos para mirarme.

—Estaba Narciso, ¿verdad?

—Sí. ¿Te importa mucho?

—No es cosa mía, claro. Sólo quería decirte...

—¿Qué? ¿Que sólo se puede ir con un chico? ¿Que tú me vas a decir lo que tengo que hacer y con quién ir?

Pareció sorprendido por mi reacción. Siempre me enfadaba antes que él, que tenía mil veces más paciencia.

—No es eso, Amelia. Es que a Narciso lo conozco. Quería decirte que es... peligroso. De verdad. Yo sé cosas... No deberías estar sola con él.

Me sacudí la falda y me levanté. Estaba apurada por hablar de chicos con Chema; sabía de sobra que no tenía que haberme subido en el coche de Narciso, pero eso no era asunto suyo. Sólo faltaba.

—Amelia... Narciso es un bruto. Una vez, a tu hermano y a mí nos...

—Será contigo, guapo. —Lo interrumpí bruscamente riéndome en su cara.

De repente, en una décima de segundo, decidí entre la soberbia y la prudencia, a favor de la primera.

Elegí apostar por Narciso y creer que el chico del taller era un macarra desastrado que, en el fondo, podía llegar a ser bueno con la compañía adecuada. La razón última

de ese arranque fue mi deseo de libertad. Todos me decían lo que tenía que hacer: mis padres, mis hermanos, las monjas. No estaba dispuesta a que se sumase a la lista un chaval que ni siquiera era de mi familia.

—Porque tú lo digas —continué—. Tengo tres hermanos mayores y todos quieren mandarme. ¿También vas a mandarme tú?

Una ola de ira barrió toda consideración sobre lo que Chema tuviese que contar.

—Seguro que con vosotros es un bestia porque siempre estáis buscando gresca. Os gusta más una pelea que a un tonto un Chupa Chups. Todos los chicos sois unos salvajes, pero Narciso es mi amigo, y con mis amigos hago lo que quiero.

Y me di la vuelta y salí escopeteada hacia casa, con aire de princesa herida. En las escaleras olía a coliflor. ¡Cotillas! ¿Qué podían saber ellos de Narciso? ¡Ellos sí que eran unos brutos! Siempre pegándose y jugando a las guerras, lanzándose piedras y terrones de barro... ¡Y qué capones me sacudía mi hermano cuando nos peleábamos! Batallas, además, que siempre surgían por su culpa. Y también había visto más de una vez a Chema amedrentar a sus hermanos pequeños. Ninguno de los dos podía dar lecciones de civismo a nadie, ni siquiera a Narciso.

Manoseando nerviosamente mi pañuelo y conteniendo las lágrimas de rabia que me venían a los ojos, pensé que me había desviado de mi objetivo. El pelito rojo de Chema y sus maneras simpáticas me habían distraído como a una tonta. Me recordé que estaba tratando con el hijo de la panadera sólo para intentar enterarme de lo que su padre hacía los viernes donde los gitanos, no para hacerme su amiga. Apreté los dientes y decidí tenerlo presente cada vez que hiciésemos circuitos para chapas o carreras de patines. ¡Hombres! ¡Gisela tenía razón!

A pesar de mis problemas, el mundo seguía girando. Aquella semana causó gran impacto en el barrio la noticia del robo en Avemotor.

Avelino contó a mi padre la reconstrucción de los hechos que hizo la policía. El asalto había sido la misma noche del día en que yo había discutido con Chema. En la oscuridad del descampado, alguien entró en el taller. La madera del marco de la ventana estaba suelta y la nave era de una sola planta, así que al invasor no le resultó

difícil auparse desde un montón de hierros acumulados junto a la fachada y hacer palanca con una barra.

Había destrozado el cristal y revuelto la oficina del mecánico. Facturas, pagarés y nóminas estaban por el suelo. Faltaban diez billetes de mil pesetas.

Los descansillos de la escalera de nuestro edificio se convirtieron en un foro muy activo donde cada vecino aportaba su fragmento de noticia. Incluso Lolo, al que, a sus espaldas, muchos responsabilizaban en parte por el delito ya que, al fin y al cabo, él era el sereno, opinaba sobre el crimen y sostenía que debía de tratarse de un delincuente muy ducho, pues no había dejado huellas dactilares.

Buscar sospechosos se convirtió en un pasatiempo recurrente. Algunos, como doña Consuelo, la madre de Lolo, echaban la culpa a los gitanos del descampado, lo que a mí me indignaba mucho. Zósimo, el portero, creía que había sido cosa de alguno de los mozos que tenía Avelino como aprendices en el taller, pero Gisela no estaba de acuerdo: ella decía que cualquiera de ellos podía haber aprovechado un momento de descuido de Avelino para llevarse el dinero a plena luz del día, sin necesidad de romper una ventana de madrugada ni de destrozarse el cajón del despacho con un gato hidráulico.

A mí me parecía un razonamiento muy juicioso, pero el resto de los vecinos no lo veían igual. La hipótesis de que alguno de los aprendices, llevado por una negra tentación, se hubiese agenciado el dinero empezó a cobrar cada vez más y más fuerza. Yo sabía que era cuestión de tiempo que los dedos de aquella inquisición popular apuntaran directamente a Narciso, que de todos los que trabajaban para Avelino era quien tenía peor fama.

Sin embargo, esperaba que ese momento no llegara nunca.

Mi enfado con Chema se prolongó menos tiempo del que yo había previsto. No tardé mucho en perdonarlo y me prometió no volver a meterse en lo que tenía o no que hacer. La verdad es que era imposible pelearse con ese chico tranquilo y razonable.

Una vez por semana hacía mi ronda por el barrio para recoger trapo y papel. Él

tiraba del carrito y lo cierto es que, sin su ayuda, hubiese tenido que trabajar el doble. Como en casi todos los sitios nos regalaban algo, la visita se alargaba. En la mantequería, Suso, el dependiente, nos daba un bollo suizo; en la frutería sacaban uvas, y en el ultramarinos, garbanzos tostados. Sentados en la acera, nos comíamos las provisiones, ya cerca de mi casa, antes de entregarle el botín al portero para que me lo guardase.

—Me gustaría ir contigo al poblado, Amelia —me dijo un día, para mi sorpresa.

—Pues yo no quiero ir contigo.

—Es mucho peso y me encantaría ayudaros a Gisela y a ti. No tienes por qué abusar de ella —añadió mi amigo.

Tanto insistió, que accedí.

—Pero sólo a la ida y hasta las primeras chabolas, ¿de acuerdo?

A partir de ese momento fuimos tres en bajar los viernes. Tan pronto alcanzábamos las casas, los niños se arremolinaban y yo aprovechaba para despedirme de él.

Las conversaciones entre nosotros eran divertidas. Leía tanto que siempre que tenía dudas acudía a él. Chema sacaba libros de la biblioteca de los agustinos, de la pública del barrio y hasta de la de mi padre, que le prestaba lo que se le antojaba.

—¿Qué es un «bígamo»? —le pregunté un día.

Mi familia ponía cada seis meses una conferencia al Uruguay para hablar con mi tío abuelo Manolo, que había tenido que exiliarse por «bígamo», pero mi madre me mandaba a jugar cuando le preguntaba.

—Anda, anda —decía—, las niñas no tenéis que enteraros de las cosas de los mayores.

«Bígaro» era un caracol, pero «bígamo» no me sonaba. Años después me enteraría de que el tío, que se había divorciado en la república, tuvo que exiliarse con su segunda mujer porque, según el Régimen, seguía casado eclesialmente con la primera.

—Bígamo —me explicó Chema— es uno que se ha casado con dos mujeres.

—¿Como Onassis?

—No, no, ése cambiaba de mujer, pero una detrás de otra. Me refiero al que tiene dos mujeres a la vez.

—Como los moros...

—Mmm, tampoco. Allí está admitido por la ley que tengan cuatro esposas. Es uno de aquí que se casa con dos mujeres y por eso lo meten en la cárcel. Eso no se puede hacer en España.

—Ya, ya.

Me pareció cosa para preguntársela a mi hermano Ángel. Curro me protegía tanto como mis padres y no me contaba los misterios prohibidos. Antoñito se burlaba de mí —eso suponiendo que tuviese información—, pero Ángel estaría encantado. Cada vez que se ponía la conferencia a Montevideo y mi padre nos mandaba estar en silencio, para poder oír al tío, Ángel soltaba:

—Es que ni para amar se es libre en este país.

—Ángel, ¿por qué el tío Manolo es bígamo?

—Pues porque Franco lo dice, Amelia.

—¿Y los bígamos no pueden vivir en España?

—Pues no, señor, claro que no.

—¿Y por qué el tío tiene dos mujeres?

—No tiene dos mujeres, Amelia, sólo tiene a la tía Pilar, pero Franco dice que no es su mujer verdadera.

—Entonces ¿por qué es bígamo?

—Joder, niña, qué lata das —se quejó mi hermano.

—Cuéntaselo —intervino Juan Manuel, al que aún teníamos de invitado en casa, tragando bocadillos de chorizo a dos carrillos—. Al fin y al cabo es una lucha contra la opresión, chaval.

Y gracias al barbudo y su proselitismo político me enteré de la historia.

—¿Y qué le pareció a la primera mujer?

—¡Amelia, yo qué sé!

Ángel se había puesto de mala uva, así que yo también me marché al Uruguay de mi habitación, a intentar entender por qué en Estados Unidos no había bígamos o por qué los moros pueden tener cuatro mujeres. También me preguntaba si lo de don Gustavo con Matilde sería bigamia y si Gisela era bígama. Era un lío complicado para una chica de nueve años, incluso para una que ya iba a hacer diez en octubre de aquel año.

Moreno agromán

Verano en Madrid no era una estación, era otra dimensión. La ciudad devenía en una rígida plataforma de cemento hirviente, el calor sólo amainaba con los manguerazos del amanecer. La tierra de los geranios de mi madre se abría y agrietaba y las flores parecían suspirar cuando las regábamos a la caída del sol, como si las rescatásemos de la muerte una tarde más. Había que tener cuidado de no pisar en las comisuras del asfalto, que se ablandaba y pegaba a las suelas de los zapatos. Media hora después de tender ropa empapada, las prendas colgaban como papel tieso y, más que recogerlas, se las desenganchaba de las cuerdas. Ya no hacía falta usar el secador, yo salía con las coletas tensas y mojadas de casa y llegaba al cole con rizos ensortijados en la frente y la nuca. «Agüelos», los llamaba la yaya.

Todo nos sobraba en clase: calcetines, blusas, pichis. En las largas sesiones de patio poníamos las piernas y los brazos al sol, de modo que las vacaciones nos pillaban bronceadas a trozos. «Moreno Agromán», lo llamábamos, porque se parecía al de los obreros de la constructora. Cuando visitábamos a mi abuela en su casita antigua del barrio de Tetuán, que ella llamaba «el hotelito», me obligaba a ponerme un enorme sombrero de papel de estraza, como un ridículo barco triangular, para protegerme de los rayos. Imposible explicarle a la abuela que era ya una señorita coqueta.

Con el verano venían los meloneros, que montaban tenderetes de cuatro palos por todo el barrio, entre los edificios, y traían un aire exótico, como de nómadas con efluvios del desierto. Extendían un hule en el suelo sobre el que apilaban melones y

sandías, en ordenada pirámide, y coronaban la construcción con uno ya empezado arriba, con un cuchillo clavado. «¡A cala y cata —voceaban—, a cala y cata!» Era sorprendente cómo mi madre distinguía los mejores, apretándolos. El vendedor los pesaba en una romana.

También estaban los helados, con esos personajes de Disney que nos fascinaban: recipientes de plástico con la cabeza de Mickey o Donald, que mi abuela se negaba a comprar, por caros: «Helado al corte, con galleta, que es lo más rico», decía.

Cuando dieron las notas, las clases finales se convirtieron en una excusa para perder el tiempo. La verdad es que las aulas eran un cocedero, incluso con las persianas de rejilla bajadas. La atmósfera de más de cuarenta niñas respirando el mismo aire se enrarecía. A la hora del recreo nos invadía el sopor y nos atrevíamos a preguntar las cosas más raras a sor Julieta: que si había tenido novio de joven, que si llevaba el pelo al cero debajo del velo. Las monjas se mostraban indulgentes, olía a fin de curso. Entre clase y clase hacíamos visajes a los chicos del colegio de enfrente. Todas teníamos novio... solo que jamás llegamos a conocerlo en persona. Cada una elegía a su preferido y le lanzaba pelotillas de papel que no solían llegar a su destino. Después, cuando nos cruzábamos con el «príncipe» en cuestión por la calle, de lejos, nos moríamos de bochorno, al pensar que podía haber leído la misiva. Las conversaciones se tornaban tórridas.

—Me ha dicho mi hermana que besarse con un chico es como doblar la lengua hacia atrás, dentro de la boca, y moverla —explicó Socorro Jiménez, que era la pequeña de una larga saga de mujeres expertas.

Todas intentábamos probarlo y nos daba vértigo esa extraña sensación de carne tibia bajo el paladar. En realidad ninguna sabíamos nada de bocas, lenguas, ni abrazos, por eso nos arracimábamos en torno a Susana Laguardia («Susi Laguarra», la llamábamos), que había repetido dos veces y salía con chicos de primero de BUP, que la recogían en moto al salir del cole.

—¡Lengua..., lengua! —provocaba despectiva—. ¡Lo mejor de los chicos no es la lengua!

—¿Ah, no? —me atreví a preguntar yo.

—No, guapa, que no te enteras.

Cristina Ramírez, la que había hecho de princesa en la fiesta, tenía los ojos verdiazules y un diente un poco mellado. Aunque era bajita, se tenía por muy mona.

—Venga, Susi —la animó riéndose—, cuéntanos cosas de chicos.

Hicimos piña las cinco en un rincón del patio, a la sombra de un árbol. El sol hincaba puñales fuera del círculo azul de la umbría. Susi, que hablaba de permanentes y usaba tacones y brillo de labios, nos instruyó.

—Cuando se baila con un tío hay que agarrarlo de aquí —y señaló.

—¿Del cogooote? —interrumpió Socorro Jiménez, a risotadas. Era exageradamente alta y fuerte, con un aire torpe y ausente.

—No es el «cogote», burra —añadió la experta—, es la nuca. Por eso hay que llevar siempre tacones, para alcanzarlos cuando se baila y poder respirar cerca de la boca del chico, para que le dé ganas de besarte.

No se oía una mosca.

—De todas formas —dijo Susana—, no es eso lo que más les gusta...

—Ya... —dijo Cristina— les gusta tocar las...

—¡Cochina! —saltó Ana, muy colorada.

A mí también me sorprendió Cristina, jolín con la princesa.

—Pero ¿queréis o no saber cosas? —preguntó nuestra veterana.

—Cállate, Cristina —me envalentoné—, estamos en Cuarto, ya tenemos edad para hablar de esto. Sigue, Susana.

—Adivinad dónde quieren tocarnos los chicos y dónde quieren que los toquemos.

Hicimos nuestras apuestas... Que si querían tocarnos las tetas..., que si había que tocarles el pompis..., que si era mejor dejarse abrazar fuerte..., que si querían besarnos el cuello... Susana se carcajeó de nosotras.

—Sois gilipollas —nos dijo—. Los chicos quieren tocarnos aquí. —Y se levantó la falda y señaló las bragas. Estaba sentada con las piernas cruzadas, como todas.

—¿En el culo de alanteee? —dijo Ana, muerta de risa.

—¡Pues claro! —subrayó Susi Laguarra—. ¡Y quieren que les toquemos la cola!

—¡¡¡Halaaa!!!! —se oyó un grito sofocado, casi unánime, de susto.

Bajamos la voz, intentando evitar que la cuidadora del patio nos viese

cuchicheando. A las monjas no les gustaban los conciliábulos, los resolvían a palmadas: «¡A jugar, a correr ahora mismo, que luego estáis horas sentadas!».

Tomé aire y la animé.

—Cuéntanoslo todo, tú lo sabes, Susana.

Me escuché, un poco asombrada de mí misma, encabezando el grupo de aguerridas exploradoras de la vida.

—¿Seguro?

Todas asintieron. Presentíamos que cruzábamos un umbral peligroso y emocionante. Susana se alisó la falda, nos miró una por una y reveló el secreto:

—Los hombres por donde más sienten es por la cola. Por ahí hacen los niños, la meten en la mujer para tener hijos.

Nos sudaban las palmas de las manos.

—¿Por... el culo de *alante*? —pregunté horrorizada.

—Sí.

Nos miramos incrédulas y asustadas y decidí dar rienda suelta a mis impulsos de jefa y reírme a carcajadas.

—¡Qué tontería, Susana, esta vez te has pasado, mis padres jamás harían nada semejante!

Había entrevisto en mi memoria la sonrisa de mi padre y los ojos de mi madre y me resultaba tan ridícula la conversación que no podía parar de retorcerme. Las chicas se soltaron y empezaron a corearme.

—¡Claro que no! ¡Mis padres tampoco! ¡Eres más guarra que la pelos, Susi! ¡Anda ya!

Susana se molestó. Era bien consciente de la extraña compasión con que la acogíamos, lo lejos que estaba de nuestra pubertad tonta. Con un gesto de orgullo se levantó, se cruzó el babi como un abrigo y salió en dirección a la otra punta del recreo.

—Jobar, qué bruta —dijo Socorro y se irguió también.

Cristina estaba pasando un apuro horrible y se fue hacia las aulas. Ana y yo nos quedamos a solas. En un silencio engorroso.

—¿Sabes qué voy a hacer? —preguntó mi amiga—. Voy a hablarlo con mi madre.

—¿Quééé?

—Que sí, Amelia, que me ha explicado todo lo de la regla y no tengo corte de preguntárselo.

—¡Anda que si yo me presentase en casa, preguntando si los chicos meten eso por allí...!

Mis padres no estaban para tonterías, y mucho menos desde que aquella semana hubiese empezado en casa con todo menos amor. El lunes por la tarde dos tricornios en la puerta anunciaron la visita de una pareja de la Guardia Civil. Juan Manuel, el barbas, había desaparecido y lo andaban buscando. Mi padre telefoneó al secretario de Estado para explicarle que su hijo había cogido las de Villadiego sin decir nada a nadie, pero los dos «números» preguntaron por los amigos del chico, revisaron sus libros, requisaron una agenda y buscaron por todas partes una señal que les permitiese rastrear el paradero del revolucionario. Ni Ángel ni Curro sabían nada, sin embargo el escrutinio puso de los nervios a mi madre, que se encaró con los dos guardias y les explicó a voces que su propio padre era sargento de la Benemérita y no debían dejarse llevar por las apariencias, que su marido era profesor de universidad, pero muy decente. Los guardias civiles subrayaron que no había nada contra la familia, pero mi padre tuvo que pedirle a mamá que se tranquilizase y llevársela al dormitorio.

Cuando se marcharon, sonó otra vez el timbre y pensamos que regresaban. Todos miramos a papá, que estaba a punto de montar en cólera.

—Ve a ver —le dijo a Curro.

A mi hermano Ángel no le pasó desapercibido que lo dejaba de lado. Le reprochaba el haberse juntado con Juan Manuel y haberlo animado a venir a casa. Curro, en cambio, pasaba de política, estaba concentrado en el enorme esfuerzo que le suponía sacar su ingeniería.

Entró Lolo, de los nervios. El sereno, que se mostraba siempre tranquilo y risueño, estrujaba su gorra de trabajo.

—¡Que no quieren ponerle nombre al niño, don José!

—¡Lo que nos faltaba! —exclamó mi padre. Suspiró hondo, hizo acopio de

paciencia e invitó a Lolo a un vaso de vino Savin para que al sereno se le pasara el disgusto y él pudiera soportar el relato de la historia completa.

El hombre dijo, muy nervioso, que Marisina había parido en la Ciudad Sanitaria de dos empujones vigorosos, un niño de cuatro kilos al que quería poner «Olmo». Lolo había acudido al registro y al funcionario no le había dado la gana inscribirlo con ese nombre. Por mucho que el sereno había porfiado, no había conseguido hacerle cambiar de opinión.

—Olmo es un nombre extraño —razonó mi padre—. ¿Por qué no le pone Manuel, como usted, que es mucho más bonito?

—La Marisina no quiere ni oír hablar de ello —replicó—. Usted sabe que se vincula sola del pueblo, de Azagra. Sus padres murieron y resulta que la madre era muy devota de la Virgen del Olmo, que es la patrona. ¡Y de ahí no se apea! Dice que si la Virgen no cuida a su niño, se quedará huérfano como le pasó a ella.

Mi padre, que llevaba varias noches sin pegar ojo por el calor, se vació el chato, palmeó al sereno en la espalda y le prometió que iría al día siguiente a acompañarlo al registro. Por lo menos nos reímos durante la cena, porque lo de Olmo era tan raro como llamar a un niño «Avellano». Y allá que se fueron el martes. Con toda su autoridad académica, mi padre fue incapaz de hacer comprender al funcionario —un señor con gruesas gafas de pasta y raya en medio— que era conveniente que el bebé se llamase como sus padres querían.

—Lo siento, señor, viene usted con su mejor intención, pero eso no es nombre cristiano. Es una burla para el recién nacido.

—Caballero, la madre llama Olmo al niño por devoción a la Virgen María, en memoria de la patrona de su pueblo. Es que es de Azagra, en Navarra, ¿sabe?

—Que sí, señor, si yo le creo. Pero el niño no puede llevar nombre de árbol. Si fuese niña podría ser María del Olmo. No sé... ¡Tal vez podrían ponerle Olmo María!

—El Lolo no estaba de acuerdo. Olmo María sonaba a chica, se burlarían de la criatura en la escuela —protestó el sereno.

—De lo que se van a burlar es de que se llame como una mata o un arbusto —repitió el funcionario—. Y eso sin mencionar la mofa y befa de las costumbres cristianas...

Se le ocurrió entonces a mi padre la idea de ponerle otro nombre delante.

—¿Qué le parecen dos nombres de chico uno tras otro: Juan Olmo, por ejemplo? —le preguntó al sereno.

Éste se lo pensó y asintió con la cabeza.

—Le puedo decir a la Marisina que ha de llevar el nombre de mi padre, que se llamaba Juan. Y luego lo llamamos Olmo en casa.

—¡Pero Juan Olmo tampoco es cristiano! —espetó rápidamente el confuso funcionario.

—¡Cómo que no, hombre de Dios! —se arrancó mi padre levantando la voz con mucho aspaviento—. ¡¿Cómo no va a ser «Juan del Olmo» cristiano, si es el nombre y patrón de una secular localidad de Ávila —la patria de Santa Teresa— de la que tan devotísimo es nuestro Caudillo?!

El hombre de la ventanilla sacó el registro de pueblos y localidades de España y comprobó lo que decía mi padre. San Juan del Olmo era un pueblo de Ávila. La propuesta coló y el niño fue inscrito como Juan del Olmo, en memoria de su abuelo paterno y de las devociones marianas de la abuela materna. Al final, lo que llevaba de nombre era un topónimo, pero a nadie le importó. Lolo no sabía cómo dar las gracias.

—Nada, hombre, nada —le repitió mi padre, que no buscaba sino el momento de desembarazarse de él y marcharse a la universidad, donde el trabajo se le amontonaba por los exámenes—, bastante hace usted cuidando la calle y custodiando a mi familia.

Aun así tuvo que tomarse un par de botellines en el bar más cercano a la salud del rorro, antes de que el feliz progenitor saliese hacia el hospital, a comunicar a la del Avon la gloriosa noticia y la victoria en el registro.

Cuando se libró del sereno, mi padre cogió un taxi. Apenas había llegado a la facultad y, en el momento en que acariciaba la idea de encerrarse en el despacho a corregir y mandar a todo el mundo a tomar por saco, un bedel lo avisó: «Doña Eustaquia ha llamado llorando»... ¡y vuelta al barrio! No estaba de Dios que emprendiese el trabajo ese día.

Como el barbudo había desaparecido, mi madre se había puesto a aspirar la moqueta del salón y a colgar en su sitio los cuadros de Goya y Velázquez. Yo me puse

a ayudarla. Entonces le llamó la atención en una esquina, bajo las cortinas, un cuadrante desplazado. Debajo dio con un escondrijo en el que encontró una resma de panfletos. Abrió un ejemplar y se topó con el anagrama de un puño aferrando una hoz y un martillo, con una estrella colorada encima. Otro papel presentaba un paisaje de puños alzados, sobre un fondo de grúas y edificios en construcción. Estaba firmado por la OMLE, la organización de marxistas-leninistas de España. Casi le da un infarto. Mi padre la encontró sofocada en el salón, con un abanico en la mano.

—¡No te asustes, mujer!

—Pero, Pepe, ¡que tenemos propaganda roja en casa! ¡Y el Generalísimo muriéndose, de ésta acabamos todos en Carabanchel!

—Nada, hija, que cada palo aguante su vela. ¡Ahora mismo llamo a su padre! Este desgraciado se la está buscando, ni siquiera respeta a la familia que le acoge...

Resultó que Juan Manuel andaba enredado con la OMLE y el PCE (r), el Partido Comunista de España (reconstituido), que acababa de refundar el comunismo clásico con instrucciones de Pekín llegadas a través de Albania.

—¿Pero no les basta con un partido comunista? —preguntó desesperada mi madre.

—¡Éste es distinto, es maoísta!

—¿«Morista», de los moros?

—De los moros no, Toqui. De los chinos, maoísta.

—¡Virgen del amor hermoso!

Mi madre tenía algo de razón al estar tan asustada, porque el de 1975 fue un terrible verano de atentados y la cosa política estaba más bien soliviantada. La ETA tenía mucho apoyo en las Vascongadas, pero también en el resto del país había gente que miraba con condescendencia a los pistoleros que se atrevían a desafiar al Caudillo. El FRAP, el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota, se incorporó a las matanzas. El Régimen reaccionó con dureza y la Guardia Civil y la policía persiguieron arma en mano a los asesinos por las calles de Madrid, cercaron y asaltaron sus viviendas. En los consejos de ministros se ordenó militarizar a los serenos, vigilantes y porteros. Lolo y Zósimo presentaban un bulto en el costado, bajo la camisa, y despertaban la admiración de los chavales del barrio, que los miraban como a los protagonistas de *Bonanza*.

Por suerte, ahora que Juan Manuel se había ido, nuestro pequeño piso familiar fue recuperando la calma hogareña habitual: el salón se había «democratizado», y volvía a ser de todos, para ver *La casa de la pradera* y hojear las revistas. Yo estaba encantada de recuperar mi casa y dejar de chocarme con desconocidos. Se quitaron las sábanas del barbudo en paradero desconocido, se hizo limpieza general y mis padres mandaron el material revolucionario directamente al padre de Juan Manuel, sin denunciar el caso, pues querían pasar página y no meterse en follones. Ángel entraba y salía haciéndose el sueco, como si aquello no hubiese ocurrido y sin decir ni mu de política. No se volvió a escuchar a Víctor Jara.

La última semana de clase, con falda gris y blusa blanca, apenas parecíamos uniformadas. Sin jersey ni babi, como si el verano hubiese deshojado las normas del invierno escolar, la ropa anticipaba la libertad del veraneo. No pensábamos en otra cosa: que si la playa, que si el pueblo... Ana y su familia irían a Castelldefels. En la fila de entrada a las aulas se me acercó por detrás. La monja miraba el reloj, quedaban apenas diez minutos.

—Pregunté eso —me espetó, y se me quedó mirando.

Por un instante me despisté, no sabía de qué hablaba, pero inmediatamente recordé nuestra conversación con Susi Laguarra. Sentí un escalofrío y un poco de vértigo. Como en una ráfaga, se me pasaron por la mente Marisina y Lolo, Filo y Macario, don Gustavo y Neus, mis padres y todos los matrimonios que en el mundo han sido, incluidos Adán y Eva.

—Es verdad, Amelia... Todos lo hacen.

—¿De verdad? ¿Lo ha dicho tu madre? —Apenas me lo podía creer.

Asintió.

—Y dice mi madre que es bonito y da gusto y que es porque se quieren. —No parecía demasiado afectada, como si lo que decía fuese normal.

Sentí cierto vértigo, estaba desconcertada. Ni por un momento dudé de Ana, que con su modernísima madre hablaba de todo, pero la realidad se me impuso de una

forma violenta, desconcertantemente física. El cuerpo, que había estado ahí abajo, a nuestro servicio, humilde y anónimamente listo para trepar por las tapias y correr por el campo, irrumpió reclamando derechos propios, más allá del comer y el beber. Imponía reglas, un recorrido laberíntico confuso, doblegaba voluntades. A veces, incluso, se saltaba las normas sociales, como don Gustavo y Matilde. Apreté los puños para dominar la confusión y controlé la tentación de imaginarme entre los brazos de un chico, practicando «eso». Me prometí a mí misma que jamás, jamás, jamás permitiría que nadie me hiciese semejante barbaridad.

Tiburón

Cuando nada en la playa, la gente se cree a salvo. Se concibe plácidamente extendida en el agua, con el cuerpo en paralelo a un fondo de arena diáfana, deslizándose limpiamente por la superficie azul. Yo no, yo mantengo la cabeza bien erguida al sol y sé perfectamente que mis pies están lejos, debajo, inermes, solos. Rodeados de silencio y oscuridad, allí donde pueden ser amputados. Cuando imagino el peligro, recuerdo una música rítmica e inquietante, de violines y trompetas, que siempre llevaré asociada al mar. En las noches tibias, sentados en los escalones de los portales de los pisos de veraneo, rememorábamos la escena de Chrissie, que abandonaba la fiesta para bañarse sola en Amity Island, se aproximaba a una boya y experimentaba un repentino tirón, desde el fondo. Un golpe firme, poderoso, que la arrastraba al fondo súbitamente. Emergía a continuación, pero sólo un instante, para darse cuenta de que ya no estaba entera, y era sepultada después, entre gritos espantosos, hasta desaparecer para siempre, empapada en algodones marinos de sangre.

La escena de cine se nos clavó en las neuronas. *Tiburón*, que denunciaba la codicia de los empresarios turísticos, que convencían a los pobres bañistas de que no había riesgo, nos inició en la sospecha de que no todo era ideal en Estados Unidos. También nos enseñó a decir tacos en casos extremos: «Sonríe, hijo de puta», le escupía el policía Brody al tiburón blanco devorador de hombres, antes de reventarlo de un tiro. Supimos además que los tiburones comen matrículas de coche. En Madrid no había tiburones ni experiencia al respecto.

Hubo debate entre los padres, que habían oído que la película era una salvajada, pero Antoñito montó una panda de niños, incluidos los hermanos de Ana y Chema, y no dejó de dar la lata hasta que cedieron.

—Después de salir de la sala, iremos a tomar churros y haremos un cinefórum —sentenció mi madre muy razonable—, para que se os pase el susto.

El final del curso se hizo más llevadero con la promesa:

—Iremos el primer fin de semana sin clase.

Todo proseguía, pero el ritmo se iba ralentizando, como se adormila una ciudad colonizada subrepticamente por un virus que provocase fatiga. Gisela y yo recorríamos los caminos agostados, alfombrados de paja seca. Había cardos grandes como gorriones. A media tarde se oían las chicharras, como una sierra metálica, luego la puesta de sol incendiaba un horizonte enorme. Las madres iban a la compra pronto, con la fresca, y se adentraban después en los misterios de la siesta. Zósimo tenía el botijo a la vera y pasaba la mayor parte de la jornada sentado en un sillón de paja trenzada, en camiseta de tirantes.

Avelino, sin embargo, no tenía más remedio que seguir abriendo al alba, porque muchos clientes llevaban los coches para la revisión del año. Una tarde de bochorno, me atreví por fin a regresar al garaje para visitar a Narciso.

No había visto al chico desde entonces y, la verdad, esperaba encontrarme a solas con él. Era como una polilla tonta, revoloteando torpemente en torno a la luz.

Sufrí una pequeña decepción. El garaje estaba de bote en bote. Daba la impresión de que su dueño había convocado a todos los aprendices y trabajadores para dirigirse a ellos. Avelino estaba silencioso y enfadado. No era habitual verlo tan descompuesto. El ambiente parecía tenso y empecé a sospechar que mi llegada no sería bien recibida. Estuve a punto de dar media vuelta y regresar a casa, pero una punzada de curiosidad me hizo cambiar de idea.

Me deslicé detrás de uno de los muros del taller y permanecí oculta, poniendo la oreja.

—Ya sabéis que nos han robado —explicó pausadamente—. También sabéis que entraron por el portillo roto, reventaron la mesa y se llevaron dinero. Lo que no

sabéis es que ese dinero era de las pagas de verano.

—No me joda, jefe —soltó Rogelio Núñez, que era un gallego grande e irreprochable. Llevaba muchos años con Avelino—. No me fastidie, que he prometido a mi suegra que este año la llevo a Puy.

—No me interrumpas. Aquí no va a faltar una extra. Si es necesario, me endeudo con el banco. Pero aquí hay gato encerrado: tengo un pacto de ley vieja con los gitanos y me respetan. No han sido ellos. Y los únicos que juegan en el solar son los chavales. Que sepáis que ha sido alguien que conocía el lugar donde yo guardaba la recaudación.

—Pero, jefe. Usted sabe que nos partiríamos la cara por el taller —argumentó Isidro Domínguez, que tenía seis hijos y pasaba por ser el mejor mecánico de motores de camioneta.

—Quiero creerlo, Isidro —contestó el dueño reposadamente—, pero si me entero de que alguno ha echado mano, él o sus amigotes, lo echo a patadas y me ocupo yo mismo de que pase un tiempo a la sombra. El dinero del obrero es sagrado, robarlo clama al cielo. —Avelino era ateo, pero creía en ciertas cosas—. Os lo digo sobre todo a vosotros tres. —Miró a Jaime, que llamaban «el corcovado»; a Trifón Guerreros y a Narciso, que tenían poco más de veinte años y habían dado problemas en sus casas—. He hecho a vuestros padres el favor de enmendar lo que ellos no fueron capaces. Pero si tengo que correr a correazos, no me va a temblar la mano. Y que sepas, Narciso, que sé que andas en malos pasos.

—Yo no he... —Trifón quiso decir algo, pero Avelino lo interrumpió con un gesto.

—A trabajar. Aquí no ha pasado nada. Lo dicho, dicho queda. Nadie es culpable hasta que se demuestre, pero el que la hace, la paga.

Un silencio incómodo se enseñoreó de la mañana. Los más viejos echaban miradas al chico de la modista. ¿Había robado las pagas? Se veía que a Narciso no le llegaba la camisa el cuello. Poco a poco cogieron sus gorras y sus abrigos y fueron saliendo.

Cuando todos se marcharon y después de aguantar una mirada especialmente larga de Avelino, puso la música a todo trapo, supongo que esperando que Camilo Sexto y Nino Bravo le devolvieran el ánimo, y se concentró en los engranajes de una moto. En aquel momento me atreví a entrar en el taller. Tan ensimismado estaba que ni me oyó.

—Hola, Narciso.

—Hola, niña. —Pareció sorprendido—. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Las de siempre.

—¿No te había prohibido tu padre juntarte con la chusma? —No parecía especialmente contento de verme.

—No eres chusma, Narciso, es sólo que la noche de la verbena tenía que haber avisado en casa.

—¡Cállate! —Me sorprendió su súbita violencia, nunca me había tratado así—. ¡Sois todas iguales, señoritingas de los cojones! Que si arréglame esto, que si suéldame aquello... ¡Tengo mucho que hacer! ¿O es que te piensas que sólo tú tienes que estar ocupada para hacerte abogada o médico de mayor? —Se acercó rápidamente y me cogió del brazo—. ¡Te esperas a que acabe con mi moto y ya veremos si me da tiempo al palique!

De una patada abrió el despacho y me sentó en la silla. Estaba asustadísima. Delante de mí veía el calendario con la señora en bolas y me quedé mirándolo sin poderlo evitar. Narciso esbozó una sonrisa extraña.

—¿Te gusta? —preguntó.

—Pues no, Narciso, es una guarrada.

—¿Es que no te gusta hacer guarradas?

Se pasó la lengua por los labios. Tenía una comisura agrietada y las manos manchadas de grasa.

—Ven, guarrilla mía, dame un besito... Seguro que ya te los han dado muchas veces... —Me acercó la cara y lo empujé con todas mis fuerzas.

Salí corriendo hacia la nave, pero desplazó una mesa y me interceptó el paso entre los coches.

—Vamos a ver si eres una mujer de verdad y si se te puede poner un sostén como Dios manda. A ver..., que te voy a ver de cerca...

Lo oía respirar mientras se subía por encima de la mesa. Yo estaba en un pasillo de automóviles. Se me acercó de un salto y tiró violentamente de mi falda hacia abajo, con las dos manos. Empecé a chillar con todas mis fuerzas; sólo sentía un mar de

labios, manos, babas, no veía nada.

—Da igual todo lo que grites, putita, aquí no te oye nadie, no es la primera vez que le enseño a alguien cómo comportarse —jadeaba.

—¡Narciso!

Una voz lo hizo volverse. La silueta de Chema se recortaba sobre la luz del crepúsculo en la puerta. No le veíamos la cara, que estaba en sombra.

—Anda, mira quién está aquí... —Me dejó temblando de pánico y se dio la vuelta despacio—. El chaval al que le gusta que le meen encima... ¿Vienes a repetir, guapito de cara? Pues me queda para rato y estoy encantado de servírtelo. —Se tocó la bragueta de forma lenta y repugnante.

—Deja en paz a Amelia.

—Sí, hombre, para que se la folle un mocososo. ¿A qué te metes? Lárgate de aquí o te abro la cabeza. —Mientras hablaba cogió una larga barra de hierro.

—Estate quieto. —La voz de Chema sonaba extrañamente sosegada.

—Ahora va a resultar que boxeas, ¿no? Qué miedo...

—No, pero tengo el dinero de tu jefe y no creo que le guste saber que le has robado. Avelino tiene fama de honrado.

—¡Canalla, hijo de la gran puta! ¡Yo no he robado nada, cabrón!

—Pero Avelino no lo sabe. Todo el mundo en el barrio sospecha de ti. —Narciso se dirigió a toda prisa hacia él, enarbolando la barra.

—¡Más razón para sacarte las entrañas, me cargo a un cagueta y a un ladrón!

—¡Quietos! —Mi amigo no se movió—. ¡El dinero y las facturas están escondidos con tu medalla!

—¿Qué medalla?

—La que llevabas al cuello el día que nos atacaste a Antonio y a mí a la salida del cine, gilipollas —respondió Chema—. Se te cayó sin que te dieras cuenta y yo la recogí. —Narciso se echó la mano al cuello, desconcertado—. Si me tocas o tocas a Amelia, diré dónde pusiste el botín. Y cuando encuentren el dinero junto con la medalla, todo el mundo creerá que fuiste tú.

—Perro... Me las vas a pagar...

—No te voy a pagar nada de nada. Eres una rata asquerosa, un macarra tirado.

Amelia, ven aquí.

Me acerqué asustadísima, con la cara llena de lágrimas y negra de grasa. Chema me pasó el brazo por encima de los hombros.

—Y ahora, Narciso, nos vamos a ir los dos tan ricamente y tú te vas a estar aquí un par de horas más. Ni se te ocurra salir antes. Si haces o dices algo, si vuelves a molestar jamás a Amelia o te metes con mis amigos o conmigo, cuenta que pasarás un rato largo en la cárcel.

El del taller dejó la barra en el suelo y se pasó la mano por la cabeza, intentando alisarse el pelo sudado. Se le veía desconcertado, intentando inútilmente unir las piezas del rompecabezas.

—Te vas a enterar, remilgado, hijo de puta —balbució entre los dientes apretados.

—Tú sí que te vas a enterar, antes o después. Lo dicho, quietecito.

Salimos del garaje con la última luz. Todavía tuve cuajo para pedirle a Narciso que sacase el carrito del maletero del automóvil, aparcado junto a la puerta. El chaval lo hizo con cara de asco, ni me miraba. La sola idea de tener que volver por allí me helaba la sangre. Chema me limpió con su pañuelo.

—Toma, suénate.

—¿Cómo supiste que hoy...? —le pregunté.

—No sabía nada, hace semanas que merodeo tras de ti. A ver si te crees que me voy a casa cuando os quedáis abajo, con los gitanos. Te lo advertí, Amelia, es un tipo peligroso. Te dije que no te acercases a él. —Hablaba sin levantar la voz—. Pero eres muy cabezota. Yo sabía que es agresivo, me había dado una paliza y... es verdad que... —aquí Chema vaciló un poco—, que se había hecho pis encima de mí. Estaba tu hermano Antonio delante. Y él también cobró.

—Entonces... ¿fuiste tú quien robó el dinero del taller?

—No tuve más remedio. ¿Qué iba a hacer? ¿Denunciar a Narciso por pelearse con nosotros? Nadie hace caso de esas cosas, todos los días hay trifulcas en el barrio. Además, sabía que no nos dejaría en paz, no sólo a nosotros, sino tampoco a ti, que es peor. Endilgarle el robo del taller fue el único modo que se me ocurrió de mantenerlo controlado.

—Pero es delito robar...

—Más delito es lo que pensaba hacerte a ti. Era cosa de tiempo que regresases aquí, eres muy testaruda y crees en la gente. Y también era cosa de tiempo que este cerdo te atacase. Ya te metió en un coche cuando lo de la feria. —Bajé la cabeza, entristecida—. Estaba claro que iba a por ti, nunca lo deja cuando le gusta una chica.

—Chema... Muchas muchas gracias. Soy una tonta.

—Déjalo, Amelia. Menos mal que no ha pasado nada. Vamos.

Me cogió de la mano mientras arrastraba el carrito de la compra con la otra y nos alejamos de allí.

—¿Qué pasará con el dinero? —pregunté.

—No te preocupes. Ya encontraré el modo de hacérselo llegar a Avelino a través del cura. Como si un alma caritativa hubiese compensado el atraco con un donativo. Así seguirán buscando al culpable y Narciso nos dejará en paz.

Un perro gañía. Caminamos en silencio. Me daba cuenta del gran corazón de mi amigo y su sensatez, había arriesgado mucho por protegerme. Frente a mi casa, le devolví el pañuelo.

—Quédatelo —me dijo—. Pero no le digas nada a nadie de esto.

—No, mi madre se daría cuenta. Es mejor que en casa no sepan nada o no me dejarán volver al poblado. Te prometo que tomaré otro camino y no volveré a pasar por Avemotor. —Me arreglé las trenzas y alisé la falda lo que pude. Antes de abrir la puerta, miré a Chema a los ojos—. Eres estupendo.

—Tú sí que eres estupenda, aunque un poco imprudente. Anda, sube, que te estarán esperando. El domingo nos vemos, en la peli.

Nadie notó nada, tan sólo se extrañaron de que el sábado no bajase donde Maruja, ni me acercase a casa de Ana; seguía un poco asustada por dentro y no quería salir.

—Tengo que hacer una redacción, mamá.

—Bueno, aprovecha, que mañana no tendrás tiempo.

No sé cómo mi madre se tragó lo de los deberes de verano. Habían dado las notas finales y la semana había concluido entre despedidas de las monjas y de las compañeras. En la calma de mi habitación miré a la Nancy, tan elegante como

siempre, y pensé que una princesa así no sabía lo que había en el mundo. Recordaba el aliento a ajo de Narciso y su sudor. Después imaginé un príncipe para la muñeca... y le puse la cara de Chema. Definitivamente, juzgar a los chicos no era mi fuerte. El héroe era mi amigo; el villano, Narciso. ¿Me estaría enamorando? Me apresuré a decirme que eran tonterías de cursis. Pero estaba impaciente por ir al cine al día siguiente con él.

Como no echaban *Tiburón* en el barrio, fuimos toda la panda al centro en autobús, en uno de esos dobles, unidos por una plataforma redonda de fuelle, y Antoñito y los otros chicos se divirtieron en la plataforma, que se deslizaba y giraba cada vez que el vehículo doblaba las calles. Nos acompañaban Filo, la panadera, la madre de Ana, Neus, y mi madre, empeñadas en que la película era demasiado para las niñas. En el trayecto los adoquines nos hicieron saltar en el asiento. Íbamos sobre los raíles del tranvía, que ya no circulaba por las calles, y paramos frente al Mercado de Maravillas, en la sala del cine Montija. Los hermanos de mi amigo ocuparon una fila entera y mi madre me animó a sentarme a continuación, con Ana y Maruja a mi derecha. Chema iba el último de los chicos y me bajó el asiento, creo que se demoró aposta, para ponerse a mi lado. Las tres madres tuvieron la discreción de cruzarse al otro lado del patio de butacas. Yo miraba a hurtadillas el perfil pecoso de mi amigo y la camisa de cuello ancho y manga corta; estaba muy guapo, y cuando se apagó la luz me sentí nerviosa de tenerlo al lado.

Pese a tanta emoción, cuando la chica se adentró en el agua negra, todo se me olvidó. Nos sumergimos en el mundo americano, con fieras auténticas, intereses desmesurados, héroes y estrellas. El alcalde avaro convenció a la gente de que la muerte de Chrissie había sido un accidente y, por su culpa, otro niño fue devorado y la pierna apareció flotando en el agua. Los dos protagonistas, el biólogo Hooper y el jefe de policía Brody, se hicieron a la mar con Quint, el cazatiburones, para dar muerte al terrible escualo blanco. Estaban en la nave, sentados tranquilamente los tres y repasando terribles historias del pasado, cuando un morro gigantesco se estrelló contra el barco y logró zarandearlo. No imaginábamos que los mares albergasen

monstruos de ese tamaño. Hooper se puso el traje de submarinista y bajó al fondo del mar, en una jaula de acero que permitía ver a la fiera de cerca. En la sala resonaba la inquietante musiquilla: tan-tan, tan-tan, tan-tan. Presa del pánico, cogí la mano de Chema. Tenía la palma caliente y seca. El biólogo quería matar al tiburón con una inyección de estricnina, suministrada con un arpón, pero el arma se le cayó y el escualo abolló los barrotes y destruyó la jaula. Quint a su vez murió en cubierta, intentando apuñalar al asesino de humanos, y quedó sólo el poli Brody, apuntando con su arma a una bombona que el tiburón había mordido y llevaba apresada entre los dientes. «Sonríe, hijo de puta...», le susurró.

Esta vez el insulto sonó bien, no como cuando los derramó Narciso en Avemotor, porque el taco era el de un valiente luchando por la humanidad, un valiente como mi amigo. Tras el disparo certero, el tiburón estalló en pedazos. En la última, maravillosa escena, los dos supervivientes del monstruo nadaban hacia tierra agarrados a unas tablas que flotaban con bidones. Era una toma extraordinaria, brillante, alegre, con el mar azul, limpio de muerte y peligro. En la oscuridad de la sala todos aplaudieron. Todos menos Chema y yo, que no podíamos, porque nos apretábamos las manos.

Dymo y aironfix

El 2 de agosto, cuando estábamos preparando las maletas para irnos a la playa, mataron a dos guardias civiles a tiros en el barrio de Carabanchel, en el cruce de las calles Juan José Bautista y Portal. A uno de ellos, Casimiro García, le cosieron el cuerpo con nueve impactos de bala, uno de ellos en la boca. Lo raro es que no había sido ETA. Se sospechaba de un grupo nuevo.

A mamá le afectó muchísimo. Como el abuelo había sido guardia civil, le parecían disparos a su propia familia. Cuando salió la noticia en los periódicos, se echó a llorar.

—¡Pobrecillos! —dijo, entre lágrimas—. ¡Si sólo eran un par de mozos! ¡Y uno de ellos con cuatro niños chicos!

Papá la consolaba, pero a él también se le veía triste.

Había imágenes en el *Ya*, entre ellas la foto del rostro del guardia Casimiro. Debía de ser la que tenían en el archivo del cuartel, apenas una foto de carné. Me pareció que tenía cara de hambre. Muchos tenían esa cara de momia entonces, ese rostro reducido a lo esencial, como un apunte tomado a lápiz en una morgue. Piel cetrina, nariz afilada, orejas grandes y separadas del cráneo, uno de los cientos de miles de emigrantes. Era castellano, de Herreros de Suso, precisaba el pie de foto. Tierra dura para una vida dura. Había miseria de siglos en la mirada de Casimiro Sánchez. Sufrimiento.

Mi madre aún seguía un poco seria cuando, días después, metimos el equipaje en el 1430 familiar en dirección a La Manga del Mar Menor, donde mi padre había

conseguido un apartamento para que pasáramos el tórrido mes de agosto.

La jugada que nos permitió veranear, a pesar del golpe de la quiebra de Sofico, fue la amistad con un empresario, Tomás Maestre, a quien llamaban «el rey de Murcia». Conocía a mis padres a través de amigos comunes en la universidad. Los dos se tenían cierto aprecio y, al saber de nuestras estrecheces, nos ofreció el alquiler por un precio simbólico. Mis hermanos y yo estábamos entusiasmados, no sólo habíamos descartado repetir vacaciones en la playa, es que además esa costa virgen, con veinte kilómetros de lengua de tierra entre un mar interior calmo y el poderoso Mediterráneo, nos fascinó. Apenas un puñado de altísimos hoteles interrumpían el paisaje, como torres vigía en medio de la nada. Parecían rascacielos en la luna.

La Manga era la gran apuesta de Tomás Maestre, un abogado murciano que había hecho carrera en Madrid y saltado a los negocios inmobiliarios. El Régimen impulsaba estas iniciativas y apoyaba a los empresarios, como se puso en evidencia cuando Jesús Gil y Gil estuvo a punto de entrar en la cárcel después de que una de sus construcciones se derrumbase en los Ángeles de San Rafael y matase a cincuenta y ocho personas. Los dos años de cárcel le fueron indultados por el Generalísimo directamente, gracias a la mediación del almirante Carrero Blanco. Inmediatamente después se puso a construir en Marbella.

El empresario de La Manga, por su parte, había recibido el impulso del ministro de Información y Turismo, el entusiasta Manuel Fraga Iribarne, que visitó la zona en 1962. A partir de ahí todo fueron éxitos: la urbanización Los Cubanitos, el hotel Entremares, el Galúa, los bungalows. Había hasta un americano en el proyecto, Gregory Peters, que llegó con sus «haigas» y sus posibles a construir un campo de golf. Un yanqui era siempre alegría, progreso, garantía de futuro. Era la España del *boom* vacacional, las divisas extranjeras para paliar el déficit, los precios populares por la devaluación de la peseta. Julio Iglesias rodó en La Manga *La vida sigue igual* y Manolo Escobar y Concha Velasco, *En un lugar de La Manga*.

El día de nuestra partida, Curro y Ángel cogieron las sombrillas y las sillas y Antoñito metió el balón en la canasta con los bocadillos. En un buen puñado de horas nos plantamos allí.

Me enamoré de aquel sitio en cuanto lo vi. El paisaje era precioso, el agua estaba

tibia y no había peligro, porque no era honda. Apenas cubría durante decenas de metros y los peces transparentes se enganchaban en los talones haciéndome cosquillas. Hasta los niños podían nadar en La Manga, pura y transparente, donde el fondo se apreciaba a simple vista.

Por si todo aquello fuera poco, un día recibí una carta que fue un regalo inesperado. En cuanto la tuve en mis manos, decidí que iría a un sitio solitario a leerla, donde nadie pudiese verme y, menos que nadie, el pequeño de mis hermanos, una verdadera pesadilla. Chema había enviado un sobre de correo aéreo, con un borde azul y rojo, que yo me había apresurado a sacar del buzón antes de que Antoñito supiese que su amigo me escribía. Estaba segura de que se habría burlado de mí al ver la dirección: «Señorita Amelia Ruiz Montes. Urbanización Las Lomas. Bloque 2, Escalera I izquierda, Piso 4, Puerta 3. La Manga del Mar Menor. Murcia. España».

Cogimos la costumbre de escribirnos y no hubo día que no fuera corriendo al buzón a primera hora de la mañana. Me empujaban tanto el ansia de recibir noticias de Chema como el temor a que Antoñito interceptara aquellas cartas antes que yo, porque se ocupaba de que toda la pandilla supiese que recibía «correo amoroso» de un chico.

Chema me contaba de sus peripecias en el pueblo de Almería donde veraneaba, las tardes en el mar, las moragas sobre la arena, asando sardinas bajo la luna, las peleas con otras pandillas. Al final, siempre me mandaba un beso y recuerdos para mis padres y mi hermano, que yo no daba jamás, claro. Por la noche, tumbada en el sofá cama que ocupaba en el salón del apartamento, las releía a la luz de una farola de la calle. Hurgaba entre las sílabas buscando ecos de cariño ocultos, detalles románticos, alusiones que se me hubiesen escapado. Soñaba con hacerme mayor y cardarme el pelo y salir al cine con él, incluso me preguntaba cómo sería darle un beso con lengua, e intentaba repetir la sensación siguiendo las instrucciones de Susi Laguarra. Entonces me recorría un vértigo dulce y tenía que cerrar los ojos y abrazarme el cuerpo con los dos brazos. Después me daba media vuelta y me dormía con una sonrisa de felicidad. En las pesadillas me venía a la mente el rostro de Narciso, descompuesto y brutal como el día en que me atacó. No se me había olvidado el episodio, aunque nunca dije nada en casa. José María —a veces me gustaba llamar así

a Chema, para hacerlo mayor— había pasado a ser mi héroe defensor, mi Jabato, mi Capitán Trueno. Hasta entonces había acariciado romances con personajes de series de la tele, como el chico de *Flipper*, o cantantes como Camilo Sesto, pero desde el episodio del garaje era en José María, mi Chema, en el único en que pensaba.

En La Manga llevábamos el bañador tatuado. Habíamos pasado tantas y tantas horas jugando a *Tiburón* y nadando en las aguas amnióticas del Mar Menor, que las camisas blancas refulgían sobre nuestra piel. Los dientes nos brillaban como los de los negros de las películas mudas, estábamos morenos como apaches. Me moría de ganas de volver al colegio y ver a mis amigas. Socorro vendría de Asturias; Cristina, de Huelva; Tichi, de su pueblo de Valladolid...

Mi familia y yo regresamos a Madrid a finales de agosto. Los primeros quince días de septiembre discurrieron desesperantemente lentos, como cambios de luna cada uno de ellos. El inicio del curso estaba a la vuelta de la esquina y había muchas cosas que preparar.

Me entregué a una actividad frenética de limpieza y orden. Una ceremonia de sacristía escolar, preparando cálices y patenas para el gran día. Saqué el estuche y lo fregué con estropajo. Me encantó ver la mugre resbalando por las paredes de la pila y los churretones de colores deshaciéndose sobre el plástico, que recuperaba su blanco impoluto. Busqué por los cajones de mi habitación todos los lápices que pude encontrar y los afilé concienzudamente, con una calma imposible durante el curso, cuando mordía los extremos de los lapiceros y las capuchas de los bolis, puro nervio. Elegí los mejores lapiceros y los fui introduciendo en los elásticos de sujeción, procurando cierta correspondencia en el tamaño, en una escala cromática perfecta: blanco, amarillo suave, amarillo sol, naranja, rojo tomate, rojo fresa... mi preferido era siempre el verde azulado, los coches me gustaban de ese color también.

Tuvimos que probarnos la ropa para el otoño, para ver si la del año pasado aún servía, y para eso mamá nos hizo encaramarnos a una silla y posar como maniqués. Hasta Curro pasó por la prueba, protestando. Mi madre no hacía más que dar voces repitiendo lo mucho que habíamos crecido.

—Menudo estirón —farfulló con disgusto.

Hacía lo que podía para ahorrar y le contrariaba sobremanera que piernas y brazos sobresaliesen de prendas que aún parecían nuevas. Me protestaba de antemano, como si yo fuese a quejarme de nada:

—¡Tú vas con la falda del año pasado, con sacarte el bajo vale, que las monjas son unas sacacuartos! A Antoñito —explicó— le compro unos pantalones en El Corte Inglés, que ya no sirven los de Ángel. ¡Pero un par solo! Como necesita quita y pon, le saco todo lo que tiene metido en éstos y va que chuta.

Aun así hubo que comprar un jersey y dos camisas para el más pequeño de los chicos, porque las mangas le llegaban casi por el codo. Yo heredé los usados, que para eso mis padres habían tenido la precaución de buscar colegios con uniformes parejos.

Menudearon las visitas a la papelería. Que si faltaba una carpeta, que si había que comprar forros para los libros. Maruja y yo compartíamos pasión por esa tienda de colas infinitas, donde hacíamos pedidos precisos y minúsculos: «Una cartulina verde, de cuartilla», «Una goma de nata», «Cinco clips»... Los libros de texto se encargaron en el cole, de tal forma que mi madre se puso negra otra vez:

—A ver si hacen mixtos los colegios, que menudo chorreo. Menos mal que Antoñito ha rescatado uno de Ángel. El resto los lleva de los vecinos. ¡No estamos para tirar la casa por la ventana!

A mí me encantaba estrenar, claro, así que no apoyé la moción. Las páginas nuevas olían a limpio y se deslizaban suavemente. El nombre se ponía en el lomo con dymo, la nueva máquina que imprimía sobre una cinta adhesiva de colores. Las letras troqueladas de este modo acariciaban los dedos. Las portadas quedaban deslumbrantes con aironfix, plástico engominado brillante. Los cuadernos vírgenes prometían un viaje por descubrir, con sus tapas de cartón de colores y sus cuadrículas tersas, con su blanco en el que la primera palabra se escribía conteniendo la respiración, con la lengua entre los dientes. Sor Julieta nos había mandado fichas para el verano y, como en la playa había hecho poco, me tocó darle un empujón a los deberes. Algunas tardes las pasaba con Ana o Maruja.

El reencuentro con Chema me dejó sin aire. Había crecido una cuarta, un bozo leve le apuntaba en el bigote y tenía el pelo y la piel dorados por el sol. Nos cruzamos inopinadamente en la entrada de mi casa, cuando él salía de saludar a mi familia. Yo me quedé clavada en el suelo, sin poder decir nada porque, de todas sus cartas, sólo me resonaba en la memoria un párrafo, uno solo, que decía:

—Hay unas campanas en este pueblo de Almería que me recuerdan cuando te ríes. ¡Eres tan divertida! Echo mucho de menos nuestras conversaciones y espero que te hayas llevado el husky siberiano a la playa. Me gusta que lo tengas siempre contigo, es como si te hubiese dejado un trocito de mí mismo.

Había pensado miles de veces en ese deseo de Chema de dejarme un pedazo de sí mismo. Supongo que lo normal hubiese sido hablar de nuestras vacaciones, pero me quedé paralizada del todo, como completamente imbécil. Se sonrió un poco y se acercó diciendo:

—Ya veo que no te alegras de verme.

¡Qué tonto! Avanzó y me dio dos besos y yo me llevé un empujón de Antoñito, que salía por la puerta de casa en aquel momento:

—Quita, pasmada, siempre por en medio.

Después, en la soledad de mi habitación, recuperaría cada segundo de ese encuentro, lo desgranaría en milisegundos, como en una película ralentizada, como si el tiempo se hubiese detenido y la figura, enmarcada por el hueco de la puerta, el leve giro del rostro, los ojos recorriendo mi cara, hubiesen parado el reloj.

Cuando me reencontré con Maruja y con Ana, les hablé de las cartas.

—Pero, entonces, ¿te gusta? —me preguntaron, y yo me hacía la interesante.

—No sé. Es un buen amigo. —Maruja no se cortó—: ¿Le darías un beso?

—¡Con lengua no, tonta, pero de los otros... a lo mejor!

No había olvidado, sin embargo, que Macario tenía un secreto que sus hijos y su mujer desconocían. Era una paradoja que mis inquietudes más frecuentes estuviesen relacionadas con el padre y, en cambio, mis mejores sueños y fantasías con el hijo. ¿Cómo un hombre con una doble vida podía tener un hijo tan franco, tan noble? Yo suponía que Chema, sencillamente, había salido a Filo. El recuerdo de los extraños

gritos de la chabola me hacía temer un poco el regreso al poblado. Pero yo necesitaba vender papel y trapo, al menos hasta Reyes. Ojalá que no hubiese sido el padre de Chema el hombre que ocultaba el misterio. Era un tormento callarme con mi amigo sobre lo que había pasado, en particular ahora que éramos tan íntimos, pero me bastaba ver a su madre para comprender que no debía meterme donde no me llamaban. Intuía que si decía algo, rompería la calma de un hogar donde la panadera era el centro y confiaba ciegamente en su marido. ¿O no?

Algo me indicaba que ella, de hecho, sufría. Ser niña lleva consigo esa forma de inteligencia. Bajo las apariencias de una familia feliz, vibraba un drama desconocido que hacía que Filo comiese y comiese sin parar. La gente pensaba que la mujer era lo que parecía, una simple gorda basta que regentaba una panadería, pero yo barruntaba cada vez más claramente que había algo más.

Creo que Filo engordaba para no morir de pena, se hacía enorme para afrontar los problemas grandes de su vida. Sin darse cuenta pagaba un tributo terrible, porque en realidad era pequeña y dulce y ni siquiera lo sabía. Alguien tendría que haber percibido que le ocurría alguna cosa, pero entonces nadie había investigado que la mente y el cuerpo estuviesen conectados. Que una tragedia oculta pudiera llevarla a deglutir sin freno

En 1975 pesaba 112 kilos y tenía 37 años. Me la encontraba los lunes, por ejemplo, con mala cara y aclaraba: «Es que ayer subimos a Navacerrada con los niños. Se empeñó el Macario, aunque siempre le digo que ya no puedo andar». Contaba que por las noches se asfixiaba con sus propias carnes apretadas contra el pecho y el cuello. Que roncaba mucho. Que la nariz se le secaba y los brazos se le dormían. No se encontraba la cintura y usaba blusas como sábanas de grandes. Le crujían las rodillas. Tenía cara de torta, mayores mofletes cada año y papada. Se le clavaban las sillas en las caderas.

Se veía que un ansia avasalladora le impedía dejar de engullir. Se llenaba la boca de mantecados, cuernos, napolitanas. No se saciaba. Yo miraba las enormes bandejas que se preparaba cuando me invitaba a merendar en la tahona o en su casa, pero no me atrevía a decir nada. Sudaba siempre, también aquel otoño, y padecía un calor constante.

Me fui dando cuenta de esto poco a poco, a medida que iba frecuentando con mayor asiduidad la panadería. No iba sólo por los colines claro, sino por pasar tiempo con su hijo. Allí o en su cocina, Filo nos ponía un bollo (a veces incluso un Bony, un Tigretón o una Pantera Rosa) y un Cola Cao frío y él me ayudaba con las cuentas, que me costaban. Mientras ella jadeaba de un lado otro, siempre trajinando y casi siempre con algo entre los dientes, yo miraba a Chema de reajo y me gustaban sus labios, el flequillo pelirrojo. No era fuerte, pero yo había comprobado lo valiente y listo que era y estaba orgullosa de él.

En el pomo de la puerta de la cocina, una tarde, vi colgado un quimono con un cinturón marrón.

—Es de papá —explicó Chema, viendo que me llamaba la atención—. Debería apuntarme con él a kárate. Te enseñan a defenderte. A veces hace falta... —Y me miró sonriendo, con complicidad.

—¿Dónde lo hace?

—En el Do Yang, tres días a la semana. Lunes, miércoles y viernes por las tardes.

Me sentí mal al escuchar sus explicaciones. Chema era totalmente sincero conmigo y yo le ocultaba lo que sabía. El kárate y el judo hacían furor, estaba segura de que Macario iba dos días al gimnasio, pero no los viernes. Eso lo sabía yo demasiado bien.

La primera vez que regresé con Gisela al poblado después de las vacaciones, Josefa anunció que estaba embarazada. Nos lo dijo muy contenta a la alemana y a mí cuando nos vio entrar en el aula de clase. Me desconcertó, yo pensaba que lo mantenía oculto por alguna razón, y que por eso no hablaba de los paquetes con ropa de niño que venía recibiendo periódicamente de Macario. Le miraba la tripa a hurtadillas, pero no le notaba nada. ¿Cómo podía él haberse anticipado tantos meses a la noticia? La alemana se apenó:

—Seguro que dejas las clases —le dijo a la gitana—, justo cuando empezabas a leer *correctamente*.

—Intentaré seguir, señorita, si usted me deja traer al bebé —contestó con una sonrisa dulce. Abrió el cuaderno y se puso aplicadamente a hacer las letras.

La tarde discurrió más tranquila que en invierno, los chicos nos habían echado en falta y algunos empezaban a comprender que correr interminablemente por el campo podía llegar a ser aburrido, que en los libros y cartillas había cosas ocultas que encendían la curiosidad.

Cuando yo me encontraba más entretenida, ayudándoles y escuchando sus historietas y aventuras veraniegas, Gisela me llamó la atención señalándose el reloj de pulsera.

—Las ocho, *Amilia*, si quieres llegar pronto, debes *irrrrte* ya.

Me sorprendió, se me habían pasado las dos horas en un santiamén.

—No hace falta —contesté—, hay luz hasta tarde, subiré contigo.

Media hora después, Gisela salió del aula y regresó con un paquete para Josefa. La gitana lo puso a su lado sin decir nada y eso me determinó a cambiar de propósito.

—Bueno, sí, es verdad que mis padres se van a preocupar —dije cínicamente a la alemana—. Mejor me voy.

Recogí mis cosas, abandoné la chabola y esperé en la calle, escondida detrás de las pilas de barreños de las vecinas. Dos perros se peleaban por un hueso, gruñendo y haciendo ademán de morderse. El más grande se llevó el trofeo y el pequeño se acercó a olisquearme. Me costó tener que empujarlo con el pie, no quería llamar la atención.

A las nueve, los chiquillos dejaron el aula y se marcharon empujándose entre sí. Los mayores charlaron un rato con la alemana y se dispersaron también. Seguí entonces a Josefa, que caminaba con el paquete apretado contra el pecho. Para mi sorpresa, tomó el camino que había visto hacer a Macario, el invierno pasado, e hizo el mismo recorrido, calleja por calleja, revuelta tras revuelta. En la embocadura del sendero que tan bien conocía, empezaron a escucharse los alaridos tenuemente. Esta vez un soniquete seguido, un ulular constante y agudo que subía y bajaba de forma ininterrumpida, una especie de sirena. Había algo desesperado en aquel lamento de animal enjaulado, sentí una mezcla de inseguridad y mala conciencia.

La gitana caminó resuelta hasta el portón de chapa de la chabola. Aún quedaba luz, de forma que me veía obligada a seguirla de lejos, no me fuese a ver. Pero esta vez yo conocía el destino de sus pasos y también cómo regresar sin perderme en el dédalo de chabolas. Josefa llamó fuerte a la puerta y los gritos cesaron. «Ya vaaa», se oyó dentro. Alguien abrió y tendió la mano sin ceremonias: «Dame, que ya *hase farta*. ¿Te ha *dao* dinero?». «No sé, Pepa, ya sabes que no eh cosa mía lo de los paquetes. *Ábrilo tú.*» La chica ofreció el bulto y alguien lo cogió desde dentro. Me pareció voz de mujer. Retrocedió sobre sus pasos y tuve el tiempo exacto para meterme en un corral. Las gallinas cloquearon un poco, pero la gitana no pareció advertirlo, la vi pasar muy cerca de mí.

Esperé un rato y salí con precaución. Las voces habían empezado a oírse de nuevo, fuertes, más parecidas a berridos, y escuché a un hombre: «¡Callarse, he dicho callarse, que así no se *pué* vivir!». Sonó un golpe y un como arrastrar de cubos o quincalla, el aullido cesó en seco. Me retiré y corrí hacia el barrio por el nuevo camino que le había prometido a Chema que seguiría en adelante, evitando Avemotor. Era más largo y tuve tiempo para cavilar. ¿Qué había allí? ¿Por qué estaban todos interesados en ello? Tenía que entrar en aquella choza, pero me daba pánico intentarlo por mi cuenta. Sólo mi amigo me podía ayudar, cada vez era más evidente que era el único dispuesto a protegerme sin impedirme ir a las chabolas. Pero ¿cómo decirle que su padre mantenía una extraña relación con Gisela, Josefa y la sórdida casucha?

La plaza de Oriente

Las clases en el colegio de las monjas comenzaron por fin. En mitad de septiembre amaneció un día inaugural, como de bautizo, tan nuevo como los que debió de haber al principio del mundo, cuando todo se estrenaba bajo el sol. La piel bronceada asomaba bajo los uniformes de hechuras familiares. Era un contraste desconcertante, una mezcla contra natura de rutina escolar con vacaciones. Estrenábamos libros tersos en carteras desgastadas, cuadernos limpios junto al viejo diccionario y una sensación de emprenderlo todo. Las monjas habían mandado pintar las aulas, que resplandecían. La verja del recreo o las puertas de entrada de siempre nos parecían de distinto tamaño, más reducido. Mis amigas habían crecido como si nos hubiésemos separado durante años y se hubiesen transformado y adquirido piernas largas, cuellos estilizados, movimientos distintos. Tichi llevaba el pelo corto, como un chaval, muy graciosa, y Cristina lucía una melena larga. Nos atropellábamos hablando, incapaces de ahorrar anécdotas ni relatos. Nada auguraba que aquel curso comenzaría con un aprendizaje salvaje, algo más que asignaturas de Quinto o rostros de profesores diferentes.

En nuestra vida de anuncios publicitarios y recreos, de americanos y alunizajes, irrumpió un concepto extraño y brutal, una reliquia de la guerra de nuestros abuelos. El jueves 18 de septiembre fueron condenados a muerte tres mujeres y dos hombres del FRAP, por haber matado a un teniente de la Guardia Civil. Y el viernes 19 se supo la sentencia contra un miembro de ETA, por el asesinato de un policía en un atraco a un banco, en Barcelona. Los fallos se acumularon a otros, anteriores. Yo

escuchaba las noticias en el coche de don Gustavo, camino de la escuela, y aquella noche mi padre manifestó un gran nerviosismo:

—Cuatro consejos de guerra y once condenados a muerte... Pensé que no volveríamos a ver estas cosas.

Estaban todos mis hermanos en casa. Mi madre servía la sopa.

—Es mejor no hablar de política delante de los chicos, Pepe —dijo—. Tengamos la fiesta en paz.

Pocas veces se rompía esta regla en casa, y menos aún eran las ocasiones en que él, siempre tan templado, la contradecía. Pero esta vez lo hizo:

—No, Toqui, no. Hay cosas frente a las que no se puede callar; cosas que, precisamente, hay que enseñar a los hijos.

—Muy bien —respondió ella—, pero tengo que recordarte que no hay once condenados porque sí. Que esos angelitos han matado a cuatro hombres inocentes, cuatro trabajadores como tú. El de Zamora, por ejemplo, el que asesinaron los de la ETA, deja dos niñas más pequeñas que Amelia.

—Son «mucho» más pequeñas —enfaticé rápidamente, había estado repasando periódicos viejos en el salón—. Tienen cuatro y seis años, las pobres.

Nadie me atendió, creo que lo de la edad no era el tema.

—¡Pero no podemos igualarnos a los criminales, repitiendo su comportamiento! —se atrevió a decir Ángel. Curro, siempre prudente, se abstenía de hacer comentarios. Mi padre miró al primero gravemente y movió la cabeza.

—No me gustan las tonterías que has hecho este año, Ángel —dijo—, pero en esto coincidido contigo.

Antoñito metió baza también:

—Pero, entonces, a estos que no hacen más que matar y matar, ¿no se les castiga?

—Ha de haber castigo, pero hasta el castigo ha de ser justo —razonó papá—. A un hombre no se le puede quitar la vida. No pensé que fuésemos a vivir de nuevo las barbaries de la posguerra.

—¿Posguerra? —Mi madre lo interrumpió—. ¡Posguerra la que llevamos desde hace dos años, cuarenta y un asesinatos de la ETA y todo el mundo mano sobre mano, como si matar fuese gratis! El Caudillo se ha cansado y ha dado un golpe en la mesa.

Me parece divinamente, y también a mucha otra gente.

—Pues «divinamente» no es —atajó mi padre—, porque en Roma están que trinar y el cardenal Tarancón, ni te cuento... Hijos —se dirigió a los cuatro—: nunca se puede aplicar a un acusado una ley que no existía cuando cometió el delito. Sé que los pequeños no entendéis esto bien, pero los consejos de guerra están sentenciando con unas leyes que el Generalísimo ha dictado a finales de agosto, mucho después de los crímenes.

Mi madre volvió a la carga:

—Eso es muy bonito, Pepe, pero a éstos no se les para con la cárcel.

Por fin intervino Curro:

—Hay protestas en todo el mundo contra España. México, las Naciones Unidas, la Comunidad Económica Europea... Y hasta el primer ministro de Suecia se ha puesto a pedir dinero por las calles..., para las familias de los condenados. —Iba desgranando los datos rigurosa, metódicamente, como siempre hacía—. Es verdad que los terroristas no son unos santitos, sin embargo creo que las penas de muerte ya no se entienden y que nos van a perjudicar.

—Exactamente, hijo —terminó papá—. Cada cosa tiene un tiempo, y el tiempo de la sangre ha pasado. Si alguien no lo entiende, hay que enseñárselo.

Una semana después, mamá me pidió que no bajase a las chabolas.

—No está el horno para bollos —dijo lacónicamente.

De los once presos condenados a morir, seis fueron indultados en el Consejo de Ministros del viernes. Los otros cinco serían ajusticiados al día siguiente. En muchas casas hubo un ambiente tan fúnebre y extraño como en la nuestra. Franco exigió al menos un reo de muerte por cada asesinato de policía o guardia civil y los últimos días habían sido un ir y venir de despachos, llamadas, peticiones de auxilio para el descarte mortal. Fue un juego de naipes diabólico. La madre de uno de los condenados visitó a los cardenales Jubany y Tarancón y a monseñor Iniesta. Las dos mujeres sentenciadas, Concepción Tristán y María Jesús Dasca, fueron excluidas finalmente de la lista letal y el prestigioso ginecólogo Ángel Sopeña certificó el embarazo de ambas, aunque sólo Concha esperaba un hijo. José Antonio Garmendia

se libró, por las graves lesiones que las balas le habían producido en el momento de su detención, y en su lugar fue señalado Ángel Otaegui Etxebarría, que había hecho el seguimiento de un guardia civil asesinado, pero no apretó el gatillo. Al final, la lista incluía a José Humberto Baena, José Luis Sánchez Bravo y Ramón García Sanz, de FRAP, y Ángel Otaegui y Juan Paredes Manot, alias «Txiki», de ETA. Dos estudiantes y tres trabajadores. Este Txiki era extremeño, de Zalamea de la Serena tan bajito a los veintiún años —la edad de mi hermano Curro— que tuvieron que subirlo a un montículo para acertar bien.

Semanas después de aquel sábado, yo seguía escrutando las fotos de los fusilados, que me atraían como la miel a las mocas. La prensa las sacó con un titular que todavía hoy no entiendo: «Hubo clemencia». Eran cinco chicos con las mismas barbas y bigotes que Juan Manuel, de entre veintiún y treinta y tres años de edad. «Mala suerte —había escrito José Humberto Baena a sus padres, desde Carabanchel—, una semana más y cumpliría veinticinco años...»

Repasaba los ojos y las bocas, las caras y las melenas (¿por qué tendrían todos los ojos tan grandes?) y a la vez recorría los nombres de los guardias asesinados y los relatos sobre sus mujeres y niños. A mis padres no les gustaba que leyese cosas que no eran de mi edad, pero yo recorté algunas de aquellas crónicas del *Ya* y del *Informaciones* y reconstruí esa noche larga en que el Caudillo se retiró a dormir después de firmar las sentencias de muerte y exigió que no se le molestase más.

A las cuatro de la mañana lo llamó el papa Pablo VI para pedir compasión y no se puso al teléfono. Varios de los reos pasaron la noche bebiendo alcohol con sus carceleros, para ahogar el miedo, y alguno, como Txiki, apenas tuvieron unos minutos para despedirse de su madre:

—¿Ya sabes, hijo, lo que te van a hacer?

—Sí, amá, lo sé.

Los pelotones se formaron con voluntarios de los cuarteles y sobraron muchos. Decían que, en casos como estos, se meten algunas balas sin carga en las armas, para que el tirador no flaquee y pueda dudar con respecto a si acertó o no en el blanco, pero creo que entonces no hizo falta. El dolor y el rencor entre los compañeros de los asesinados era grande. Txiki murió en un cuartel de Barcelona y Otaegui en un bosque

de Burgos. Los tres terroristas restantes fueron conducidos al alba desde la cárcel de Carabanchel, en Madrid, al pueblo de Hoyos de Manzanares. Fue por eso que el cantante Luis Eduardo Aute le puso *Al alba* a una de sus más hermosas canciones. La música todavía me suena a tijeras infantiles de punta redonda, recortando papel de periódico.

En Hoyos de Manzanares, los treinta hombres del pelotón de ejecución fueron divididos en tres grupos de diez, que se alternaron cada veinte minutos, de forma que todo duró menos de una hora. Ramón García Sanz, de veintisiete años, fue fusilado a las nueve y diez; José Luis Sánchez Bravo, de veintidós, a las nueve y media; José Humberto Baena Alonso, de veinticuatro, a las diez. Ni los familiares ni los amigos obtuvieron permiso para pasar. Escucharon los tiros desde fuera del campo militar de Matalasgrajas y sólo el párroco del pueblo, don Alejandro, pudo acercarse a dar la extremaunción a los ajusticiados. Dijo que alguno respiraba aún y confesó, lleno de pena, que el teniente que mandaba fue tan expeditivo con el tiro de gracia en la nuca que le salpicó de sangre mientras suministraba los santos óleos. El pobre cura se hacía cruces, recordando el alboroto de algunos guardias y policías, que llegaron en autobuses a jalear las ejecuciones y venían borrachos.

Había tres fosas excavadas en el cementerio del pueblo para recibir los cuerpos. Los operarios apilaron los féretros con los cadáveres sobre los montículos de arena contiguos, con tanta torpeza que los escoraron y algo de la sangre se deslizó por las esquinas. Fue todo muy español, un poco chapucero y apresurado, algo cainita y como desganado. El Papa condenó las ejecuciones desde el Vaticano, pero no pasó gran cosa. Hubo protestas en el País Vasco, sí; monseñor Setién quiso celebrar funerales en el Buen Pastor de Bilbao y las concentraciones fueron duramente reprimidas con cargas, pero en el resto del país una mezcla de miedo y comprensión hacia el Régimen paralizó a la gente.

Un poco repuesto de sus muchos achaques, Franco reunió una gran multitud de seguidores en la plaza de Oriente de Madrid y salió a saludar, con una manita temblorosa en alto y gafas oscuras, negras casi. Apenas se le divisaba tras la barandilla del Palacio Real, su diminuta figura coronada por una calva lívida. Con un

hilo de voz se dirigió al mundo y a los españoles: «Todo lo que en España y Europa se ha armado obedece a una conspiración masónica izquierdista, en contubernio con la subversión comunista terrorista». Lo de «contubernio» lo repitió dos veces, a lo mejor porque también era una palabra difícil para él. La plaza de Oriente estaba llena y lo aclamaban.

Medias de nailon

Me sobraban temas de conversación. Y me temo que no tenían que ver ni con la política ni con las charlas de papá. Ana y Maruja no se cansaban de pedir detalles sobre si Chema esto o Chema lo otro, como si hubiesen sido ellas las enamoradas. Y con Socorro y Cristina, en el colegio, elucubraba sobre el misterio de la choza de los alaridos. Estaban espantadas y creo que me veían como a un personaje de *Los Cinco*, los libros que devorábamos como posesas. Socorro vivía en Moratalaz y Cristina en Virgen de Begoña, así que no había peligro de que chismorreasen por mi barrio. Bastante tenía yo con intentar saber si amaba «de verdad» a Chema y con buscar ayuda para resolver el entuerto de los gritos. Por si todo esto fuera poco, además estalló definitivamente la pesadilla de las medias.

Mamá había estado muy contenta todo el verano, sin preocuparse de extravagancias. Se la veía encantada de lucir faldas y vestidos mini sin tener que cubrirse las piernas. Recuerdo que se emperró de tal manera con tostarse que mezclaba Mercromina con Nivea y se lo untaba en la piel, cosa que con el tiempo se desvelaría como una fórmula infalible para garantizarse un futuro melanoma. Lo mismo hacía con otra loción que tenía una vaca en la tapa del envase. Ahora bien, en cuanto entró el otoño, agarró un bolso, apareció por la mercería y se compró un montón de pares de medias: claras, oscuras, tostadas, color café. Las de nailon eran caras entonces. Llegaron por primera vez a España con los soldados americanos de la base de Torrejón, que se las regalaban a las chicas para ligar.

Mi madre, tan ahorradora, volvió a gastarse el dinero sin ton ni son. En lugar de

quitárselas para estar por casa, las llevaba debajo de la bata mientras hacía los cristales o fregaba el suelo y, claro, se enganchaban, manchaban, destrozaban. Mientras veíamos el *Un, dos, tres*, con Kiko Ledgard presentando el concurso de las calabazas, tiraba de las mallas a la altura de la pantorrilla. Yo la miraba de reojo, procurando que nadie lo notase, pero no descubría en sus gestos ni inquietud ni remordimientos, sino más bien satisfacción. El gusto de quien cumple una rutina honrosa, como quien repasa lentejas para separar las huera. Los demás no parecían darse cuenta. Nadie daba importancia a la montonera que se formaba en el cesto que había colocado en el baño y en el que ponía los pares rotos, listos para coger.

Pero lo peor fue comprobar que era una epidemia. En la portería de Zósimo —un garito con cristal de separación y una mesa con cajones, sobre la que aparecían una santa Gema y una resma de recibos de la comunidad— vi un cubo de plástico en una esquina. Tenía medias de todos los colores, incluso reconocí unas rarísimas, de color mostaza, que llevaba la madre de Ana el día de la boda de Marisina. También estaban las que lució Matilde para la misma ocasión, inconfundibles con su tono naranja. Recordé los sonidos de don Gustavo, gruñendo mientras abrazaba a la del bar, y sentí un vahído de asco.

—¿Para qué tienes esto? —pregunté intrigada al portero.

—Las bajan las señoras, para que doña Candela, la madre de tu amiga Maruja, coja los puntos. Cada vez son más, así que mi mujer me ha dicho que las ponga ahí, que en un cubo tienen menos peligro de engancharse.

—Pero, ¿por qué te las dan a ti?

—Me lo ha pedido tu madre, que las recoja y se las lleve a la costurera.

Me quedé muda ¡No sólo destrozaba la ropa, es que animaba a otras a hacerlo! El asunto había llegado demasiado lejos y aquella tarde decidí esperar a mi padre en el salón, revolviendo entre los periódicos y revistas, determinada por fin a contarle lo que estaba pasando, aunque me costase una bronca por espiar y meterme donde no me llamaban. Ahí había gato encerrado.

Por desgracia, papá no llegó para la cena. Llamó varias veces y hubo un ir y venir de mi madre al teléfono. Eso era mala señal. El aparato se usaba muy poco. Cuando mis hermanos se colgaban de él para hablar con los amigos, o con alguna chica, mi

madre los regañaba: «¡El teléfono es para dar recados o noticias importantes!».

Yo ni lo tocaba. Si sonaba mucho, indicaba follón, que en aquella época quería decir política.

No andaba yo muy desencaminada. Aquel día, 1 de octubre, la ciudad había sufrido un baño de sangre. Los de la OMLE se vengaron por los últimos fusilamientos de Franco. Cuatro atentados hicieron a la vez. La fecha cruel dio nombre al grupo terrorista nuevo: GRAPO, Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre. Los muertos fueron los guardias que vigilaban las sucursales bancarias de las calles Marqués de Corbera, Agustín de Foxá, Valmojado y avenida del Mediterráneo. Once pistoleros se coordinaron entre sí y enloquecieron a la policía y la Guardia Civil, que intentaron acudir a todas partes a la vez y acabaron por no poder detener a nadie en caliente.

Mamá no me dejó quedarme a esperar a papá y nos mandó a mis hermanos y a mí pronto a la cama. En mitad de la madrugada, escuché ruidos en la puerta y llantos después. Me levanté aturdida y vi a mis hermanos en el pasillo. Para mi sorpresa, también estaba Juan Manuel, metido en la cocina con mis padres.

El melenudo lloraba, con la cara llena de mocos, sentado en una silla y acodado en la mesa.

—¡Aquí está, el gilipollas! —dijo mi padre—. ¡Si no es por Mesquida, que es amigo de un general, no lo encuentro!

Reparé entonces en que había otra persona en la cocina, ése al que mi padre llamaba Mesquida. Era un tipo bajo y gordo, con mucho bigote, que parecía de piedra y se apoyaba en la nevera con los brazos cruzados. El fluorescente parpadeaba un poco y la luz de color hielo pintaba un ambiente tétrico, que ponía de relieve los churretones de porquería del barbudo y los músculos del guardia. Mi padre seguía explicando a mi madre:

—Este salvaje estaba en un piso de los terroristas, en la calle Cartagena. ¡Que sepas que te tienen fichado y se te va a caer el pelo!

—¡Que yo no he hecho nada! —sollozó el melenudo, con los pelos revueltos y húmedos.

—¿Nada? ¿Sabes con quién te has metido? ¿La que habéis liado? ¡Tres hombres, tres padres de familia reventados y el cuarto agonizando, con la cabeza en pedazos! ¡Ni tu padre te quita la cárcel!

—¡Yo no he sido, don José, que yo no he ido! —se le escuchó farfullar aterrificado. Mi hermano Ángel se mordía los labios y apretaba nerviosamente un pañuelo. Estábamos hablando de asesinatos.

—¡Déjate de tonterías y desembucha todo! —gritó mi padre—. ¡Que te mato, que te dejo en manos de la Guardia Civil para que te meta una somanta de palos! ¡Mira que te doy yo mismo un bofetón en toda la cara, el que no te ha sabido dar tu padre! — Nunca lo habíamos visto así.

—Pidieron voluntarios para las operaciones —el estudiante se sorbió las lágrimas, luchaba por hacerse entender— y Enrique...

Se oyó por primera vez al señor de la nevera:

—¿El hijoputa de Cerdán Calixto? —Juan Manuel asintió con la cabeza y continuó —: Enrique Cerdán... Me dijo que fuese con él al comando de Avenida de América, pero yo no quise... les dije que había cogido una gripe y me dejaron en paz.

De pronto mi padre reparó en que yo estaba en la puerta, sin perder detalle.

—¿Qué hace la niña aquí? ¡Eustaquia, por Dios, llévatela a la cama! ¡Menudas cosas que va a aprender en esta casa! —Después se dirigió a mis hermanos—: Vosotros quedaos, que quiero que veáis adónde podéis llegar si seguís con estas tonterías.

No pude conciliar el sueño, claro. Repasaba en la oscuridad las flores del papel pintado de la pared de mi dormitorio. Daba vueltas entre las sábanas arrugadas, mientras escuchaba de lejos las voces. Cuántos muertos... Al final se callaron y me dormí, mirando la luna, sucia de nubes grises.

En casa no se decía ni mu de lo ocurrido. Lo único que supe de Juan Manuel es que papá y el señor del mostacho se lo llevaron a casa de su padre, el secretario de Estado, a ver si la confesión en plano servía para algo. Creo que prohibieron a mis hermanos sacar el tema, porque aquellos días estaban muy callados a la mesa y todo el mundo me dejaba contar mis cosas del cole, Maruja o las amigas. Justo aquellas de

las que se despiporraban siempre. Pero la vida normal no conseguía abrirse paso en aquel ambiente angustioso. A mi hermano Antoñito se le ocurrió pedir permiso para seguir la final del mundial de Fórmula 1. ¡Y para qué quisimos más! Delante de la abuela y la tía Magdalena, que habían venido a comer, mi padre dio un golpe en la mesa.

—¿Es que te has vuelto loco? Pero ¿qué hijos he educado yo? ¡El país de luto, la muerte por todas partes, y tú pensando en coches...! ¡Si es que no tenéis vergüenza!

Mi pobre hermano no sabía dónde meterse.

—Allá tú si quieres ir a otra casa a escuchar las carreras, pero en ésta no se ponen ni la tele ni la radio, ni suena una música. ¡Ya está bien, hombre, ya está bien, que la culpa la tengo yo por haber traído universitarios a casa! ¿Pues no le da a Ángel por la política y al pequeño por hacer fiestas, con la que está cayendo?

Terminamos la comida en silencio y a mí me dio pena Antonio, que miraba el plato de paella, abochornado.

A pesar de nuestra fraternal rivalidad, decidí echarle una mano a la bestia. El muy granuja siempre acababa conmoviéndome... Pensé con mucho criterio que debía de ser mi natural sensibilidad de mujer. Claro que también influía en mi buena voluntad el hecho de que me apeteciera ver a Chema. Hablé con él para que pudiésemos ir a su casa a seguir el Gran Premio de Estados Unidos y no hubo problema. La enorme radiocadena —con la que se sintonizaba el mundo entero— estaba lista para nosotros.

Así que nos citamos en el sofá de escay de Filo, con una caja de napolitanas de canela y tres Cola Caos, contentos de que la diferencia horaria con América nos lo pusiese fácil. El locutor empezó explicando que hacía sol y calor en Watkins Glen, a miles y miles de kilómetros de Madrid. También contó que el peligroso circuito había sido modificado tras la muerte del piloto francés François Cevert. Las voces sonaban con eco en el transistor. Mi hermano venía «caliente» porque Niki Lauda había batido su récord en las clasificaciones y salía primero. Aproveché para soltarme un pellizco, yo lo empujé. Chema se levantó y se puso en medio: «Parecéis bebés», musitó pausadamente, y zanjó el asunto a su estilo: sentándose justo en medio de los dos. Eso

me favoreció. Me encantó sentir su pierna contra la mía y ver su mechón sobre la frente, justo a mi lado, en el cabecero del sofá. Sentí las manos sudorosas y me puse rígida. Después me di cuenta de que era una tontería y estiré las piernas para relajarme un poquito.

El comienzo de la carrera me reservaba una sorpresa estupenda. El primer piloto de Williams necesitaba un colirio y no veía bien, así que fue su sustituta, la italiana Lella Lombardi, la elegida para correr. ¡Una mujer! Yo la conocía del Gran Premio de España, cuando salieron fotos de su carita guapa, con pelo corto negro. Había nacido en una familia que ni siquiera tenía coche. Sufrió un accidente deportivo y fue el conductor de la ambulancia que la llevó al hospital el que le inspiró la pasión por los automóviles. Como sabía que la Fórmula 1 era un terreno vedado a las mujeres, entró de chica de los recados y, con el tiempo, se convirtió en copiloto. La primera vez que condujo, ganó. En Barcelona había hecho un carrerón en Montjuic, consiguiendo un asombroso sexto puesto. Para mí, Lella había ingresado en el podio especial. Cuando saltó a la pista y corrió hacia el Williams, contuve el aliento de emoción y me erguí muy orgullosa en mi asiento, pensando en correr virtualmente con ella. Mi gozo en un pozo. La Lombardi no consiguió arrancar el bólido. Antoñito me miró con cara de triunfo.

Niki Lauda guió la salida seguido de Emerson Fittipaldi. El primer momento de suspense se produjo enseguida, cuando dos de los coches chocaron y abandonaron. Se sucedieron entonces una serie de vueltas emocionantes, donde los pilotos se peleaban por ganar posiciones. Lo que pasaría después fue motivo de discusión entre Chema y mi hermano durante semanas.

En la vuelta 18, Lauda y Fittipaldi, a mucha distancia del resto en un duelo emocionante, se prepararon para doblar al suizo Clay Regazzoni, compañero de escudería del austríaco. En ese instante escuchamos al locutor elevar el tono: «¡Atención, atención, Regazzoni ha dejado pasar al de Ferrari, pero se resiste a dejarse rebasar por Emerson Fittipaldi!». Antoñito saltó del asiento gritando «¡Tongo, tongo!» y subimos la radio para poder seguir escuchando, absolutamente nerviosos. «Efectivamente, el helvético bloquea al brasileño a lo largo de toda la nueva chicane

y Fittipaldi le levanta el puño. ¡Los comisarios de pista —se oía al periodista— sacan la bandera azul, señores. Regazzoni está siendo apercebido para dejarse doblar!» Durante seis giros, mi hermano se mantuvo de pie, con los puños apretados y musitando «tramposo», «cobarde» y «rata», cada dos por tres. Por fin la bandera se convirtió en negra, comunicando al suizo que se le expulsaba por falta grave. «¡Bien —saltó Antoñito—, pero a ver quién recupera ahora todos esos segundos, menudo desgraciado!»

Era tan evidente la desobediencia a los jueces, que el director de la carrera amonestó oficialmente a Ferrari. Entre nosotros la disputa envenenó la sala de la Filo. Durante largos minutos el silencio nos separó en dos bandos y, vuelta tras vuelta, escuchamos cómo el gran Emerson Fittipaldi recortaba segundos hasta ponerse a 15 de Lauda. En la vuelta 49 los dos campeones iban pegados y, en la cola, disputándose el tercer puesto del podio, todos los demás. Antoñito tenía los puños en la boca y el ceño fruncido y Chema tampoco estaba exactamente suelto. El locutor nos contagiaba un ambiente de tensión. Fittipaldi redujo la distancia a diez segundos y le pisaba los talones al emergente campeón. «¡Detrás —se oía la voz de la radio—, Jochen Mass y Ronnie Peterson, a la gresca! ¡Pero, atención! ¡Atención que Peterson rompe una rueda intentando un adelantamiento y está fuera señores! ¡Está fueraaaaaa! ¡Ha perdido definitivamente la oportunidad de alcanzar a Mass!»

No nos importaban nada los otros pilotos, había que reconocerlo, se estaba produciendo el relevo de titanes en la Fórmula 1 y ése, y no otro, era el desafío histórico.

El canto de meta mató a mi hermano: «¡Niki Lauda, señoreeeeeees, Lauda cruza y la escudería Ferrari gana el Glen de los Estados Unidos por primera veeeeeeez! ¡Niki Lauda campeón del muuuuuundoooooo! ¡Quinta victoria de la temporada del austríacoooooo!» Antoñito se dejó caer en el sofá agotado, como si hubiese corrido en persona, y las palmadas en el hombro y los muslos que le daba Chema no parecían consolarlo en absoluto.

—Fittipaldi ha corrido genial —dijo mi amigo—, ha remontado como un salvaje...

Efectivamente, los dos rivales habían quedado a apenas cuatro segundos de distancia, pero para el humillado no era suficiente. Se levantó encarándose con

Chema:

—¡Ha sido trampa, una mierda de trampa, ni siquiera han respetado la bandera azul, era imposible superar tanta diferencia!

—No te pongas así —intentó templar Chema.

—¿Que no me ponga cómo? ¿Que no me ponga cómo? ¡Espero que anulen la carrera, pero si no lo hacen, ni se te ocurra sacar pecho por una victoria tan guarra! ¡Y tú, tonta, no sé qué haces apoyando a tu amorcito! ¡La familia es lo primero y que sepas que las chicas no saben correr, ya lo has visto! —Y con las mismas se dio media vuelta, salió de casa hecho una exhalación y casi atropelló a uno de los hermanos de mi amigo antes de dar un portazo.

Chema y yo nos miramos aturdidos. Por un instante, el desconcierto nos hizo contemplarnos con asombro, y de repente, empezamos a reír ruidosamente. No podíamos parar, nos doblábamos por las carcajadas. Yo me apretaba las costillas y jadeaba, a él se le saltaban las lágrimas.

—¡Menudo carácter! —exclamó Chema—. Es igual que tú. —Y siguió carcajeándose—. ¡Sois los dos como fieras! ¡Menudo peligro!

Platillos volantes

El Caudillo se estaba convirtiendo en un monigote pequeño y amarillento, de cabecita pelada y jibarizada, en la que sólo quedaban un bigote blanco ralo y una gran nariz de gancho. Tenía el cuello pellejudo y la mirada lánguida, colgada sobre las ojeras. Llevaba tanto tiempo muriéndose que los niños nos habíamos acostumbrado a crecer acompañados de su agonía. Era como vivir en una casa donde el abuelo está malito. Lo último había sido una tromboflebitis y por la tele lo vimos en bata y arrastrando el palo del gotero, rodeado por los doctores. Como resucitaba todas las veces, los dibujantes de la revista *La Codorniz*, que se habían especializado en decir cosas sin decirlas, por la censura, hacían chistes. Antonio Fraguas, al que llamaban «Forges», pintó dos hombres semejantes, sentados el uno frente al otro. Uno, cubierto de telarañas, tenía a su lado dos copas y una botella de champán. El otro le preguntaba: «¿Y qué pensaba celebrar usted, con ese espumoso?».

Había cinco opiniones distintas sobre lo que pasaría después. La primera era la de papá, que decía que, si el Generalísimo fallecía, estaríamos «en la cuerda floja». La segunda, la de mamá, que aseguraba directamente que habría guerra civil, porque «la ultraderecha y los rojos se matarían los unos a los otros». Ángel, en tercer lugar, anunciaba que se «acabaría la opresión del pueblo» y parecía contento. Sor Inés se santiguaba y recordaba que a varias de las hermanas de la congregación las violaron y asesinaron antes de la guerra; ella pensaba que volvería el terror contra la Iglesia. Y Chema, finalmente, me contó que Avelino iba diciendo por los bares que se alegraba de que el dictador sufriese mucho en el hospital, que se lo merecía y así compensaba

las torturas infligidas.

De todas formas, nunca se moría. Se enfadó muchísimo cuando su amigo, el rey de Marruecos, le quitó el desierto llamado Sáhara. Hay quien dice que por eso le dio un infarto.

—Ese traidor moro —apuntó papá— ha esperado a ver al Caudillo postrado para mandar a una multitud contra nuestras fronteras... «Marcha Verde», la llama el tío cobarde.

—Otra vez a pique de la guerra, quién me lo iba a decir a mí. ¡Y esta vez contra los infieles, como en la Edad Media...!

—Mamá, no exageres —dijo mi hermano mayor—. Es una descolonización, no va a haber tiros.

—Ya, hijo —mi padre respetaba la medida de Curro—, pero los soldados han tenido que levantar las setenta mil minas de nuestra linde... ¡No íbamos a poner en peligro a la pobre gente! Es una forma artera de proceder. Mauritania y Marruecos se van a repartir un territorio que debía ser libre, según los acuerdos. Dejar a los saharauis a su suerte no es de españoles...

—El príncipe va a ir para allá. A ver si, de realeza a realeza, se entienden —respondió Curro.

El Generalísimo, que no podía más, mandó que lo sustituyese por un tiempo don Juan Carlos y el heredero empezó a salir por la tele y nosotros a tener dos jefes o dos reyes o como se llamase.

Por aquel tiempo los extraterrestres estaban de moda y yo caí en la cuenta de que se parecían mucho a Franco. En particular los de Arizona. Lo comprendí mirando las imágenes de *Blanco y Negro*. Un tal Travis Walton, un leñador americano, acababa de regresar de un bosque donde había sido abducido. Se hicieron dibujos a partir de sus descripciones: seres blancuzcos, casi transparentes, con cráneos enormes y calvos, de apenas un metro treinta de estatura. Lo mismo, lo mismito que el Caudillo.

Se veían muchos platillos volantes, incluso por España. Continuamente salían labradores manchegos contando que los motores de propulsión de las naves

espaciales les habían dejado marcas en los rastros. Y un amigo nuestro, un niño malagueño que habíamos conocido en La Manga, había presenciado un famoso baile de luces en el cielo que había sido recogido por la prensa.

En octubre se solucionó mi gran problema con Nancy. Por mi cumpleaños, la tía Magdalena accedió a mis ruegos y se presentó con dos paquetes geniales. Uno tenía tres braguitas preciosas, de pura fibra. El otro, leotardos rojos, medias y calcetines para mi muñeca, que pasó a ser una persona decente y civilizada. Qué alivio. A partir de ese momento pude concentrarme en los dos enigmas de mi vida: el misterio de mi madre rompiendo su ropa y el de los gritos en las chabolas.

Llegó noviembre, un mes arisco, sin la belleza del otoño, con los árboles ya pelados y el viento clavándose por las calles y a la vez sin las luces artificiales y maravillosas de diciembre. Ya no salíamos a la calle a jugar. Maruja, Ana y yo hacíamos listas para Reyes, porque anticipar las fiestas nos ponía contentas. Cuando pensábamos en los regalos que pediríamos, nos debatíamos entre el deseo y el deber: «Hay gente que no tiene para comer, hay que pedir poco, tres cosas...», nos decíamos.

Estábamos en esa edad incierta, en la que todavía jugábamos con muñecas pero, a la vez, soñábamos con colonias y un camisón bonito. Rímel no, el rímel o el pintalabios eran de fresca.

En la papelería se habían especializado en juguetes y apenas se podía entrar, porque la dueña tenía triciclos y bicicletas en la parte central de la tienda, futbolines montados —para que los vieran los niños— y bombos de lotería para jugar al bingo en casa. Un sábado por la mañana fuimos a curiosear. Muy astutamente, fui guiando a Maruja hasta las Nancys, para saber por dónde respiraba.

—Mira, ha salido la negra, con el pelo rizado —le insinué.

—Ya, y la castaña lleva el traje de noche que me gusta a mí —dijo Ana.

—Prefiero la rubia... —Maru se apuntó a lo clásico—. Y me encanta el abrigo de leopardo. ¡Qué pena no tener una!

Su comentario casi me hizo saltar de alegría. No se imaginaba lo maravillosos que

esta vez iban a ser sus Reyes.

Repasábamos las cajas con los modelitos *sport*, las minis, los conjuntos de pantalón yeyé. Hice cuentas y comprobé con alivio que tenía suficiente dinero. Mi plan era colocar el paquete en su casa, junto a los demás, con ayuda de su madre. Ya éramos mayores y Susi Laguarra se había ocupado ese nuevo curso de revelarnos quiénes eran los Magos, pero decidí que Maruja no debía conocer la forma precisa en que había bajado la sorpresa del cielo. Eso la haría más emocionante.

A la vuelta, apenas había cruzado el umbral de casa, escuché las voces de mamá —¡Ameliaaaaaa, pon la mesaaa!

Jolines, había que fastidiarse. Tuve que sacar los cubiertos y vasos y llevarlos al salón. Encima, me dio treinta y seis pesetas y me mandó corre que te corre a la tienda, a por un kilo de azúcar.

—Toma, siete pesetas más, y te subes también un kilo de patatas. Y no te entretengas que van a cerrar.

En la comida se habló de política, claro. Nunca de cosas interesantes como los marcianos.

—¿Y de Franco qué se sabe, Pepe?

—Malo, muy malo. Conchita Antúñez, la enfermera, me cuenta lo que pasa en El Pardo. Carmencita ya tiene el testamento que ha redactado el Generalísimo. Le haré dadas varias anginas de pecho desde el infarto. Tiene de todo, ya no le queda mucho.

—Cuando Arias Salgado lo ha reconocido... —Mi madre se persignó.

El *Ya* contaba que el jefe del Estado se había negado a dejar El Pardo y Conchita contó a mi padre que los médicos no sabían ni qué hacer. Que tenía un párkinson avanzado y, por lo visto un problema en la tripa que lo hizo sangrar mucho, tenía las heces negras. El doctor Vital Aza le sacó con la mano los coágulos de la boca y, a toda prisa, lo operó en una enfermería cutre que no reunía las mínimas condiciones. Decía la enfermera que se quedaron sin luz en el regimiento militar, para que se pudiese iluminar el quirofanillo con un flexo. Lo fueron interviniendo mientras el capellán desgranaba las oraciones de la unción de enfermos por la habitación, en voz alta. Con los años he pensado que fue lo más parecido a una escena de Berlanga o Buñuel, la España de Cervantes y Quevedo: «Recibe Señor, el alma de tu siervo

Francisco...», musitaba el sacerdote.

—Pues el Señor va a tener que esperar —le contestó Vital Aza y nos relató Conchita, muerta risa— porque el enfermo está otra vez con 13-8 de tensión y 70 pulsaciones.

A sus ochenta y tres años le habían sacado del estómago un coágulo de dos kilos de peso y había sobrevivido.

Cuando mamá y yo terminamos de fregar los platos, me escapé como alma que lleva el diablo para engolfarme de nuevo en la revista que contaba el caso Travis. El leñador había sido liberado por los marcianos cinco días después de su desaparición. Llamó a casa desde una gasolinera; estaba demacrado y deprimido, no había comido en todo ese tiempo. El relato que hacía era asombroso. Yo no daba crédito: había despertado en la nave, en una especie de mesa de quirófano. Aquello me recordó el Pardo la noche de la operación del Caudillo. Tres hombrecillos calvos, alargados y pequeños, con aspecto de fetos y vestidos de naranja, lo rodeaban. Lo miraban con ojos enormes, casi completamente negros, sin apenas espacio blanco: «Me traspasaban con la mirada», describió el leñador (lo mismito que el Generalísimo, del que decían que averiguaba las cosas con una simple y silenciosa inspección de las personas). El joven estaba aterrorizado y saltó de la camilla. Los hombrecillos se asustaron de la reacción del terrícola y huyeron. Travis recorrió distintas salas, accionó sillones con mandos, encendió techos luminosos. Se sentía perdido. ¿Dónde estaba? Con gran alivio vio entrar en el recinto a otro ser humano, con mono azul y casco, pero sintió un escalofrío al comprobar que tenía los ojos dorados y no hablaba con él. Lo siguió y llegaron a un enorme hangar, repleto de naves. En una de ellas los esperaban dos mujeres y otro hombre ataviados de la misma manera que el guía, sentados alrededor de una mesa. Sonreían enigmáticamente (eso también era típico de Franco). Una de las chicas enarboló una máscara de gas y se la puso en la cara al americano, que, inmediatamente, se desmayó. No recordaba nada más. Su siguiente imagen era la gasolinera de su pueblo.

Me habría encantado que algo semejante me hubiera pasado a mí. Pero mi vida era mucho más aburrida, aun en un año tan excitante como el que había tenido y con la

perspectiva de dar a mi amiga Maruja la alegría de su vida.

Dejé pasar la semana y el viernes aparecí por la papelería.

—¡Amelia, chica! —exclamó la dueña—. ¡Pensé que te habías olvidado de nosotros!

—¡Vengo a por la Nancy rubia!

—Pero si no quedan rubias, hija, se han vendido como churros ¡tenías que haberla reservado!

Fue un mazazo. El rostro de Maruja se me representó como en un fogonazo. No me lo podía creer. ¡Todo para nada! Los trapos, los papeles, el follón con el carrito, el haber revuelto Roma con Santiago... La dependienta notó que me venía abajo y que me quedaba como seca. Súbitamente me sentí extenuada, como si todo el peso de esta historia se me desplomase sobre los hombros: la tarde en que descubrí la pena de mi amiga —que fue la tarde en que descubrí la fealdad de la injusticia—, los consejos de sor Inés, el difícil camino para convencer a mis padres para bajar a las chabolas, la recolección paciente del papel y los riesgos arrojados con Narciso para venderlo.

—Hija, no te preocupes, queda una de pelo castañito... —intentó arreglarlo la mujer.

—No puede ser castaña... Es un regalo para Maruja, la hija de Candela, y quiere la rubia...

—¿Maruja? Pero ¿cómo es posible? ¡Si vino su madre a por la muñeca, explicé exactamente cuál quería y se la llevó! ¡Justo después de que tú pasases por aquí con tus amiguitas!

—¡No puede ser, es una barbaridad de dinero! Me va a perdonar, pero Candela no puede hacer frente a ese gasto. El papá es inválido y hay muchos hermanos y ella no puede con todo...

—Hombre, «barbaridad» no, tampoco es para tanto el gasto, Amelia. Parece que ha tenido muy buen año la mujer, la gente no para de llevar medias para coger.

Salí de la tienda cabizbaja, de nada servía buscar en otras tiendas una Nancy rubia. Si ya tenía el regalo, Maruja no necesitaba mi ayuda. Menuda imbécil había sido

jugando a las hermanitas de la Caridad. Había recorrido el mundo para nada, me había metido sin tino en la vida de otros, total, para no poder ser útil a mi amiga. Si es que me creía demasiado lista.

Aquella tarde, ni los relatos de marcianos me consolaron. Levanté la mirada del texto, estremecida. Había empezado a llover y el cielo gris se adivinaba al otro lado de los visillos del salón. Intenté reconstruir la silueta del platillo, recortándola sobre la fachada del edificio contiguo. ¿Por qué no podía ocurrir en Madrid lo que habían visto los americanos? Mi padre encendió el telediario y me acurruqué a su lado.

—Papá, ¿tú crees en los marcianos?

—¿Y tú crees, Amelia, que de haber marcianos vendrían a la Tierra? ¡A veces hasta yo me canso de la tierra!

Salieron en la tele imágenes del Generalísimo. Saludaba en una recepción y llevaba gafas Ray-Ban grandes y oscuras, como los ojos de los extraterrestres. Le daban un aire moderno, absurdo en un cuerpo encogido como una nuez. Mi madre llegó también y cogió las agujas de punto. Con una de ellas se rasgó la media derecha, a la altura de la rodilla, como quien no quiere la cosa. El punto corrió y se detuvo a media pantorrilla. Yo me estremecí y puse la cabeza sobre el hombro de mi padre. Mejor no decir nada. Él ni siquiera se había dado cuenta.

—Sixto Obrador, el especialista de párkinson que trató a mi madre —empezó a relatar mi padre—, ha ido a La Paz.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Ya sabes, por los del cuerpo de seguridad. Llamaron a Sixto porque no le funcionaba el intestino, pensaban que era de las medicinas para el cerebro.

—¿Te ha dicho cómo lo ha encontrado?

—Está con los ojos cerrados, tan quieto que el médico pensó que estaba en coma y que nos lo ocultaban a los españoles.

—Debe de estar en las últimas.

—No tanto. Me han dicho que Aza le movió el hombro y le soltó: «Excelencia, dígame a don Sixto qué tal ha pasado la noche». Y el Caudillo abrió los ojos y lo miró fijamente. Después, muy despacio, explicó él mismo que había dormido

perfectamente. Obrador se quedó de piedra. «Madre mía, qué miedo», pensé yo.

Mamá se rió y dijo:

—Siempre ha sido así. En boca cerrada no entran moscas.

El enfermo había sido trasladado a la Ciudad Sanitaria de La Paz, un enorme complejo de los muchos nacidos en esos años. Los días se escurrían lentos, como suele ocurrir cuando se agota todo rastro de sol y se avecina la oscuridad del invierno. Los árboles se agitaban endebles, como esqueletos, y la gente contemplaba con ansiedad la fachada blanca y negra del hospital. Yo no conseguía imaginar un mundo sin Franco, porque él había estado siempre.

Doña Carmen Polo iba y venía del Pardo en medio de una caravana de coches rodeada de motos y mucho estruendo. Después acudía a ver a su Paco. El cuerpecillo del dictador se amojamaba hasta parecer un niño arrugado, un ecce homo de color hiel, un verdadero alienígena.

Conchita Antúnez tuvo que doblar turno de enfermería en El pardo y los cardiólogos se organizaron por turnos de ocho horas para vigilar. El Caudillo pasó de una consciencia soñolienta a una semiinconsciencia y, finalmente, a un silencio de tubos. Decía Conchita que tenía mil: el de la respiración pulmonar, la sonda nasogástrica, el gotero de adrenalina, los electrodos. Más que un hombre, el pobre Franco parecía una araña.

A las dos cuarenta de la madrugada del 20 de noviembre el electrocardiograma empezó a emitir un diagrama plano. El Caudillo de España, el Generalísimo de los ejércitos, el jefe del Estado, había muerto.

Se alegraron los sindicalistas de los Altos Hornos del País Vasco, los universitarios en huelga y los comunistas exiliados. Nosotros no, nosotros nos sentimos como si hubiese fallecido alguien de la familia. No hubo colegio al día siguiente. El secretario de Estado, el padre del melenas, llamó a papá muy de mañana para darle la noticia. Juan Manuel estaba en su casa, a salvo, le explicó también. La policía había dicho que no había ayudado gran cosa a los terroristas.

Como la universidad cerró, el día fue como una víspera de Navidad, con mis hermanos en sus cuartos, mamá cocinando y papá colgado del teléfono. Había miedo en las calles, el tipo de inseguridad que hay antes de una tormenta, cuando no sabes

aún qué va a pasar. Y lo único que sor Inés, Lolo, Matilde o yo deseábamos era precisamente que no pasase nada. Cientos de miles de personas desfilaron delante del cadáver, expuesto en el Palacio de Oriente. Señoras con velo, militares uniformados, curas con estola. Yo lo veía todo por la televisión. Una señora se tiró en el suelo para rezar un padrenuestro en voz alta. Un falangista se detuvo frente al ataúd con el brazo en alto y un ujier de manos enguantadas lo retiró suavemente, como si fuese una estatua. Un lisiado en silla de ruedas gritó que había sido muy bueno con los pobres.

Avelino también fue; dijo que quería comprobar personalmente que estaba tieso.

Nunca se sabría si Travis Walton se había inventado su viaje al espacio, pero estaba claro que el marciano español se había ido al otro mundo.

Espumillón

Navidad era espumillón y aguinaldos. Mucho espumillón peludo; rojo, verde, dorado, azul, no había límites. Cuanto más, mejor; tanto que los árboles de plástico ni se atisbaban, parecían husos recamados de brillos macarras. También se colgaban bombillas de colores por las calles. Matilde engalanó las botellas de coñac y anís y puso un niño Jesús en el mostrador del bar. Como fuera hacía frío, se adensaba en su local una nube de humo de tabaco que se mezclaba con el vaho de los que entraban frotándose las manos enrojecidas. Por la puerta de cristal empañado resbalaban gotitas como cuentas de mercurio. El establecimiento se llenaba porque la gente hacía paradas más frecuentes, para ver a los amigos y calentarse con un sol y sombra. Los parroquianos estaban enardecidos de alegría. Unos contaban que habían pasado por la Plaza Mayor, a comprar figuritas para el nacimiento; otros, que habían encargado un pavo; los terceros, que tenían parientes en Alicante que mandaban un turrón de aúpa.

A casa llamaban los serenos con su uniforme gris de gorra de plato, o los de la basura, que iban de pana marrón, y todos dejaban una tarjeta de felicitación y, a cambio, se llevaban un billete marrón de veinte duros. A mí me daban alegría y pena a la vez, como si se les agradeciese su trabajo de todo el año pero también se les diese limosna. Los niños pasaban cantando villancicos, casa por casa, y vendiendo cupones para las rifas.

Las monjas montaron un gigantesco belén en la entrada del cole, con sus pastores y ovejas, sus leñadores y aguadoras, sus lavanderas. Detrás, colgado de la pared, un gran letrero con estrellas de aluminio y cartulina oscura, que figuraba el cielo

nocturno de Oriente, decía: «Paz a los hombres de buena voluntad». En las clases adornamos los corchos de poliespán de las paredes, los marcos de las puertas, las plantas de los tiestos.

Salí a ver las tiendas del barrio y elegir regalos. Para mi padre pensé en un cenicero de escayola, que imitaba un caballo; para mi abuela elegí una mañanita de lana azul, que vendían en la tienda de labores; para la tía Magdalena, un pasador para el pelo en forma de concha, y para mamá, unas chinelas rosas con un pompón de pelusa en el empeine, que me parecieron de artista de cine.

Gisela se empeñó en seguir con las clases prácticamente hasta Nochebuena.

—En este país —dijo— lo que sobran son fiestas. Luego seguís de juerga hasta Epifanía —Reyes, en su lenguaje extranjero— y España se para durante un mes. Así no se progresa.

De modo que los gitanos continuaron viniendo, con mitones de lana y bufandas. Los padres vendían más frutas que de ordinario y las madres mercadeaban con ropa, así que encontraban ventajoso que los chavales estuviesen a cubierto. Habían desviado con un cable la electricidad del tendido general y colocado un par de radiadores en el aula y se estaba de cine. A pesar de haber fracasado en mi misión para Maruja, decidí seguir ayudando en la improvisada escuela. Había descubierto que servía de maestrilla. Y hacía que me sintiera orgullosa y satisfecha. Quince días antes de Nochebuena nos juntamos con los gitanos para celebrar y tocaron las palmas y cantaron. Las mujeres trajeron tortilla de patatas, vino y chorizo; los hombres hicieron lumbre en la calle. Y era digno de ver cómo bailaban viejos y niños, sin reparo por las canas o las lorzas, con un duende que nada tenía que ver con la belleza física o la edad. Hasta un cojo hacía sus pinitos. Los gitanos eran libres de verdad.

Fue una época de muchos paquetes para Josefa, que ya tenía un embarazo avanzado y que salía en dirección a la calle misteriosa, cargada con los bultos. Mi amistad con Chema había llegado tan lejos como podía llegar la camaradería infantil con un chico y empezaba a resultar muy embarazosa. Porque yo estaba un poco «quedada», era indudable. A veces, mientras estudiábamos, me enganchaba en un párrafo de Sociales o de Naturales y no conseguía concentrarme. Con un ojo lo espiaba y con otro resolvía ecuaciones en la mesa camilla de su casa. Los números danzaban y las frases

se desordenaban. Filo nos sacaba bocadillos de quesito o membrillo y mientras comíamos me imaginaba sus labios rojos sobre los míos y me quedaba sin respiración. Chema, sin embargo, seguía a lo suyo, coleccionando chapas y compartiéndolas conmigo, como resistiéndose a crecer. Se había reconciliado con Antoñito y parecía tener a gala cuidarme, como si fuese su hermana. Me gustaba esa protección, la de un chico de primero de BUP sobre una señorita de Quinto —er septiembre habíamos pasado ambos de curso—, pero a la vez me fastidiaba que jamás me mirase como Tarzán a Jane.

Llevaba todo el invierno barruntando entrar en la chabola de los gritos, pero la cosa era complicada. Me peleaba conmigo misma. ¿Quién me mandaba meterme? Finalmente, decidí pedirle a Chema que me acompañase. Lo abordé en el portal, donde esperábamos los dos a mi hermano.

—Hay algo que no te he contado de las chabolas —le dije.

—Vete tú a saber la de cosas raras que pasan por ahí —contestó.

—No me refiero a los gitanos, ni a la escolita. No es nada de eso. Hay un misterio.

—¿Otro? ¿No tuviste bastante con el del taller? Me das más miedo que Fantomas... A ver, ¿qué te pasa, Agatha Christie? —Me sacó una risa, parecía mi padre. Le conté que se oían aullidos espantosos—. Amelia, los cerdos dan unos gritos que espantan, en la matanza... —empezó.

—No eran cerdos. He oído chillar a los cerdos en el pueblo de mi madre, cuando los sacrifican. Es otra cosa, lo más horrible que he escuchado en mi vida. Allí pasa algo.

—Mira, voy contigo y echamos un vistazo. Con tal de que dejes de dar la lata, hago cualquier cosa. Hablaré con esa gente. ¡Cuando algo se te mete en la cabeza...! —Calló y me hizo un gesto señalando a Antoñito, que abría la puerta.

Elegimos un sábado por la tarde. Con un poco de mala conciencia, comprobé que mis padres se quedaron muy tranquilos cuando me vieron salir con él.

—Volved para la cena, que ya se habrá hecho de noche.

Los charcos eran espejos de azogue sucio, completamente congelados. A veces se podían desventrar de una pedrada; otras, ni saltando sobre ellos se rompían, tan gruesa era la capa de hielo. Nos entretuvimos un rato. Por no ponerme el gorro de lana, que me avergonzaba, estaba pasando frío en las orejas. Bajamos por el camino largo, pues supongo que Narciso tampoco era un buen recuerdo para Chema. Mi amigo se había confesado con don Manuel y le había entregado las diez mil pesetas. El cura se las había arreglado para darle el dinero a Avelino, sin mencionar que provenía del robo y adjudicándolo a un donante caritativo, conmovido por el desfaldo a los obreros. Eso nos protegía del macarra del taller.

Soplaba un viento áspero como un cuchillo de hielo, ese que determina en Madrid si hace frío o no, independientemente de la estación. En mi ciudad el aire gélido puede cortar las mejillas y resquebrajar los labios, aunque haga sol. En cambio, hasta el día más nublado puede ser tibio si no hay viento. Ocurre en octubre, cuando amenazan los primeros escalofríos; pero también en primavera, si el tiempo está tonto, y hasta en los albores del verano, si al año le da por hacer verdad el refrán: «Hasta el cuarenta de mayo, no te quites el sayo». En diciembre era obligatorio el ventarrón. Los pocos árboles eran manojos de ramas grises, desalmadas, y cuatro plásticos se revolucionaban, jugando con un remolino. A pesar de todo, el cielo estaba dispuesto a dar otra impresionante puesta de sol con violetas, fucsias, naranjas rabiosos. Estallaba como los fuegos artificiales, ajeno a las normas, indiferente al momento o la belleza del paisaje o la estación. Nuestro cielo era famoso.

—Vamos a ver, ¿cómo te dio por perseguir a esa chica gitana? —preguntó Chema.

—No he perseguido a nadieee, es sólo que nunca dice nada sobre los paquetes que recibe. Somos amigas desde hace meses, pero no abre la boca sobre eso.

—¿Quién se los da?

Tragué saliva. Me costaba seguir mintiendo.

—Se los suele dar Gisela, pero supongo que... a lo mejor también se los dan otros... vecinos.

—Serán de la parroquia, Amelia. Ves fantasmas donde no los hay.

Un gato negro y flaco, subido en un bidón de hierro, quieto como una esfinge, nos

miró entrar en el poblado. Las chabolas humeaban. A pesar del peligro que suponía vivir entre latas y cartones, muy fáciles de prenderse, era preciso hacer fuego. Casi todas las viviendas tenían un tubo grueso de hierro o aluminio, que conectaba las cocinas de carbón con el exterior. Como las estancias eran pequeñas, por las noches se apagaban las estufas y las propias camas, sepultadas de mantas, protegían del frío. Dormían varias personas juntas. No se veía a nadie por las callejas.

Dejamos la escuela a la derecha y enfilamos la calle. Recorría aquel laberinto sin problemas, creo que Chema se sorprendió de mi soltura. Reflexioné pensando que no me creería si encontrábamos la callejuela en silencio, pero las circunstancias me ayudaron. Los sonidos habían comenzado y llegaban hasta la calle. Nos detuvimos a unos diez metros.

—¿Lo oyes? —Señalé la choza.

Era grande, con un cuerpo principal y un cobertizo lateral. Chema me hizo señas y nos colocamos detrás de un montón de basuras y chatarra. Se percibían gemidos lentos y muy intensos, que provenían del corral.

—Podrían ser los gñidos de un perro —afirmó—. Hay quien atormenta a los galgos atándolos a estacas cuando ya no sirven.

—No es un perro... —contesté.

Esperamos en cuclillas. Una puerta gimió y una mujer empezó a gritar:

—¿Te callas? ¿Te callas o es que estás *endemoniao*?

Los lamentos se convirtieron en aullidos, como si el animal reaccionase a los golpes. Fueron subiendo de tono.

—¡Haz algo, que no lo puedo *aguantá* más!

Una silla se volcó y un hombre entró en escena:

—¡Me cago en la...! —Se sintió un estruendo y un chillido agudo. Después, nada. La puerta se cerró.

—Vamos a entrar, Amelia.

Me quedé perpleja ante la decidida reacción de mi amigo.

—¿Entrar? ¿Forzar la puerta? —le espeté, incrédula.

—Espérame aquí —respondió, y salió hacia la chabola amparándose en las penumbras y las sombras.

No me dio tiempo a hacer otra cosa que permanecer donde estaba, helada y asustada. Para mi desconcierto, no fue a llamar a la casa, sino que merodeó en torno a la pared del cobertizo y el portón de hierro que solían golpear Josefa o Macario. Regresó al cabo de diez largos minutos.

—No se puede abrir —anunció—, han echado un candado. Pero hay un ventanuco con tela de alambre.

—¿Vas a entrar sin pedir permiso?

—No. Primero lo intentaremos por las buenas.

Me cogió la mano, cruzó la calle y llamó. No dije nada, intentaba improvisar. ¿Qué íbamos a preguntar? ¿Si torturaban un animal en un establo? ¿Si podíamos verlo? No hubo respuesta, tuvo que usar la aldaba una segunda vez.

—¡Vaaa, vaaa, menudas horas! —Abrió una vieja de negro, con aros en las orejas—. ¿Quién es? ¿Qué quieres?

—Hemos oído voces —aseguró Chema.

—¿Voces? ¿Y a ti qué? ¿A qué llamas?

Por un instante el chico se desconcertó por la acritud de la mujer, pero reaccionó:

—Pensamos que podían necesitar ayuda.

Se escuchó a un hombre desde el vientre de la casa:

—¿Quién anda, Pepa? ¿Qué horas son éstas?

Apareció un tipo con sombrero, parecía un patriarca. Llevaba las canas largas y tenía un corte en el labio, una cicatriz vieja.

—Quieren saber quién grita —explicó la señora.

—¡Aquí no grita nadie! —soltó el viejo, golpeando el suelo con la garrota para enfatizar—. Ésta es mi casa y no son horas. ¡Hala, largo! —E hizo ademán de empujar la puerta. Pepa vaciló, como si hubiese caído en la cuenta de algo, y agarró a su marido por el brazo.

—¡Espera! —dijo, hablándole al patriarca—. Mira su pelo...

—Mujer, déjate de tonterías y cierra. ¡Hala, fuera! —Empujó la hoja de lata. Nos quedamos en silencio en la oscuridad.

—¿Por qué a esa mujer le llamaba la atención tu pelo? —le pregunté a mi amigo.

—Mucha gente piensa que los pelirrojos somos especiales, que damos buena o mala suerte. Supongo que también los gitanos lo creen.

—A mí me das buena suerte —contesté. Era una tontería, supongo, por los nervios—. ¿Y ahora qué hacemos?

Mi acompañante no había esperado a contestar mi pregunta. Se había refugiado de nuevo tras la pila de chatarra, miraba alrededor y valoraba los restos que lo rodeaban. Comenzó a apilar unas cajas de madera, de fruta, frente a la fachada del cobertizo, justo debajo de la ventana. Me acerqué a ayudarlo. Pusimos varias, unas encima de otras, y se encaramó a ellas subiendo como un gato hasta el alféizar. De un tirón sacó la malla de su sitio. Después empujó con todo el cuerpo y los batientes cedieron hacia el interior. Un rugido quebró el aire de la noche y se me heló la sangre.

—¿Vas a entrar? —pregunté.

—Hay que entrar —cuchicheó intentando atenuar la voz—, es ahora o nunca. ¡Vamos! —Me tendió la mano, pero vacilé un segundo.

—Esa gente... El hombre se va a enfadar.

—Es un patriarca, Amelia. No son criminales, tú lo sabes. Quizá necesiten ayuda.

Me dejé arrastrar. Chema se descolgó hacia el interior. Los gritos se oyeron fuertes, como a bocinazos. Sentía pánico pero me dejé caer en sus brazos desde lo alto. Un hilo de luna entraba por la escotilla y empleamos unos segundos para poder ver en la densa penumbra. El chiscón apenas tendría dos metros por tres y un jergón al fondo. Olía a orines. Había ganchos con ropa de abrigo en las paredes, cojines y mantas por el suelo. Pensé en las habitaciones de Barba Azul. Curiosamente, no hacía mucho frío.

Sobre el camastro había un monstruo. Tenía unas diminutas facciones de anciano y un cráneo desmesurado, como un melón con venas marcadas y protuberancias. Parecía un duende antiguo, un gnomo. Se balanceaba de atrás adelante, babeando y aullando.

—Pero ¡qué coño! —El viejo estaba en la puerta que unía el establo con la vivienda—. ¡Sinvergüenzas! ¡¿Entráis en las casas, ladrones?! —Blandió el bastón contra Chema, pero la vieja lo agarró del brazo.

—¡Es un pelirrojo, Amadeo! ¡Te dije que era de ellos! —habló como reteniendo un secreto.

El hombre se detuvo con la garrota suspendida en el aire, como si un impulso eléctrico se hubiese desconectado. La seguridad de moverse por su casa y controlar el perímetro propio había cedido ante una duda.

Chema tuvo el valor de reaccionar.

—Soy pelirrojo, ¿y qué?

—¿Eres del Macario? —inquirió la mujer.

—Soy su hijo mayor.

La señora señaló hacia el jergón con un dedo trémulo, nervioso. La criatura gemía levemente y un curso de baba le recorría la comisura del labio inferior. Empecé a entrever que podía ser un crío, un niño de siete, ocho años.

—¿Te manda tu padre, chaval? —preguntó el viejo.

Impresionaba la vacilación del patriarca, acostumbrado a mandar y hacerse respetar. Como si un arcano custodiado durante mucho tiempo en la oscuridad hubiese quedado expuesto de repente y lo obligase a retroceder, ante la fuerza de la evidencia.

—Sí —contestó Chema. Lo miré sorprendida—. Vengo porque me manda mi padre.

—No me había dicho nada de ti —musitó el viejo. Y añadió, en voz más baja aún—: No es cosa nuestra, él me lo encomendó.

—¿Mi padre? —interrogó mi amigo—. ¿Qué tiene que ver mi padre aquí?

No pude evitar bajar la mirada, pero Chema no me atendía.

—Ése es tu hermano, chico —dijo la mujer. Y se tapó la boca con el delantal, como para no hablar más.

Y aquel crío empezó a gritar de nuevo y esta vez expresaba angustia. El escaso pelo que le quedaba, apenas una pelusa sobre la coronilla, era de un evidente, intenso, esclarecedor color rojo.

—Éste no es hermano mío... —La voz le temblaba a mi amigo.

—Lleva de siempre aquí. —El hombre se encogió de hombros—. Venía desgraciado y no lo querían.

Chema se acercó al jergón. Aquel ser se agazapó sobre sí mismo, pero no pudo

escurrirse del todo hacia el fondo, como era su intención. Una argolla atrapaba una de sus muñecas y terminaba en una cadena anclada a la pared. Casi se había callado y apenas respiraba fuerte, igual que una bestia.

—¿Quién dice que es mi hermano?

La mujer respondió.

—Si eres del Macario, es así.

—Pero está..., está sucio y atado y... como, como un animal. —Las lágrimas rodaban por la cara de Chema. Nunca lo había visto de esa manera, tan derrotado. Al estar muy cerca de aquella cosa quedaba de manifiesto que ambos compartían el color del cabello.

—No se puede de otra manera —explicó el patriarca—. Se revuelve, se arrastra. Lo tenemos como sabemos.

Mi amigo se había arrodillado junto al chico y lo tocaba con cuidado en la enorme cabeza, repasando costras y verrugas. Pasaron los minutos despacio, sin que nadie dijera nada más. Luego se enderezó, se limpió los ojos con una manga, un poco como con rabia, y se dirigió a la pareja.

—Voy al cuartel. —La voz le sonó firme, enrabiada—. Que alguien acompañe a Amelia al barrio.

—¡Espera, Chema...! —dije yo. Quería hablar con él, estar a su lado. Consolarlo.

Él hizo como que no me había oído y salió sin esperarme.

El patriarca de los gitanos apoyó su mano sobre mi hombro con delicadeza.

—Vámonos, chiquilla, que no son horas de que andes por aquí. Yo te acompañaré a tu casa.

El desgraciado ser que se acurrucaba sobre el jergón empezó a chillar.

El niño muerto

Cuando regresé a casa, mis padres estaban preocupados, pero no me regañaron. Sí les sorprendió algo más que llegase con el viejo gitano, en su propia furgoneta. Amadeo, «el Renco», que así aclaró que se llamaba, se quitó el sombrero delante de mi madre y lo hicieron pasar al salón.

—Usted dirá, caballero —lo animó mi padre.

—Aquí ha *pasao* algo muy grave —aclaró—, por eso he *tenío* que traer a la muchacha. —Estaba serio y solemne. Me señaló con la cabeza—: Lo que no sé es si ella *tié* que oír cosas de mujeres y hombres... *usté tié* que decidir.

—¿Estabas delante cuando ocurrió lo que el señor Amadeo va a aclarar? —me consultó papá.

Yo asentí.

—Entonces ya es hora de dejar que escuche. Sea lo que sea lo que ha pasado, tiene que entenderlo.

Yo me sentía más pequeña y tonta que nunca. Había provocado una situación que jamás hubiese imaginado. Sentía lástima por Chema, por la patética criatura encadenada en casa de los gitanos, por Macario, por la Filo... Todo me parecía insoportablemente penoso y extraño. Quería hacer muchas preguntas a mucha gente y, al mismo tiempo, sólo deseaba meterme en mi cama, cubrirme con la manta y arrebujarme en aquella cálida oscuridad hasta quedarme dormida y no pensar en nada. Permanecí en silencio.

—La chica y su amigo han *descubrió* que yo tenía escondido a un chaval que no era mío en un cobertizo. Un chico que había venido *desgraciao* y que sus padres no querían. —Amadeo hablaba fuerte y sereno, con la frente alta, como un hombre con la conciencia tranquila—. Ahora vendrá la policía...

—¿De dónde salió el crío? —preguntó mi padre.

—¿Ustedes conocen a un hombre que llaman Macario, el de las basuras? —inquirió el gitano.

Mi madre asintió rápidamente.

—Claro, el marido de Filo, la panadera.

—Ese mismo —respondió el viejo.

Y empezó a contar que siete años antes, una noche al filo de la madrugada, Macario había llamado a la puerta de su casa. Venía con una bolsa y estaba sucio de sangre. Ambos se conocían del trato con la chatarra, porque Macario le vendía los enseres que, después de su horario oficial con el camión municipal de la basura, recogía al pie de las casas: neveras rotas, somieres, muebles viejos y cosas de hierro.

—Le pregunté —recordó Amadeo— si venía por algo malo, y me dijo que sí. Me dio pena y abrí el portón y le dije a mi mujer que hiciese café. Entonces me contó que la Filo había *parió* un crío muerto. Que lo había *malograo* porque no lo quería y que cuando él quiso enterrarlo a las afueras de Madrid, cavando un agujero, descubrió que el churumbel se remejía y que todavía respiraba. Lo traía en aquella bolsa.

Mi madre, que estaba sentada junto a mi padre, lo tocó en el hombro:

—Pepe, a lo mejor Amelia debería irse a la cama...

Mi padre me preguntó:

—¿Te asustas hija?

Negué con la cabeza. Mentía. Estaba realmente conmovida, pero necesitaba saber qué había ocurrido.

—Creo, Toqui —añadió papá—, que esta noche vas a tener que explicarle algunas cosas a tu hija. Siga usted, Amadeo.

Me invadió una extraña mezcla de confusión y de orgullo. Tenía delante una escena áspera, llena de horror, inconcebible hasta entonces, pero a la vez estaba en el umbral

del mundo adulto, a punto de dar un paso y entrar.

El hombre estaba sentado en el sillón, con las piernas abiertas y el sombrero entre las manos. En mitad de las greñas negras, entreveradas de canas, le brillaba un rostro de cuero bruñido, con unos ojos como carbunclos. Olía a hoguera. Lió un cigarrillo despacio, lo prendió y continuó:

—Nosotros no queremos líos con la policía, así que le pregunté por qué me traía el rorro a mí. Macario dijo —me acuerdo como si fuera hoy— que yo tenía autoridad y él se fiaba de mí. Que su mujer estaba muy mala, que andaba desde hacía meses como loca por las calles, de noche, y que había *intentao* quitarse el crío saltando de una tapia. Que había *pensao* que la perdía esa noche en el momento de parir, porque lo hizo en casa y sola para taparlo *tó*. También contó que, como ella creía que el chico había *nacío* muerto, él no se atrevía a llevárselo ahora que lo había descubierto con vida, pero tan enfermo y deformado. Dijo que tenía miedo de que su mujer se ahorcara.

—Ahora lo entiendo —se oyó a mi madre—, recuerdo ese tiempo, esos meses. Los vecinos rumoreaban que Filo andaba de madrugada por el barrio. Dijeron que estaba embarazada del sexto y había perdido el sentido, de pura preocupación. La panadería estaba sin atender. Pero luego se pasó todo y dejaron de hablar.

El viejo no contestó. Fumaba lentamente y prosiguió.

—El Macario pensaba que el niño no viviría mucho, el pobrecillo, había *veníó* muy *averiao*. Era tempranero y *esmirriao*, con una cabeza enorme, un ojo medio *cerraó* y el cordón colgando *entoavía*. Me prometió que ni al chico ni a nosotros nos faltaría *ná*. Dijo que no volvería a cobrarnos la chatarra y que no era delito cuidar de un chaval así. Que no habría escándalo ni nadie se enteraría si lo escondíamos en las chabolas.

—Pero ustedes saben que ahora se han metido en un buen lío —interrumpió mi padre.

Amadeo se encogió de hombros y miró fijo a lo lejos, sin centrarse en ninguno de nosotros.

—Tenía *usté* que haber visto esa noche al Macario. No era persona. Con la ropa manchada de sangre del parto y arena, de haber *cavao* intentado enterrar al bebé.

Aquel hombre estaba como un muchacho y repetía que el crío era su sangre, que no podía abandonarlo y que no sabía *ande* ir. Que en un hospital echarían a la Filo la culpa de haberlo *querío* matar. Me pidió que tuviese piedad de él.

—Y usted se compadeció... —aventuró mi madre.

Amadeo asintió taciturno. Entre las cejas blancas brillaba una mirada como de muchos siglos, unos ojos que habían visto de todo, reyertas, muertes, dineros sucios, desgracias, impotencias y batallas. Suspiró y añadió:

—¿Sabe, señora, lo único qué le pregunté?

—Dígame, Amadeo —apremió mamá

—Le pregunté solamente: «Macario, esto *pué* ser la cárcel y la ruina... ¿usted le tiene ley a esa mujer... hasta *pa* eso?». —Hubo un silencio en la conversación. Se entreveía la vigencia entre los gitanos de un código antiguo y riguroso de lealtades, que impresionaba.

—¿Y qué le contestó? —inquirió mi madre sobrecogida.

—Pues entonces, señora, el Macario se rompió. Aquel hombretón de un metro de pecho rompió a llorar. Y no quise yo consentir aquello. Le dije que todo *tié* remedio menos la muerte y pensé en ayudarlo. ¿Sabe *usté*? Sólo la hembra tiene ese poder sobre el hombre... —Vi que mi madre movía la cabeza para decir que sí.

Yo recordé la frase preferida de mi abuela Carmen: «Todo tiene remedio menos la muerte», y me pareció que todos los viejos comparten la misma sabiduría, sean payos o gitanos.

—Mandé a mi Pepa —terminó Amadeo— que se hiciese cargo del churumbel. *Ustés*, las hembras, saben de estas cosas, tienen el instinto... Tan bien lo hizo, que el muchacho *tié* ya siete años. Al principio estuvo en la chabola, pero fue haciéndose violento, y al final, ha *habío* que ponerlo en el cobertizo de las bestias, y hasta atarlo. Qué le vamos a hacer.

Se calló entonces, parecía ensimismado.

—¿Y tú que has tenido que ver en todo esto, Amelia? —mi padre me señaló a mí en ese momento.

Desgrané entonces cómo había empezado a sospechar algo raro en la escuela

gitana, al ver que Josefa recibía paquetes. Cómo había seguido a la gitana hasta el interior del poblado y había escuchado los terribles gritos de la criatura. Y cómo había convencido a Chema de que me ayudase a descubrir lo que ocurría.

—Lo que no podía saber —dije bajando el tono de la voz, avergonzada— es que Chema fuese el hermano del crío... Nunca me lo perdonará.

—Yo no sé si te perdonará o no, pero tú no has hecho nada malo, Amelia —dijo mi madre suavemente—. Gracias a ti ese niño podrá ir al hospital. Nadie te puede reprochar nada...

—Salvo que, una vez más, ha actuado sin decirnos nada —corrigió mi padre con tono tranquilo— y podría haberse metido en un problema. ¡Qué cruz, hija! —Y como vio que se me saltaban las lágrimas, me abrazó cariñosamente.

Después de agradecer al viejo gitano que me hubiese traído a casa y se hubiese franqueado con la familia, mis padres lo despidieron amablemente e hicieron café y un Cola Cao para mí. Nunca olvidaré esa velada.

Domingo de Adviento. Una mañana fría y neblinosa. Me desperté, confusa, sin tener muy claro si todo lo que había ocurrido el día anterior (los gitanos, el hermano secreto de Chema, los gritos...) había sido real o sólo un sueño. A medida que los recuerdos volvían a mi memoria, empecé a sentirme otra vez muy angustiada. ¿Dónde estaría Chema? ¿Habría ido finalmente al cuartelillo de la Guardia Civil? ¿Y qué sería de su hermano? ¿Y de Macario? Tenía tantas preguntas que me sentía mareada, como si estuviera enferma.

Los domingos por la mañana solíamos ir a la parroquia, toda la familia: papá, mamá, mis hermanos y yo. Acudíamos a misa de doce, donde solíamos coincidir con un montón de vecinos. A la salida, mi padre nos invitaba a tomar algo en el bar de Matilde mientras mi madre compraba un par de pollos asados para la comida.

Aquel día, cuando estaba en mi habitación vistiéndome para salir a la calle, mamá entró, despacio, y se sentó en mi cama.

—Amelia, ¿te importa si hablamos un ratito las dos a solas? —me preguntó.

—Pero, la misa...

—Bueno, hoy podemos ir tú y yo por la tarde... Prefiero que se vayan tu padre y tus hermanos y nos dejen charlar a las dos tranquilamente, ¿te parece bien?

—Sí, claro... —dije yo, confusa.

—Ven. Siéntate aquí. —Mi madre dio una palmadita sobre la colcha de la cama. Yo me acomodé junto a ella dócilmente. Permanecimos unos segundos en silencio. Parecía que le costaba encontrar las palabras que quería decir a continuación.

—¿Estás..., estás enfadada por lo que hice ayer? —me atreví a preguntar. Ella sonrió.

—No, hija, claro que no —se apresuró a decir—. No es eso. Pero imagino que tendrás muchas preguntas sobre lo que viste en la casa de los gitanos. —Asentí con la cabeza—. A lo mejor puedo responderte algunas...

Quizá fuera porque aún tenía los nervios a flor de piel por todo lo ocurrido, pero el caso es que, al oír a mi madre, me entró como una tristeza muy grande y, sin saber muy bien el motivo, se me saltaron las lágrimas.

—Pero, Amelia, ¿qué te ocurre? —me preguntó ella—. Ya te he dicho que no estoy enfadada contigo.

—No, no es eso... —Hipé—. Es que... No sé. No entiendo por qué todo es tan extraño. Yo pensaba que todo era un juego, que Chema y yo estábamos resolviendo un misterio, como en los libros de *Los Cinco*... Pero, ese pobre chico deforme... ¿Es que sus padres no lo quieren? Dios mío... ¡Pobre Chema! Él estaba... Él... Lloraba pero, al mismo tiempo, parecía un hombre... Y yo quería consolarlo, pero no sabía qué decirle... ¿Crees que estará enfadado conmigo? ¡Yo fui quien le obligó a ir al poblado gitano! ¡Seguro que ahora me odia por eso! ¡No volverá a hablarme nunca más!

Mi madre me abrazó. Dejó que me desahogara un rato.

—Cielo, a veces los adultos hacemos cosas terribles —me dijo—. En ocasiones por maldad, pero a menudo porque la vida no nos prepara para ciertas cosas. Por pura confusión. Cuando eres una niña, la gente a tu alrededor te dice lo que está bien y lo que está mal, ¿comprendes? Pero, de pronto, creces y ya sólo dependes de ti misma para tomar tus decisiones, y éstas no siempre son correctas. A Filo, la panadera, y a

Macario les ocurrió algo parecido.

—¿Qué? ¿Qué fue lo que pasó?

—Verás, Amelia, tener hijos es la cosa más bonita del mundo, pero es un regalo con muchas responsabilidades. Ya casi eres una mujer y tienes derecho a saberlo. Las madres os llevamos durante nueve meses en el vientre y os traemos al mundo con dolor. Después hemos de cuidaros, alimentaros, vivir para que seáis felices, Amelia. La panadera ha tenido seis hijos, con embarazos complicados todos, y tú la conoces, no es una mujer sana. Y, luego, además, Filo y Macario no son ricos, apenas tienen dinero para ir tirando y les cuesta mucho a los pobrecillos poder alimentar a una familia tan grande. Creo que Filo enloqueció de desesperación. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, creo que sí.

Entonces recordé la historia que la panadera le había contado a la Marisina mientras yo las escuchaba a hurtadillas, cuando habló de lo que había hecho: «Yo me quité uno —fueron sus palabras—. Pero hay que hacerlo pronto... Si no, luego se asienta y no hay manera».

Y eso fue lo que hizo: saltar de la tapia de la obra para quitárselo. «A veces se te arranca por dentro... —Rememoraba sus palabras con tanta claridad como si las estuviese escuchando en aquel momento—. Sangras un poco y ya está... Lo enterramos mi marido y yo. Nadie supo nunca nada. Hay trapos que se lavan en casa. Pero hay heridas que no se curan nunca.»

—Mamá...

—Dime, hija.

—Filo... ¿Se quitó un niño de la tripa?

Mi madre asintió con tristeza.

—Lo intentó. Seguramente le ha dolido hasta el día de hoy.

—¡Es horrible!

—Amelia, estaba muy enferma, recuerda lo que ha contado don Amadeo. Tenía lo que llaman depresiones, ¿comprendes?

Sí, comprendía. Cada vez con más claridad.

—Mamá, ¿qué va a pasarle a Macario? —pregunté.

—No estoy segura, hija, pero a tu padre le han dicho que se lo llevó detenido ayer por la noche la Guardia Civil. Chema puso la denuncia después de tener un cara a cara con él.

—Estaba muy enfadado —dije.

—Lógico. Debe de haber sido un golpe terrible enterarse así de todo. Pero ha actuado bien, ha hecho lo que haría un hombre decente.

Me gustó que mi madre dijera eso. De algún modo, me hacía sentir orgullosa.

—Seguro que no querrá volver a verme. Me echará la culpa de todo.

—Claro que no, Amelia, ¿por qué haría algo así?

—¿Crees que debería pedirle disculpas?

—Lo que creo es que ahora tienes que darle un poco de espacio. La situación que José María está viviendo no es fácil y, aunque ha demostrado mucha madurez, necesita hacerse a la idea de todo lo ocurrido. Tú deja que pase el tiempo y verás como todo se arregla solo.

Quizá no fuera el mejor consejo del mundo, pero a mí me pareció muy sabio. Creo que nunca la he querido más que aquel domingo triste en que, por primera vez, me habló como a una mujer adulta.

Llegaron mis hermanos y mi padre, con dos pollos asados que olían a gloria y pusimos la mesa. Era extraño, pero se percibía en el ambiente una cierta alegría, como si de pronto estuviésemos contentos sin tener ningún motivo en concreto para ello. Quizá fuera sólo que estábamos felices de estar juntos comiendo pollo asado y rosquillas fritas y hablando sobre un montón de cosas sin importancia.

Por supuesto, la noticia de lo ocurrido en el campamento gitano corrió por todo el barrio. Una ambulancia había bajado a las chabolas, había aparecido un mal engendro, escondido por el clan de los Rencos, pero parido en casa de Macario. No era la primera vez que se leían noticias de chavales «subnormales» —como entonces se decía— enterrados en vida por vergüenza e impotencia de los parientes, en chamizos, sótanos o altillos. Pero lo que era doloroso en una aldea atrasada,

enfangada en la remota incultura de un pueblo perdido, resultaba incomprensible y atroz en la ciudad, en mitad de los adelantos más modernos. Los guardias se abrieron paso entre la gente arracimada —las mujeres con críos, los hombres en primera fila— y los camilleros se llevaron al crío al hospital.

Tal y como me contó mi madre, el de las basuras fue detenido porque lo había denunciado su propio hijo. Menuda desgracia. Filo echó el cierre a la panadería y se enclaustró en el piso. Los hermanos salían taciturnos todas las mañanas hacia el cole, guiados por Chema. Se mantenían serenos, imitando al mayor, siempre con ese estilo masculino y silencioso, tan del padre. No permitían preguntas, no contestaban. «No es asunto tuyo», se limitaba a decir el grande, en nombre de todos.

Por Navidad el padre regresó a casa, sin fianza hasta el juicio. Los médicos dijeron que el crío malgrado tenía una cosa llamada «hidrocefalia», parece que de nacimiento, y que era un milagro que no hubiese muerto viviendo en una cuadra. Pero que tal vez hubiese algún remedio para su mal, sacándole un líquido de la cabeza. En el edificio se rumoreaba que Filo, al descubrir que su hijo estaba vivo, se había emocionado mucho y que quería hacerse cargo de él.

La familia de Chema estaba junta de nuevo. No sé de qué hablarían en la privacidad de su casa, si se perdonarían los unos a los otros. Quiero pensar que fue así. Que tal vez comprendieran, hijos y padres, que a veces la vida te arrolla con su curso desbocado, como un agua enorme tras un dique roto. Y que entonces apenas podemos boquear, desconcertados, porque sólo somos hombres, pobres y miserables hombres. Náufragos en un mundo desolado.

Un abrigo de leopardo

La aparición de los camilleros de la Casa de Socorro en el poblado y el juicio de Macario estaban en boca de todos, y hasta Matilde se metía: «Mira que no decirle a su mujer que estaba vivo el crío... Yo lo mato».

—¡Pues anda, que tenerlo atado y encerrado como un bicho! —sentenció la viuda Consuelo, la madre de Lolo.

—Vete a saber... lo mismo le arreció el parto a la mujer y ni se dieron cuenta de que estaba vivo y luego le dio apuro al hombre decirle que era una desgracia lo que había venido —dijo uno de los viejos del bar, con un palillo entre los dientes—. La vida viene mala a veces...

Entre Chema y yo creció una distancia. Supongo que era inevitable. Le había fallado.

No volvió por nuestra casa, ni siquiera salía con Antoñito. Yo lo miraba pasar desde la ventana, cuando regresaba de los recados para sus padres y sentía una pena muy honda. Recordaba las largas sesiones de preparación de las chapas, las risas cuando lo de Fittipaldi, su cara de rabia cuando me defendió de Narciso. Es verdad que al principio me había acercado a él como parte de un plan, para entender qué pasaba con Macario, pero después había olvidado el motivo inicial. Sencillamente, me había quedado colada por el chaval, como cualquiera de las tontas que iban al campo de fútbol a ver a los chicos.

Me preguntaba si meterían a Macario en la cárcel, era una perspectiva que me atormentaba. Papá decía que no le caerían muchos años:

—No tiene antecedentes —explicó— y parece que lo hizo para intentar ayudar a Filo, en una confusión afectiva.

A veces me sentía orgullosa de haberlo descubierto todo, de haber salvado al niño; otras, me venían ganas de llorar ante todo lo que se había desatado por mi culpa. Mi abuela encabezaba el partido de los encargados de colocarme en un altar.

—¡Menuda nieta «detectiva»! —repetía a quien quisiese escucharla—. ¡Si no hubiese sido por ella, nunca más se sabe del niño! ¡Es más lista que nadie y más guapa que la Marisina! —Tampoco había que pasarse.

Aunque echaba de menos a mi amigo, no me sentía capaz de ir a su casa a pedirle perdón. Y no era sólo por vencer el miedo a sus padres, a que me reprochasen haberme metido en lo que no me importaba, era también la profunda impresión de volver a verlo, de que me temblasen las piernas y me quedase con la palabra en la boca. Y el terror de que me rechazase. Sólo con verlo pasar tras las cortinas, el corazón se me desbocaba y sentía emociones violentas, como si él me abrazase, cuando ni siquiera reparaba en mi presencia.

Pasaba mucho tiempo con Maruja y con Ana, aunque a veces era una lata porque no hacían más que preguntarme cosas sobre el misterio del poblado gitano.

—¿Cómo era el chico de la chabola, Amelia? —quiso saber Ana—. Dicen que era un adefesio...

—¡No digas eso! —terció Maruja—. Nadie es un adefesio.

—Yo sólo digo lo que repiten.

—Estaba enfermo —expliqué yo con tristeza—, tenía venas en la cabecita, que era muy grande. Babeaba y se arrastraba por el suelo...

Para distraerme, mi madre me enseñaba a hacer rosquillas fritas y flores de sartén. También repasábamos las tiendas y escaparates del centro, todos adornados, y encargamos el cordero al carnicero.

Las chicas y yo envolvimos los regalos y las Pascuas se echaron encima sin que nos diésemos cuenta, con vecinos y parientes que visitar, los villancicos de los críos en los rellanos de las escaleras, las bandejas de mazapanes de Toledo, polvorones de Estepa y turrónes de Alicante. A pesar de todo, la fiesta de Reyes había perdido aquel

año buena parte de su encanto. Llevaba el curso entero soñando con hacer feliz a Maruja, y la idea de que fuese su madre quien le regalase la muñeca me llenaba de melancolía. Había sido demasiado trabajo para nada. El saldo de un curso de desvelos era constatar que nada podía hacer por ella y, por si fuera poco, además había perdido a Chema.

El secretario de Estado, el padre del melenudo, mandó una cesta de cuatro pisos, con latas de piña y melocotón en almíbar, con salchichón de Vic y chorizo cular de Salamanca.

—Ay, este se piensa que tiene que comprar mi silencio, que voy a contar algo del cabestro de su hijo —dijo riendo mi padre cuando vio al recadero con el enorme armatoste, tendiéndole una tarjeta con una bandera nacional en el borde—. ¡Bastante que se ha librado el barbas de la cárcel, como siempre! Aunque sospecho que esta vez ha aprendido. Dice su padre que está suave como un guante.

No obstante, el día que llegó la cesta yo no me encontraba muy animada. De hecho estaba tan taciturna que mi madre se dio cuenta.

—¿Te pasa algo, Amelia? ¿Otra vez dándole vueltas a lo de los gitanos?

Quiso saber si aún me sentía triste por la familia de Filo. Por un instante vacilé a la hora de sincerarme, porque había soltado un montón de trolas cuando les conté que quería ir al poblado para «hacer el bien». Estaba descubriendo que había metido la pata en muchas cosas. Después pensé que por fin podía librarme de tantos cuidados y que sería un alivio contarle todo a mi madre. Ya no quería tener secretos.

Le expliqué lo de Maruja y sentí que una puerta se abría de nuevo en el mismo instante en que empecé a contar por qué me había comportado de una forma tan extraña, la razón de mi empeño de alfabetizar en las chabolas, el pequeño truco para buscar dinero como pude. Supuse que me regañaría, sin embargo, no me importaba. Merecía la pena. Y de repente se echó a reír. Eso sí que no me lo esperaba. Me quedé de piedra.

—¡Claro que Maruja no podía pagar la muñeca! ¡Claro que para su madre hubiese sido demasiado esfuerzo, menuda llevan en esa casa en medicinas para el marido! He sido yo la que le ha conseguido el dinero para la Nancy.

—¿Túúú? ¿Cómo sabías que Maru quería...?

—Me lo contó Candela, que era la ilusión de su hija tener una. Tampoco había que ser una lechuza, ¡había que ver cómo lo pasabais jugando aquí! Así que monté una confabulación. ¡A ver si te crees que eres la única! ¡De casta le viene al galgo ser rabilargo!

—Pero ¿qué hiciste?

—No podía dar dinero sin más a la madre de Maruja, como si fuese una limosna, así que pensé en buscarle tanto trabajo como fuera necesario para que pagase la muñeca. Le prometí que todas las vecinas le llevarían las medias a coger y... ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Me puse a romper las mías cuando me venía en gana y las convencí para que hiciesen lo mismo! —Sonreía como una niña pequeña—. ¡Qué iban a decirnos los maridos si las medias se rompían, encima de que somos miradas con el dinero y las llevamos a coser, en lugar de tirarlas a la basura!

Empecé a reír yo también al intentar explicarle, mientras la interrumpía a carcajadas, que había pensado que estaba loca. Las risas me salían a borbotones, ¡menudo curso me había dado con el tema de las medias, había llegado a creer que había perdido el juicio y ahora resultaba que, simplemente, tenía ideas tan peregrinas como las mías! Cuando le conté que había descubierto su comportamiento extraño, mamá se mondaba:

—Ya, ya te vi alguna vez que me mirabas raro, hija, pero a veces es mejor no revelar un secretillo, sobre todo cuando hay que guardar discreción por un bien mayor.

—¿Y ahora qué hago? —le consulté.

—¿No quería tu amiga el abrigo ese, el de leopardo? ¡Pues ya sabes!

Y bragas. Compraría un juego completo. Y otro de medias. ¡La Nancy de Maru no tendría que llevar esparadrapo entre las piernas ni papel higiénico como ropa interior!

En el remanso, tras las fiestas, en esos días finales en que se disfruta de las amigas, se rematan visitas y la casa amanece sosegada, empapada ya en olores cotidianos —a sopa de diario, tortilla—, mis padres fueron a ver a Macario y Filo. Acudieron a su casa con ánimo de sostener una conversación larga y definitiva, a fondo, que aclarase

lo ocurrido.

Era una tarde ventosa, con las espadas de aire del norte montando una escaramuza por el barrio, jaleando papeles y ramas por las calles. Las horas se deslizaban lentas como nunca y yo me preguntaba con qué cara preguntaría Macario por qué me había metido en la vida de su familia. Temía que nunca pudiese volver a cruzármelos sin sufrir, sin que me atenazase la culpa. Desde luego, jamás volvería al sofá frente a la tele, donde vimos triunfar a Niki Lauda. Filo sería durante años una mujer sola y triste, esperando a un marido encarcelado. A las nueve entraron con las ropas descolocadas por la ventolera. Mi madre, con la pañoleta deshecha; mi padre, con la bufanda colgando.

—Menudo temporal —dijo mamá a modo de saludo. No resultaba muy alegre la fórmula.

Yo esperaba en silencio, en la entrada.

—¿Se han enfadado mucho? —me atreví a preguntar.

—No te preocupes —añadió ella con naturalidad—. Han sido correctos y hasta cariñosos. En esa casa había problemas y tú no tienes la culpa. Hiciste lo que debías y ellos lo saben, son muy buenas personas.

—¿Qué ha pasado con el crío, mamá?

—Está con los Hermanos de San Juan de Dios, con los mejores médicos. Pueden visitarlo todos los días. Poco a poco.

—Pero... Macario va a ir a la cárcel por mi culpa...

—No, por tu culpa, no. Por haber abandonado a un hijo enfermo. Además, papá ha dicho que encontrará un buen abogado para ellos y lo arreglará todo. ¡Como siempre!

—Bueno... —explicó él mientras colgaba el abrigo en el perchero— *piano, piano*. Ya veremos cómo se puede afrontar el caso. Pero —me miró con picardía—, el padre del barbas me debe una... ¡Ya está bien de exigir sólo fidelidad! Se rumorea que a Arias Salgado no le queda mucho tiempo, así que le he explicado a Su Excelencia el secretario de Estado —engoló un poco la voz, con un poco de ironía— que tiene que darse prisa y emplearse a fondo en ayudar a mi amigo Macario. Favor por favor.

—¿Lo van a soltar? —Se me escapó un grito.

—Yo no he dicho eso, Amelia —me corrigió—. Es muy grave lo que ha pasado.

Pero en derecho, ya lo aprenderás, hay una cosa que se llama «atenuantes» y que puede conllevar una reducción de la pena si hay motivos justos para ello. Eso los ha tranquilizado mucho, hay que mantener la calma.

—Lo que quiere decir papá —atajó mi madre— es que Macario es un buen hombre.

—El juez —dijo papá— tendrá en cuenta la falta de formación de Macario, su desesperación, la depresión de la esposa... Hay que tener paciencia y esperar a que salga el juicio. Ya es buena señal que esté libre sin fianza.

—¿Estará muchos años en la cárcel? —Me salió una voz angustiada, encogida en la penumbra.

—No puedo saberlo, hija. Pero el hombre sólo quiso que su mujer no se hundiese. El pobre ni siquiera sabía que hoy en día hay muchos adelantos en neurología, cirugía, psicopedagogía, fundamentales en casos como los de su hijito, que podían sacarlo adelante. No sufras más, Amelia. —Mi padre me puso las manos firmes y calientes sobre los hombros—. A ti no te movieron sino los buenos sentimientos y las enseñanzas de las monjas esas, que están venga y dale que te pego con lo de la justicia social.

—Pero te mentí...

—Eso estuvo mal, aunque he de reconocer que te pudo el deseo de que Maru tuviese las cosas bonitas que tú tienes. Demuestra generosidad. Y lo otro..., bueno, sencillamente, eres curiosa de siempre. No has querido hacer daño y, desde luego, ha sido un bien que descubrieses lo que pasaba.

—Mamá... ¿Habéis visto a Chema? —Se miraron con picardía y yo me puse como una amapola.

—¿Chema? —preguntó ella, haciéndose la tonta—. ¿Qué Chema?

—Venga ya...

—¡Ah, José María, el hijo mayor! Sí, sí estaba —dijo quitándole importancia— Han hecho las paces, el padre y el hijo...

—No seas mala, Toqui —mi padre sonrió—, suéltalo ya. ¿No ves que está sobre ascuas?

—¡Vaaale! Ese chico..., ese chico me dio algo para ti. Dijo que entenderías por qué te lo manda. —En la mano abierta me mostró un pequeño trineo de los Madelman, de esos que llevan las provisiones por el Polo. Los que exigen un tiro de dos perros para poder moverse.

—No sé qué hacéis jugando con muñecos todavía, a estas edades —añadió mi padre, jocoso.

Y se fueron de la mano hacia la cocina. Al final de la jornada, una luna enorme se resbaló hasta el centro del cielo. Yo la miraba desde mi ventana y me pareció que iluminaba un paisaje de nieve. Y que un trineo, tirado por un husky y un perro lobo, recorría la tundra. Y que encima iban un chico y una chica, abrazados.

Los Reyes

La mañana de Reyes sonó el timbre a las ocho. Tiempo le había faltado a mi amiga Maruja para salir dando saltos hacia nuestra casa, apenas la madre le contó lo que había pasado. Estaba congestionada de alegría y abrochaba y desabrochaba las prendas y le subía las faldas a su nueva muñeca. Sentí que me mataba a abrazos. En aquellos minutos maravillosos se me representaron las caminatas bajo la lluvia, con frío y con sol, hacia el poblado. Las tardes de clases con los gitanos, cuyo lenguaje ni siquiera entendía al principio, el miedo que había pasado con Narciso. También la ayuda impagable de las monjas y Gisela. Las dudas y el temor, la dificultad para la constancia. Hasta se me representó el momento de la boda de la Marisina en que descubrí que Ana y Maruja me hacían de lado y vacilé en mis propósitos.

Alrededor de nosotras mis hermanos se mostraban entusiasmados. Por una vez yo era la protagonista y no por una travesura. Antoñito tuvo que reconocer que su hermana no era tonta del todo, y Curro y Ángel estaban orgullosos: el primero, por mi «audacia»; el segundo, por mi «sensibilidad social». La abuela y la tía Magdalena lloraban a moco tendido.

Mientras Marujita, verdaderamente entusiasmada —quizá más por mi generosidad que por el regalo—, hacía elogios de su preciosa muñeca rubia de ojos diamantinos y del abrigo de leopardo, yo, sin embargo, vi cosas que no había percibido hasta entonces. Nancy me pareció de plástico, carente de carnalidad, con una media sonrisa congelada y pelo artificial, enganchado a la cabeza a través de unos agujeros horadados, bastante obviamente, por una máquina. Los brazos me resultaron rígidos;

gruesos los tobillos. Me afectaba un tránsito extraño que me alejaba de la infancia y me hacía preferir, entre mis propios regalos, el peine y el cepillo de concha que había elegido mi padre para mí. A la vez, un solo pensamiento se iba abriendo camino en mi cabeza, una sola nostalgia, una pena definitiva: la que me causaba la ausencia de Chema.

A la mañana siguiente pasé por casa de Gisela. La alemana estaba sola, de nuevo su marido volaba a América. Horneaba un bollo y el aroma inundaba toda la casa.

—Pasa, *Amilia*, acabo de sacarlo, enseguida podemos tomarnos un café de filtro, como es debido.

Le conté despacio toda la historia, aunque estaba al tanto de la mayor parte.

—Tenía que pedirte perdón por haber espiado a Macario. Y por haber abierto uno de los regalos que le dio a Josefa para el niño.

—Lo del paquete estuvo mal, *Amilia*. Es grave violar las cosas privadas. *Perro* eras libre de seguir a *Macarrio*... ¿Qué *hisiste* mal?

—Bueno...era tu amigo.

—Tampoco te lo *prrrresenté* nunca *forrrmalmente*... Verás, me daba un poco de *virgüenza*...

No me atreví a preguntarle por qué, aunque intuía perfectamente que el hombre le gustaba. Pero ella no se arredró y abordó la cuestión. Qué mujer, estaba resuelta a hablar siempre a las claras, sin rebozo, como si fuese necesario prescindir de todos los velos y precauciones.

—En *rialidad* estaba un poco enamorada de Macario, *Amilia*.

—Pero tú estás casada... —Ya que sacaba el tema, no me iba yo a quedar a medio camino.

—Es verdad, no es *honisto*. Pero también es *sierto* que, tantos años después, Alfredo ya no *mi* hace mucho caso, ¿sabes? Una vez te expliqué que los *hombrrres* ambiciosos acaban dedicándose más a su trabajo que a sus mujeres. Me sentía sola... y me quedé *prrrrendada* de *Macarrio*.

«Prendada», qué palabra tan graciosa. A veces la alemana parecía una niña.

—¿Lo has hablado con él? —pregunté descaradamente.

—Oh, no. ¿Sabes? Me caí del guindo sola, se dice así, ¿verdad? Me bastó verlo

abrrrasar a su mujer, cuando vino la policía, para comprender que ese hombre nunca ha *querrido* a nadie más a que a Filo. La ama con *locurra*, es afortunada. Me da *invidia* la panadera. Es sólo... que el matrimonio tenía problemas, por el *secrrreto* que llevaban. A *Macarrío*, lo del niño lo hacía sentirse triste y solitario. Pero, *Amilia*...

Hizo una pausa y me miró mientras encendía un cigarrillo.

—¿Sí? —pregunté.

—Nunca pasó nada *entrrre* nosotros. Era *carriñoso*, supongo que buscaba un refugio o un consuelo, pero jamás dejó de comportarse como un *verdadero caballero* español. Lo más que llegó a *haser* fue darme un abrazo.

Me resultaba embarazosa la situación. No sabía muy bien qué decir, al fin y al cabo era una chica de diez años recién cumplidos. Ella notó lo que me ocurría.

—¿Te da *apurro* que hablemos de mujer a mujer? Ya eres grande, *Amilia*, ¿acaso no tienes ya la regla?

—¿La reglaaaa? —Me mataba aquella alemana.

—Sí, la regla, el *piriodo*, la menstruación.

—No... Aún no.

—Pues te vendrá enseguida, ya tienes *idad*. Y también la tienes para hablar de *hombrrres* y mujeres. No me digas que no hablas de estas cosas con tus amigas.

Me sonreí. Tenía razón. Además, mi madre me había explicado lo de la regla y algunas de mis amigas ya la tenían. ¡Pero es que en España no se hablaban así las cosas! Qué distintos los países y las costumbres.

—¿No tienes novio, *Amilia*? —Se rió abiertamente.

—Bueno, hablemos de mujer a mujer, si quieres... Me gusta Chema, pero puedes imaginarte que las cosas no son fáciles ahora. Por mi culpa van a juzgar a su padre.

—Es *durro* sí, pero es justo. *Macarrío* no debió *ocultarr* al chico. Si yo hubiese sabido que los Rencos lo tenían, no hubiese *pirmitido* que Josefa hiciese de mensajera. Y ten por seguro que hubiese acudido a la policía.

Lo tenía por seguro, menuda era.

—Lo que ocurre —dije— es que ahora no sé cómo acercarme a Chema.

—¿Cómo? Pues de frente. No hay *otrrra* forma de resolver las cosas que de frente.

Decidí seguir el consejo de Gisela y echarle un poco de valor a mi problema. Ella dijo que debía abordar a Chema de frente, y de frente lo abordé.

Habíamos vuelto a clase, tras las vacaciones de Navidad, y una tarde entré en la panadería, que había abierto de nuevo al público. Filo despachaba y se interrumpió apenas un segundo, nadie lo notó excepto yo.

—Dos pistolas, toma, Adela. La siguiente...

Estaba más delgada. Se había hecho un moño sencillo y llevaba la boca pintada. Era sorprendente el cambio. Esperé a que se vaciase la tienda.

—¿Qué? —me dijo con dulzura—. ¿Se te ha comido la lengua el gato?

No pude contenerme y se me saltaron las lágrimas, pasé al otro lado de la barra y me abracé a ella, que también empezó a llorar.

—Aguanta, que parecemos dos tontas. —Sacó la llave del bolsillo de la bata y cerró la puerta de cristal. Pasamos a la parte trasera y encendió el infiernillo.

—¿Quieres un Cola Cao? ¡Aunque creo que no te gusta Fittipaldi, que lo tuyo es el Niki Lauda que le pirra a mi hijo mayor!

—No te burles, Filo... ¿Cómo estás?

Estaba bien, mucho mejor que hacía mucho tiempo.

—Cuando parí al pequeño a escondidas en mi cama, me quedé yerta, ¿sabes? Creí que lo había matado y me quedé seca por dentro. Fue como si todo se parase.

Durante un largo tiempo fue desgranando aquellos siete años como siete puñales dolorosos, el silencio entre ella y Macario, su forma de comer, los atracones insensatos.

—Yo nunca fui de excesos, Amelia. No sabía qué me pasaba. Devoraba como una fiera, creo que era la pena. Cuando llegué al hospital y vi a mi niño, no me lo podía creer. Fue maravilloso, ya se lo conté el otro día a tu madre. Como si la Virgen me lo hubiese devuelto. Y además los médicos me han dicho que yo no tuve la culpa de lo

que pasó, que el niño traía una enfermedad de nacimiento y a lo mejor pueden ayudarlo. No sabes el peso que se me quitó de encima. Ahora Macario y yo tendremos un bebé y será para siempre.

—Pero él irá a la cárcel por mi culpa...

—De eso nada, tontita. Irá por mi culpa..., porque me quería entonces y me quiere ahora. Entonces llevó al niño a los gitanos para que yo no me viniese abajo. Ni siquiera se atrevió a llevarlo a un hospital, no fuera la policía a echarle la culpa de haber querido desgraciarlo. Y yo se lo diré al juez, tu padre me explicó que no tenemos que tener miedo y se ha ofrecido a buscarnos un abogado en la universidad. Ya veremos, pero ¿sabes? Es mejor la cárcel justa que los remordimientos por una injusticia. Ahora lo sé. —Se levantó a ponerme el Cola Cao—. Oye, Amelia, ¿vas a venir a hablar con el Chema?

¡Me moría!

—Con... Chema... Sí..., claro, si me ha perdonado...

Sentí revolverse todo por dentro, como el día en que mi amigo me cogió la mano viendo *Tiburón*.

—Y dale, ¡que no has hecho nada malo! Era normal que te asustases de ver a su padre andando por el poblado y que te diese apuro decirle nada. —Menos mal que Filo era más permisiva que Gisela en cuanto a sinceridades—. Que sepas que mi chico te está esperando. ¡Me dijo que te había mandado un mensaje!

—Ya... Sí.

—Pues ya es hora de que tengas novio, tonta. A tu edad yo salía ya con el Macario. ¡Ya estás tardando, Amelia! Espera, voy a cerrar la tienda y me acompaño a casa.

Pero mientras echaba el cerrojo, apareció él, que venía a buscar a su madre. A la panadera le faltó tiempo para escabullirse, de repente tenía que comprar perejil.

—Me la llevo, mamá —se despidió Chema.

Estaba más delgado y tenía rasgos de adulto. La nariz grande, los labios y pómulos marcados, los ojos serenos. Había como un aire trágico en sus facciones, que lo hacía aún más atractivo. Se mostraba tranquilo y esperó antes de hablar. Me batía muy fuerte el corazón y un nudo en la garganta me impedía hablar.

—Vaya, por fin callada. —Sonrió maravillosamente—. Es la primera vez que te

quedas sin palabras. Venga —me cogió la mano—, vámonos a dar un paseo tú y yo.

Una alegría inmensa me recorrió por dentro y me dejé llevar por él por primera vez. Anocheceía en esa tarde corta de enero. Yo no sabía que los besos son suaves y húmedos como las ciruelas buenas y que no tienen nada que ver con las lenguas metidas hacia atrás en la propia boca, como me habían intentado explicar. En realidad había muchas más cosas que no sabía entonces.

Me llamaba Amelia Ruiz Santillana, acababa de cumplir diez años y era el número 30 de Quinto B de aquel nuevo curso 75-76.

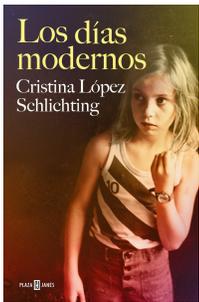
Agradecimientos

Este libro no hubiese sido posible sin mis editores. Desde nuestro primer encuentro me contagiaron fe y entusiasmo. Gracias a David Trías y a los generosos consejos y aportaciones de Alberto Marcos. Igualmente quisiera agradecer a Carlos Miquel y Javier Rucabado su información sobre coches y circuitos.

Aunque esto es una novela de ficción, los nombres (sólo los nombres) de los protagonistas son a menudo homenajes a distintas personas muy amadas: Amelia Ventura (RIP), Toqui (RIP), sor Inés, Marujita, Lolo, Candela, Chema, Gisela, E Torta (RIP), Tichi y todas las compañeras del cole. Gracias también a mi amiga Marci Ortega, por su trabajo inestimable, a Miguel Castellví por la primera lectura y a Teresa de Calcuta, por acompañarme.

Todo lo que sé de familias lo he aprendido de Ingeborg y Felipe, mis padres, y de mis queridos hijos Felipe, Ignacio e Inés.

La prestigiosa periodista Cristina López Schlichting debuta espléndidamente en la novela con un libro lleno de humor, nostalgia y emoción, un conmovedor relato sobre la aventura de crecer en la España de los años 70.



Amelia está a punto de cumplir trece años y su mundo se reduce al pequeño piso donde reside con su familia, la clase de EGB del colegio de monjas y el descampado donde observa fascinada cómo los chicos mayores juegan a las chapas. Apenas sabe nada de Franco, que es un señor muy viejo que manda en España y que, al parecer, está muriéndose. No es consciente de que la sociedad en la que vive está cambiando a pasos agigantados. Bastante tiene con observar las pequeñas alegrías y tristezas de sus vecinos del barrio. Y con su amor secreto por Chema, el hijo de Filo, la panadera. O sus problemas de conciencia por disfrutar de la muñeca de moda, la Nancy, cuando los padres de su mejor amiga, Maru, no tienen recursos para comprársela.

Mientras los días modernos comienzan a trastocar el rígido orden establecido, Amelia traza un plan para hacerse con el dinero necesario y comprar la muñeca a Maru: recoger trapos y cartones y vendérselos a los gitanos. Este paso la pondrá en contacto con nuevas amistades, peligros y flirteos. Un misterio trastocará su vida y será el comienzo de su educación social y sentimental, que la llevará a descubrir el mundo adulto, el amor, la injusticia, la solidaridad y el perdón.

***Los días modernos*, debut de Cristina López Schlichting en la esfera literaria, es una espléndida historia sobre el despertar a la vida adulta de una niña y de un país.**

«Para los niños de mi generación nuestra guerra quedaba inmensamente lejos, enterrada entre gasas sintéticas y tergales, ni siquiera sabíamos muy bien qué había pasado, nadie nos hablaba de eso. La infancia se convirtió en la espera de sorpresas polícromas, de tacto sorprendente y brillo rotundo: electrodomésticos, tejidos de nombre espacial, objetos cotidianos reinventados con materiales deslumbrantes. En la noche nacieron los neones; en las carreteras, los carteles publicitarios; en las carpetas del cole, las pegatinas. Saltamos de la niñez angosta de nuestros padres al paraíso del Cinexín, las construcciones, los muñecos articulados. El ecosistema se pobló de substancias hermosas: ceras, plastilinas, gomaespumas, fibras. El plástico pintó de luz la vida, el plástico dio forma y color a nuestro párvulo jardín de girasoles de plástico que hablaban.»

Cristina López Schlichting

Cristina López Schlichting es una periodista española con una larga carrera en los medios. Actualmente dirige *Fin de Semana* en Cadena COPE, escribe dos columnas en *La Razón* y es contertulia en RTVE y 13 TV.

Ha trabajado en las redacciones de *ABC* y *El Mundo* y colaborado con Antena 3, Telecinco, Telemadrid, Cuatro e Intereconomía. Es autora de los libros *Políticamente incorrecta* y *Yo viví en un harén*. *Los días modernos* es su primera novela.

Edición en formato digital: marzo de 2017

© 2017, Cristina López Schlichting

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Lookatcia.com

Fotografía de portada: © Produktion 1 im Filmverlag der Autoren / WDR / Album.

Fotograma de la película Alicia en las ciudades

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Cent Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01884-8

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Índice

Los días modernos

1. La muerte del Chuchi
2. Nancy no tiene bragas
3. Avon llama a tu puerta
4. El hombre de la basura
5. Gisela no se depila
6. Fittipaldi y el Cola Cao
7. Zarzaparrilla
8. Tergales de boda
9. Eurovisión
10. Madelman
11. El chico de la modista
12. La revisión médica
13. La verbena
14. Bígaros y Bígamos
15. Moreno agromán
16. Tiburón
17. Dymo y aironfix
18. La plaza de Oriente
19. Medias de nailon

20. Platillos volantes

21. Espumillón

22. El niño muerto

23. Un abrigo de leopardo

24. Los Reyes

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos